

*World of Darkness - Mundo de Tinieblas:*

# **SACRIFICIOS**

Bruce Baugh

(Grupo: «Vampiro». Trilogía: «Lasombra», vol.3)

Traducción: María Saéz

## **PRÓLOGO**

**Sábado, 22 de julio de 2000, 11:00 de la tarde  
Museo Arbeit, Hamburgo, Alemania**

Willa Gebenstaler creía en el poder de la introspección. Según avanzaba por las escasamente iluminadas habitaciones del museo que era su refugio, con el auricular del teléfono inalámbrico en una mano, examinaba su interior. Reconoció el placer que le provocaba su paz interior a pesar de desear, llevada por la melancolía, saber de nuevo de su señora. Entonces recordó aquellos elementos de su experiencia y educación *post mortem* que la habían hecho valorar la tranquilidad y rechazar la incertidumbre. De cuando en cuando escribía y distribuía un tratado filosófico sobre algún aspecto de la condición de los Vástagos: tal vez fuera el momento adecuado para sistematizarlos y escribir un nuevo volumen.

En el fondo, todo esto no era más que otra forma de olvidar las preocupaciones, pero decidió que no era el momento de reconocerlo. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de Madame, y la última llamada no había servido para sosegarla. Por primera vez, Willa había utilizado los considerables recursos que tenía a su disposición contra su patrona. Se obligó a sí misma a no pensar en las consecuencias. Con independencia de lo que averiguara, este sería, con toda certeza, el fin de su relación laboral, y no tenía ni idea a qué tipo de existencia

la conduciría.

Hacía ochenta y dos años, Willa había llevado a cabo una de sus habituales iniciativas academicistas: un ensayo sobre óptica y psicología. La linterna que sostenía, y los rayos que esta proyectaba por el museo, se lo recordaron. En 1918 llegó a la conclusión de que entre todos los tipos de criaturas que había conocido, ya fuera de forma personal o a través del saber mortal o vampírico, los Lasombra eran de los pocos capaces de percibir el mundo de manera objetiva. El reflejo oculta a los objetos que rodean al observador bajo la propia imagen de este. Esta imagen no es intrínseca a ellos, sino que desaparece cuando lo hace el observador. Por supuesto, los observadores que no poseen un cuerpo (como los maestros cambiaformas, las proyecciones psíquicas y demás), pueden observar sin la distracción de su reflejo, aunque han de pagar el precio de la incorporeidad. Los Lasombra y el puñado de vampiros de los otros linajes que no se reflejan en los espejos combinan la virtud de la encarnación con la capacidad de la observación objetiva.

Willa argumentaba que esta subjetividad impuesta tenía mucho que ver con las enfermedades mentales que aquejaban al mundo de los vivos, y sugería que podía tratarse por medio de la terapia del condicionamiento, por aquel entonces ya disponible. El progreso experimentado por la psicología durante ese siglo, y otras técnicas de manipulación, lo harían mucho más fácil en la actualidad. De la misma forma, las capacidades sobrenaturales podrían apoyar tales esfuerzos por iluminar a otros vampiros. Y entonces serían capaces de hacer lo que ella estaba haciendo en aquel momento: estar rodeada por las cascadas de luz que provenían de la maquinaria pulida y los estuches de cristal, y aun así ver el *Ding an Sich*, la cosa en sí misma, iluminada por la luz pero no contaminada por su propia imagen.

Había varias razones por las que Willa no había publicado esta obra, pero la principal era que Madame le había señalado otros trabajos anteriores que caminaban en la misma dirección: un ensayo de un Lasombra alemán fechado en 1850, un documento de 1795 escrito por un envidioso ghoul francés (el documento había sido confundido por un ataque alegórico contra la revolución francesa, pero Willa no tardó en descubrir su auténtico significado), una carta de 1329 de un remitente anónimo al abad de un monasterio italiano relacionado con los legatarios del Antediluviano Lasombra... y así durante toda la historia. Willa sintió un acceso de humildad al darse cuenta de lo ordinario de su descubrimiento, y el ánimo que le brindó Madame le

pareció falto de sinceridad. Por tanto, su particular formulación académica permanecía oculta, objeto de alusión solo en conversaciones con un puñado de socios en los que confiaba, ninguno de los cuales dio la impresión de comprender su significado.

En el laberinto de su memoria, entrenada gracias a técnicas orientales y occidentales, Willa recordó el momento en que explico el concepto a Madame. Willa se detuvo... allí, junto a un expositor, que había sido desplazado para prolongar la pared. Los conductos de la calefacción discurrían por donde ahora se encontraba, y las suelas de sus zapatos descansaban contra el borde inferior de bronce del expositor. Madame andaba de un lado a otro del pasillo: las luces eléctricas de la época iluminaban sus jóvenes rasgos en un intenso claroscuro. Pasaron del museo a los archivos que Madame conservaba en el sótano de un edificio de oficinas cercano, y Willa recordaba el dulce susurro del cabello de Madame mientras le entregaba los documentos y le demostraba así que se le habían adelantado...

El teléfono sonó. Dos tonos, y luego otros tres; esto indicaba que alguien llamaba a través de la red segura, dispuesta para este propósito. La llamada provenía de un senador cuya localización podría, en teoría, rastrearse y que permitía enviar transmisiones a cualquier lugar del planeta usando múltiples paquetes de datos cifrados. Madame no era la dueña de la red ni monopolizaba su uso, pero había contribuido a su establecimiento y tenía acceso prioritario a ella. Willa sabía que los otros patrocinadores de la red creían que ella era el agente de una pequeña cuadrilla de Lasombra independientes, de unos doscientos años de antigüedad más o menos, y en una ocasión recibió información de uno de los objetivos de Madame que vino a apoyar tal hipótesis. La lista de gente que tenía acceso a este sistema de comunicación para contactar con ella era bastante reducida.

-Buenas tardes. Soy Gebenstaler. -Como siempre, hablaba con calma. Después de todo, no tenía un pulso que amenazase su compostura.

-Buenas tardes, Willa. Soy tu patrono. -La voz de Madame era igual de fría. Willa oía los ruidos mecánicos de fondo, y algo parecido a estática... Madame debía de estar en un barco, no muy lejos del motor o la línea de flotación. Mientras pensaba en ello, Madame recitó una serie de números y palabras que permitieron a Willa verificar que su patrona hacía un uso autorizado de la red de seguridad Gray.

-Sí, Madame. ¿Qué es lo que puedo hacer por ti esta noche?

-Necesito una red de instalaciones telefónicas seguras para coordinar una operación en el Mediterráneo, Willa. El punto focal será la Sicilia oriental, pero necesitaremos acceso desde, al menos, Antioquia y El Cairo por el este, y Lisboa por el oeste. Debería de bastar con alcance de cincuenta millas desde la costa; puedo autorizar una extensión si es necesario.

-Madame... -Willa dudó-. ¿Coordinar? ¿Para quién trabajas esta vez?

-Para mí misma.

Willa reflexionó sobre ello. Una de las características más marcadas de Madame desde que Willa se había metido en todo aquello, era que trabajaba sola. A Willa le vino a la mente el término mortal «síndrome de Estocolmo», que describía la condición mental por la que la víctima de un secuestro se identifica con sus captores. A pesar de lo terrible que sonara, eso parecía lo que le estaba ocurriendo a Madame. ¿Debería actuar Willa? Decidió continuar la conversación mientras evaluaba la situación.

-Muy bien, Madame. ¿Cuántos usuarios prevés que usarán el sistema, y cuándo lo necesitas?

-Doscientos usuarios activos bastarán. -Willa no interrumpió a su patrona, a pesar de su asombro. Se trataba de una operación seria, sin lugar a dudas-. Lo ideal sería que ya estuviera funcionando, pero teniendo en cuenta que te lo acabo de decir, lo mejor será lo antes posible. Empieza con una red pequeña, y unas diez verificaciones, y luego expándete tan rápido como puedas. Sé discreta.

-De acuerdo, Madame. ¿De dónde sacaré los fondos?

-Usa el fondo general. Desglósalo todo, como siempre, ya que espero que se me recompense... Aunque, por ahora, lo consideraré como una inversión, así como una herramienta para esta operación.

-Sí, Madame.

Willa quería formular más preguntas, pero Lucita le proporcionó una breve lista de proveedores, y dos servidores de mensajería seguros que podría usar para comunicarse mientras preparaba el sistema. Luego se dedicaron a discutir los aspectos técnicos de la operación. Cuando Willa se disponía a empezar con las preguntas más personales, Madame terminó de dar órdenes y colgó sin aviso previo. Willa volvió a quedarse sola, con el museo y sus pensamientos como únicos acompañantes.

Las horas pasaron mientras Willa andaba por su dominio, sopesando el asunto. No mucho antes de volver a la cripta, comenzó a encontrar respuestas. No, no era el momento de interferir con los planes de Madame esta vez. Debería limitarse a observar, a calibrar la libertad de que disponía Madame en la actualidad y a averiguar lo que estaba haciendo. Si Madame recuperaba su sentido común. Willa estaría allí para ayudar, tal vez usando su influencia contra los captores. Si no... Bueno, si ocurría lo peor, Willa sabía cómo dar con algunos de los mejores cazadores de vampiros del mundo. Claro que sería muy triste dar aquel paso, y además Willa no se había opuesto nunca a la voluntad de Madame. Esperaba con todas sus fuerzas que aún quedara algo de la Madame que ella conocía a la que prestarle su lealtad.

## **PRIMERA PARTE:**

### ***LA ESPESURA***

\_\_\_\_\_ 1 \_\_\_\_\_

**Jueves, 20 de julio de 2000, 3:17**  
**Capo d'Orlando, Sicilia, Italia**

-Que el Diablo se lleve a estos malditos pescadores -musitó el cardenal Timofiev-. ¿Qué es lo que ha pasado con el sentido de responsabilidad? ¿Ya nadie duerme en su bote? -El paladín y los miembros de la cuadrilla de caza se subieron a bordo del quinto bote pesquero que pasaba en lo que iba de noche; los primeros cuatro estaban vacíos, y los vampiros necesitaban de mortales que se ocuparan de las cosas durante el día.

-Seguro que estarían aquí si supieran que veníamos -murmuró Andrew Emory, el líder del grupo.

-¿Qué? -dijo el paladín en un susurro casi cortante. A pesar de la debilidad de su voz andrógina, todo el mundo lo oyó a la perfección.

-Solo pensaba en voz alta -replicó con suavidad Andrew- que aquí vemos los resultados de la poca presencia Lasombra en el hogar. Si los pescadores tuvieran más miedo de las cosas extrañas que pululan por la noche, estarían más inclinados a proteger sus valiosos botes. Pero esto es lo que hay. -Partió los goznes que mantenían la puerta de la cabina cerrada y miró dentro-. Parece que tenemos suerte: tres marineros listos para nosotros.

Tres marineros enormes, como comprobó el resto al entrar en la cabina: ninguno de ellos mediría menos de un metro ochenta, y eran delgados y musculosos. Serían excelentes sirvientes para el viaje. De acuerdo con lo que habían dispuesto, los demás vampiros se retrasarían para dejar que Rosa y Roxana se adelantaran. Los pescadores no se percataron de la presencia de los intrusos hasta que fueron sacados de sus catres y empujados contra el techo por una joven de fuerza tremenda y una elegante mujer de mayor edad. Pero estas mujeres eran capaces de levantar en vilo a un adulto con una sola mano. De inmediato, los pescadores se dejaron llevar por el pánico.

-Buenas tardes -dijo Rosa con su voz más condescendiente-. Requerimos vuestros servicios. Gracias por vuestra cooperación absoluta.

No llevó mucho tiempo explicar a los pescadores que tenían que llevar la barca (y a los vampiros) por el Mediterráneo, y habían de salir ya. Rosa se dio cuenta de que los marineros empezaban a pensar en las posibilidades de un golpe de mano diurno, y llamó a Angélica, que estaba vigilando en la cubierta. Angélica tuvo que usar las dos manos para levantar al más grande de ellos, pero eso bastó para demostrar que la fuerza sobrenatural no era una prerrogativa meramente vampírica. Dos de los pescadores comenzaron a llorar de pura desesperación y miedo, incluso antes de que Andrew impusiera unas cuantas órdenes mentales que los hicieron conscientes de la pérdida de su voluntad. Eran meras herramientas forjadas por sus conocimientos arcanos.

En pocos minutos, el barco estaba en marcha. El práctico del puerto se preguntó qué era tan importante para salir con tantas prisas; cuando el patrón del navío hizo vagas referencias a una «paga enorme» y le prometió darle los detalles más tarde, el práctico se rió y los dejó marchar. Lucita le dijo al marinero que llevara su barco por la

punta noreste de la isla, a través del estrecho de Mesina y en dirección al mar Jónico. Desde allí tendrían que navegar hacia el este, hasta llegar a la desembocadura del Nilo.

Una vez en el mar, Andrew se unió a Lucita y el paladín en la proa del barco.

-Está claro que vosotros dos sabéis mucho más que yo acerca de posibles destinos, pero ¿por qué Egipto? Pensé que iríamos hacia una de las fortalezas tradicionales del clan... Las Baleares, por ejemplo, o algún puerto italiano.

-A veces olvido -remarcó Lucita al paladín- que los americanos saben tanto sobre la tierra que rodea su hogar como ignoran de Europa o el resto del mundo. Veo -dijo la vampira a Andrew- que no estás muy al tanto de los asuntos cainitas en El Cairo.

-En efecto.

-Cuanto más antigua es una ciudad, menos probable es que los Cainitas se comporten de forma normal. El peso acumulado de las acciones de los individuos más poderosos, o mas afortunados, importa más que los principios. -Andrew asintió-. Es por las acciones políticas de hace quinientos años que El Cairo está bajo el gobierno de un príncipe sin clan, y eso a su vez...

-Espera, espera. ¿Una ciudad como esa tiene un Caitiff al cargo? ¿Cómo ocurrió eso?

-¿De verdad quieres que te explique cómo las luchas por la sucesión al trono de los mamelucos crearon las condiciones para que un cortesano se hiciera con el trono del dominio a pesar de no pertenecer a un linaje convencional?

Andrew reflexionó sobre ello.

-Tal vez después.

-De acuerdo. Como iba diciendo, El Cairo tiene un príncipe que se encuentra en una posición delicada, y debido a eso, existe una fuerte división de la ciudad en distritos que corresponden a distintos clanes. El centro de la ciudad es a lo que el príncipe Mukhtar Bey le gusta llamar «El Cairo libre», rodeado por distritos periféricos concedidos a los diferentes clanes.

-Entiendo...

-Aún no he terminado. Los Lasombra de allí se encuentran en un complicado equilibrio. El antiguo Lasombra de la ciudad es una dama árabe. No le encuentra mucha utilidad a ninguna de las sectas, por lo que se mantiene al margen de la guerra entre ambas siempre que

puede. Estima en mucho a su chiquillo, un hombre ambicioso y obispo Sabbat de la ciudad. A su vez, este posee la voluntad suficiente para no usar las tácticas más habituales del Sabbat, y usar otras de carácter más social.

-Eso me suena familiar.

-¿Perdón?

Andrew se sonrojó.

-Nada, nada. Un pensamiento en voz alta. Continúa, por favor.

Lucita no había comprendido su comentario, aunque tenía sus sospechas. Decidió pasarlo por alto por ahora.

-Todo esto hace que El Cairo ofrezca la oportunidad poco frecuente de relacionarse con ambas sectas sin que la sangre llegue al río. Queremos que nuestros primos sepan lo que sabemos y que trabajen junto a nosotros contra esta amenaza. Ni al paladín ni a mí misma se nos ocurren sitios mejores que El Cairo.

## \_\_\_\_\_ 2 \_\_\_\_\_

**Viernes, 21 de julio de 2000, 2:51 de la mañana**  
**A bordo de un barco pesquero siciliano, Mar Mediterráneo**  
**oriental**

El paladín miró la radio del barco con disgusto. La caja tenía signos de corrosión y abolladuras, fruto de años de erosión provocada por la brisa marina; también estaba manchada de aceite y otros productos que el paladín no deseaba identificar. Pero ya que su teléfono móvil se había quedado sin batería como consecuencia de la premura del viaje, y no disponía de ningún enchufe apropiado, la radio era lo único que podía usar.

En primer lugar trazó una ruta a través de otros servidores para enmascarar su dirección, para lo que utilizó números y códigos proporcionados por la ayudante de Lucita. Después tuvo que soportar el tedioso proceso de conectarse a través de esas conexiones anónimas a la red del Sabbat en Ciudad de México. Por dos veces la conexión se cayó, y el paladín tuvo que empezar desde cero. Tardó más de una hora en escuchar una voz familiar.

-¿Eres tú?

-Soy yo, Eminencia. Lo llamo desde un barco. Nos dirigimos a El Cairo.



El cardenal se detuvo un momento para reflexionar.

-Ah, buena elección. ¿Fue sugerencia tuya o de la rebelde?

-Suya.

-Muy bien. ¿Qué encontraste en Sicilia?

-El castillo de las Sombras sigue igual de activo que siempre.

Fuimos atacados por criaturas del Abismo que procedían de algún lugar situado al noroeste de allí. Lucita y yo estamos de acuerdo en que es muy probable que los invocadores se hallen en uno de los castillos abandonados del interior. -El paladín describió las manifestaciones que habían visto e informó de las sospechas de Lucita.

-Comprendo. Estoy impresionado, dadas las circunstancias, de que la cuadrilla de caza continúe sobre la faz de la Tierra. Lo has hecho bien. No obstante, supongo que te darás cuenta de que el siguiente paso requerirá de la intermediación de otros.

-Sí, Eminencia -dijo el paladín de inmediato-. Me di cuenta cuando nos recuperábamos del accidente. No creo que Lucita se percatara, dada su limitada experiencia. También dudo de que lo hiciera la cuadrilla, que no posee experiencia alguna al respecto. Quería hablar con usted antes de explicárselo a ellos.

-Una sabia decisión -dijo Timofiev, y se permitió el lujo de parecer complacido-. Háblales de mi autoridad y tal vez así te ahorres algunas dificultades. Puede que estén resentidos por lo que percibirán como una pérdida de autonomía, aunque en el fondo se alegrarán de no tener que enfrentarse al invocador en solitario. Ante todo, debes procurar que la rebelde no infecte con sus ideas de independencia al resto.

-Desde luego, Eminencia.

-Una cosa más. Deberás refrenar la tentación de especular con los demás acerca de la naturaleza del invocador, y tampoco harás nada que fomente las cábalas del grupo al respecto. Interpretar y juzgar la información que nos proporcionas es prerrogativa de tus superiores.

El paladín dudó por un instante. Había pasado solo de puntillas por las especulaciones de la cuadrilla en sus informes a Timofiev ¿Cuánto había deducido el cardenal, y cuánto era pura conjetura? Al margen de la verdad, solo existía una respuesta posible.

-Por supuesto, Eminencia. Nos ceñiremos solo a los hechos. Pero en esta ocasión será bastante complejo.

-¿Por qué?

El paladín describió sus conversaciones con Gratiano y Yusuf, y puso un especial énfasis en la incapacidad de ambos antiguos para reconocer pruebas que desafiaban sus recuerdos.

-Comprendo -afirmó Timofiev cuando el paladín terminó-.

Afortunadamente tienes recursos de los que carecen los diabolistas, y si es necesario, me aseguraré de que recobres tus auténticos recuerdos.

-Os agradezco vuestra preocupación, Eminencia, y sé que vuestra fuerza de voluntad triunfaría sobre la mía, aunque me viera obligado a resistirme. ¿Pero podrá imponerse a la voluntad que doblegó a Gratiano y Yusuf? -La cuestión quedó sin respuesta.

### \_\_\_\_\_ 3 \_\_\_\_\_

**Sábado, 22 de julio de 2000, 10:22 de la tarde**  
**En algún lugar bajo Ciudad de México**

Los cardenales no tenían necesidad alguna de impresionar a nadie, y no había rituales que celebrar aquella noche, por lo que se reunieron en una pequeña cámara decorada con los retratos de sus predecesores. Aquellas obras les recordaban el destino de aquellos que ascendieron por la escala de poder del Sabbat y fallaron a la hora de responder de manera adecuada a los desafíos de su tiempo. Aquí estaban los que habían caído víctimas de rencillas personales, a manos de cábalas de herejes, y quienes (más numerosos) lo habían hecho a manos de iguales que los habían considerado demasiado débiles. Era una lección que no convenía olvidar.

Timofiev tomó la palabra en primer lugar; después de todo, los demás seguían considerándolo «su» problema en cierta medida.

-Eminencias, traigo noticias, que me temo, son más malas que buenas. Las buenas noticias son que nuestro fundador no ha regresado al castillo de las Sombras para inaugurar una nueva era de primacía antediluviana. Las malas noticias son que sabemos poco más. -Describió los recuerdos falsos que Gratiano y Yusuf le habían comentado a su paladín y a la cuadrilla de caza: los dos Lasombra presentes en el momento culminante de la revuelta anarquista y la creación del Sabbat, la destrucción y diabolización del fundador del clan Lasombra, conservaban contradictorios recuerdos sobre el evento. Uno de ellos, Gratiano de Veronese, era (al menos de acuerdo

con el dogma del clan y de la secta) el diabolista real. Una mente capaz de retorcer sus recuerdos tenía que ser en verdad poderosa.

Los otros cardenales guardaron silencio durante el informe de Timofiev. Ninguno se movió un milímetro. Permanecieron tan inmóviles como correspondía a unos seres que conocían a la perfección el esfuerzo que conlleva cada acción y se preocupaban en no desperdiciar la menor energía. Sin embargo, el miedo y la tensión se reflejaban en ellos, inseguros como estaban de lo que iban a tener que hacer o del esfuerzo que iba a requerir de ellos. Se encontraban mirando al fondo del Abismo y desprovistos de sus habituales poderes para controlarlo. Timofiev sabía que no era el único que concebía una cosa alzándose entre las profundidades, una cosa que a su paso levantaba nubes más grandes que la propia Luna, y que los tenía la mente clavada en ellos mientras se desplegaba poco a poco.

Lord Greyhound habló en primer lugar. Aquella noche, su agresividad serviría de algo: tras haber reconocido el desafío, se alzó para aceptarlo.

-¿Has examinado a otros de los presentes en la gran diablerie? ¿Sabemos si esta desgracia es universal?

-No -replicó Timofiev-. Pensé que sería mejor discutir el asunto con todos vosotros antes de hacer nada.

-Lo imaginaba -dijo Greyhound-. No confiaría en esa «cuadrilla de caza» tuya, pero he de admitir que nunca he visto fallar a tu paladín en estos asuntos. Aunque me pregunto si es al objetivo a quien la cuadrilla pretende interrogar en lugar de a quienes participaron en la gran revuelta.

-Hmmm -musitó el anfitrión principal-. ¿No crees que es mejor saber que, en algún momento del pasado, una fuerza lo suficientemente fuerte como para vencer a las voluntades más fuertes del clan, acechó a algunos o a todos los grupos responsables, o que tal fuerza vuelve a estar activa en el mundo, como respuesta a esta búsqueda?

-No lo sé -reconoció Greyhound-. No son cosas que me preocupen cuando me enfrento al mundo real. Preferiría saber a ciencia cierta cuándo hizo su trabajo ese misterioso manipulador, y si tiene algún sentido disponer defensas ahora.

-Hmmm -dijo de nuevo el Menuven-. ¿Cómo propones que lo encontremos? ¿Deberíamos interrogar a todos los rebeldes que aún viven y que podamos encontrar? ¿O tal vez poner un anuncio en el periódico?

-Podríamos -respondió Greyhound a la vez que se apoyaba sobre los dedos-. No hay muchos que sigan activos en la actualidad, y no creo que necesitemos sacar a ninguno de su letargo. Seguro que cuentan con criados de confianza capaces de encargarse de todo.

Mysancta habló por vez primera, con una voz sedosa.

-Podríamos. Y también podríamos alertar al manipulador. Si está activo ya, será capaz de leer los pensamientos de la cuadrilla y alcanzar así a sus objetivos, por lo que, en una noche o dos, habrá implantado recuerdos falsos y condicionado a los individuos necesarios para borrar toda evidencia contraria a sus fines. No estoy al tanto de cómo están las cosas ahora, y ni siquiera sé si podría construir la red necesaria y esperar conservarla. Y tampoco creo que ninguno de vosotros pudiera hacerlo. Ni siquiera tú -le dijo al Menuven-, a pesar de tu experiencia.

Los cuatro vampiros presentes en las varas del cristal de Menuven alojadas en sus calaveras parpadearon al unísono. La luz que atravesaba las varas despidió rayos prismáticos durante un instante, al mismo tiempo que aquellas se retorcieron levemente.

-No, estás en lo cierto. Entiendo el esfuerzo necesario para llevar tal plan a la práctica, y estoy casi seguro que funcionaría con un vampiro más alejado de Caín que yo mismo, pero dudo mucho que lo hiciera con Gratiano, y probablemente tampoco con Yusuf -recapacitó el anfitrión principal.

Timofiev recuperó el control.

-El manipulador puede ser presente o futuro, singular o plural. Aún no hemos barajado la posibilidad de que haya más de uno de esos individuos ahí afuera. El manipulador, o manipuladores, podría ser el invocador, siempre y cuando tal entidad fuera singular, trabajar para él o contra él. La Jyhad ha sido testigo de maniobras más extrañas que esa. El hecho de que estemos aquí, debatiendo estos asuntos, apunta a que aún no hemos sufrido ataque alguno. De no ser así, estaríamos tan seguros como el resto de víctimas. ¿Cuánto tiempo pensáis que seremos capaces de mantener nuestra independencia si el enemigo se encuentra activo y pretendemos capturarlo o interferir sus planes?

-¿Qué propones entonces? -exigió saber Greyhound.

-Propongo que por ahora ocultemos nuestras sospechas todo lo que podamos. Sabemos que el invocador es poderoso; con eso basta para obligar al resto a centrar su atención en el asunto. Sería una

buena idea filtrar los descubrimientos de la cuadrilla de caza en Sicilia y convocar a aquellos capaces de responder al ataque del invocador en el cónclave de El Cairo. Y si cualquiera de los temas que aquí tratamos esta noche sale a la luz, asegurarnos de sembrar la confusión a través de la desinformación.

-¡Esa es una conducta digna de cobardes! -gritó Greyhound.

-Es la conducta -replicó Timofiev- de alguien que teme a un enemigo desconocido y que desea prolongar su estancia en la Tierra.

-¿Pero de qué tienes tanto miedo? ¡Somos los sucesores de quienes se enfrentaron a los Antediluvianos y acabaron con ellos en sus propios refugios! -Greyhound se levantó y gesticuló mientras iba de un lado a otro de la estrecha estancia.

-¿De veras? -preguntó uno de los vampiros alojados en el Menuven.

Greyhound miró al pequeño grupo de invitados.

-Puede que un monstruo como tú dude de su linaje, yo desde luego que no.

-No es eso lo que quiero decir. Mi pregunta es si estamos tan convencidos de que nuestros reverenciados predecesores hicieron en realidad lo que pretendieron hacer.

-Esto es un disparate. Avísame cuando estés preparado para planificar la parte táctica de la operación. -Greyhound salió como una exhalación. Tras él, los otros se miraron entre sí, mas no pronunciaron palabra alguna.

#### \_\_\_\_\_ 4 \_\_\_\_\_

**Domingo, 23 de julio de 2000, 1:08 de la mañana  
Castillo de San Rafael el Arcángel, Sicilia, Italia**

El viento comenzó a arreciar poco después de medianoche, un viento seco y caliente procedente de las colinas que discurrían entre la orilla oriental de Sicilia y el resto de la isla. El segundo invocador más antiguo le prestó poca atención. No se había sumido tanto en su trance como para desconectar por completo del mundo físico (lo que sería una estupidez en un momento en que se sabía de la existencia de numerosos enemigos y de su posible proximidad), pero no quería que lo molestase nada que no fuera un peligro inmediato. Tenía cosas más importantes que estudiar.

Los vampiros Lasombra aprendían los principios prácticos básicos para dominar las sombras y el Abismo; contadas veces tenían acceso al antiguo conocimiento que constituía los cimientos filosóficos de tal arte. De hecho, pocos entre ellos están capacitados para entender los secretos más profundos, ya que estos requerían una potencia de sangre de la que solo disponían los más próximos al Padre de la Oscuridad, por lo que una mera comprensión intelectual no bastaba. El invocador poseía la generación adecuada, gracias al legado de su propio sire y los actos de diablerie cometidos en las caóticas décadas transcurridas tras la gran revolución de Gratiano, por lo que no tenía problemas en manejar el problema que lo ocupaba en estos momentos. Aquella noche meditaba sobre el principio de que la luz, la primera creación del petulante tirano que se atrevió a llamarse Dios, odiaba la oscuridad y por ello acudía allí donde la oscuridad había invadido la creación mortal, como si de un centinela se tratase.

Hacía cuatro noches que unos intrusos habían caído desde el cielo, no muy lejos del castillo de los invocadores, y aún no se habían cerrado las heridas causadas por su presencia. Esto habría sido más sencillo en una noche tormentosa repleta de rayos que unos ojos experimentados serían capaces de interpretar, o acompañada de una aurora filtrada entre las hojas de los bosques antiguos. Sin embargo, el invocador tenía la suficiente experiencia con su arte como para no necesitar tal ayuda. El verdadero problema que le acuciaba consistía en que las profecías no tenían mucho sentido ahora mismo. Había un tremendo poder en los exploradores, tal como él esperaba, pero también había percibido nuevas identidades a su lado. De hecho, la mayor concentración de poder parecía tan carente de organización (un alma con sus pasiones y conciencia de sí misma) que el segundo se preguntó si los exploradores llevarían consigo algún tipo de recipiente de sangre maldita. Había sido testigo tanto de la existencia de autómatas mecánicos como de criaturas rehechas, tanto vivas como muertas, convertidas en herramientas especializadas por los Tzimisce, y no estaba dispuesto a descartar ninguna posibilidad por lo que respectaba a los exploradores.

Algo después de las dos del mediodía, el segundo abandonó su estudio y descendió de la plataforma del techo. Necesitaba consultar con los demás lo que querían decir tales signos; persistir solo serviría para acrecentar su frustración.

Así que buscaría ayuda. Encontró a los otros reunidos en la biblioteca principal del castillo, enzarzados en un acalorado debate. El

más antiguo miró al segundo cuando entró y se detuvo por un momento.

-Perfecto. Iba a pedir que te hicieran llamar.

Entonces el debate continuó y el segundo se vio inundado por fragmentos de motivación y raciocinio. Se sentó y no tardó mucho en darse cuenta de que se trataba de una discusión recurrente, relacionada con la urgencia de los eventos de la semana pasada.

El más antiguo exhibía el mejor de sus estilos aquella noche, determinado pero mesurado, y sus palabras destilaban mayor intensidad de la que un oyente ocasional podría reconocer.

-Nuestra situación es simple, compañero. El destino o la fortuna han revelado a nuestros enemigos nuestra localización, e incluso en estos mismos momentos, seguro que se han reunido para conspirar contra nosotros. Conocemos nuestro poder, puesto que nos hemos puesto a prueba una y otra vez contra desafíos cada vez más complicados. Sabemos que el Padre de las Tinieblas nos guía y ayuda de todas las formas posibles, desde más allá de las murallas del mundo. Caminamos sobre el filo de una navaja, y debajo de nosotros se abre el Abismo.

»Si no actuamos ahora, nos veremos abrumados. Nuestro poder sobre las tinieblas no tiene parangón, pero nuestros enemigos poseen muchas más herramientas y sirvientes que nosotros. Pueden superarnos desde un punto de vista físico. Si les dejamos que tomen la iniciativa, estaremos condenados.

»Tenemos un horario que cumplir. -Señaló con un ademán los gráficos cuidadosamente dibujados sobre la mesa, delante de él-. No digo que no tengamos dificultades si nos decidimos a actuar de acuerdo con otro imperativo. Solo que tenemos que elegir. Ha llegado el momento de poner toda la carne en el asador. Debemos empezar esta misma noche, o mañana al despertar, y continuar con nuestros cometidos siempre y cuando dispongamos de víctimas, cuya sangre y almas servirán para loar al vacío. Debemos seguir golpeando los muros tan rápido como nos sea posible, hasta que nos detengan o el Padre de las Tinieblas entre de nuevo en el mundo en toda su gloria.

El segundo estuvo a punto de interrumpir, pero decidió esperar. El más antiguo continuó tras mirar de hito en hito al resto de invocadores y evaluar el apoyo de todos a su visión del inminente Apocalipsis.

-Es probable que perdamos nuestros cuerpos físicos en el esfuerzo. Una vez que empecemos, nuestros enemigos verán descender sus fuerzas. Sin embargo, todos sabemos que el alma

puede sobrevivir al mayor de los maltratos a la carne, y por tanto, no tenemos nada que temer. Si el Padre lo decide así, nos recompensará con nuevos cuerpos tras su triunfo, y si no, podremos florecer en el mundo de la misma forma que él, cuando ya no exista la carne. El miedo no tiene cabida, solo la esperanza.

»El único miedo que cabe es a fallar en la hora de la acción, puesto que así retrasaríamos el momento en que el Padre pueda hollar el mundo de nuevo. Nos ha elegido, nos ha llamado, fortalecido e instruido. Hemos demostrado que estamos listos para llevar a cabo esta gran obra. Ahora es tiempo de completar tal tarea, aunque no sabíamos que el momento llegaría tan pronto.

Los otros guardaron silencio. Entonces se produjo una escena típica de las obras de comedia, en la que tres miembros del círculo comenzaron a hablar a la vez, se dieron cuenta de que el resto hacía lo mismo, y se callaron para dejar que los otros tomaran la palabra. Los tres se guardaron silencio al unísono, volvieron a iniciar el proceso y, por segunda vez, callaron al mismo tiempo. Al final, el octavo se levantó y aguardó a que aquellos tres estuvieran de acuerdo en dejar hablar al miembro más joven.

-Estoy de acuerdo con el más antiguo, y la historia de nuestra lucha nos respalda. Al principio él trabajaba en solitario. Poco a poco llegamos el resto de nosotros. Conforme se aproximaba el momento, nos íbamos congregando cada vez más deprisa, incluso después de lo que pareció la pérdida accidental de algunos honorables miembros de este círculo. Cada nuevo avance, para nuestra sorpresa, se producía un poco más rápido y de manera algo diferente a lo que teníamos planeado. Y este es el punto al que nos lleva todo este patrón. Nunca hemos sido los directores del proyecto, solo sus herramientas necesarias. No es potestad nuestra cuestionar la necesidad, solo reconocerla y hacer lo que podamos.

Volvió a hacerse el silencio. El segundo sintió emerger el consenso a favor de la exposición del más antiguo. No podía tolerarlo. No se levantó para hablar, sino que se limitó a erguirse en la silla y a utilizar el tono más imperativo del que era capaz gracias a su garganta reforzada con fibra de sombra.

-Es cierto que no somos los directores del proyecto. Es cierto que el Padre de las Tinieblas nos ha elegido para ser los instrumentos de su voluntad. Y es cierto que no ha decidido dotarnos de una comprensión absoluta. ¿Recordáis las veces en que se nos ha dejado elegir el camino a seguir, lo que hemos tenido que luchar entre errores



y pistas falsas para dar el siguiente paso hacia el poder? –Miró al tercer y cuarto antiguos, y luego dedicó un vistazo a los demás–. Los más jóvenes llegaron cuando gran parte de la obra ya estaba hecha, pero a pesar del poco tiempo que lleváis aquí, habéis podido comprobar cómo debemos experimentar sin ninguna señal clara del Padre.

»El Padre nunca nos prometió el éxito. Dejará que fallemos. Dejará que nos destruyamos a nosotros mismos, y dejara que seamos destruidos por nuestros enemigos. Nos ha dicho lo suficiente para que tengamos alguna oportunidad de triunfar, pero el resto depende de nosotros. Debemos usar tanto la mente como el poder de nuestra sangre. –El segundo no se detuvo para conseguir un efecto dramático; prefirió escrutar a los otros mientras seguía hablando. Ni los más antiguos ni los más jóvenes parecían inclinados a escucharlo; él mismo se imaginaba las visiones de la noche inminente que nublaban su percepción. Sin embargo, los miembros situados en el medio (del tercero al séptimo) le prestaban más atención–. El tiempo del regreso del Padre se acerca, pero aún no ha llegado. –Alzó la voz y habló con tono grave para subrayar sus palabras–. Nuestro deber es defendernos para que llevemos a cabo los últimos pasos que se supone hemos de realizar.

Ahora sí que el segundo hizo una pausa para lograr el efecto deseado.

–¿Estamos tan seguros de que es la voluntad del Padre el que echemos por la borda todo lo conseguido hasta ahora?

–Disculpadme. –La voz se impuso sobre el puñado de objeciones de los invocadores que se inclinaban por un fin inminente. Se trataba del séptimo antiguo, un erudito y eficaz analista. Había sido él quien había introducido al noveno en el círculo–. Disculpadme –repitió–. ¿Alguno de nosotros cree entender la voluntad del Padre al respecto de este tema? ¿No? –Esperó, pero nadie dijo ni una palabra–. ¿No deberíamos preguntárselo entonces?

Después de eso, poco más había que discutir.

\* \* \*

El segundo aguardó a que los otros abandonasen la biblioteca; no quería que los demás se percatasen de ello, sobre todo después de las imágenes que había visto en el tejado. Una vez que los otros se marcharon a ocuparse de las labores que tenían que completarse

antes del descanso, se quedó a solas con el antiguo. El antiguo no dijo nada, pero indicó las escaleras que bajaban hasta una cripta abandonada, donde los primeros miembros del círculo habían efectuado diversos experimentos en su búsqueda del poder absoluto. No habrían necesitado luces ni aunque hubieran carecido de la habilidad de ver en la oscuridad, tal era su familiaridad con la zona. Bajar veintisiete escalones, torcer a la izquierda, bajar veintisiete escalones, cinco pasos al frente, torcer a la derecha, bajar cincuenta y cuatro escalones, cinco pasos al frente... El segundo conocía esta ruta casi también como la que lleva a su refugio preferido.

Ninguno de los antiguos pronunció palabra alguna hasta que llegaron a la segunda fosa de invocación. (La primera había desaparecido en una explosión hace ya tiempo; a veces los antiguos bromeaban con que aún eran capaces de oler las cenizas. Y a veces no se trataba de una broma.) Cuando por fin habló, percibió cómo se fortalecía la influencia de la sombra en su propia voz.

-Nos llevarás por el mal camino.

-Lo dudo.

-Por supuesto que lo dudas. Eres tan devoto a la gran obra como cualquiera de nosotros, como yo mismo. Jamás desafiaré tu liderazgo ni a ti. Al decirte que estás en un error, no quiero decir que tu alma sea impura, pero sí tu mente.

-Si tan seguro estás... -El segundo anduvo alrededor de la fosa para demostrar que no estaba preparando ningún ritual oculto; el primero hizo lo mismo-. Si tan seguro estás -repitió de nuevo el segundo-, ¿por qué permites que los otros corran el riesgo de contaminarse a causa de mi impureza?

-Habría hecho algo -dijo el antiguo de manera reflexiva- si no fuera por ese jovenzuelo y su idea de preguntar al Padre.

-Doy por hecho que conoces de sobra los riesgos de intentar algo así ahora mismo.

-¿Atraer a nuestros enemigos directamente a nuestra fortaleza? ¿La ira del Padre? ¿La incertidumbre de celebrar rituales con la agitación actual del Abismo? Claro que sí.

El segundo se giró y comenzó a andar en sentido contrario a las agujas del reloj.

-¿Entonces por qué dejar que se concentren todos estos peligros en este momento?

-Porque el riesgo de desunión del círculo es aún mayor. Aquí

estamos, haciendo estos gestos para que el otro no se figure que le hemos tendido una emboscada. Este es un lujo que no podemos permitirnos. Sea lo que sea lo que haya de hacerse, debemos comprometernos a ello con toda el alma, y no creo que lleguemos a eso a través del debate. Necesitamos pruebas que refuercen nuestra fe.

-Eso es... -el segundo reflexionó sobre su frase.

-Pragmático, sí. -El primero interrumpió la frase del otro con su propia sugerencia-. No he sobrevivido tanto tiempo siendo un estúpido, como podrás imaginarte. Es por lo que percibí en la visión del Padre que presto atención a los detalles. ¿Puedo arriesgar la obra al completo solo porque creo que algunas de nuestras tareas son triviales? No habría sobrevivido de no haber prestado la suficiente atención a los detalles de un cántico o de la realización de un círculo de invocación, y no está entre mis propósitos el comenzar a arriesgarme solo por prestar más atención de la debida a nuestros enemigos. El fundador no nos escogió para acabar con ellos, y aunque estén equivocados, poseen un poder que no puede ser ignorado.

-Comprendo.

-Descansa ahora. Ven mañana y trataremos de limar diferencias.

## \_\_\_\_\_ 5 \_\_\_\_\_

**Domingo, 23 de julio de 2000, 3:08 de la mañana**  
**A bordo de un barco pesquero siciliano, Mar Mediterráneo**  
**oriental**

-No, no -protestó Simon Peter-. No dudo que eso sea lo que tenemos que hacer. Solo digo que no me gusta el cariz que están tomando las cosas.

Barry se echó a reír.

-¿Y qué crees que conseguirás enfadándote?

-Eh... Nada, supongo.

-Exacto. Además de malgastar energía y perder la concentración justo cuando necesitas estar más alerta y concentrado. ¿De verdad piensas que es un uso inteligente de tus recursos físicos o mentales?

Simon Peter aporreó el pasamano que tenía delante, y le hizo una abolladura.

-¿Crees que necesito esa mierda tuya de sabio santurrón en este

momento? ¿Es eso un «uso inteligente de tus recursos físicos o mentales»?

-Sí -dijo Barry con el ceño fruncido-. Tienes miedo, y vas a quedarte ahí, golpeando eso hasta que te calmes. Y esa actitud comienza a irritarme, Simon Peter. Tenemos la responsabilidad de cumplir con nuestros deberes, y tus neurosis...

-¿Cuándo me comprometí a seguir uno de esos caminos a la iluminación necesarios para demostrar mi cordura?

-Déjame que te diga unas cuantas cosas -comenzó Barry, emanando condescendencia por cada gesto y cada palabra-. Hemos sido enviados por los señores del Sabbat para acompañar a esa antigua rebelde en su investigación sobre el invocador que ha traído del Abismo criaturas capaces de destruir vampiros mucho más viejos y antiguos que nosotros. Dadas las circunstancias, necesitamos ser eficaces al máximo, lo que significa que no tenemos tiempo para tu inseguridad ni tus miedos. Has de conservar la calma.

-¿Es una orden? -restalló Simon Meter.

-No puedo darte tal orden.

-Lo sé, así que lárgate y déjame pensar. Quizá no lo sepas, Barry, pero mañana por la noche arribaremos a El Cairo y tendremos que vérnoslas con un cónclave entero de antiguos. Necesito estar al cien por cien, lo que significa que no puedo desperdiciar mi tiempo discutiendo contigo. -Y le dedicó una maliciosa sonrisa.

## \_\_\_\_\_ 6 \_\_\_\_\_

**Lunes, 24 de julio de 2000, 12:00 de la mañana  
Castillo de San Rafael, Arcángel, Sicilia, Italia**

El ritual de aquella noche se había abreviado en algunos puntos, pero bastaría. Después de todo, los invocadores tenían un objetivo muy concreto, y habían decidido no prestar atención a las fuerzas que no querían desencadenar ni espíritus a los que no debían molestar. Aquella noche solo se trataba del Padre y de ellos. Los cantos fueron simples, y los sacrificios carentes de estilo o sofisticación. Los celebrantes confiaban en su poder y utilizaban su sangre como si fuera un lubricante para facilitar la canalización de su fuerza.

Fue suficiente.

Al filo de la medianoche, el viento del Abismo comenzó a soplar, y llenó la cámara con un frío desolador que todos conocían ya. (Había

requerido de muchos intentos por parte de los miembros del círculo el comprender en qué forma su estado emocional en momentos como este se veía afectado por las emanaciones que fluían hasta ellos en aquel viento, y les atravesaba la piel hasta llegar a su alma.) El último de los sacrificios se disolvió en una confusión de sombras y desapareció en el viento. Con él, la cosa que era la manifestación material del Padre emergió.

Como siempre, el segundo se preguntó qué relación había entre aquella columna de tinieblas con el ser que una vez había caminado por el mundo como un miembro de la primera generación de vampiros. Ese cuerpo hacía mucho que ya no existía, por supuesto, ya que eran pocas las formas que se mantenían estables en el Abismo. La regularidad de esta manifestación era sugerente; los celebrantes habían debatido sus implicaciones a menudo. ¿Se revelaría el Padre en su momento de gloria como un gigante, y este sería solo uno de sus dedos? ¿Se colapsaría la columna para dejar ver su forma y sus proporciones, esculpidas en una oscuridad perfecta? ¿Ignoraría su forma humana y recorrería el mundo como un torbellino? Él no se preocupaba en contestar tales preguntas, y eso las hacía mucho más interesantes para los celebrantes.

El segundo sabía, como los demás del círculo, lo agitado que se había vuelto el Abismo por culpa de sus actividades. No le sorprendió que la figura del Padre temblara y se retorciera sobre el agujero del mundo, y lo hiciera a menudo de forma ajena a los vientos del Abismo.

*Pronto.*

La voz que no fue una voz reverberó en las mentes de los celebrantes y agitó con fuerza las esencias atrapadas entre las paredes de la cámara.

–Padre nuestro –dijo el antiguo sin perder aparentemente la compostura–, nosotros tus chiquillos buscamos tu guía.

*Vosotros camináis, yo guío.*

–Nuestros enemigos se confabulan contra nosotros, y descubren nuestros lugares secretos. ¿Es tu voluntad que nos preparemos para su asedio o es hora de finalizar la obra?

Esta vez la respuesta no consistió en palabras, sino en un torrente de emociones e imágenes. Unas olas oscuras se levantaron para golpear castillos que se alzaban sobre el mar. Los volcanes vomitaban lava ardiente del color de la pez, y también nubes de ceniza que subían hasta arremolinarse en torno a la luna y oscurecerla. El mar se retiró de las costas, se endureció y se enfrió hasta que en el fondo de

los océanos solo hubo montículos de hielo negro.

-Padre, no comprendemos.

Las imágenes continuaron. Los castillos y las ciudades se derrumbaron dejando restos dispuestos de manera circular, encostrados de barro negro y hongos rojizos. Unos fuegos negros que brotaban en medio de bosques enormes hacían volar por los aires los árboles de un modo que recordaban a los antiguos círculos faéricos. Una montaña tras otra se desplomaba sobre sí misma para revelar agujeros negros y humeantes. Al segundo le pareció que habían pasado horas, aunque el viento que lo azotaba una y otra vez indicaba que solo habían transcurrido algunos segundos.

El miedo se filtró en la voz del antiguo.

-Padre ¿qué quieres que hagamos?

*Perseverar y retroceder y perseverar y retroceder y perseverar.*

No se veía nada en la oscuridad, pero el segundo sintió que el antiguo elevaba la cabeza como si mirara al círculo.

-No entiendo -susurró.

El viento del Abismo continuó arreciando. El segundo se dio cuenta de improviso que cambiaba el peso de pie porque el suelo había empezado a estremecerse. Las baldosas rechinaban entre ellas, sacudidas por ritmos caóticos. ¿Cuánto tiempo aguantaría antes de ceder?

-Hemos de cerrar el agujero -dijo con tono calculado para hacerse oír entre el silbido del viento. Ninguno de los demás respondió con palabras, pero advirtió que el antiguo empezaba a recitar la estrofa final del canto. Los otros se unieron a él, al principio de forma un tanto confusa, pero al final coordinada.

La manifestación del Padre se retiró sin comunicar nada más, y el viento del Abismo fue disminuyendo de intensidad muy despacio

-mucho más despacio que nunca-. Al menos, los celebrantes estaban de nuevo a solas con sus herramientas y ambiciones, y los muros del mundo volvían a ser tan sólidos como antes de haberlos quebrado.

A veces el antiguo encendía las lámparas con magia, pero esta noche lo hizo a la antigua usanza. Tras el regreso de la calma, las lámparas prendieron a la primera, sin echar humo. El segundo respiró aliviado al comprobar que los otros ocho pugnaban para mantener la compostura, igual que él. En otras circunstancias, tal demostración de debilidad habría sido una muy útil herramienta en la lucha por el prestigio, pero esta noche, sin duda alguna, no era más que un símbolo de su unión frente a unas órdenes tan crípticas.

-Bien -dijo el antiguo cuando logró al fin recuperar el sosiego-. ¿Qué es lo que opina el círculo acerca de este mensaje? -Se volvió hacia el segundo-. ¿Refuerza o rebate tu interpretación de la voluntad del Padre?

-Ni una cosa ni la otra -admitió el segundo-. De lo que estoy seguro es que no nos ha dado permiso para llevar a cabo el asalto final.

-Hmmm. -Reflexionó el antiguo, mientras los jóvenes, mucho más impulsivos, esperaban su respuesta, su guía-. Sí. He de estar de acuerdo. Sea lo que sea lo que el Padre haya querido decirnos, estoy convencido de que no quería desmoronar las murallas del mundo. Aún no. Algunas de sus imágenes me sugirieron la defensa, otras... Aún no sé el qué. Imagino que lo sabremos cuando llegue el momento. Por ahora nos dedicaremos a preparar las defensas. -Anduvo alrededor del círculo hasta detenerse frente al segundo, y colocó las manos sobre sus hombros-. Has sido el que mejor ha entendido al Padre. Seguiré guiándoos hacia la consecución de la gran obra, pero tú serás nuestro maestro en las artes de la seguridad. Instrúyenos, y obedeceremos.

## \_\_\_\_\_ 7 \_\_\_\_\_

**Lunes, 24 de julio de 2000, 4:10 de la mañana**  
**El Khan al-Khalili, El Cairo, Egipto**

A Colin Davidsage le habría gustado vagar por el enorme laberinto del mercado más grande de El Cairo aunque no le hubieran encomendado una misión de vigilancia que lo obligara a ello. En vida había sido un novelista prometedor, o al menos así le gustaba pensar a él, y un siglo después se empeñaba en conservar sus dotes de observación e interpretación. Tomaba notas para sí mismo, y luego hacía que un sirviente mortal realizara investigaciones diurnas; era lo suficientemente honesto para mantener un registro tanto de sus fracasos como de sus éxitos, como si pensara que le podrían servirle de algo a alguien que no fuera él mismo. El mercado llamaba su atención debido a la inagotable sucesión de hechos que contenía.

Aquel tenderete, por ejemplo, vendía libros en inglés. La mayoría de vendedores que comerciaba con semejantes mercancías tenía existencias de pornografía (así la denominarían los censores) escondidas, pero este no. Quizá los censores se habían ensañado

mucho con él, o tal vez sus convicciones le impidieran negociar con las obscenidades de los infieles, a pesar de los beneficios que pudieran reportarle. A saber. Levantó el pestillo y se adentró en la trastienda.

Todos los libros viejos seguían el mismo patrón de deformación. Colin sabía (debido a un ensayo de George Orwell, y también gracias a la investigación que había llevado a cabo una vez despertada su curiosidad) que los cargueros que navegaron de América a Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial en virtud de la ley de Préstamo y Arriendo contaba con lastres en forma de libros de encuadernación rústica. Las marcas de los libros reflejaban la presión de la chapa del casco y el aplastamiento a consecuencia del peso del equipo pesado. Muchas de esas pilas de libros terminaron apilados en las esquinas de los puertos británicos, y algunos volvieron a servir como lastre durante los años cincuenta. Era probable que aquel armario hubiera llegado hasta Egipto de la misma manera, protegiendo una carga presumiblemente más valiosa antes de convertirse en la primera mercancía de un librero.

Colin se agachó para examinar los viejos títulos con más atención. Uno en particular había sufrido más penalidades que el resto. Lo sacó para estudiarlo a la luz. Era un manual del ejército de los EE.UU. acerca de los procedimientos médicos de 1938, que dedicaba especial atención a los cuidados a largo plazo en el campo de batalla. Estaba manchado de sangre. Alguien había pasado las páginas que hablaban de la amputación con una mano sangrienta, y en repetidas ocasiones. David sonrió y lo examinó con más interés. Las huellas aparecían en el borde de cada página y desaparecían en el lado izquierdo. Obvio. Parecía que el lector había tenido una hemorragia donde antes estuviera su mano derecha, y hubiera manchado de sangre todas las páginas conforme iba leyendo. Sus repetidos intentos demostraban que había tratado de manipular unos objetos tan delicados como aquellas páginas, pero sin éxito. El propietario había sido un ladrón, sometido al castigo tradicional como expiación por sus actos.

Era un logro menor, pero Colin se sintió feliz con él. Ahora, a trabajar. Echó el pestillo y trepó hasta el techo plano de la tienda. De su pequeño cinturón extrajo unos binoculares que eran la herramienta principal en su trabajo.

Los vampiros de El Cairo se servían de diferentes modos de ocultarse, tanto de la vigilancia más exhaustiva como del escrutinio



casual. Algunos, como el propio Colin, no se reflejaban en los espejos, y solo en raras ocasiones quedaban registrados en los sistemas electrónicos. Los Nosferatu eran los maestros en el arte de la ocultación, pero no los únicos que tenían acceso a estas técnicas. La ilusión, la confusión, y la dominación mental directa eran mecanismos utilizados por los vampiros que se movían por la ciudad. Quienes pretendían detectar a mortales equipados con sistemas de camuflaje óptico podían utilizar visores infrarrojos o ultravioletas, pero esto no serviría de mucho con objetivos vampíricos. Puesto que los vampiros no eran criaturas de sangre caliente, solo se manifestaban en ellos tras haberse alimentado o después de un esfuerzo excesivo, mientras que la luz ultravioleta adolecía de los mismos problemas que las longitudes de onda del espectro visible.

Los prismáticos de Colin constituían su respuesta a tal problema. Las lentes del lado derecho utilizaban los modos de visión normales, UV e IR. Las del izquierdo incorporaban un radar Doppler para calcular los cambios de velocidad de las cosas que se movían dentro de su campo de visión. Un pequeño ordenador incluido en los prismáticos comparaba los datos suministrados por las lentes y hacían destellar luces de alerta en respuesta a diversas clases de estímulos: cosas movidas por elementos invisibles, objetos móviles de tamaño humano y a temperatura ambiente, y una decena de cosas similares.

Después de diseñarlo, había contratado a un antiguo técnico del cuerpo de ingenieros del ejército para que le construyera el prototipo. Tras usarlo en trabajo de campo, Colin había decidido que no era ni de lejos único. De hecho, algunos de los que vigilaban a la población vampírica disponían de sistemas mucho más sofisticados. Cada pocos meses Colin realizaba un par de modificaciones en su propio equipo, basadas en sus propios resultados y lo que había aprendido sobre los procedimientos de trabajo de sus rivales. Estaba orgulloso de la robustez de su sistema, y se resistía a la idea de introducir nuevas características que lo harían algo más frágil. Y conforme avanzaba la electrónica de consumo, cada vez se hacía más fácil repararlo e incorporarle modificaciones con componentes comerciales; lo más ingenioso del invento era su programación y la aplicación de los diferentes elementos que lo integraban, más que la construcción en su conjunto.

Cuando aún era un vampiro joven, Colin había descubierto que siempre había alguien que quería saber a qué se dedicaban los otros vampiros, y que estaba dispuesto a pagar una buena suma por esta

información. No era el mejor espía del mundo y tampoco el analista más inteligente, y se conocía a sí mismo lo bastante bien como para no desperdiciar esfuerzos tratándose de colgarse esas medallas. Así que lo que hacía era centrarse en la fiabilidad de sus informaciones. Si veía algo que podía ser un vampiro, lo comunicaba de ese mismo modo. Si lo identificaba como un neonato perteneciente a un miembro establecido de un dominio particular, enfrascado en alguna tarea concreta con resultados verificables, lo comunicaba de ese mismo modo..., si era capaz de contrastarlo. Cuando vendía información, no quería tener que volver luego y explicar por qué se había equivocado, práctica que, con el tiempo, le había granjeado una envidiable reputación entre los informantes vampíricos.

(En el caos de la Segunda Guerra Mundial, con la desaparición de muchas de sus líneas de comunicación habituales, había vendido ocasionalmente información a mortales que vigilaban vampiros, de manera individual o colectiva. Fue un error. Atrajo la atención de elementos indeseables –tarde o temprano los cazadores terminaban por hacer acto de presencia– y ofendió a muchos de sus clientes habituales una vez que se restablecieron las comunicaciones. Nunca olvidó la lección y desde entonces se había negado a frivolar de nuevo con su trabajo.)

Algo pasaba en El Cairo. Los Lasombra se reunían en número significativo: unas cuantas incorporaciones cada noche. La mayoría de ellos parecía dispuesta a ofrecer sus respetos a los dos Lasombra reinantes: la independiente Fatimah al-Lam'a y el obispo del Sabbat Munther al-Aswad. Esto no era muy frecuente. Lo normal es que los visitantes del Sabbat ignoraran de forma discreta la existencia de Fatimah, para así no comprometerse en el esfuerzo de destruirla (esfuerzo condenado desde el principio al fracaso). El «club de los mil años», como Colin denominaba a los vampiros de similar edad a la de Lucita de Aragón o Fatimah no eran presas fáciles. El obispo Munther, por lo que Colin sabía, estaba de acuerdo con tal práctica por norma general, salvo que se tratara de Sabbat realmente molestos. En este último caso, recibían constantes acicates hasta que se decidían a planear un ataque contra ellas en pos de mayor gloria para la Espada de Caín. Inevitablemente, la mayor parte moría, y así el obispo podía seguir dedicándose a cosas de mayor importancia. Colin se preguntaba por qué Munther había cambiado de política justo en este momento.

Identificar a un poderoso Lasombra desde cierta distancia

suponía... un desafío interesante. Debido a sus peculiaridades. Colin no podía ir y fotografiarlos sin más. Tampoco tenía la opción de fiarse de los testigos, ya que a muchos antiguos les gustaba tejer ilusiones o jugar con la mente de la gente. Lo único que le quedaba era vigilar desde lejos y tratar de reunir pistas. Este era el método de investigación más productivo. Los vampiros desarrollaban hábitos, y cuanto más poderosos y viejos se hacían, más a menudo se convertían estos hábitos en señas de identidad. La elección de un refugio, los vehículos que utilizaban, la observancia de determinados rituales civiles o religiosos... todas estas cosas se unían hasta conformar un todo homogéneo. Los principios del análisis sobre tales cosas no eran nuevos, aunque Colin era de la idea de que la perfección progresiva de la psicología criminal los había enriquecido en gran medida. Incluso el vampiro más humano y pío tenía algo en común con los asesinos en serie y las demás criaturas que se dedicaban a crímenes de la misma índole.

En la última semana, Colin había identificado a tres arzobispos del Sabbat y a un cardenal, junto a una decena de obispos y paladines. Al principio sospechó de una cruzada mediterránea o africana contra Norteamérica, pero luego también identificó a algunos antitribu bastante famosos. No sabía si incluir este último detalle entre los datos que se proponía poner a la venta, pero estaba seguro de que el arconte Kleist y su gente estaban en la ciudad sin su barco, a menos que lo hubieran ocultado de algún modo. Sin embargo sí estaba seguro de que iba a vender todo lo referente a dos mandarines chinos que se habían hecho un hueco en las Filipinas y que habían conseguido resistir los embates del Sabbat, así como la presencia de otras figuras notables entre los que rechazaron la gran revuelta.

Aquella noche su objetivo era un par de vampiros que habían sido abrazados cuando todavía eran jóvenes. Jóvenes americanos, concluyó Colin a juzgar por su arrogancia y comportamiento. Uno era un tipo enorme y corpulento, y el otro, más canijo y con las piernas un poco dobladas, se apoyaba en un bastón de madera exquisitamente tallado. Eso último atrajo su atención. No conocía demasiados vampiros cojos. (Aunque sí había visto muchas malas imitaciones. No obstante, sabía que algunos de los efectos de una lesión auténtica no podían representarse con una mera actuación.) Pensó. Joven, americano, hombre. Tal vez el obispo de Portland, a quien situaba no hace mucho entrometido en los asuntos de la Corte de Sangre que atrapó y juzgó a Lucita. La mera posibilidad tendría cierto valor para

sus clientes.

Esta parte de El Cairo, que los lugareños llamaban *khitta*, o grupo de distritos, era territorio Lasombra. Se habían establecido al este de los barrios centrales hacía mucho tiempo, y conservaban su posición de forma tenaz. La ausencia (o al menos la gran reducción) de la tensión fraticida acostumbrada entre los Lasombra de la Camarilla y el Sabbat que vivían cerca, contribuía en este caso a ello; uno de los vigilantes locales le había explicado a Colin que ambos bandos coincidían a la hora de no conceder regalos en forma de territorio a los extraños, y tampoco se atacaban a menos que pudieran hacerlo de manera limpia, rápida y decisiva. Puesto que tales condiciones no solían darse, las hostilidades abiertas resultaban escasas. Colin tenía la impresión de que la mayoría de los recién llegados formaba parte del clan Lasombra, pero eso solo se debía a su intuición, basada en un siglo de experiencia con los diferentes estilos del clan. No estaba tan seguro de ello como para vender la información.

Aquellos dos jóvenes se comportaban como todos los demás aquella noche. Vagaban por Khan al-Khalili, demorándose en todos los lugares que quedaban abiertos a esas horas de la noche, pero aún faltaba para que se iniciasen los preparativos que tendrían lugar antes del alba. No se trataba de un mero paseo; se dirigían a algún lugar concreto. Se metieron en la cafetería de Fishawi, abierta, como siempre, a cualquier hora de cualquier día, saludaron con la cabeza a alguien de dentro y luego torcieron por dos esquinas, como si volvieran por donde habían venido. Un neonato egipcio, a quien Colin reconoció como un mensajero con ambiciones de pasar a formar parte del séquito personal de Fatimah, salió de debajo de un toldo y los siguió. Cuatro manzanas más adelante, los adelantó, y tras dedicarles una brevísima inclinación de cabeza, se internó por una serie de callejones hasta llegar a una tienda que habían cerrado para repararla después de un incendio. Los americanos lo siguieron bajo el enorme toldo hasta la tienda vacía.

Colín no asintió ni sonrió para sí, aunque estaba complacido. Cuando era joven y estaba vivo, hacía ambas cosas, hasta el día en que asentir en el momento equivocado le impidió ver al soldado que lo tenía a tiro y que le metió una bala por la mandíbula. Desde entonces «tener la cabeza en su sitio» poseía un significado más profundo para él que el mero hecho de mantener la calma. Su satisfacción podría distraerlo de su vigilancia. Poco antes de que la cercanía del alba obligara a los inhumanos sirvientes del Sabbat a sumergirse en su

prematureo descanso, otro hombre de la zona condujo a dos extraños más hasta la tienda. Colin supuso que era probable que la utilizaran como entrada a un sistema de túneles, a menos que usaran los trasteros para apilar vampiros como si se tratase de leños... Se quedó de piedra cuando reconoció a los recién llegados.

Uno era la Lasombra africana que se hacía llamar «Conrad». Colin se la había cruzado cuando formaba parte de los independientes y se había divertido siguiéndole la pista mientras ella trataba de concertar una alianza más profunda con el Sabbat. La otra, a menos que Colin se equivocara de plano, era Lucita de Aragón.

Hora de hacer unos cuantos negocios.

## 8

### **Martes, 25 de julio, 1:08 de la mañana Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia**

El segundo y el tercero caminaban juntos por el patio del castillo, mientras estudiaban el cielo en busca de alguna señal. Andaban en silencio, salvo por algún que otro breve intercambio de palabras. El castillo se mantenía igual de silencioso, aunque ambos sabían que sus camaradas estaban trabajando sin descanso en las bibliotecas y cámaras del enorme edificio normando. Ambos eran conscientes de la vigilancia (ya fuera auténtica o potencial) a la que estaban sometidos a pesar de la ausencia de observadores visibles.

-Creo que -dijo al fin el segundo- ha llegado el momento de ser sincero conmigo.

El tercero sonrió en la oscuridad.

-La sinceridad en cualquiera que no sea el Padre supone cierto peligro.

-Si fuera fácil, no te lo habría pedido.

-Cierto. ¿Qué deseas saber?

El segundo realizó un ademán que señaló la muralla exterior del castillo.

-Nuestras defensas. Los más antiguos de nosotros se sumergen en la investigación mientras los demás trabajamos en la preparación de conjuros nuevos y el acopio de suministros para la batalla. ¿Pero es suficiente? ¿Son adecuados nuestros esfuerzos? Estamos pasando algo por alto, ¿sabes lo que es?

El tercero se sumió en sus meditaciones, y siguió con su lento

caminar. Se paraba de cuando en cuando para cerrar los ojos y girar sobre sí mismo. El segundo reconoció los signos de alguien que sondea su subconsciente en busca de advertencias y directrices, en un esfuerzo por extraer información útil del vasto mar de perturbación psíquica que anidaba en el interior de todo vampiro.

-Visión -dijo al final.

-¿Vigilancia? ¿Exploradores?

-No, quiero decir que carecemos de visión. El Padre ha decidido no guiarnos a través de palabras o sensaciones, y aún no hemos percibido nada.

-Hmmm. -El segundo lo consideró. La observación del tercero no era del todo desacertada, y tenía que admitir para sí (a pesar de que le hubiese gustado tanto negarlo como al que más) por qué no se había embarcado en una búsqueda de nuevas visiones. Con el paso de los siglos había hecho muchos viajes más allá del mundo, y cada vez resultaban más difíciles de realizar, y más dolorosos cuando tenían éxito. Según el Padre se iba acercando más al mundo que había dejado atrás, parecía preocuparse cada vez menos por el bienestar o incluso la supervivencia de sus devotos. La destrucción de los celebrantes durante sus rituales demostraba esta misma despreocupación. El segundo temía recibir una visión que terminara por abrumarlo.

-Estás pensando -dijo el tercero tras una cauta pausa- en algo que prefieres no compartir. ¿Qué es lo que no quieres decirme?

-Pensaba en las dificultades de la tarea -dijo el segundo, con total sinceridad, a pesar de no revelar todos sus pensamientos-. Aunque hemos debilitado los muros de la realidad en otros lugares, aquí será más difícil y doloroso. Como si...

-Como si aquí hubiese restos de esa cosa -terminó el tercero-. Sí. Eso también dificulta mi trabajo. No obstante, no debemos servir al Padre hasta el punto de olvidarnos de lo que es conveniente para nosotros.

-Cierto. -El segundo volvió la mirada hacia el castillo- ¿Quién, entonces?

-Tú, por supuesto -no tardó en decir el tercero-. El más antiguo no está... en las condiciones adecuadas para ello.

-¿Crees que ha perdido el juicio? -El segundo llevaba temiendo esto desde hacía tiempo y trató de demostrarle al tercero, sin admitirlo, lo que sentía al respecto.

-No del todo. Pero no actúa de forma normal. Creo que necesitamos una visión para que tenga algo claro y sencillo de lo que ocuparse. El viento nos afecta a todos, pero él es quien lo lleva peor. Debemos conseguir que se reafirme, para que nosotros y el resto hagamos lo propio.

-Qué poético estás esta noche -dijo el segundo, divertido.

-¿En serio? -El tercero pareció sorprendido-. Supongo que tienes razón. En mi caso el viento me hace más abierto. Me siento más libre de decir cosas como esta.

-No me quejo, hermano, solo constato el hecho. Estás en lo cierto. Iré y me prepararé para ponernos manos a la obra.

-Estaré ojo avizor.

## \_\_\_\_\_ 9 \_\_\_\_\_

**Martes, 25 de julio de 200,12:37 de la mañana**  
**Khan al-Khalili, El Cairo, Egipto**

-Dime, Angélica -dijo Lucita-. ¿Quieres acompañarme cuando volvamos a Sicilia?

Angélica se quedó pasmada y algo asustada.

-Claro que sí. Nunca te dejaré, y no quiero que me dejes tampoco.

-Espero que entiendas que habrá que combatir, y que hay muchas posibilidades de que no todos los vampiros sobrevivan. Tal vez ninguno de ellos, puede que hasta yo no lo haga.

-Sí, lo comprendo. Pero si mueres tú, yo no querré seguir viviendo tampoco -le explicó Angélica-. Y aunque no soy tan dura como tú, puedo resultar útil. Te puedo echar una mano y facilitarte las cosas. Cuatro ojos ven más que dos.

La dedicación del ghoul de Lucita hizo sentir a esta un reguero de emociones conflictivas: por un lado complacencia ante el éxito del vínculo de sangre, y por otro cierto nerviosismo por la condición de Angélica y la de Gratiano.

-Me amas de verdad ¿no?

-Claro que sí. Sabes que te amo con toda mi alma.

-¿Nunca piensas que ese amor te fue impuesto?

-A veces -replicó de inmediato Angélica-. Pero no importa. Lo cierto es que ahí está, y me importa poco la forma en que haya

surgido.

-¿Y si eliminara tal compulsión de manera que experimentaras de nuevo tus propios deseos?

-No quiero que hagas eso. He vivido toda mi vida con las emociones típicas de un alma humana, y no fueron demasiado intensas. Ahora siento algo que es mucho más fuerte y antiguo que yo misma. Abandonarlo sería... como irse a vivir a una caverna por el resto de mis días ahora que al fin soy capaz de volar.

-Entiendo. -Lucita confiaba en que algún día tuviera la oportunidad de reflexionar con mayor profundidad sobre ello. Mientras tanto, tenía que tomar algunas decisiones-. Si de verdad quieres continuar junto a nosotros, hay cosas que tendrás que aprender: habilidades prácticas, en concreto los fundamentos del combate.

-Siempre he detestado luchar. -Angélica tembló al recordar sus años como refugiada.

-No te elegí por tus habilidades como luchadora. Las circunstancias siempre son imprevisibles. Ahora tengo que saber que eres capaz de defenderte y también ayudarme en un ataque.

-De acuerdo. ¿Con quién entrenaré? -Angélica no quería hacerlo, pero si su señora deseaba que lo hiciera, pondría todo de su parte.

-Con el resto del grupo, aunque hay un joven interesante que pasa mucho tiempo en El Cairo. Puede que tengáis cosas que deciros el uno al otro.

## \_\_\_\_\_ 10 \_\_\_\_\_

**Martes, 25 de julio de 2000, 3:22 de la mañana**  
**El Khan al-Khalili, El Cairo, Egipto**

Había sido otra noche de interesante vigilancia, y Colin había confirmado varias de sus identificaciones preliminares gracias a repetidos contactos. Tenía un buen montón de datos listos para vender, y era el momento de encontrar un comprador. Se recostó contra la pared de la alfarería y sacó el teléfono móvil que solo utilizaba para sus negocios. El alfarero dormía el sueño de aquellos a los que se les ha suministrado sangre sin saberlo, y no estaba en condiciones de interferir; Colin se sentía excitado y feliz.

Utilizó la marcación directa para llamar a un número que se conectaba a un teléfono enlazado a su vez, vía infrarrojos, con un



ordenador portátil equipado con un sistema de telecomunicaciones un tanto especial. Colin lo había conseguido en una subasta el año pasado. Formaba parte de los bienes de una empresa irlandesa que pretendía convertirse en un líder mundial de ordenadores integrados y demás aparatos electrónicos. Habían hecho un buen trabajo antes de perder todo el capital sin haber tenido tiempo de sacar nada al mercado; el problema consistía en que montaban sus equipos de manera artesanal, y la fabricación a mano no tenía mucho que hacer contra el sistema de producción en masa. Así que Colin y los demás participantes de la subasta se fueron a casa con equipos realmente únicos. En concreto, este le servía para transmitir información con un par de capas extra de seguridad; cada *bit* contaba.

Una vez que el ordenador estuvo en línea, grabó un breve resumen de la información que tenía que vender. Esto tenía su intrínquilis. Si decía mucho, los clientes conseguirían el resto por su cuenta; si revelaba poco, no se darían cuenta de que querían saber más. «Los vampiros de las dos facciones principales, además de algunos independientes, en su gran parte, pertenecientes al clan Lasombra, se están reuniendo en El Cairo. Las autoridades del lugar son conscientes de tal reunión y coordinan su alojamiento. Las pertinentes identificaciones y registros de sus movimientos están disponibles para su venta. También hay datos adicionales para su adquisición». Eso bastaría por el momento.

En cuanto colgó, el ordenador transcribió su mensaje y lo reprodujo en un sintetizador vocal programado para aproximar su sonido al de la pronunciación estándar de la BBC. Luego llamó al comprador que había elegido para empezar, un severo vampiro suizo de edad indeterminada que nunca aparentaba satisfacción pero que estaba dispuesto a pagar grandes sumas de dinero cuando algo le interesaba. Colin sabía que Karl era solo el pelele de alguien, y en un par de ocasiones había tratado de descubrir quién era, aunque sin resultado. Los datos que partían de los refugios de Karl desaparecían en un laberinto de transmisiones de encriptación múltiple que llevaban solo a callejones sin salida. En teoría habría podido desenmarañar aquel follón, pero la mera idea de pasar varios años dedicado a una tarea de dudoso valor no le seducía lo más mínimo. Así que había dejado que el maestro de Karl, quienquiera que fuese, disfrutase de su privacidad. En cualquier caso, Karl le haría a Colin una oferta la noche siguiente.

Ahora lo único que tenía que hacer era no cruzarse en el camino

de ningún otro vampiro.

**Martes, 25 de julio de 2000, 12:00 de la mañana**  
**Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia**

Hubo un tiempo en que el segundo habría necesitado de cuarenta noches para prepararse a recibir una visión del Padre de las Tinieblas. Se habría tomado su tiempo para mortificar la carne, meditar con profundidad sobre las palabras sagradas, comprometer el alma en las maquinaciones de la búsqueda. En este caso tendría que ir al grano. Se desangró casi por completo; solo conservó la cantidad indispensable de sangre para despertar a la noche siguiente. Se azotó a sí mismo con vehemencia, y bebió la última de las seis tazas que había rellenado con una combinación de venenos. Luego se sentó a esperar.

La visión comenzó al mediodía. Parte de la consciencia aletargada del segundo fue consciente de ello, por lo que dedujo que el Padre ponía a prueba los límites de su confinamiento de una manera algo melodramática.

\* \* \*

El segundo era consciente de su cuerpo, situado justo por debajo de su alma e iluminado como si el edificio del castillo hubiera sido eliminado para dejar su cripta al aire libre. De acuerdo con la ley de su naturaleza, el cuerpo se derrumbó de un modo rápido y doloroso. Una sombra lo recreó, y luego se apartó para dejar que se derrumbara de nuevo. Este ciclo se repitió durante toda la tarde y condujo al segundo hasta lo que era una agonía perpetua.

Sin embargo, al cabo de lo que le parecieron varias horas, el segundo terminó por aburrirse, y se preguntó si habría algo más. Lo hubo. Justo cuando el sol se ponía por el oeste, revertió su curso para volver al cenit. Según lo hacía, el ambiente se volvía más cálido y oscuro. Al llegar a su cenit, el sol cesó de moverse y se expandió hasta llenar el cielo con una oscuridad abrasadora. El suelo se deritió hasta convertirse en roca fundida al rojo vivo, y se vertió en la cripta del segundo, cuyo cuerpo reformado quedó sepultado por millones de toneladas de roca. Si la roca hubiera dejado de fluir, el cuerpo del segundo habría quedado enterrado del todo. Su alma flotó sin rumbo

por la superficie de la tierra, y entonces percibió la sensación cada vez más marcada de que el mensaje estaba a punto de llegar.

—Ignacio. —La voz rompió con el silencio de la visión. Hacía frío en medio de aquel calor, un frío descorazonador, pero no hostil. Y a pesar de todo, no era una voz ajena a él. Aunque sabía que no era él, ni nada que tuviese que ver con él, parecía pertenecerle de una manera ultraterrena.

»Ignacio. —Repitió la voz de nuevo.

Habían pasado siglos desde la última vez que alguien lo llamara de esa forma; hasta él pensaba de sí mismo como «el segundo». Llevaba más tiempo enfrascado en la persecución de su obra que en cualquier otra tarea llevada a cabo durante su existencia, y la antigua identidad de Ignacio Rinieri no era más que una concha de la que había eclosionado durante los años de la revolución. De todas formas, aquel nombre había sido suyo y de nadie más, así que se sentía impelido a responder a quienquiera que lo estuviese llamando. Su alma buscó a su interlocutor por aquel mundo licuado, pero no detectó ninguna presencia. No es que su visión estuviera afectada por la completa negrura del sol desaparecido —de hecho, parecía funcionar incluso mejor—, sino que no había nada que ver, al menos por ahora.

—Ignacio. —Una corriente de aire azotó la superficie de la tierra y provocó en ella extraños patrones de ondas. Surgieron remolinos que provenían de una imagen en miniatura del castillo de las Sombras, y el viento que silbaba entre las grietas de sus muros retumbaba como los gritos de la noche en que Gratiano atacó. Según se fijaba más en él, el segundo percibió una vibración que se elevaba desde debajo del suelo (donde estaba su cuerpo enterrado, pensó). La vibración creó un montículo que le resultaba familiar. Sí, era la ruta que había tomado aquella noche: se coló por entre los muros y corrió a través de los cañones, para después continuar en bote y luego en caballo y llegar así al santuario.

Y fue así como supo que era Él quien lo llamaba. Era el Padre de las Tinieblas, que le hablaba como lo haría si aún estuviera pegado a la carne. La tierra derretida saltó por los aires a su alrededor y formó un túnel que conducía hacia las profundidades del mundo. El corredor estaba tan oscuro como el sol que dejaba tras de sí, y más frío; el viento sopló con fuerza por aquel pasillo de tierra y arrastró a su alma consigo antes de que pudiera hacer nada. Allí tenía que ir. Su cuerpo relampagueó y desapareció a sus espaldas.

En el centro del mundo había una pequeña habitación, decorada

solo con tapices que ilustraban la destrucción de antiguas ciudades El Padre de las Tinieblas lo esperaba allí, una figura de negrura absoluta, como un agujero viviente a través del cual se asomaba el Abismo. (El segundo sabía que nunca había tomado tal forma antes del asalto de Gratiano, pero a veces las visiones jugaban con los sucesos históricos, y en tanto en cuanto fuera capaz de recordar la verdad, tampoco le preocupaba demasiado.) El Padre caminaba en total silencio mientras el alma del segundo se acercaba al suelo y se ponía de pie.

-Ignacio -dijo el Padre-. ¿Sabes lo que dicen en Asia acerca del arte de la guerra?

-No, mi señor -respondió el segundo, como había hecho una noche no mucho después del cambio de milenio. Recordaba esta conversación, al menos su comienzo, y recitó su línea mientras esperaba a que el resto de la visión se le mostrara-. ¿Dicen algo que valga la pena escuchar?

-Por supuesto que sí -replicó el Padre sin dejar de andar de uno a otro lado-. Uno de sus sabios, un tal general Sun, escribió que ganar cien batallas no es el culmen del arte de la guerra. Todo lo contrario, lo es ganar sin necesitar luchar esas cien batallas. En la guerra, dice, lo más importante es situarse donde el enemigo no pueda atacar, y atacar de forma que no se pueda defender. No debes olvidarlo nunca, Ignacio, porque llegará un día en el que combatas contra ejércitos a los que no puedas derrotar en el campo de batalla

-Si no puedo derrotarlos, mi señor ¿entonces qué? ¿Debería hacer uso de mi capacidad superior para huir? -Ignacio se pregunto ahora, mil años después, cómo se había atrevido a ser tan insolente

-Debes hacer lo que el enemigo no pueda hacer, Ignacio. Recuerda que se nos ha dado el mundo para sumirlo en las tinieblas y hacer que perdure en ellas. Cuando llegue el momento de luchar, debes tomar el mundo y hacerlo tuyo. -La voz del Padre retumbó La conversación derivó en una argumentación acerca de tácticas bizantinas y sus debilidades, aunque las palabras "hacerlo tuyo" destacaron por encima del resto.

El segundo se despertó con el eco de aquellas palabras aún en los oídos.

\* \* \*

Los otros despertaron cuando el sol se puso; el más antiguo se

levantó el último, como siempre, pues su sangre se negaba a despertarlo hasta que el último rayo de luz hubiera desaparecido del todo. El segundo, fatigado aunque satisfecho de su visión, esperó a que se congregaran sus camaradas. Cuando no faltaba nadie, describió la experiencia lo mejor que pudo.

-Hazlo tuyo -repitió el antiguo con su voz ceremonial. El segundo se dio cuenta por primera vez que recordaba en cierta medida a la voz del Padre. (Fue una revelación alentadora. Toda evidencia que ponía de manifiesto la comunión experimentada con motivo de la consecución de la obra, era un signo más de que lo que estaban haciendo no consistía solo en engañarse a sí mismos.)-. ¿Y tienes alguna interpretación que ofrecernos al respecto?

-No -concluyó el segundo-. No la tengo. Por eso os la he revelado. El Padre no nos dice nada que no podamos entender, así que si yo no soy capaz de descifrarla, seguro que alguno de vosotros sí.

Varios de los integrantes del círculo comenzaron a hablar, y luego se callaron. El segundo sabía por su propia experiencia lo que debían de estar pensando. En primer lugar se te ocurre algo, algo que parece tener sentido, pero luego, según se analiza la visión en su conjunto, te das cuenta de que falta algo importante, por lo que al final te alegras de no haber dicho nada. El segundo había reflexionado acerca de diversas interpretaciones, pero...

El antiguo se levantó con aire majestuoso.

-Sé lo que ha querido decirnos el Padre a través de la visión recibida por nuestro hermano. Atendedme. -Los otros lo contemplaron con gran interés. Habían pasado meses o años desde la última vez que el antiguo sirviera como gran intérprete de oráculos. Justo desde aquel desastroso momento en que el Abismo reclamó a dos de sus miembros en una misma noche. Ahora había recuperado la confianza-. La visión de nuestro hermano comienza con la imposibilidad de resistir a las fuerzas que dominan el mundo -continuó el antiguo-. No puede derrotar al sol, ni a la tierra, ni al viento, ni al resto de fuerzas que provienen del mundo mismo. -El segundo asintió, y el primero hizo lo propio-. Es testigo de las grandes obras de los cielos, que no puede reproducir ni controlar, y que lo ayudan en algunos casos y lo perjudican en otros.

»Encuentra refugio frente la hostilidad del mundo bajo la superficie de las cosas, desde donde surge también la presencia del

Padre. Aquí nuestro hermano vuelve a enfrentarse con su nombre de nacimiento y las palabras actuales del Padre. Y las palabras hablan de estrategia, de evitar un enfrentamiento utilizando los mismos medios que nuestros enemigos, reclutando el mismo tipo de tropas y planificando la misma clase de batallas. "Hazlo tuyo" nos ha dicho el Padre a través de nuestros hermanos.

El antiguo se detuvo un momento para comprobar si alguien daba signos de desacuerdo. Nadie lo hizo.

-Hazlo tuyo -repitió-. Unas palabras que ponen de relieve la posición de poder de aquel que las escucha. El Padre nunca nos ha pedido que hiciéramos lo imposible, solo lo que otros creían que era imposible. Si se nos manda que el mundo sea nuestro, entonces tendremos que averiguar lo que es necesario para conseguirlo. -El segundo volvió a asentir. Una buena exégesis; no había caído en ello, y de alguna manera se sintió reconfortado al oírla-. Por tanto hemos de considerar -dijo el antiguo- cómo, a través de nuestro poder, lograremos cumplir el mandato del Padre.

»¿Qué es lo que yace en el interior del mundo? -preguntó de modo retórico-. El fuego. Lava y humo, ceniza y humos tóxicos, que ansían salir al exterior. -Señaló al sureste, donde el monte Etna se alzaba sobre el horizonte-. A veces nos hemos visto obligados a posponer nuestro trabajo debido a que el transporte de la carne o de las mercaderías se ha retrasado a su vez por culpa de estos mismos fuegos de la tierra. Ahora, creo que podremos utilizarlos a nuestro favor.

-¿Seguro? -preguntó el noveno-. Sé que la sangre permite la realización de cierto tipo de alquimia, ¿pero cómo conseguiremos que erupcione un volcán?

El antiguo miró a los celebrantes de hito en hito, y luego se concentró en el miembro más nuevo.

-La sangre que corre por nuestras venas es el legado del propio Caín ¿cierto? ¿No es el legado que los sirvientes del Dios tirano maldijeron, la bendición que el Padre de las Tinieblas le arrebató de sus manos para ofrecérmola a nosotros?

-Por supuesto -respondió sin dudar el noveno.

-¿Y cuál fue el acto que atrajo la infamia sobre Caín?

-Asesinar a su hermano.

-Sí. Derramó la sangre sobre la tierra -dijo el antiguo, a la vez que alzaba la voz para enfatizar las palabras clave-. Cuando el tirano

juzgó a Caín, dijo que la sangre de Abel lo había llamado desde la tierra. -Esperó.

El noveno caviló.

-¿Hay sangre en el interior de la tierra?

-¿Y cómo no iba a haberla? Cuando cortas la garganta de un hombre, la sangre no flota hacia el cielo o se convierte en un rayo de luz. Lo que no bebes empapa el suelo. Se hunde en la tierra. Empapa el mundo entero, y mediante el uso de las artes adecuadas, es posible reclamar toda esa sangre.

-Ahhh... -el noveno se trabó la lengua al tratar de responder y verse asaltado por unas cuantas ideas contradictorias al respecto-. Entiendo -balbució al final.

-O al menos lo harás -respondió el antiguo-. Debemos empezar de inmediato.

## \_\_\_\_\_ 12 \_\_\_\_\_

**Miércoles, 26 de julio de 2000, 12:05 de la mañana**  
**Palacio Musafikhanah, El Cairo, Egipto**

La galería era una de las habitaciones más bellas en las que Andrew hubiera estado nunca. La pared del oeste estaba recubierta casi al completo por vidrios de colores dispuestos en complejos diseños geométricos, que representaban pasajes del Corán, así como frases atribuidas al Profeta. Los artistas que habían fabricado aquellas ventanas, unos dos siglos atrás, se habían atendido a las prohibiciones acerca de la idolatría al pie de la letra, y por tanto no había allí representación alguna del mundo humano o natural. En cambio sí había representaciones de las fórmulas matemáticas que se hallaban tras muchos fenómenos naturales: la secuencia Fibonacci, que regía el crecimiento en espiral de las semillas y ramas; la proporción áurea encontrada en las espirales de las conchas de mar y los cristales; la secuencia formulada por un europeo como ley de Bode, referente a las dimensiones relativas de las órbitas planetarias; y muchas otras que Andrew no reconocía. La habitación había sido en su momento un libro de texto sobre las matemáticas de la naturaleza y una extraña obra de arte.

El obispo Munther al-Aswad era consciente de la belleza de la habitación y había hecho los preparativos necesarios para mejorarla en ciertos aspectos sutiles. Sus sirvientes reemplazaron las bombillas

de las calles cercanas con unas de mucha más potencia, y ocultaron unas cuantas lámparas en las palmeras que jalonaban la acera. Cuando estaban encendidas, iluminaban las ventanas con una luz suave que era casi idéntica a la diurna, y que hacía brillar las propias ventanas para realzar el efecto. Las mesas y armarios situados en el centro de la habitación quedaban empapadas en reflejos multicolores y las lámparas de la habitación no deslucían este efecto debido a su tenue iluminación.

Andrew y los demás aguardaron a su anfitrión sin hablar. Todos admiraban las ventanas, incluso aquellos que prestaban poca atención a tales cuestiones estéticas. Andrew disfrutaba con ello: había tratado de instruir al grupo en el principio de que lo que sus vecinos, anfitriones y enemigos mostraban al mundo, era de importancia vital para analizarlos a fondo. Saber lo que alguien consideraba bello o digno de admiración permitía, no pocas veces, conocer sus debilidades y fuerzas. Toda información servía de algo si se estudiaba de la forma adecuada. Por lo tanto, aquel lugar, aparte de ser bello, también tenía otros usos (al menos para él).

Cada pocos minutos, uno de los ghouls del obispo pasaba por el recibidor con algún encargo. Aquellos que se adentraban en las profundidades de palacio solían llevar consigo pequeños maletines o paquetes, mientras que los que salían casi siempre lo hacían con las manos vacías. Andrew hubiera puesto más empeño en averiguar más detalles de no ser porque sospechaba que todo aquello no cumplía otra misión que distraerlo. Deseaba que Munther diera la cara en cuanto antes.

Llevaban esperando algo más de una hora cuando su anfitrión se presentó al fin. Entró sin ningún acompañante y cerró las puertas que llevaban al resto del palacio tras de sí. Luego se sentó en la gran silla situada al lado de la puerta. Munther despedía cierta frialdad en su comportamiento, frialdad que Andrew respetaba pero que no admiraba. Era la señal que mostraba alguien que había llegado a un nivel elevado en alguna de las sendas de iluminación del Sabbat, y que, por tanto, había purgado gran parte de su humanidad en el proceso. En su caso, por desgracia, parte del efecto consistía en una especie de aura de liderazgo que le resultaba útil para los asuntos mortales. Sin embargo, una vez que dejó de concentrarse en ello, su conducta volvió a ajustarse a los estándares de su alto nivel en la senda. No había ningún indicio que señalara la edad de su Abrazo, aparte de su evidente madurez. Sus ojos marrón oscuro poseían un



brillo suave, que contrastaba con su conducta: Andrew sospechaba que Munther había practicado aquella mirada durante mucho tiempo.

–Bienvenidos, honorables visitantes –dijo–. No es lo habitual que El Cairo reciba tan distinguidos invitados. Tendemos a pensar que los asuntos de los cardenales y de las cortes políticas ocurren en algún lugar lejano, allende los mares. Pero aquí estáis, y esperamos que disfrutéis tanto de la ciudad como deseéis.

–Gracias, honorable anfitrión –replicó Andrew–. Largo tiempo llevo oyendo hablar de la especial situación en la que se encuentra El Cairo, y también de sus innovadoras tácticas. –Se trataba de una apertura arriesgada, pero Andrew sentía la necesidad de marcar su territorio (de forma retórica) cuanto antes. El Cairo era materia de controversia entre los estrategas y líderes del Sabbat. Munther no se preocupaba por preparar un asalto directo contra los Lasombra independientes de la ciudad o el príncipe sin clan. En su lugar, trabajaba con ellos aunque de modo indirecto, haciendo uso de la manipulación social y de técnicas psicológicas muy parecidas a las acciones de guerra llevadas a cabo por la Camarilla. Si los beneficios derivados de esta actitud compensaban los sacrificios, estaba por ver. De hecho, muchos afirmaban con vehemencia que así era.

Munther encajó bien el golpe.

–Cierto, aunque me cuesta imaginar que alguien que ha estado ocupado con los asuntos de los señores de la secta y tratando con glamurosos antitribu y horrores del Abismo, se sorprenda con tan poca cosa. De todas formas ¿qué es lo que los trae a El Cairo? Sé que han llegado por mar y que se toparon con algo extraño en Sicilia, pero nada más.

«Ya, claro», pensó Andrew.

–No me gustaría repetirme, Excelencia. ¿El paladín del cardenal Timofiev no os explicó la situación?

–El paladín me dijo que venían de investigar una plaga de seres invocados del Abismo y que volvería a informarme cuando dispusiera de un canal de comunicación seguro. Desde entonces no he recibido más datos al respecto, salvo instrucciones de que me asegurara de que todos ustedes permanecían en El Cairo. –Se lo pensó durante un momento y luego siguió hablando–. Lo que supone un reto importante, al menos en uno de los casos.

–Bien. Déjeme que le explique. –Andrew procedió a contar toda la historia: su encargo de capturar a Lucita, su captura y sentencia, la

búsqueda de respuestas acerca de la historia del clan, y el ataque a Sicilia—. El barco nos trajo hasta aquí. Lucita nos recomendó este lugar para reunimos, y los otros estuvieron de acuerdo. Dijo que aquí podríamos organizar una reunión más rápido que en cualquier otro lugar, sobre todo debido a su relación con la oposición y a la falta de enfrentamiento entre ambas sectas. Así que aquí estamos, mientras que el paladín habla con el cardenal y Lucita dispone un sistema de comunicaciones para nosotros.

—Entiendo. Me habría encantado ser informado antes de que se organizara todo esto con tanta rapidez.

—Excelencia, yo... —Andrew no estaba seguro de cómo presentar una disculpa, aunque no tenía la menor duda de que era imprescindible.

El obispo alzó una mano.

—No, no, compañero obispo, el problema no es suyo. Yo tampoco habría discutido con el paladín y la chiquilla de Monçada de estar en su lugar. Aprecio sus respuestas; ahora veamos qué podemos hacer. Imagino que querrán disponer de un refugio mejor que las chozas del puerto, y creo que conozco un lugar adecuado. —A continuación describió cómo llegar hasta un bloque residencial precintado cerca del mercado al aire libre más grande la ciudad, el Khan al-Khalili, y les explicó, a grandes rasgos, la división del pastel entre las facciones vampíricas. Andrew se prometió volver algún día y pasar unos años allí estudiando la situación, que le parecía fascinante.

»Ahora —prosiguió Munther tras su explicación—, ¿cuál es el paso siguiente?

Andrew pensó. Era hora de ir al grano.

—Entrenamiento, por supuesto. Nuestra cuadrilla funciona bien, como es lógico después de todo por lo que ha pasado, pero necesitamos practicar más contra elementos sobrenaturales experimentados. La mayoría de nuestros objetivos han sido más convencionales. Nos gustaría participar en las prácticas que su fuerza personal lleva a cabo para prepararse de cara a los conflictos locales.

### \_\_\_\_\_ 13 \_\_\_\_\_

**Miércoles, 26 de julio de 2000, 1:34 de la mañana**  
**Museo de arte islámico, El Cairo, Egipto**

El museo le ofrecía a Angélica multitud de oportunidades para

trepar. Se sintió torpe al pasar de un elemento decorativo de la esquina hasta la cornisa de la ventana desde donde se impulsó hasta encaramarse por encima del balcón, pero su agilidad nata, combinada con el don de la sangre de Lucita y su breve experiencia como alpinista en Colorado, hizo que todo fuera más fácil. Subió tres pisos más y alcanzó el techo casi tan rápido como si hubiera andado todo el trecho. Por supuesto, Lucita lo hizo mucho más rápido.

Un vampiro la aguardaba en el tejado. Muy bien parecido, en opinión de Angélica. Le recordaba a aquellos españoles aristocráticos que había conocido en el sureste americano, de rasgos proporcionados a la perfección, y un aura cargada de calma y confianza en sí mismos. Aquel hombre podría haber sido el arquetipo para muchos de ellos, pero poseía el refinamiento adicional que debía al hecho de llevar siendo vampiro lo suficiente como para deshacerse de los manierismos mortales.

-Buenas tardes, Madame -le dijo a Lucita, al mismo tiempo que efectuaba una reverencia-. Y esta, sin duda, es Angélica, de quien ya hemos hablado. -Su voz era tan suave y límpida como su apariencia.

-Buenas tardes, Christobal -replicó Lucita con igual cortesía-. Gracias por venir. Creo que con esto quedamos en paz.

-En efecto. -Abrió su impoluto abrigo de piel para mostrar un total de seis pistolas en sus respectivas fundas, munición para ellas, y lo que Angélica catalogó de inmediato como granadas de diversos tipos-. He venido preparado, como me indicaste. -Los vaqueros de Angélica, su camiseta y jersey fueron sometidos al examen del hombre-. Bastante más que tu estudiante, de hecho.

-Todo a su tiempo, Christobal. -Lucita fijó su atención en Angélica-. Angélica, este es Christobal. Fue un aventurero de los siete mares durante su vida y aún conserva las habilidades de entonces, que ofrece tanto a los Lasombra como al Sabbat. Debido a ciertos problemas que hubo aquí la última vez que vine, me debe un favor; me lo pagará instruyéndote en técnicas de combate personal hasta que ambos coincidamos en que has alcanzado un nivel general aceptable.

-De acuerdo. -Angélica decidió no confiar del todo de las buenas intenciones del hombre, a pesar de que no temía que Lucita la metiera en una situación peligrosa.

Christobal se inclinó ante ella.

-Buenas noches, Angélica. Mi objetivo es ayudarte. Nadie excepto uno mismo sabe dónde se encuentra sus límites. Aprenderás

no solo a utilizar pistolas y cuchillos, sino también a usarlos junto con las bendiciones de la *vitae*. La sangre vampírica cambia a la gente mortal de diferentes formas. Tendremos que descubrir el modo en que lo han hecho contigo. -Angélica asintió: tenía sentido-. En primer lugar, veremos cómo te mueves y lo que debes aprender para hacerlo mejor.

»Madame... -se volvió hacia Lucita-. ¿Debemos devolverla a su refugio, o puede descansar en cualquier otro sitio cuando llegue el alba?

-Puede quedarse con el resto de mi cuadrilla -le aclaró Lucita, y le entregó una dirección.

-*Mi cuadrilla*. -Christobal rió entre dientes-. Nunca antes dos palabras implicaron tanto alboroto para una ciudad entera. Si la leyenda termina por aliarse con el Sabbat ¿quién no lo hará? El simple hecho de su presencia, dadas las circunstancias, basta para otorgar al Sabbat un lustre que nunca tuvo. Pero eso no es lo que nos ocupa ahora.

»Acompáñame, alumna, estiremos las piernas un poco.

Trepó por la pared este del museo y la esperó. Una vez que estuvo al nivel de la calle, se dirigieron hacia los páramos que rodeaban los grandes mercados de los distritos Lasombra.

## \_\_\_\_\_ 14 \_\_\_\_\_

### **Jueves, 27 de julio de 2000, 9:40 de la mañana Museo Arbeit, Hamburgo, Alemania**

Willa recogió el taco de correos electrónicos, impresos de acuerdo con unos formatos especificados por ella misma. No se detuvo a reflexionar sobre ello, pero lo cierto es que todo funcionaba de manera más eficiente desde que, años atrás, Madame contratara a un asistente financiero para que automatizara el proceso de recopilación y distribución. Hubo unos cuantos años en los que Willa lo pasó bastante mal al tener que abrirse paso a través de formatos diferentes para cada documento, lo que en algunas ocasiones implicó oportunidades desaprovechadas.

Prestó atención a las cuentas. Los fondos necesarios para esta actividad provenían de sus propios recursos, ya que esta vez ella pagaba por una búsqueda para su propia jefa. Después de aquella extraña llamada de hace cinco noches, había estado trabajando sobre

un conjunto de informes sobre Lucita y datos relacionados que había conseguido, para luego poner tras la pista a varios de sus traficantes de información preferidos. Enseguida le habían traído noticias de sus respectivos archivos, y aunque nada fuera de utilidad inmediata, sí que tenían su relevancia en mayor o menor medida. Willa quedó sorprendida al ver la ingente cantidad de movimientos que registraba una de las cuentas de Madame, y al mismo tiempo también algo aliviada al saber que nadie más pensaba iniciar la misma clase de indagación que ella. Los secretos que podrían descubrir aquellos que sabían dónde buscar aún estaban a salvo.

Ahí estaba. Había un viejo suizo, agente de comercio, de nombre Karl, que tenía la costumbre de adquirir información fidedigna de fuentes poco fiables o desconocidas. Karl tenía una buena seguridad, pero no perfecta; no tenía ni idea de que una célula de italianos revolucionarios troskistas habían colocado un conjunto de micros en las líneas de su casa por orden de Madame hacía pocos años, a cambio de dinero y armas. (Ellos tampoco sabían que la indicación anónima que acabó con los miembros de la célula encarcelados o muertos en «intentos de fuga», no tuvo su origen en un antiguo miembro de la organización, sino en Madame, que prefería no dejar cabos sueltos que pudieran conducir hasta ella.) Willa no recibió esta información de manera oficial hasta un par de días antes, más o menos, y en ella no se mencionaba a Karl. Podría actuar ahora, sin esperar a realizar maniobras más complejas, siempre y cuando evitara alertarlo con acciones que interfirieran con las del suizo. Sentada en su oficina, estudió el informe. Los datos provenían de una fuente desconocida de El Cairo. Las fuentes no confirmadas solían causar problemas, o al menos eso es lo que pensaba Willa. O eran nuevos en el negocio y por tanto cometían errores de bulto, o eran expertos que procuraban ocultar su identidad, lo que sugería un pasado que ocultar. Tendría que proceder con pies de plomo. No obstante, las referencias a avistamientos de un significativo número de antiguos Lasombra en El Cairo sin objetivo conocido, y el respaldo a tal reunión por los líderes del clan, resultaban indicativas.

Tras una hora de reflexión, Willa optó por intervenir.

Colin estaba preparándose para salir cuando sonó su teléfono móvil. La ID de pantalla mostraba que el sistema informático al que estaba conectado había verificado que la llamada registraba la marca de acceso con la que Karl contaba.

-Buenas tardes -respondió.

-Buenas tardes, señor. Lo llamo en referencia a ciertos artículos que desea vender a mi patrón, el señor K. -Era una la voz grave de una mujer con cierto acento germano.

-Oh, sí -dijo Colin, exagerando su acento irlandés-. Pero verá, señora. Realizo negocios constantemente, tendrá que ser algo más específica.

-Claro. -La mujer (o la voz de mujer) recitó la señal de acceso.

-De acuerdo. -Colin decidió dejar los rodeos. Debía de ser un miembro del personal de Karl-. ¿Qué es lo que puede hacer para usted y para su patrona?

-Hemos encontrado los primeros datos satisfactorios, así que deseamos adquirir el paquete entero, de acuerdo con la tarifa habitual. También nos gustaría contratar sus servicios. En este caso hablaríamos de una observación y seguimiento continuo, con un informe semanal, además de posibles encargos adicionales sobre la marcha, de acuerdo a las circunstancias. ¿Es posible?

-Por supuesto, señora. ¿Dónde envió los informes?

La mujer le dio una dirección de correo electrónico con las claves precisas, y la información para acceder a un fichero electrónico cuya ubicación Colin reconoció en Zurich. Luego él le dio los datos necesarios para efectuar los pagos a una de sus cuentas bancarias favoritas, en las islas Caimán. Después la mujer colgó, sin siquiera una despedida formal.

«Bueno -pensó Colin-. *Los riesgos valen la pena, al menos de momento*». Aquel iba a ser un encargo de lo más lucrativo.

## **Más allá del tiempo y del espacio**

### **El Abismo**

El más viejo de los chiquillos del Antediluviano Lasombra, que se hacía llamar Montano en los tiempos en los que necesitaba de un nombre, se abrió paso a través de las enmarañadas corrientes que

conformaban el castillo de las Sombras. No se dejaba llevar, aunque alguien que pudiera seguir sus movimientos habría podido llegar a pensarlo. En su lugar se movía, a paso lento pero constante, por zonas de diferencia psíquica; en otros tiempos, tiempos más tranquilos, este tipo de movimiento sí sería ir a la deriva. Si dejaba de moverse, sería asaltado por los infinitos habitantes del Abismo y despedazado en cuestión de segundos. Nunca había tenido que vérselas con semejante caos, y tenía que admitir que el miedo lo carcomía. La novedad de la sensación casi valía el riesgo de afrontarla.

Por un momento deseó tener consigo algún aliado o acompañante con quien poder compartir sus pensamientos. Pero según evaluaba los posibles candidatos, los iba rechazando por buenas razones. Este por ser demasiado entusiasta de la gran revuelta, aquel otro por subestimar al Abismo y a sus habitantes, el otro por tardar tanto en asimilar nueva información. Si tuviera un siglo entero, podría entrenar a un aprendiz de valía, pero parecía que las circunstancias no le dejaban elección. Así que siguió solo; había terminado por acostumbrarse después de tanto tiempo.

La mancha de un negro absoluto que era la extrusión del castillo en el Abismo daba la impresión de haber crecido mucho más desde la última vez que la viera. Su atención se fijó en un enjambre de parásitos emocionales que trataban de alimentarse de su alma. Mientras reforzaba su identidad para hacerles frente, el nombre Montano se elevó de entre las nieblas de su mente, como una forma de distinguirse a si mismo de todo lo que constituía el resto del Abismo. Por el resto de su viaje, sería Montano en lugar de solo el más antiguo Lasombra.

Montano contempló un fuerte viento que soplaba en dirección al castillo, aunque provenía de lejos. Expandió su conciencia para cambiar de rumbo y dirigirse hacia su origen. No podía estar muy lejos... Era demasiado consistente y coherente para haberse formado en abismos insondables o en los bajíos. Las encrucijadas de énfasis y las zonas de fragmentación tendrían que haber introducido remolinos y confusión en el flujo, con lo que se habrían mitigado la pureza de su orgullo y ansia.

En la mente de Montano quedaban pocas palabras o conceptos. Su vida interior se había distanciado de la clase de lenguajes que utilizaban los mortales y los vampiros jóvenes. En su lugar se apoyaba en imágenes y complejas redes de estados emocionales. Durante su

viaje por el Abismo, aplicaba la expresión verbal más de lo acostumbrado, ya que pensaba lo que le diría a alguien (lo suficientemente competente como para trabajar con él) sobre el desentrañamiento de los misterios que lo rodeaban. A pesar de estos esfuerzos, pocos de los mortales o vampiros con la capacidad de entrar en su mente habrían entendido la mayoría de lo descubierto aquí. En su mente solo se hallaban los esbozos de una explicación hablada o escrita, sin ningún tipo de retoque.

Corriente arriba, dio con una intrusión en el Abismo, muy parecida a la del castillo de las Sombras, pero también mucho más joven y pura. El castillo exhibía la complejidad propia de las impresiones dejadas por un gran número de almas durante mucho tiempo. Este otro lugar, ignoto para Montano, no había disfrutado de la compañía de tantas almas. No obstante, quienquiera que hubiese estado trabajando allí demostraba una gran experiencia en el control del Abismo. Y era eso justo lo que le preocupaba a Montano, ya que pensaba que lo conocía todo sobre el Abismo. Al menos, todo lo que se aprendía en los más altos grados del estudio del misticismo abisal. Pero este lugar no expedía un patrón familiar de resonancia. Alguien había trepado por entre los grados de conocimiento a toda velocidad, y sin la ayuda de aquellos a quienes Montano conocía.

No le hizo falta más que un instante para darse cuenta de que una aproximación directa no serviría de nada. El maestro del lugar había dispuesto defensas: un conjunto de pasiones destructivas y una fuerza de reserva formada por entidades aullantes que anhelaban cualquier sensación que pudieran encontrar. Por separado no constituían muchos problemas, pero en grupo servirían de sobra para debilitar incluso a alguien como Montano, y este no tenía prisa por descubrir lo que ocultaba el interior, dispuesto a aprovechar el ataque de estos enjambre. Se retiró tras haber recibido solo unas leves heridas, y se contentó con un examen de la periferia.

Un recurrente patrón de emociones en los cimientos de la fortaleza captó su atención. Deseo, miedo, vuelo, logro, auxilio. Montano no incluía la palabra «recursividad» en su vocabulario, pero conocía el concepto. La personificación del auxilio en esta secuencia contenía el resto de elementos, y volvió a repetirse un número de veces que Montano no pudo determinar a causa de la distancia. Se acercó todo lo que se atrevió y empezó a desentrañar los objetos de deseo, inspiraciones de miedo y vuelo, y demás elementos implícitos del patrón, hasta que por fin se dio cuenta de lo que tenía ante sí.



Pronto sería el momento de actuar a la luz de tal reconocimiento, si era capaz de extraerle la verdad.

\_\_\_\_\_ 17 \_\_\_\_\_

**Martes, 1 de agosto de 2000, 11:00 de la tarde**  
**Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia**

La purificación ceremonial había concluido. La sangre de los celebrantes se había extraído o quemado y luego se había reemplazado con sangre fresca perteneciente a víctimas que había llevado vidas puras y que habían sufrido muertes purificadas ritualmente. La cámara de rituales y sus contornos se habían barrido cada noche, y el polvo se había retirado con una mezcla de agua y vinagre con la que se había untado las paredes y suelos. Los instrumentos del ritual –vela y madero, cuchillo y personal– habían sido consagrados y fregados. Hora de comenzar.

El segundo lideraba la reunión; después de atender a sus estudios preparatorios, el más antiguo decretó que la realización del ritual le correspondería a él. Así que fue él quien se situó en la posición principal y habló en un lenguaje proveniente del oriente medio, olvidado mucho tiempo atrás por los mortales.

–Nos reunimos para extraer el fuego de la tierra. La tierra sobre la que caminamos es fría, pero esta es solo la verdad de la superficie. Hay un fuego en el sol y un fuego en nuestros corazones, que no dejan nunca de batallar entre sí. El fuego en la tierra no le pertenece ni al sol ni a nosotros, y no se someterá de manera voluntaria. Pero nosotros somos sus hermanos, porque tiene su origen en el mismo pecado glorioso que nos dio la existencia a nosotros, y sabemos cómo hablarle de hermano a hermano. El fuego aún no es nuestro, pero lo será, y con su ayuda triunfaremos contra el sol. –Repitió este verso en inglés moderno, y en *koine* griego para que aquellos menos versados en lenguas antiguas lo entendieran también.

»Aunque no vivimos –dijo el segundo–, aún exhibimos algunas de las marcas de la vida. La sangre fluye en nosotros. Para escuchar la voz de nuestro hermano errante, debemos calmarnos. Dejad que la tierra os sostenga cuando la marea de sangre descienda, y abríos al mundo que yace debajo de ella. –Se tumbó y se estiró, con los pies apuntando hacia el centro del círculo. Después de un momento de incómodo silencio y miradas recíprocas, los otros hicieron lo mismo.

Sus pies apenas se tocaban.

El segundo procedió a entonar cantos meditativos y sencillos mantras para conseguir que todos se calmaran y alcanzaran un estado de cierta armonía. Después se calló; el propio canto era una distracción para lo que se disponían a hacer. Poco a poco, muy despacio, sintió que una gran quietud medraba en sus miembros para luego seguir por su cabeza, su pecho y su abdomen. Era como si llevara sin moverse muchos años. La sangre se concentró alrededor de su corazón muerto, pero no calentó aquellos ajados órganos; en su lugar se coaguló hasta convertirse en un fango frío y oscuro, semejante al aceite congelado. Solo su mente y sentidos permanecían activos. De hecho, según su cuerpo se iba ajustando a la nueva situación, su tacto y oído se intensificaban. De pronto cobró consciencia de la fina textura de sus ropas, la irregular superficie de las piedras bajo sus pies, o los pequeños remolinos en el aire creados por el movimiento de los celebrantes.

Era casi el momento... En breve, el sol dejaría de ser visible desde aquella localización y se vería bloqueado por la mole del mundo. «*El momento de actuar*», se dijo a sí mismo. Durante un instante su cuerpo se vio inundado por la agonía, y los espasmos lo sacudieron de la cabeza a los pies aun sin requerir de sangre que impulsara tal actividad. Sabía que terminaría el ritual machacado y sin sangre; su cuerpo se devoraba a sí mismo en esta furia momentánea. Pero entonces cesó, y su mente vagó libre y se hundió a través de su cuerpo, del suelo, hacia la tierra durmiente. No tuvo que esperar mucho a que los demás se le unieran. Pasados cinco minutos desde la última campanada que anunciaba la medianoche, los celebrantes estaban reunidos en un círculo astral.

Todo el mundo a su alrededor era negro, pero no por completo. Un levísimo brillo que se alzaba de vez en cuando desde debajo recortaba el alma de cada celebrante contra la negrura que los rodeaba.

–Ahí –les dijo a los otros–. Bajo nosotros se encuentra la sangre de la tierra, la que llora por el nombre de nuestro Padre, aunque nadie sabe cómo oírla. Pero este no es el sitio donde habla con mayor claridad. Debemos trasladarnos hasta otro lugar donde su voz se pueda escuchar mejor. –Señaló al este y al sur. No había nada que ver, pero todos conocían el terreno circundante, y sabían que más allá se erguía el monte Etna. Asintieron y comenzaron la laboriosa tarea de mover sus almas por la tierra.

El viaje fue duro y tan desagradable como moverse en el Abismo. Uno de los miembros más jóvenes preguntó por qué no se habían servido del Abismo para acercarse y luego se habían introducido en la tierra el último tramo del viaje.

—La tierra se conoce bien a sí misma. Y por tanto, percibe lo que está en ella sin ser parte de ella. No «olemos» como nada propio de la tierra. Según avanzamos, la tierra percibe nuestra presencia. Nuestro viaje nos hace ganar el respeto necesario para solicitar las acciones que queremos que lleve a cabo. Si nos sirviéramos del Abismo, la tierra sabría de nuestro engaño, y nos repudiaría como extraños, si no como auténticos enemigos. Si lo prefieres, piensa en esto como algo parecido a diplomacia geológica —explicó el segundo. Eso bastó para contestar más preguntas potenciales, así que el grupo siguió moviéndose en silencio.

Los viajeros del Abismo sentían a veces aspectos del universo físico. Especialmente las zonas más compactas o más abiertas creaban perturbaciones en el Abismo. Por otro lado, las diferentes clases de vida animal y fenómenos naturales atraían clases particulares de moradores del Abismo. En aquel lugar nada se interponía en la complejidad espiritual de la tierra, ni escudaba a los viajeros de impresiones directas sobre ella. Los cambios en la composición del suelo se percibían como cambios de temperatura. Los antiguos cementerios despedían un olor característico, y a veces los viajeros se sentían rodeados por fantasmas demasiado débiles para manifestar formas astrales definidas. Muy por debajo de la superficie, dieron con ruinas de civilizaciones olvidadas por la humanidad y con restos de antiquísimas batallas; algunas de las armas se conservaban lo suficientemente bien como para agitarse a su paso. Los geólogos interpretarían estos temblores como los precursores de grandes erupciones.

Al fin, después de lo que parecieron horas o días, se pararon cerca de las raíces del Etna. Desde la consideración de la geología como ciencia, el volcán había sido un misterio para los humanos. No se acomodaba a ninguno de los factores identificados como responsables de volcanes. No había cerca ninguna región donde se encontraran dos placas continentales, ni un punto donde las placas se hubieran separado, ni tampoco estaba sobre un flujo de lava proveniente del centro de la tierra. Solo estaba allí, sin más.

Desde su posición, no obstante, los celebrantes eran capaces de apreciar la verdad. La tierra sobre la que el monte Etna se alzaba, se

veía recorrida por una voz que recordaba a la del Padre de las Tinieblas. Sus ancestros mortales habían vivido allí, y aunque nunca pudieron adivinar que su sangre serviría de cimiento para el mayor de los linajes vampíricos, la tierra sí lo sabía. La voz de Abel se oía clara, entremezclaba con la de Lasombra, y el resultado era esta torre magnificente de muerte y violencia que aguardaba el próximo momento en que liberaría su ira.

-Hermana Tierra -llamó el segundo-. Escucha mi voz y muéstrate. -Los otros repitieron este verso. La tierra, por supuesto, no hizo nada.

-En el principio, la sangre que estaba en tu interior te llamaba -dijo el segundo a la masa física y espiritual del volcán-. Ya no estás en la tierra de la primera familia, pero su memoria pervive en ti, y sabes que no te miento. Cuando por fin Dios se digne a escuchar, castigará a aquél que derramó la sangre, pero no hará nada por curar tus heridas; ni entonces ni nunca. A Dios no le importas, solo le sirves como escenario para su teatro de marionetas. No nos parece suficiente, y tú tampoco has de aceptarlo.

Se detuvo para repetir la invocación de antes. Había fuerzas que se arremolinaban muy por debajo de ellos, pero seguía sin haber respuesta a sus palabras. Pero él no esperaba una respuesta aún. No la habría durante la noche: al igual que el exorcismo, la magia que afecta a la tierra, suele requerir de muchas repeticiones antes de surtir efecto. Continuó sin perder la confianza.

-A Dios no le importas -aseguró, y tanto él como el resto de celebrantes bordearon con cuidado los canales de lava del volcán-. Ni tampoco al sol. Comenzaste tu existencia como detritos despreciados por el sol, la materia que no deseaba retener y que estaba dispuesto a abandonar al antojo de las fuerzas primarias del universo. Serás erosionada por las batallas finales de la humanidad, y se te dejará a merced del avaricioso sol. La historia llegará a su fin, y no habrás sido más que un escenario. Ese es el amor que el creador demuestra por su creación.

Tres pequeños terremotos, provenientes de varios kilómetros más abajo, agitaron el volcán. La precisión de su compás le sugirió al segundo que tal vez se hubiera hecho eco en el espíritu del lugar.

-Nosotros, tus hermanos de sangre, no aceptamos ser meras comparsas en el drama pretendido por Dios, y tú puedes unirse a nosotros. No tienes que limitarte a ser lo que siempre has sido. Al igual

que nosotros, eres libre de actuar por ti misma y perseguir tu propio destino. Nadie ha de decidir lo que la tierra viviente ha de ser; eres capaz de soñar y actuar de acuerdo con ello. Y también puedes despertarte, y no solo en los lugares secretos en los que descansas.

El segundo condujo de nuevo a los celebrantes en la invocación. Esta vez no había riesgo a equivocarse: el patrón de tres cortos temblores se repetía una y otra vez. Una trinidad de trinidades, como el segundo no tardó en reconocer, era una de las maneras fundamentales de indicar que no se trataba de algo accidental. Quizás el volcán no estuviera de acuerdo con ellos, pero los había escuchado. Un comienzo auspicioso, pensó.

–Debemos regresar a nuestro lugar y descansar –le dijo al volcán–, pero volveremos una vez el maldito sol se haya puesto de nuevo. Hablaremos de nuevo de esto, y de lo que haremos al respecto

Después, los demás y él iniciaron el largo camino de vuelta a sus cuerpos.

## \_\_\_\_\_ 18 \_\_\_\_\_

### **Miércoles, 2 de agosto de 2000, 10:25 de la tarde Calle Al-Mu'izz, El Cairo, Egipto**

Aquella noche, Angélica y Christobal saltaban de tejado en tejado. De vez en cuando, él le ordenaba a ella que entrara o al menos echara un vistazo dentro de alguna de las tiendas y mansiones por las que pasaban, para que obtuviera algún tipo concreto de información. «No se trata solo de ser capaz de mirar –le había explicado–. Saber qué ver y cómo verlo es lo que te convierte en un buen observador». En esta ocasión procedieron con especial sutilidad, ya que la ruta elegida por Christobal les hacía pasar al lado del refugio de Fatimah al-Lam'a. Disponía de vigías y guardias que contaban con una reputación impecable: Christobal quería comprobar si Angélica era capaz de no alertarlos con su presencia

La primera parte del viaje (hasta llegar a la calle donde se encontraba el refugio de Fatimah) transcurrió sin problemas, y se posicionaron para estudiar la cafetería situada enfrente de su hogar. Estaban pensando en diferentes diversiones que los ayudaran a cruzar la calle cuando Angélica percibió a alguien más que se acercaba por los tejados desde el oeste, en dirección al centro de la ciudad. Se lo indicó a Christobal, que la atrajo junto a sí, y luego tejió

una capa de sombra sobre ambos. (Ella se preguntó si podría aprender aquel arte alguna vez.)

La figura que se aproximaba era un vampiro, sin lugar a dudas, a juzgar por la distancia de sus saltos, y Lasombra, como resultaba evidente a causa de los tenues hilos de oscuridad que lo seguían de cerca. Se acercó al hogar de Fatimah, disminuyó su velocidad, y oscureció su manto de sombras. Pero no había tomado la precaución de examinar sus alrededores como Christobal había enseñado a Angélica. Se detuvo a unos diez metros de Angélica, y entornó los ojos al mirar el refugio.

Era Niccolo.

Angélica suspiró; estaba segura de que el vampiro iba a intentar algo estúpido. Pensó en los «asuntos» que Niccolo había dejado a un lado en las últimas noches. ¿Sería tan estúpido como para tratar de robar algo del mismo centro del poder Lasombra en El Cairo? Mucho se temía ella que sí.

Niccolo escuchó el suspiro y se dio la vuelta en redondo, pero no advirtió las sombras en las que Angélica y Christobal se ocultaban. Lo siguiente que sintió fue el impacto de una ráfaga de balas de una pistola con silenciador, que hicieron blanco en sus rodillas y su garganta. Christobal fue el que disparó más veces, pero dio su aprobación a los dubitativos disparos de Angélica. Niccolo cayó al suelo con un sonido sordo, inmovilizado y silenciado.

–Es uno de los tuyos ¿no? –inquirió Christobal mientras tanteaba la rodilla izquierda de Niccolo con la bota.

–Sí –Angélica suspiró de nuevo–. Lo es. Es Niccolo. Pertenece a la misma estirpe que Rosa, la que iba a ser la seguidora de Lucita.

–Christobal asintió al recordar la historia de Lucita acerca de la persecución y captura de Rosa–. No estoy segura de lo que estaba haciendo aquí, pero no creo que fuera nada bueno.

–Bebe.

–Yo... Eh...

–Esto es parte de tu entrenamiento. Saber cómo aprovecharte de los recursos de tu enemigo es una parte importante de la maestría táctica. Bebe. –Al ver que dudaba, siguió insistiendo–. No te preocupes. Informaré al respecto, y tanto Lucita como Fatimah reconocerán que actué de forma adecuada. Y también tu ductus, Andrew.

Angélica se inclinó a regañadientes sobre la sangre que se

acumulaba alrededor de la rodilla de Niccolo, y terminó por beber de ella. La sensación fue peculiar, nada parecido a lo que experimentaba con Lucita. La sangre de Niccolo carecía de la fuerza innata de la de Lucita, aunque la llenaba igualmente de una sensación cálida. Un pensamiento le cruzó por la mente, y levantó la mirada.

Christobal sonrió.

–Acabas de pensar en el vínculo de sangre. Chica lista. Pero en tu caso no importa. Como no sobrevivirá a otro anochecer, no corres ningún riesgo al beber hasta saciarte. Tendrás sangre de sobra con la que probar unas pocas maniobras avanzadas. –Un poco más confiada, Angélica volvió a beber, y en unos pocos minutos estuvo repleta.

Después, Christobal tiró de Niccolo hacia arriba.

–Estabas a punto de cometer una estupidez. Algo que pondría en peligro la tranquilidad de la *khitta*, de la ciudad entera. Solo sirves para alimentar a los mortales, y luego para morir. Como ya has hecho lo primero, es hora de lo segundo. –Dejó a Niccolo en el suelo otra vez, y sorprendió a Angélica al saltar sobre el pecho del vampiro herido hasta reventarle la caja torácica. Después metió la mano en el pecho, sacó lo que quedaba del corazón de Niccolo y lo aplastó. No tardaría mucho en sobrevenirle la muerte final

»Vamos –ordenó tras su despliegue de fuerza, con una voz que había perdido la alegría–. Le contaremos esto a Lucita.

## \_\_\_\_\_ 19 \_\_\_\_\_

### **Jueves, 3 de agosto de 2000, 2:15 de la mañana Sharia al-Ahram, El Cairo, Egipto**

Incluso a esas horas, el camino que llevaba de El Cairo a las grandes pirámides, situadas a diez kilómetros, seguía atestado. Gente que transportaba artículos para las tiendas turísticas de las pirámides; otros que vivían en los suburbios del este, y que iban o volvían de sus trabajos nocturnos; turistas que hacían escala en su camino a Nueva York o Los Angeles o Tokio. Andrew y su cuadrilla no eran el único grupo que iba a pie; tanto los lugareños como los visitantes recorrían parte del trayecto de la misma forma.

Andrew se divirtió equipando al grupo con cámaras y obligándolos a que actuaran como si estuvieran tomando fotos para luego elaborar postales o pósteres.

Se detuvieron en la cima de una colina pequeña; a sus espaldas se extendía el centro de El Cairo. Las luces brillaban entre la brisa templada de verano, y Andrew decidió tomar unas cuantas fotos de verdad. Además le sirvió de excusa para hablar de manera casual con los demás.

-Me siento abrumado.

Barry no miró a su ductus mientras trasteaba con las lentes.

-¿Y eso a qué se debe, reverenciado líder?

Andrew lo miró encolerizado.

-¿Ser un bocazas es una condición para practicar la senda de la Noche?

-Pues resulta -dijo Barry con aparente seriedad- que sí. Tuve ocasión de estudiar el asunto en la biblioteca del obispo Munther la otra noche; pretendía resolver una disputa con Simon Peter al respecto.

El taumaturgo asintió.

-Sí, nosotros estábamos de acuerdo con el término, pero las grandes autoridades no utilizan esa palabra en concreto, «bocazas» aunque sí están de acuerdo en que cierta medida de insubordinación es del todo compatible con los preceptos de la senda en lo que a la cadena de mando se refiere.

-Dime, Barry. -Andrew bajó la cámara para dedicarle toda su atención-. ¿No rezas con todas tus fuerzas para que no te destinen al servicio de otro obispo que tenga menos sentido del humor que yo?

-Muy a menudo, reverendo líder. Reconozco el favor de Caín cuando lo veo. Entiendo tu tolerancia como la confirmación de que estoy destinado a grandes cosas, al menos si consigo sobrevivir lo bastante como para encontrarlas. -Barry se detuvo para bajar la cámara. Pensó en Niccolo, y en la historia acerca de la estupidez que, según Christobal les había contado y Lucita había confirmado, había cometido-. Pero decías algo de sentirte abrumado. ¿Quieres decir que la presencia de al menos una decena de antiguos que podrían aplastarnos a todos como insectos y otras dos docenas que podrían hacerlo sin sudar mucho más te hace sentir insignificante?

Andrew se echó a reír.

-Sí, en ocasiones como estas siento algo de simpatía por los primeros rebeldes. La mera idea de que mis... nuestros logros dependa de que le ocurra algo malo a uno de ellos no me hace sentir mucho mejor. Solo es cuestión de tiempo el que decidan utilizarnos



como carne de cañón, cosa que justificarán diciendo que es lo mejor dada nuestra experiencia.

-¿Tienes algún plan? -preguntó Rosa.

-De momento no. -Mentira. Andrew había planificado con detalle tres posibles cursos de acción y pensado unos cuantos más. Pero necesitaba saber en qué pensaban los demás.

-Entonces estás perdiendo el tiempo -aseguró con impaciencia-. Al sol no le importa si le gustas o no, y tampoco a esos conspiradores que se sientan tras los tronos de los obispos y tiran de los hilos. Y la energía que gastas preocupándote por ello es energía que no sirve para nada útil. Por ejemplo, ¿has pensado en ofrecerte como voluntario?

Andrew pareció sorprendido.

-Eh... no. La verdad es que no. ¿Crees que debería?

-Lo creo.

-¿Te importaría explicar tus argumentos?

-No -respondió Rosa-, pero veamos -señaló de repente a Roxana- cómo lo hace ella. Sabemos de su habilidad con el Abismo; comprobemos su nivel con otros vampiros.

Roxana pareció disponerse a huir o a ocultarse, pero fue solo un instante.

-Sí -dijo, con una confianza que la sorprendió a hasta ella-. Hay dos consideraciones a tomar en cuenta a la hora de prestar nuestros servicios como exploradores. -Levantó el dedo índice de la mano derecha-. En primer lugar, unos cuantos de los antiguos estarán de acuerdo, puesto que entenderán que nos estamos haciendo cargo de una responsabilidad que se ha originado a causa de nuestra experiencia anterior. -Extendió el dedo del medio-. En segundo lugar, algunos de los antiguos considerarán esto como un acto arrogante por nuestra parte, una propuesta sin justificación ninguna. Lo más complicado es evaluar el peso de cada opinión en las mentes de cada uno de los antiguos que tengan relevancia. Por supuesto -añadió sin levantar el dedo anular- eso nos lleva a la cuestión de quién es de relevancia entre los antiguos.

-Se diría que ya has estado pensando sobre esto -comentó Andrew con más aprobación que sorpresa. Comenzaba a recuperar el equilibrio y proyectar una cierta aura de liderazgo. Incluso sorpresas como aquellas se podían interpretar como el resultado de su guía firme a la par que flexible, y él no estaba dispuesto a dejar que los

otros pensarán que podían sorprenderlo o confundirlo.

-Desde luego no pensaba en la exploración en el sentido que ha utilizado Rosa -reconoció Roxana.

-¿Y entonces en qué tipo de exploración pensabas?

-Me preguntaba si serían capaces de lanzarnos al Abismo en algún lugar cercano y tratar de averiguar todo lo posible a través de un enlace mental hasta que algo nos destruyera -explicó Roxana.

-Una idea poco agradable -admitió Simon Peter.

-No creo que funcionara -opinó Rosa-. Pero... ¿Disculpen?

-Esto último se lo preguntó a los tres hombres que se aproximaban.

\* \* \*

Los Tres Nasawi, como se hacían llamar, estaban enfadados. Había sido un día infernal: al Nasawi alto lo habían echado de su trabajo como guía de camellos a causa de unas supuestas incorrecciones hacia una mujer americana, el Nasawi bajo estaba seguro de que su mujer lo engañaba con ese hijo de puta armenio que dirigía la empresa para la que trabajaba el Nasawi Bajo, y el Nasawi delgado..., bueno, no tenía ningún problema todavía, pero simpatizaba con los de sus amigos, ya que ellos harían lo propio cuando los malos tiempos llegaran para él.

Los tres sabían que salir por ahí y emborracharse no era la solución, pero aun así probaron suerte. Lo cierto es que el alcohol barato (lo único que se podían permitir por el momento) solo empeoraba las cosas. Seguían dándole vueltas a los problemas que padecían, y a medida que pasaba la noche, iban aumentando de gravedad. Ahora que ya volvían a casa, les daba la impresión de que el mundo al completo estaba en su contra. Andaban quejándose de lo pequeñas que eran las aceras, de la falta de control en el tráfico de la autopista, de la basura colocada de tal forma que hacía que un pobre Nasawi se tropezara. Demasiado. Alguien tenía que pagar por ello.

Fue entonces cuando subieron por la siguiente colina y se encontraron con un grupo de europeos o americanos que hablaban mientras jugaban con un equipo fotográfico bastante caro. Los Nasawi se enfadaron más aún: los yanquis tomarían fotos preciosas que venderían a otros yanquis, y ni uno solo de esos peniques irían a parar a los pobres Nasawi, cuyo trabajo había sido el creador de tanta belleza. ¡Se acabó! Los tres Nasawi no tardaron mucho en decidir que aquel grupo de yanquis debería pagar por ello. Un poco de sangre,

unos cuantos aparatos electrónicos que vender, quizá algunos regalos para ellos.. Todo parecía estupendo, así que comenzaron con su carga lo más rápido que fueron capaces, dadas las circunstancias.

-No creo que funcionara -opinó Rosa-. Pero... ¿Disculpen?

-Mas los Nasawi no tenían la más mínima intención de comportarse de forma educada.

-Da la impresión que creen que están en problemas -dijo el hombre de piernas retorcidas.

La mujer que había hablado antes sonrió.

-Roxana, échame una mano, por favor. -La otra mujer del grupo se adelantó. Los Nasawi no apreciaban casi ninguna diferencia entre ambas. (Con algo más de luz y menos alcohol en la sangre su opinión habría sido otra.) Los Nasawi preferían no luchar contra mujeres, pero si estas dos eran tan estúpidas como para colocarse en primera línea, serían quienes recibieran antes que nadie.

Después, todo se volvió confuso. Los tres Nasawi sabían que estaban borrachos, pero las dos mujeres parecían estar moviéndose muy rápido, tanto como los coches que pasaban al lado, si eso era posible (y tal vez lo fuera. ¿Quién sabe con qué siniestros objetos o magia negra contaban los extranjeros?). Las mujeres se oscurecieron. No quedó nada que no se oscureciera. ¿Se habían vuelto ciegos o qué? Ninguno de los Nasawi veía ni su propia nariz.

Luego dolor, mucho dolor. Golpes en las piernas, que rompieron rodillas, fémures y caderas, y que los lanzaron al suelo entre estertores de agonía. Golpes en los testículos, que los volvieron insensibles a todo excepto al dolor. Golpes en la cabeza, que los dejaron inconscientes. Ninguno de los Nasawi permaneció consciente el tiempo suficiente como para experimentar cómo los vampiros se alimentaban de ellos tras alzar sus magullados cascarones y extraerles hasta la última gota de sangre.

\* \* \*

-¿Qué se supone que pretendían? -preguntó Roxana.

-Tres tipos sucios y fornidos, a estas horas de la noche, borrachos, en busca de una pelea con mujeres extranjeras. Lo llamaría una situación típica -respondió Andrew-. Directamente sacada de un mal libro de Dreiser o uno de Sinclair, la verdad. Éramos unos sustitutos convenientes (o eso pensaron) para sea lo que fuera que tenían en mente. Si hubiéramos sido turistas normales es

probable que nos hubieran hecho daño. En fin. –Hizo ademán de frotarse las manos–. Salgamos de aquí y pongámonos manos a la obra.

La mujer y Barry arrastraron cada uno a un cadáver fuera de la carretera, aprovechando la discreción que les ofrecía una valla.

–¿Vamos a hacer algo interesante con los cadáveres? –inquirió Rosa, para contestarse a sí mismo de inmediato:– No. Si los quitamos de en medio sin más, dará la impresión de la típica reyerta de madrugada entre borrachos perdedores. Cualquier cosa más sofisticada plantearía más preguntas. –Se dio cuenta de que Andrew sonreía en gesto de anuencia, y ella le dedicó al obispo un breve asentimiento de reconocimiento–. En cuanto a lo de ofrecernos voluntarios...

## \_\_\_\_\_ 20 \_\_\_\_\_

### **Viernes, 4 de agosto de 2000, 12:00 de la mañana El Khan al-Khalili, El Cairo, Egipto**

Cuando el reloj de pie dio la medianoche, Lucita dejó de poder contar las horas perdidas en la reunión. Por un momento contrapuso dos posibles opciones: quitarse las sandalias para seguir contando con los dedos de los pies, o tomar prestadas las manos de alguien para utilizar sus dedos. Luego se entretuvo con ensoñaciones en las que despedazaba a los estúpidos que se empeñaban en que se llegara a un acuerdo.

Recordó un discurso que su sire le había dado antes de su marcha definitiva. No es que... huyera exactamente, pero se dedicaba a holgazanear después de cumplir los recados que él le mandaba, e invertía el tiempo en compañía de Anatole y algunos de sus amigos místicos. El arzobispo no estaba muy contento...

«No confundas el deseo de la santidad con su presencia. Después de todo, la sangre del primer asesino es también la sangre del primer hijo, y nosotros participamos de su deseo constante de ser parte del prototipo, el modelo, para todas las familias. Así que nos vemos arrastrados a buscar la compañía de otros, no solo para competir entre nosotros como Caín hizo con Abel, sino por el placer de la mera asociación. Parte de nosotros recuerda lo que fue, con solo cuatro de nosotros (Adán y Eva. Caín y Abel) en un mundo que aún destilaba algo de perfección.

»Pero no lo conseguimos. Los ángeles lo protegen igual de bien que protegieron el Jardín del Edén. Nunca te unirás con otros para otra cosa que no sea competir, y siempre habrá fricciones. Cumplirás con tu rol de demonio divino, el ángel de la ira, solo cuando dejes a un lado la prole de Caín y habites entre los hijos de Abel y Set. Solo entre ellos serás pura en tu mal en lugar de distraerte con pecados individuales insignificantes, que no tendrán consecuencia ninguna en el gran tapiz del mundo».

Cuando ella preguntó «¿también surgirá esa pugna con mi sire?», él se limitó a sonreír y responder que esa era una cuestión para otra noche.

Al margen de sus defectos, el viejo demonio había sido un buen conocedor de la sociedad vampírica. Ahí estaban, con un problema evidente y al menos parte de la solución, y se veían obligados a malgastar la mayor parte del tiempo en elaborados protocolos diseñados para elegir un líder sin tener que matarse los unos a los otros. Cualquiera de los vampiros presentes podría haber declarado sin más «yo seré el líder», o Fatimah al-Lam'a podía haber señalado a alguno y declararlo como tal basándose en su autoridad como señora del dominio. Pero entonces todos los vampiros que creían que eran superiores al elegido en algún sentido, habrían iniciado algún desafío para disputar la autoridad del líder, a lo que habría seguido una carnicería. Era mejor que estos combates se limitaran al plano retórico en lugar de utilizar los colmillos y las garras, pero el comprender esta necesidad no aumentaba la tolerancia de Lucita.

Había al menos dos decenas de vampiros reunidos aquella noche en el almacén de las afueras del mercado. Lucita los contaba cada noche, aunque no servía de mucho. Los números tendrían su importancia cuando entraran en acción, no antes. Algunos de los que gritaban más alto no dudarían en no formar parte de aquello al final, por lo que ella rehusaba desperdiciar energía planificando sin disponer de más detalles. Mientras los líderes en potencia seguían chillándose unos a otros, ella rodeó el almacén. Durante el recorrido escuchó de forma azarosa alguna que otra conversación y recordó la lucha sobre Sicilia. Ansiaba que los celebrantes empezaran ahora y no alguna noche de un futuro incierto.

Unas cuantas habitaciones pequeñas se abrían al almacén. Un joven Lasombra egipcio salió de una y le indicó a Lucita que se acercara. Tras reconocerlo como uno de los mensajeros favoritos de Fatimah, obedeció, y maniobró entre la multitud para entrar en la

oficina. No estaba solo. Sentada en la única silla de la oficina estaba la mismísima Fatimah.

-Cierra la puerta, por favor -le dijo al joven-, y espéranos fuera.

Desde la perspectiva de la mayoría de los vampiros que discutían al otro lado de aquella frágil pared, las dos antiguas eran pares. Sin embargo, Lucita sí era consciente de las diferencias. Fatimah, Abrazada a mayor edad que ella, poseía una madurez física que ella nunca conseguiría, y eso que había sido Abrazada cien años antes. Si Fatimah hubiera llevado una existencia indulgente o cómoda, la diferencia de edad no habría importado, pero Lucita sabía que Fatimah se ponía a prueba de manera constante, igual que ella. En caso de desavenencias graves entre ellas, Lucita no podía contar con una victoria fácil. Tal vez, ni siquiera con la victoria.

-Buenas noches, Fatimah. Te agradezco tu hospitalidad en estos tiempos de necesidad. -Lucita comenzó con el protocolo adecuado.

-Buenas noches, Lucita -respondió Fatimah, aunque dejó a un lado las formalidades-. Supongo que te das cuenta de que no eres bienvenida aquí.

-Sí.

-Ya que no va a ocurrir nada de interés allí -Fatimah señaló en dirección al debate-, me gustaría satisfacer mi curiosidad con respecto a ciertos asuntos.

Lucita no dejó traslucir sentimiento alguno.

-Por supuesto.

Fatimah esbozó una sonrisa fugaz.

-Ahora mismo estás pensando en «no dejar traslucir sentimiento alguno». Aún recuerdo tus historias sobre las lecciones de monjes errantes y caballeros cultivados. -Tras el apunte, volvió al anterior tema de conversación-. Tengo dos preguntas para ti. ¿Por qué te has unido a tus enemigos? ¿Y por qué has venido aquí después de hacerlo? Ya sabías que correrías más riesgos que si te hubieras ido a una ciudad del Sabbat o algún otro lugar independiente.

La invitada miró a su anfitriona.

-Sería más sencillo si a mi vez pudiera plantearte algunas cuestiones. ¿Me dejarás?

-Siempre y cuando sean relevantes, sí.

-Bien, entonces -pidió Lucita-, ¿qué es lo que evita que te zambullas en la desesperación?

La pregunta cogió a Fatimah por sorpresa. Se había preparado

para otro tipo de conversación.

-Mi legado. Las necesidades del dominio. El deseo de no dejar que Alá recompense con el éxito a mis enemigos. -Se detuvo, y consideró todo lo que le había contado a Lucita con el paso de los siglos acerca de sus pesares-. La esperanza de recuperar el amor y la lealtad de mis chiquillos.

-Justo lo que pensaba -dijo Lucita-. Todas esas cosas te mantienen unida al mundo y a ti misma, son razones que llevan a nuevos desafíos. Yo... Lo único que tuve fue la guerra contra mi sire. La guerra ha terminado, aunque no se puede decir que haya ganado del todo. No tengo dominio. He perdido la fe en el juicio de Dios o en su intervención. No tengo chiquillos. Solo mi trabajo.

-Pero el Sabbat... -Fatimah se mordió la lengua para no gritar-. No eres la primera vampira que necesita una nueva razón para seguir adelante cuando la anterior se esfuma. Podrías haber buscado un lugar para establecerte. Haberte unido a alguien que necesitara de ayuda. Haber ofrecido tus servicios a la Camarilla. ¿Por qué has elegido convertirte en un monstruo?

-Nos conocemos desde hace tanto tiempo que no creo que necesitemos jugar a estos juegos retóricos -aseveró Lucita-. Somos monstruos, todos nosotros. Estás tan atada a esta maldición como yo misma. El más santo entre nosotros está tan maldito como el miserable patético y descerebrado atrapado en un ansia de sangre sin fin. No es cuestión de convertirse en nada.

-Está bien, vieja amiga, hablemos claro -restalló Fatimah-. Compartimos la misma condición, pero no la misma respuesta ante ella. Hay una diferencia entre seguir la voluntad de Alá, seguir tus propios intereses, y seguir una meta de guerra total y alienación frente a todo lo que una vez fuiste. No es que las opciones sean muchas, pero has acabado por seguir el camino más corto a la locura. No me insultes con la idea de que tu elección no tiene más sentido que la mía.

-No lo hago. Quiero llamar tu atención sobre las diferencias que existían entre nosotros antes de que ese demonio de sire mío acabara en el pálido regazo de su Dios. Nunca tuve lo que tú, y no puedes esperar de mí que halle la satisfacción como lacayo de otro. Necesito, igual que tú, la autoridad que nos merecemos.

Fatimah asintió una vez, pero no dijo nada. Indicó a Lucita que siguiera hablando; Lucita lo estaba deseando.

-Para el que no tiene lugar en el mundo, las elecciones son pocas. Ambas sabemos que el aislamiento solo lleva a la calcificación del alma. Me vi arrastrada por la sociedad de nuestra estirpe, y no pude huir de ese influjo. Así que salí para investigar, y me encontré con que la Camarilla me consideraba como una mera curiosidad, un insecto que admirar en un museo, o encerrado en ámbar y destinado a una galería de trastos antiguos. No se me permitía -escupió la palabra-, procurar ningún cambio en mi condición. Solo seguir adelante con lo mismo que llevaba haciendo desde siempre hasta que, algunos enemigos me atraparan o, supongo, Dios y sus ángeles descendieran para terminar con el patético espectáculo que es el mundo. -Miró con fiereza a Fatimah, que no se había movido un ápice.

»Luego estaba el Sabbat. -Alzó la mano al oír un ruido. Alguien fuera gritaba que la Espada de Caín cortaría todos los cuellos-. En el fondo son estúpidos; en apariencia, unos conspiradores que apenas pueden gobernarse a sí mismos. Se figuran que son capaces de ganar una guerra contra poderes que solo conocen por leyendas, pero tú y yo, que hemos visto a los Antediluvianos y hablado con ellos, sabemos lo vanas que son esas esperanzas.

-¿Entonces qué? -Fatimah volvió a hablar-. Si desprecias tanto la causa como a sus seguidores, ¿por qué?

-Evolución -dijo Lucita sin más-. Nunca envejeceré, nunca respiraré de nuevo. Pero no voy a dejar que mi mente se estanque como un charco de agua en el tejado de tu palacio tras la lluvia. La Camarilla desea ante todo mantener a los antiguos atados en corto, y nada más tiene sentido para ella. El Sabbat cree que aún puedo ser de utilidad, y no solo me permitirá seguir con la búsqueda que me ocupa, sino que la alienta. Eso me proporciona aliados, o algo parecido, contra los que puedo afilar mis habilidades, así como lacayos y seguidores para usarlos como me parezca. Con el Sabbat siento, por primera vez desde que me marché del lado de ese viejo bastardo, que tengo un nuevo camino que recorrer por delante.

-Esas son las excusas de un niño, de un simple neonato -sentenció Fatimah con evidente disgusto-. Me recuerdas a mi propio chiquillo tratando de aceptar su nueva existencia. Pensé que Monçada te había educado mejor.

-¿Preferirías que te hablara de la Jyhad? ¿Deseas escuchar las historias que siempre has negado acerca de la guerra entre los



Antediluvianos? Si no estás preocupada por el monstruo que ha diezmado a los Ravnos, por esas bestias que habitan entre los Assamitas, entonces creo que no es probable que tomes en consideración lo que vengo a decirte sobre nuestro fundador. No importa, puesto que ya que pareces desearlo, pienso decírtelo. -Lucita describió sus experiencias con la cuadrilla de caza, que incluían los detalles acerca de los eventos de Sicilia y los terribles encuentros con algunos de los fundadores del Sabbat.

Fatimah escuchó con atención y se pronunció una vez que Lucita terminó su historia.

-Era obvio que los señores de tu secta ocultaban algo a las masas. No puedo decir que no esté de acuerdo. La idea de alimentar posibles rumores en caso de una filtración no es muy halagüeña.

-Me sorprende escuchar tal manifestación de fe. ¿Es que la famosa independiente está reconsiderando las cosas?

-No estamos hablando de fe -replicó Fatimah-. Me has contado una historia de poderes del Abismo y manipulación mental. Son solo juegos dentro del clan. Pero en lo que sí estoy de acuerdo es que la mayoría crédula no reconocería la verdad; en su lugar la entenderían como la confirmación de las ridículas historias que el Sabbat les cuenta. Sin embargo, me decepciona que hayas sucumbido ante esas historias para niños.

-Entonces lo único que me queda es rezar a quien sea que me escuche -concluyó Lucita- que tus ojos se abran antes del final.

-Un final -repitió Fatimah-. Hay un final para todo, -Se levantó-. Estás muerta para mí, puesto que has entregado tu corazón al mal, y no se me ha concedido la gracia de comprobar que vas a volver al buen camino. Has sido mi honorable invitada además de aliada y buena camarada. Nunca más. Cuando dejemos esta habitación, no volveremos a hablar de esto. Serás tan bienvenida como la multitud de ahí afuera..., y solo por el asunto que nos concierne en estos momentos. Cuando terminemos con él, si aún caminas por la tierra, camina por cualquier sitio menos por aquí. Banu al-Lam'a, dominio de los Lasombra, nunca más te ofrecerá refugio o bienvenida. Ve ahora y completa tu transformación. Que Alá te permita ver la estupidez que vas a cometer antes de que sea demasiado tarde, pero me temo que te encuentras entre aquellos que han de perecer para que los justos vean y sepan que Alá es solo uno. Adiós. -Fatimah salió de la habitación y Lucita se quedó sola de nuevo.

Dejó la habitación de la misma forma en que había entrado. El mensajero aún estaba allí, y le dedicó una inclinación cuando pasó a su lado. Después se marchó, y Lucita pudo oír que volvía a colocar en su sitio la silla y la mesa.

Elieser de Polanco tenía la palabra cuando Lucita volvió a prestar su atención en el debate. Había adoptado su tono más conciliador... Elieser no tardó en darse cuenta del retorno de Lucita y ajustó sus fiorituras retóricas en consecuencia.

-No, por supuesto que no acuso a ninguno de los observadores de engaño. Ni de incompetencia o ninguna otra negligencia. Solo señalo que no estaban preparados para su misión, ya que estaban ocupándose de otros asuntos: todos autorizados de manera debida por los *Amici Noctis* y sus cardenales, por supuesto. Eso no quita que haya que alabarlos por sus logros: consiguieron sobrevivir y regresar para informarnos de sus descubrimientos. No obstante requerimos de más información antes de emprender acción alguna.

Un obispo libio conocido por Lucita solo por vagos comentarios como «*oh, sí, ese cerdo*», en boca de algunos de sus clientes mediterráneos, manifestó sus objeciones al respecto. En esencia, al menos por lo que Lucita pudo entender, venía a afirmar que tanto ella como el resto de la cuadrilla de caza habían sido ungidos por Destino, un superviviente oculto de la segunda generación de cainitas, u otra fuerza apocalíptica del mismo calado, para representar el papel de mártires del clan en su gran lucha contra algo. Así que lo que había que hacer era... Lucita tenía problemas para desentrañar su lenguaje poético, pero creía que lo que quería era lanzarla a ella, a Conrad, y al resto, en un planeador, para que lucharan contra la oposición física y conseguir que esta huyera. Luego el resto del clan descendería sobre sus enemigos y los destruiría para siempre.

No por primera vez, Lucita deseó que la inteligencia sobrehumana viniera más a menudo acompañada por un sentido común sobrehumano. De hecho, se conformaría con algo menos. Estuvo a punto de decir algo al respecto, pero Polanco se le adelantó.

-Gracias a nuestro hermano de Benghazi, que, como siempre, nos brinda su peculiar perspectiva. En tiempos más pacíficos habrá que averiguar qué hay en las arenas ricas en aceite que alimenta esas cualidades del pensamiento. Sin embargo, he de recordarle, a él y al resto, que nuestros observadores no están bendecidos con resistencia al daño ni cuentan con suministros infinitos. Llevar a cabo el plan que él sugiere nos privaría de valiosos guerreros en un momento en el que

no podemos desperdiciarlos sin más. Tal vez cuando la actual crisis termine experimentemos con el rebaño del obispo, y le dejemos ser el pionero de esta nueva vertiente estratégica.

Poco a poco, Lucita se formó una idea de los temas de conversación principales en el debate. Los más temerarios querían que se reuniera a todos los efectivos posibles, presentarse en el castillo de las Sombras de manera inmediata (ya fuera vía Abismo o por medios más mundanos), y arrasarlo todo a su paso. Su intención era asegurar el castillo y utilizarlo como base de operaciones para marchar luego *en masse* hacia la fortaleza que Lucita y Conrad habían ubicado de manera aproximada. La otra facción principal quería enviar primero unos exploradores. La mayor parte de los congregados estaba de acuerdo en este último punto, pero no había consenso en cuanto a quiénes debían ser esos exploradores. Ya que la mayoría de los participantes sabía de sobra que los exploradores se enfrentarían a un grave peligro, los hambrientos de gloria querían apuntarse el tanto ellos mismos, mientras que los conspiradores preferían enviar a sus enemigos.

Lucita advirtió que los antiguos de mayor renombre no tomaban parte activa en el debate. Tras fijarse en los movimientos de sus ojos y su lenguaje corporal, concluyó que debía haberse producido un cónclave previo en el que el asunto había quedado zanjado. Sí, sin lugar a dudas: cuando el cardenal Timofiev o Sadi, el enviado de Zarathustra, o el arzobispo veneciano hacían un cierto giro de ojos, de Polanco pasaba al siguiente punto. Se preguntó lo que obtendría a cambio de actuar como su hombre de paja. O, tal vez, fuera justo al revés. Después de todo, aparentar ser el líder no era algo que disgustaba a de Polanco.

El ghoul de Timofiev daba vueltas por la habitación, trasteando con un aparato electrónico portátil. Lucita lo vio escrutar a los discursantes, operar con la máquina, y luego pasar a su siguiente objetivo. Se preguntó qué es lo que hacía y se colocó de manera que bloqueaba su camino.

–¿Qué es eso? –preguntó casi en susurros.

No la había visto venir.

–¡Oh! Buenas noches, señora –saludó con voz igual de queda–. Creí que estaba absorta en el debate.

Sostenía algo que se asemejaba a una televisión portátil. No se trataba de un ordenador; carecía de un teclado. Cada botón venía acompañado por una etiqueta y determinadas marcas. La brillante

pantalla LCD mostraba la cabeza de un típico europeo o americano bien afeitado.

-Es la más moderna herramienta en mi trabajo, milady.

-Ahí pone «propiedad del departamento de policía de Beverly Hills», Trasaric. ¿Desde cuándo los oficiales de policía equipan a los sastres?

-Bueno, la verdad es que no saben que lo hacen. Esto les permite cumplir mejor con sus deberes. -Sonrió-. ¿Ha oído hablar alguna vez de esos dibujantes que emplean?

-Sí -asintió.

-Esto automatiza el proceso. -Tocó un interruptor, y la pantalla se puso en blanco. Unas pulsaciones sucesivas mostraron bustos femeninos y masculinos (todos sin pelo) de diversas etnias, seguidos por cuerpos enteros. Otros botones solaparon estilos de cabello, sombras de ojos, y más detalles faciales. Un grupo de interruptores efectuaba modificaciones bajo las plantillas de los cuerpos, como los efectos de una nariz rota, alteraciones el pómulo o la mandíbula. Otras funciones aplicaban distintos estilos de ropa. Unos pequeños mandos en el medio de la consola principal permitían que Trasaric añadiera elementos a aquellos detalles no comprendidos en las plantillas.

-Impresionante -dijo ella-. Comprendo que algo así facilite la labor de un sastre. -Advirtió que las ilustraciones también permitían incluir variaciones en las dimensiones y proporciones del sujeto, y (según Trasaric efectuaba ajustes en su demostración) la máquina calculaba datos adicionales como la proporción entre los brazos y piernas y otros rasgos que podrían ser de utilidad en una identificación *post mortem*.

-Señora, no me es tan útil a mí como a mis clientes. Observe.

-Trabajó con los controles para crear un remedo de Lucita. Luego apretó un botón pequeño y extrajo una hoja de papel fotográfico con este impreso-. Si le diseñara una prenda, usted podría servirse de esto para estudiar cómo le quedaría. Siempre y cuando pueda retratarla aquí con más o menos precisión, a usted o a cualquier cliente, esta máquina lo reproducirá sin problemas. En mi opinión supone una significativa ventaja a la hora de que los clientes valoren mi trabajo.

Lucita estaba sorprendida, casi impresionada.

-Ya lo creo. ¿Me puedo quedar con la foto o la necesitas?

-Por favor, señora, guárdela junto a mis agradecimientos por

darme la oportunidad de mostrar en acción esta máquina a alguien capaz de valorar su funcionamiento. –Se detuvo, se pasó la lengua por los labios, y luego prosiguió a la carrera–. Tal vez ahora que ha resuelto sus desencuentros con mis patronos me honraría con la oportunidad de vestirla para una de nuestras ceremonias.

Ella sonrió.

–Sería estupendo, Trasaric. Tendré que... Haré que se ocupen de ello una vez hayamos resuelto el asunto de Sicilia.

No pensaba decirle que se acababa de dar cuenta que su secretaria probablemente preferiría morir antes que concertar ninguna reunión social o personal con ningún miembro del Sabbat. Algunas cosas no eran asunto de un sastre.

## \_\_\_\_\_ 21 \_\_\_\_\_

### **Viernes, 4 de agosto de 2000, 3:41 de la mañana El Khan al-Khalili, El Cairo, Egipto**

Andrew decidió que era el momento adecuado. El debate estaba llegando a su fin; algunos de los oradores más vociferantes comenzaban a marcharse en busca de sangre o de vuelta a sus refugias, así que las discusiones más estúpidas podían dejarse a un lado. De Polanco se mostraba tan encantador como siempre, aunque resultaba evidente que estaba cansado y listo para una decisión final. La temprana discusión (o más bien pelea) acerca de las experiencias de la cuadrilla de caza había derivado en rimbombantes discursos sobre los vampiros de sangre débil, la conveniencia de exterminar este o aquel clan, y otros asuntos personales que iban desde lo intrascendente a lo ridículo.

Andrew levantó el brazo derecho y llamó la atención de De Polanco.

–¡Excelencia!

De Polanco, que estaba mirando al fondo del almacén, a algún punto fuera de la línea de visión de Andrew, se giró en redondo.

–Espere un momento, por favor, obispo Andrew.

¿*Ahora qué?* Andrew se preguntó si se habría iniciado una lucha. No sería la primera vez que ocurría tal cosa en un cónclave, ni siquiera la primera vez aquella noche.

Las luces se oscurecieron en la esquina más lejana, y las sombras reptaron por la pared. Una oscura figura se acercó desde

detrás de la multitud. Al principio tenía forma humana, aunque luego su cabeza adquirió una forma parecida a la de un águila y desarrolló garras a la vez que crecía hasta llegar a casi los tres metros. Alguien había asumido su forma de sombra, y después de pensar un poco en ello, recordó quién solía adoptar esa apariencia de pájaro de presa.

–Nos han vendido.

–¡Hermanos y hermanas, primos y descendientes de la sangre!

–La voz del cardenal Timofiev brotó de la cabeza del ave. Andrew ya la había visto antes, pero aun así le produjo escalofríos; cogió desprevenida a la mayoría de la multitud. Las diversas discusiones que salpicaban el almacén no tardaron en silenciarse. Timofiev había captado la atención de todo el mundo.

»¡Escuchad la voluntad de vuestros líderes y obedeced! –Los únicos que aún seguían hablando enmudecieron, aunque algunos necesitaron de la ayuda de los golpes de sus compañeros.

»Durante una semana entera, habéis debatido entre vosotros para determinar cómo responderíais a las noticias que habéis recibido de nuestro leal hermano Andrew y de los suyos. Habéis oído las palabras de quienes estuvieron allí, la descripción de las fuerzas que los asaltaron cuando trataron de cumplir con la voluntad de la Espada de Caín, y también lo que sus atacantes les revelaron. –La sombra de Timofiev retorció los brazos hasta convertirlos en las criaturas serpentina que habían atacado a Andrew y los demás en el aire–. Se os han mostrado los hechos y las suposiciones, lo que se solo se hace con los guerreros elegidos, los veteranos portadores de la Espada. Habéis tenido la oportunidad de obtener la iluminación que os hubiera guiado a la hora de responder al desafío que afrontamos todos nosotros.

»Y habéis fallado. –Tronó la voz que había terminado por perder toda apariencia de humanidad. Ahora era casi como el grito de caza de un ave de presa, acompañada por un rugido de fondo que recordaba a los de una ballena enfadada–. Habéis fallado. –Timofiev alzó la voz y las puertas de la oficina temblaron–. ¡Habéis fallado!

–Gritó una vez más, aún más alto, y la mitad de los vampiros reunidos tuvieron que taparse los oídos a causa del dolor. Andrew sintió una pequeña hemorragia en el oído izquierdo, pero evitó cualquier tipo de respuesta visible. Advirtió los estremecimientos y temblores de quienes sostenían la misma lucha interior.

La voz de Timofiev recuperó su nivel normal, aunque siguió

sonando igual de inhumana.

»En la hora de necesidad del Sabbat, donde habéis tenido acceso a los datos de forma inmediata, y se os ha dado libertad para discutir y proponer, no habéis logrado nada excepto una mera reyerta. –La cabeza del halcón contempló con ojos vacíos a cada uno de los vampiros–. Avergonzaos. –Las alas se extendieron ante ellos, en una postura que recordaba a una antigua estatua–. Sois indignos receptáculos de la sangre, ira y orgullo que son nuestra herencia desde el primer asesinato, el primer hombre libre. Os habéis comportado como los cobardes lacayos de un Dios celoso que aún sois.

Sin esfuerzo aparente, Timofiev flotó sobre el suelo. Andrew percibió la compleja urdimbre de finísimas hebras de sombra que sostenían el cuerpo del cardenal, y tomó nota para tratar de reproducir el truco por su cuenta. El cardenal continuó su discurso.

»Habéis tenido tiempo más que suficiente, y habéis desaprovechado otra oportunidad. Escuchad ahora, porque el tiempo de discusiones ha pasado ya. Ahora escucharéis y obedeceréis. –El cuerpo del cardenal descendió de nuevo en silencio sobre el centro del almacén–. Nosotros, vuestros cardenales, hemos constituido una Corte de Sangre de acuerdo con las tradiciones de nuestro clan. Os diremos lo que debéis hacer, y vosotros lo haréis, y entonces comprenderéis la oportunidad que dejasteis pasar cuando hayáis cumplido con vuestros deberes.

El cardenal se detuvo. Andrew estuvo a punto de sonreír al recordar una conversación con sus compañeros de manada, una tarde en Ciudad de México, acerca del papel del estilo teatral que utilizaban varios cardenales en sus actuaciones públicas. Andrew insistía en que Timofiev era tan calculador en su simpleza como Mysancta o Greyhound en su complejidad, y no necesitaba de tanto artificio. Ahora quedaba confirmado. Este espectáculo estaba tan preparado como el último musical de Broadway al que asistió.

–Enviaremos exploradores. El obispo Andrew y su «manada de caza» regresarán al escenario de su encuentro, examinarán el lugar, y tratarán de confirmar las impresiones que captaron la primera vez que estuvieron allí. El resto de vosotros mejoraréis vuestra disciplina, de la que es evidente que carecéis, para que cuando haya que golpear, lo hagamos de manera efectiva. Esto es lo que os tenemos que deciros como grupo, aunque sería más correcto decir chusma.

**Sábado, 5 de agosto de 2000, 10:00 de la tarde**  
**Museo Arbeit, Hamburgo, Alemania**

Willa no era muy dada a mostrar sus emociones. La habían educado para que mantuviera la calma y siguiera siendo igual de funcional y servil en tiempos difíciles. Y su existencia no muerta no le había proporcionado demasiados incentivos para comportarse de manera diferente. A veces sentía una gran rabia, envidia o desesperación, pero conseguía sublimar tales emociones y actuar sin alterarse. Pero en esta ocasión, por vez primera tras aquel momento en el que supo de la capitulación de Baviera a la confederación de Bismarck, lloró lágrimas de sangre.

El observador de El Cairo era bueno. No hacía aseveraciones que no hubiera documentado previamente. (Estaba dispuesto a vender especulaciones, pero solo lo haría por un coste adicional. No era tonto. Así reducía la oportunidad de posibles recriminaciones de patronos que consideraran haber sido manipulados o engañados). Así que Willa tenía a su disposición un buen montón de fotografías y otros detalles similares, acompañados de una transcripción del diario del observador y comentarios breves aunque bastante convincentes. No había duda de que Madame... Pero no, tal vez ese ya no fuera el nombre más adecuado. Lucita no sería nunca más la gentil Madame que había empleado a Willa y la había educado como una señorita y una efectiva limpiadora. Se había convertido en una criatura rebelde, una chiquilla a pesar de los siglos vividos, que confraternizaba con monstruos... y que lo hacía por propia voluntad, sin estar obligada a ello.

¿Qué es lo que haría Willa ahora? No era experta en tomar sus propias decisiones: había aceptado la oferta de Madame en parte porque sabía que funcionaba mejor bajo la autoridad de otro. La situación actual era intolerable.

Por otro lado, pensó mientras doblaba el pañuelo manchado de sangre, las alternativas más evidentes no se le antojaban demasiado apetecibles. Podría ir a visitar al príncipe de Hamburgo y comunicarle la situación. Él exigiría conocer más detalles acerca de los muchos años que Willa había pasado al servicio de Lucita, la mantendría bajo una vigilancia constante y la trataría como una herramienta útil aunque peligrosa, para ser usada en los momentos adecuados y luego vuelta



a guardar en el armario. Willa necesitaba autoridad, pero también cierto margen de acción, y la Camarilla nunca se lo otorgaría a la antigua senescal de Lucita. Trabajar por su cuenta significaría zambullirse en la independencia que había rechazado cuatro siglos antes. Unirse al Sabbat no era una opción que valiera la pena considerar; quizá Lucita estuviera de acuerdo en que Willa siguiera sirviéndola, pero ella no tenía el menor interés en servir a aquellos patanes con ilusiones de divinidad.

¿Entonces qué?

Ah, sí. El pañuelo fue lo que se lo recordó. *«El deber fundamental de una criada personal es asegurarse de que la imagen de su señor es la adecuada. La sirvienta ha de evitarle a su señor la desgracia y el oprobio»*. Eso fue lo que le dijo su madre a Willa una noche de verano. Willa se había tomado el consejo muy en serio, aunque entonces no hubiera pensado en dedicarse a tal actividad. Lamentó su falta de confianza en algún tipo de creencia religiosa mientras agradecía a su madre tan sabio consejo. Pero no tenía el hábito de sustraerse a actos insinceros de gratitud, y tampoco iba a empezar ahora. Sobre todo ahora que se había fijado una meta.

Debía salvar a Madame de la ignominia y la desgracia, y si Madame había elegido su actual condición, Madame pagaría el mismo precio que aquellos que desertan de la sociedad de los Vástagos en pos del Sabbat. Si lo conseguía en poco tiempo, no albergaba duda alguna de que contendría el escándalo, ocultaría los errores que condujeron a Madame a su triste situación actual, y protegería el honor de sus hazañas antes de este terrible momento. No sería muy complicado construir una historia sobre coerción, tal vez salpicada con horribles torturas psicológicas infligidas por jovenzuelos con demasiado poder a causa de la sangre de sus mayores. Pero primero debía efectuarse el juicio.

La sentencia, como siempre, era la muerte.

## \_\_\_\_\_ 23 \_\_\_\_\_

**Domingo, 6 de agosto de 2000, 1:00 de la mañana**  
**Hotel Sheraton, Cairo Tower, El Cairo, Egipto**

*«Esto es muy malo»*, pensó Colin mientras leía el último mensaje de Karl. La secretaria se había limitado a referir unos cuantos datos por teléfono y luego le había enviado los detalles vía correo

electrónico. Eran tan desagradables como el propio comportamiento de la mujer.

En cierta forma, resultaba halagador que te propusieran (en lugar de ordenarte) que asesinaras a la más famosa antitribu de la época. Poder decir, «oh, sí. Soy quien recompensó a Lucita con la muerte definitiva», sería un espaldarazo para la reputación de Colin... en caso de tener éxito.

Era mucho menos agradable enfrentarse al chantaje implícito en el mensaje. Karl no dudaba que el obispo Munther consideraría la vigilancia de Colin, como mínimo, de mal gusto, por lo que no le costaría mucho tildarla como atentado a la etiqueta. De llevarlo a cabo, Colin no vería muchas noches más.

Bien. Una opción sería largarse; podía de marcharse de El Cairo antes de que Karl informara a Munther acerca de lo que estaba pasando. ¿Pero cuánto tiempo podría estar escondido? Esa manada de caza a la que Karl aludía era muy buena, y por lo que decía, daba la impresión de tenerlos contratados o al menos poder hacerlo cuando deseara. Ocultarse para siempre era imposible... Bueno, al menos si pretendía mantener unas comodidades básicas que lo satisficieran a la vez que evitaran la aparición de problemas psicológicos.

¿En qué mierda de mundo vivía para que la opción más segura fuera la de matar a un antiguo de mil años? Ridículo. Aunque ya que las reuniones habían terminado y todo se había puesto en marcha, quizá no fuera tan complicado. Un buen asesino solo necesitaba del momento adecuado ¿no?

*Claro, pequeño Colin. Y seguro que es fácil pillarla con la guardia baja. Por supuesto que sí, porque, total, solo lleva mil años guerreando con uno de los mejores estrategas del Sabbat.*

Entonces se le ocurrió una idea feliz. Si fuera posible demostrar que en su intento plausible y serio de cumplir con su contrato, se viera frustrado por causas de fuerza mayor, quizá eso lo descargara de su responsabilidad. Su contrato estándar incluía una cláusula que se refería a estas actividades suicidas. Cogió el teléfono y llamó a un número no registrado.

Munther contempló a su mayordomo.

-¿Estás seguro?

Safwat se enderezó levemente.

-Señor, no desperdiciaría su tiempo con algo tan extraño como esto, si no estuviera seguro de ello. Lo estoy al cien por cien. Tengo razones para creerlo. -El sirviente le sacaba casi media cabeza a su maestro, y hacía gala de una complexión más sólida que la suya, aunque conservaba una actitud deferente hacia él incluso en aquella situación.

-De acuerdo. ¿Cuáles son los argumentos que te dio?

El mayordomo le alargó un paquete de fotos. No eran de buena calidad: habían pasado por dos faxes y sospechaba que los originales habían sido sometidos a un proceso de reducción de calidad para desmentir las auténticas capacidades del equipamiento del fisgón. Incluso así, servían de sobras. Alguien que vigilaba desde los tejados del mercado no se había perdido detalle de las reuniones. No salían imágenes de los Lasombra, claro está, pero sí que se apreciaban a los ghouls, así como signos evidentes de la presencia de vampiros, como tierras agitadas y otros ejemplos similares. También había una lista de datos sobre los observados, que sería de gran ayuda para la policía o las fuerzas de seguridad del Estado en caso de caer en sus manos.

-Entiendo. -No había mucho más que decir-. ¿Y cuál fue su mensaje exactamente?

-Cito de manera textual. *«Se ha contratado un asesino para que vaya tras Lucita. El sujeto dispone de información más precisa de la que ve aquí. Si prefiere no perderla, incremente su seguridad hasta que salga de El Cairo».*

-Dime, Safwat. ¿Crees que este «sujeto» es el que nos ha proporcionado estas fotografías?

-Es lo que consideré al principio, señor. La objeción principal a esa teoría es que de esa manera dificultaría el éxito de su propia misión, lo que no es una estrategia muy inteligente. Sin embargo, hay dos argumentos que la rebaten. Tal vez actúe bajo coerción y de esta manera trata de sabotear a quien lo presiona, o tal vez sea un trastornado. Si la opción válida es la última, dudo que un enajenado sea un espía tan profesional como el que hizo las fotos.

-En efecto. -Munther y Safwat sabían que estaban pensando en los mismos hechos rocambolescos que se habían sucedido por El Cairo durante los años cincuenta, a causa de la actuación de un linaje

completo de asesinos Malkavian. Con una sola vez habían tenido más que suficiente. El obispo miró de nuevo las fotos-. Coincido contigo en tus hipótesis. ¿Qué crees que es más probable?

-La intuición me dice que el espía no es el asesino, aunque trabajen para la misma persona. El espía tenía intención de no molestarnos. No he sabido de ningún indicio de actividad parecida en nuestro dominio, ni proveniente de nuestros propios servicios de vigilancia ni de los augurios. No, por lo que yo sé, nadie de nuestra red de seguridad tiene conocimiento de esto. Tal fallo deberá ser subsanado en cuanto resolvamos este asunto. -Safwat hizo una pausa-. Pero esa es una prioridad secundaria. Primero hay que decidir cuál va a ser nuestra respuesta inmediata. Creo que no tenemos nada que perder si asignamos a una manada de protección a Lucita, y mucho que perder si lo ignoramos, y permitimos que sea asesinada. Incluso un intento frustrado sería perjudicial para nosotros.

-Tienes razón. ¿Hemos de notificárselo a alguien más?

Safwat miró desde arriba a su maestro.

-No, señor, no ha de comunicar esta información a su sire ni a nadie a su servicio.

-Gracias, Safwat. -Munther sonó aliviado-. ¿Está Christobal en la ciudad?

El mayordomo echó un ojo a su cuaderno de notas.

-Sí, señor. No he hablado con él, pero sé que está con la manada de Lucita.

-Bien. Dile que quiero conversar con él aquí, esta noche, si es posible. Si no, mañana a primera hora de la noche.

-Sí, señor... -Safwat dejó la frase sin terminar.

Munther se percató de ello.

-Te preguntas por qué favorezco al chiquillo menos dispuesto a obedecer, a quien las profecías sitúan en visiones apocalípticas de mi dominio, y quien casi siempre constituye una molestia.

-Eh... sí.

-Es necesario ofrecer a nuestra estimada invitada la máxima seguridad. ¿A quién crees que es más probable que acepte: a un entusiasta de las directrices de la secta o a un hombre joven e inteligente, atormentado por disquisiciones parecidas a las de ella, que valora la independencia y es proclive a la acción?

-Ah.

-Sí, Safwat: *ah*. Ahora, ve.

**Domingo, 6 de agosto de 2000, 3:40 de la mañana**  
**Hotel Sheraton, Cairo Tower**

Angélica había salido sola aquella noche, aunque perseguía los objetivos fijados por Christobal: ir aquí y recoger el marcador, ir allí y hacer algo para demostrar que había estado en el lugar. Lo más difícil fue escalar el Cairo Tower y quitar una de las luces más distintivas de su cima. Se tomó su tiempo en la subida, y para poner a prueba sus capacidades de vigilancia, prestó atención a algunas de las conversaciones captadas durante su ascenso.

Cuando escuchó que alguien dentro de una habitación cerca de la que trepaba decía «gracias, Safwat, y dale las gracias al obispo de mi parte», se paró en seco. Reconoció el nombre del mayordomo del obispo Munther y se preguntó con quién estaría hablando. Despacio y con mucho cuidado, se acercó para echar un vistazo a través de la celosía exterior del edificio.

El hombre que hablaba por teléfono era un vampiro; a estas alturas había aprendido a verificar la respiración y el pulso, y el individuo no tenía ninguno de ellos. Sobre su cama había un montón de dispositivos de vigilancia; la llamada que acababa de hacer había pasado a través de un sofisticado desmodulador además de por una grabadora. Por todas partes pudo ver cámaras y detectores. Angélica lamentó no poder rodearse de sombras.

El hombre miró por la ventana, pero fue algo casual y no vio a Angélica colgada de la celosía. Luego agarró una pistola y unos cuantos cacharros de los que tenía tirados por ahí, se los metió en los bolsillos, y salió. Poco después pasó por la salida principal del hotel y empezó a efectuar un barrido de su entorno, lo que incluía el lugar donde ella se hallaba; Angélica consiguió situarse entre la celosía y la pared, aunque por muy poco. Si hubiera tardado un par de segundos más, la habría descubierto. El hombre paró un taxi, y el vehículo marchó hacia el este de la ciudad.

«*Esto me permitirá seguir espiando*», pensó Angélica, y se vio obligada a reprimir una inesperada, por no decir inapropiada, carcajada. No era este el trabajo que había accedido a realizar al volver a Colorado. Tras recuperar la compostura, decidió que aquel extraño merecía un examen más detallado.

**Domingo, 6 de agosto de 2000, 4:19 de la mañana  
Monte Etna Sicilia, Italia**

Igual que el peso del pecado sobre los miembros de la humanidad, el monte Etna no era algo que se pudiera pasar por alto. Una fusión de media docena de volcanes que habían surgido de manera independiente y habían acabado por unirse. Bajo las laderas de los volcanes había cráteres enterrados, además de unos cuantos agujeros por donde salía humo, que también recorrían su cima. Nunca dejaba de cambiar; cada erupción abría nuevas fisuras y cerraba otras. El monte Etna era, como una vez dijo un geólogo italiano, no solo un fenómeno geológico específico, sino también un estado de ánimo.

Los celebrantes descubrieron que lo mismo se aplicaba al alma del volcán. Era igual de compleja y fragmentada, por lo que conseguir inspirar a una parte no implicaba hacerlo con el todo. Por dos veces pensaron haber despertado la montaña, solo para comprobar que sus mensajes, tan laboriosamente contruidos, se perdían en la inerte masa espiritual de la isla. Incluso en este momento, un observador sin la preparación suficiente no apreciaría nada excepto los movimientos que los celebrantes provocaban en la tierra; hasta ellos mismos se percibían como un diferente mosaico de las respuestas caleidoscópicas del volcán. La convicción que impulsaba sus almas, y que tenía su origen en la llamada del Fundador les otorgaba la iluminación precisa para ir más allá de la mera premonición, y sentir y conservar la confianza en el entendimiento del que se les había hecho partícipes. Emitieron las órdenes, y la tierra respondió.

\* \* \*

Los expertos en sismología habían estado siguiendo la evolución del volcán desde la mañana del 2 de agosto. Los primeros signos visibles de erupción en la superficie, perceptibles sin equipo especializado, ocurrieron a las 4:19 de la mañana en la mañana del 6 de agosto. Tanto el cráter central como el mayor de la cara noreste, empezaron a emitir densas nubes de cenizas y humo. El viento del Mediterráneo oriental las condujo hacia el interior del volcán. El monte Etna se erguía en medio de la costa oriental siciliana, por lo que la

salida del sol se vio acompañada de tonalidades grises para los habitantes del tercio oriental de la isla, incluidos aquellos del silencioso y en apariencia abandonado castillo de San Rafael Arcángel. Fueron estos pocos los que marcharon a descansar, exhaustos pero complacidos, sin dejar de pensar en los sucesos del día siguiente con el mayor de los entusiasmos.

**Domingo, 6 de agosto de 2000, 9:58 de la tarde**  
**Sobre el Altopiano Solfifero, Sicilia, Italia**

-Creo que tengo un *déjà vu* -anunció Barry. Los otros se rieron, excepto Lucita y Roxana.

-No te falta parte de razón -convino Rosa-. ¿Cuál de nuestras aventuras tendremos que repetir después de terminar con esta?

-Si terminamos con esta -sentenció Roxana. Todos guardaron silencio después.

Habían abandonado El Cairo justo antes de la salida del sol en un jet privado pilotado por sirvientes mortales de Fatimah al-Lam'a. No estaban acostumbrados a los vampiros, salvo Angélica, pero a diferencia de ella, sí que eran experimentados combatientes en el cuerpo a cuerpo y también estaban familiarizados con el pilotaje bajo amenaza de erupciones volcánicas. Por tanto, Angélica se quedó en El Cairo para continuar con su entrenamiento. Mientras los vampiros dormían, el jet aterrizó en Catania, el mayor aeropuerto de Sicilia, y los sirvientes supervisaron el transporte de los enormes contenedores sellados hasta un viejo avión que solía ser alquilado por los geólogos que acudían a visitar la zona.

La nueva erupción del monte Etna hacía que todo fuera un poco más despacio, aunque la mayoría de los residuos caían sobre la tierra, lo que solo causaba unos pocos inconvenientes en el tráfico aéreo. Para los extraños era un espectáculo formidable, pero los oriundos de la zona sabían cómo sobrellevarlo. Ahora los vampiros sobrevolaban el volcán, y cambiaban la vista de la ventana a los monitores GPS o a los mapas, en un esfuerzo por absorber todo el conocimiento posible. De todas formas poco se veía en mitad de la noche; los instrumentos permitían estudiar diferentes partes del espectro, pero no había mucho más que pudiera sacarse en claro de las pantallas, aparte de que los miembros de la manada no poseían habilidades aeronáuticas

avanzadas.

Barry advirtió que Lucita se había sentado al fondo de la cabina, sin fijarse siquiera en las ventanas. Tenía las rodillas cubiertas de mapas y los contemplaba absorta, aunque él había visto más de uno de esos "trances" aparentes. (De hecho, más de una vez los había utilizado él mismo.) En ese momento, se dio cuenta que sentía cierto afecto por ella, lo que constituía un pecado que no podía permitirse el lujo de cometer. Tenía que evitar ese tipo de sentimientos hasta que estuviera seguro de que había purgado cualquier impulso capaz de inspirar en él compasión o altruismo; debía hablar con ella solo con la intención de cumplir con sus objetivos. Sería irónico que la simpatía por la hermana pródiga lo condujera a una quiebra en la senda del Sabbat.

Al final se sentó a su lado.

-Buenas noches -dijo-. Es mi deber, como consejero espiritual de la manada, preguntarte qué es lo que estás haciendo, sobre todo cuando pareces algo distraída-. Ella lo miró, y él se sintió avergonzado. ¿Cómo pensaba desentrañar sus secretos, o incluso hacer algo que la sorprendiera? La existencia de Barry se limitaba a un puñado de décadas, un breve lapso en la historia. Como hijo de su tiempo, a veces podría resultar algo confuso o desagradable, pero no misterioso. Así que no tenía mucho sentido tratar de ser astuto, de hecho lo mejor era ir directo al grano.

-Buenas noches, Barry. Ya que estás aquí, tengo una pregunta para ti. En mi opinión eres el más capacitado para responderla.

-Adelante.

-¿Por qué estoy aquí?

-Um. -Barry reprimió el deseo de contestar de manera mordaz. «¿Por qué estamos aquí?» o «hay una teoría acerca de eso en la Biblia» o «Caín te ama y tiene en mente un maravilloso plan para tu sangre». No eran ni el momento ni la persona indicados. El fundamento de la sabiduría estribaba en no burlarte de alguien capaz de destriparte con una mano atada a la espalda-. Te refieres a porqué estamos de camino a esta misión ¿no?

-Sí.

-Dime por qué no deberíamos estar aquí.

-Creo que es obvio para cualquiera cuyo código personal condene la debilidad -replicó. A diferencia de la última vez que habían conversado, ella estaba calmada-. Carezco de coherencia. Me has



visto sucumbir una vez, y debes saber que mi estancia en El Cairo no ha sido plácida ni productiva.

Lo cierto es que Barry no sabía gran cosa sobre lo que Lucita había estado haciendo, en especial durante su encuentro a puerta cerrada con Fatimah. Lo que sí sabía es que había afectado a la dama de Banu al-Lam'a, puesto que no habían vuelto a verla durante las dos noches siguientes, aunque Lucita no había dicho nada al respecto. Barry suponía cómo podía sentirse alguien que había confesado su rechazo a sí mismo, pero no lo sabía a ciencia cierta. Ni tampoco cómo su lucha interna interferiría con la eficiencia de alguien que tenía mil años de práctica de encerrarse en sí misma mientras su pensamiento consciente seguía su propia dirección.

-¿Te sientes incapaz de cumplir con lo que se espera de ti?

-Me siento preparada para una lucha como la de la última vez, y para otra después, si es necesario. Pero lo que cuestiono es mi fiabilidad en esta materia.

-Ah -dijo Barry-. Lo que padeces es lo que a uno de mis profesores le gustaba llamar el escepticismo del converso. Es lo que le ocurre a la gente que no se convierte en creyente fanático de su nuevo credo de inmediato; es bien consciente de haber estado equivocado con anterioridad, por lo que también duda de su juicio después de la conversión. -Se sintió aliviado al ver que Lucita asentía-. Además, en tu caso es peor porque estás rodeada por vampiros como yo, de fe firme y sólida. Te ves asaltada por dudas y sospechas, pero no tardarás mucho en poder colaborar con alguien para que te ayude a transformar esas inquietudes en actos.

-Sí.

-Pero bueno, todo eso no importa mucho ahora. Lo que importa es si estás alerta, si estás preparada física y mentalmente, si te has restablecido de las heridas de la última vez, y si cuentas con la sangre suficiente para afrontar una dura lucha. ¿El cambio de tu corazón ha menoscabado los reflejos y capacidades de los que llevas haciendo gala desde la Guerra de los Príncipes? -Se quedó pensativo durante un momento-. Tomate tu tiempo; es una pregunta muy seria. No sé cómo actúa el estrés sobre alguien como tú.

-Creo que tanto unos como otros están intactos. -Lucita se enderezó, y pareció levantarse del asiento sin impulsarse con los pies. Antes de que Barry supiera lo que estaba pasando, ella se había colgado de la lámpara del techo de la cabina. Con las piernas

estiradas, se retorció sobre sí misma y se pegó al techo; sus pies se apoyaron contra la ventana más cercana de la cabina. Se soltó de la mano izquierda y del pie derecho y juntó aquella y este sin despegarse del techo. Por último, aterrizó en cuclillas, dio una voltereta y acabó en el asiento de nuevo—. Sí, creo que estoy en forma.

Barry no se preocupó en disimular su asombro.

—Si eso es lo que eres capaz de hacer cuando estás preocupada, me gustaría ver lo que harías de encontrarte relajada.

—No obstante, eso sigue sin responder la pregunta. ¿Por qué tus superiores y tú confiáis en mí en esta situación?

—En primer lugar, nos has demostrado que eres la adecuada para la misión. En segundo lugar, eres muy difícil de reemplazar. El resto de nosotros, juntos, reunimos el doble de tus capacidades, pero tú solo eres una persona, lo que implica evidentes ventajas. No somos hermanos de sangre. Así que eres valiosa aun a pesar de no encontrarte al cien por cien. Y por supuesto que si caes en cumplimiento del deber, dispondremos de una estupenda propaganda sobre tus momentos finales y podremos acallar el descontento que ha provocado tu afiliación a la secta.

Lucita estaba sorprendida.

—¿Hablas de esa forma a los nuevos reclutas?

—La mayoría de las veces, no. Casi todos los líderes enuncian sus instrucciones en términos que no favorecen la discusión o desobediencia, y les dicen a los seguidores solo lo que necesitan oír para llevar a cabo su trabajo. A veces eso implica un buen montón de mentiras. Tú eres un caso especial. No tiene sentido tratar de persuadirte de que el Sabbat es algo que en realidad no es. Hasta es posible que sepas más que yo. Recibes dinero de alguno de los de arriba para encargarte del resto, y llevas haciéndolo muchísimo más tiempo de lo que dura mi propia existencia. Así que, puesto que las mentiras carecen de sentido en este caso, hago de tripas corazón y te hablo con sinceridad.

—Entiendo. —Lucita meditó la respuesta durante un momento—. Bueno, por ahora me conformaré con esto. ¿Qué harás si dejo de ser de confianza?

—Tratar de destruirte, sin duda alguna. En realidad intentar que uno de los otros te destruya y comprobar lo que ocurre cuando lo hagan. No te dejaría ir sin más, y por supuesto que no malgastaría mis esfuerzos en reducirte. Si te vuelves una amenaza para Andrew o para

mí, lo afrontaremos de la mejor manera posible. Como todos sabemos lo duro que sería, confío en que no sea necesario.

-Yo también confío en ello -apuntó Lucita. Barry no halló su respuesta tan reconfortante como esperaba.

\* \* \*

-He estado pensando -comentó Andrew sin preámbulo alguno cuando volvió Barry.

-Como todos, por lo que parece -replicó Barry con sarcasmo. Le contó su conversación con Lucita.

-¿Se encuentra bien?

-Supongo que mejor que el resto de nosotros.

Andrew asintió.

-Está bien. De todas formas, he estado dándole vueltas al asunto. Sabemos que el invocador se sitúa en algún lugar al noroeste del castillo de las Sombras. ¿Por qué no empezar justo en el castillo?

-Podríamos. ¿Esperas dar con algo de valor allí?

-Tal vez. -Andrew se animó ante la oportunidad de explicarse un poco-. El invocador hace bien su trabajo. Por lo que sabemos, apostaría a que es uno de los viejos de verdad o al menos tiene acceso a sus registros. Con suerte encontraremos una pista en el castillo. También podríamos bajar a tierra y hacer un estudio previo antes de ir allí.

-De acuerdo. ¿Se puede aterrizar aquí mismo?

-Sí. Acabo de preguntarlo.

-Adelante, entonces.

\_\_\_\_\_ 28 \_\_\_\_\_

**Domingo, 6 de agosto de 2000, 11:08 de la tarde**  
**Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia**

Los celebrantes ya no necesitaban estar al lado del volcán: el vínculo de sangre y pasión había sido establecido y ahora lo manipulaban desde la seguridad de su círculo. Reforzaron su furia con energía abisal extraída con mucho cuidado, y la vertieron sobre el vínculo que los unía al volcán. La siguiente fase de la erupción comenzó a las 11:08 de la tarde. La lava fluyó del interior del monte Maletto y del monte Palestra, volcanes secundarios originados por

erupciones anteriores, así como de otras tres grietas localizadas en la cara oeste del Etna. Había poca gente que evacuar, ya que los que vivían al oeste del Etna se habían decidido a marcharse en cuanto las más tempranas nubes de humo comenzaron a espesarse. Aun así, algunos perecieron (lugareños obstinados y turistas temerarios), y sus muertos alimentaron al vínculo.

A medianoche la autopista que recorría el oeste del Etna, se vio sumergida en lava en tres puntos, y quedó bloqueada en al menos media docena más. Los especialistas enviados para controlar la situación comprobaron que estas corrientes de lava iban acompañadas de altas concentraciones de diversos gases tóxicos; otras cuatro personas murieron, y quince resultaron heridas de gravedad antes de que las autoridades actuaran, y las muertes siguieron produciéndose durante toda la noche a consecuencia del flujo de lava, que invadió algunos asentamientos con más rapidez que las palabras de advertencia. Pequeñas emanaciones de estos mismos gases surgieron más al oeste, junto a la ruta que los invocadores habían recorrido en forma astral, y las poblaciones al completo de las ciudades de Agira y Regalbuto perecieron en cuestión de minutos por efecto de los vapores venenosos procedentes del lago Pazzillo. El vínculo había comenzado a alimentarse a sí mismo.

Las autoridades sicilianas declararon el estado de emergencia en la provincia de Catania y el estado de alerta en las circundantes. Los celebrantes desconocían los detalles, pero discernieron varias combinaciones de miedo y determinación en las almas de los oficiales que quedaron atrapadas en el vínculo. El segundo rememoró las emociones de la diablerie, aunque, en este caso, debilitadas en su intensidad pero multiplicadas por su número. Creyó sentir lo mismo que los Antediluvianos harían con la Jyhad. Dejó de estar limitado por su línea de visión y por las sombras que podía manipular a distancia. Aquella noche abarcaba la zona oriental de la isla en su totalidad. En unas pocas noches, toda la isla. Luego Italia. Tal vez Europa. Quizá aquella fuera la senda que el Fundador deseaba que recorrieran, y que había querido revelarles por medio de entrometidos y sabios de pacotilla.

Según pasaba la noche, el segundo cobró consciencia de las presiones existentes en el interior del suelo de su sala de rituales. Las criaturas del Abismo respondían al *crescendo* de las emociones destructivas y querían participar en ellas. Sintieron que gracias a la fragmentación y el caos que se originaba en torno al volcán, el mundo

adoptaba un mayor parecido con su hogar. Estaban preparadas para regirlo. Pero aún no, pensó el segundo. Cuando las sombras del interior del círculo comenzaron a reptar, habló con sus camaradas; señaló el problema y sugirió la acción que debían llevar a cabo. No sin reservas, los invocadores cerraron el ojal y dejaron que el volcán actuara por sí mismo mientras que ellos reforzaban las murallas entre el mundo y el Abismo. Llegaría el momento para derribarlas por completo, pero no todavía.

**Lunes, 7 de agosto de 2000, 12:23 de la mañana**  
**Altopiano Solfifero, Sicilia, Italia**

-¿De verdad que podemos aterrizar ahí? -preguntó Barry al piloto. Su aproximación a tierra era cuestión de grados (arriba y abajo, atrás y adelante) y ni siquiera las potentes luces de aterrizaje no servían de mucho con el aire tan lleno de cenizas y humo.

-Claro -respondió el piloto sin dudar-. Si volaras por aquí a menudo, sabrías cómo arreglártelas con estos volcanes. Esta erupción está siendo bastante problemática, pero en el fondo los principios básicos vienen a ser los mismos. -Entonces soltó una larga perorata acerca de los ajustes instrumentales en respuesta a la contaminación atmosférica, pero Barry levantó la mano para indicarle que no entendía ni una frase de aquel galimatías-. Está bien. Así que en pocas palabras: sí. Podemos bajar, y luego subir cuando estemos listos. ¿La radio sigue funcionando?

Barry pulsó un botón en la pequeña unidad situada al nivel de su cintura y observó parpadear la luz de la radio dos veces.

-Sí. -Se trataba de un aparato de onda corta, no muy útil para largas conversaciones (de hecho lo ideal era utilizar el código Morse u otros sistemas más simples que la voz), pero también resultaba menos vulnerable a las interferencias de radio provocadas por la erupción. Cada uno de los vampiros tenía una, además de un auricular inalámbrico. (Lucita y Rosa se habían negado a utilizar ningún aparato que requiriera de cables alrededor del cuello, y los demás quedaron convencidos por su razonamiento.)

-De acuerdo. Descenderemos para dejaros ahí, luego nos quedaremos en el aeropuerto más cercano que aún se tenga en pie. Por lo que dicen en las noticias, parece un poco complicado encontrar

algo así, pero tenemos combustible de sobra, y lo único que necesitamos es de algo de refugio. Cuando terminéis con lo vuestro, llamadnos y os recogeremos. No os preocupéis por nosotros –sonrió Barry.

»Nosotros somos los que no corremos peligro.

\* \* \*

Dos minutos más tarde, el castillo de las Sombras surgió detrás del horizonte. El avión estaba volando bastante bajo, a través de un cañón, en busca de algo de protección contra las ráfagas de ceniza. A lo lejos, en dirección norte, se veía la silueta del castillo. Estaba nublado, pero la luz se reflejaba en la parte baja de las nubes a consecuencia de los pueblos, los incendios, y en algunos lugares, de los flujos de lava. El castillo, negro como el alquitrán, se distinguía a duras penas de la negrura de su alrededor, aunque los aguzados ojos vampíricos no tenían problemas para percibirlo. En un segundo, los pilotos mortales se situaron a su alcance, y los monitores mostraron una visión más definida al incrementar el contraste y revelar ciertas partes de su estructura.

Los vampiros no se movieron ni un milímetro mientras los pilotos buscaban un lugar para aterrizar. Solo Lucita había contemplado aquel lugar en toda su gloria, y del resto, solo Rosa lo había visto una vez. Para los demás constituía una leyenda, el lugar en el que se llevó a cabo el acto que definió la naturaleza actual de su clan y, de hecho, el patrón de la sociedad vampírica moderna. Todo lo que conocían había dado comienzo allí, pero el lugar había estado vacío desde que Gratiano y sus aliados se marcharon. Las historias acerca de aquella marcha se contradecían entre sí, y los miembros de la manada de caza no tenían muchas ganas de constatar cuál de ellas era la correcta.

La carretera ascendente que discurría en línea recta desde las praderas cercanas hasta la entrada meridional del castillo les proporcionó un espacio lo bastante amplio (en longitud y anchura) para que el avión aterrizara. Los pilotos llevaron a cabo la maniobra de tal forma que la puerta trasera diera a la entrada del castillo. Al cabo de unos instantes, los vampiros se encontraban en la carretera, a bordo de un jeep conducido por Simon Peter, y equipado con explosivos, tela asfáltica, y munición de sobra para sus armas. (Debatieron largo y tendido acerca de llevar consigo vehículos más grandes, pero terminaron por decidir que en una situación tan caótica,

en la que, con casi toda seguridad, harían acto de presencia fuerzas sobrenaturales de cierta entidad, deberían confiar más en sus propias habilidades que en dispositivos de naturaleza mecánica.) El avión despegó justo cuando los temblores empezaron a sentirse en la zona; la roca de la carretera crujió, y la manada de caza dispuso que sería mejor no quedarse a admirar el paisaje.

El castillo no se asemejaba a ninguna otra fortaleza. Era vieja (una de las estructuras más antiguas construidas –en parte– por manos humanas, y que aún se mantenía en pie sobre la faz de la Tierra) y había sido remodelada de manera constante para adecuarse a circunstancias siempre cambiantes. Lucita sabía que en los sótanos, se extendían cámaras con murales pintados por los artistas en cuyo trabajo se habían inspirado los etruscos y minoicos. Aún visibles en los muros exteriores se apreciaban diseños púnicos y romanos, obra de los esclavos capturados por el fundador durante las guerras púnicas. (Algunos de los chiquillos del fundador desarrollaron un intenso interés por Roma, pero aquel nunca consideró ninguna ciudad imperial como digna de admiración. Los que trabajaban para la mayor gloria de los Lasombra agradecieron tal perspectiva.) Había también varias obras normandas, piezas modificadas de acuerdo con el estilo bizantino, y muchas otras más.

Cualquier otro castillo abandonado de la misma manera que este se habría visto rodeado de enredaderas y líquenes. El castillo de las Sombras permanecía impoluto. Las rocas no mostraban ni siquiera rastros de cenizas, a pesar de que la erupción se había vuelto aún más violenta: los visitantes recién llegados observaron que los copos de ceniza tocaban las piedras solo para resbalar por su superficie. A pesar de la penumbra de la noche volcánica, largas sombras rodeaban el castillo y sus alrededores. Y se movían. Algunas tenían forma humana, tan detalladas como para exhibir los brazos, armaduras y pertrechos de soldados pertenecientes a eras olvidadas ya. Desfilaban por los exteriores o entraban y salían de las puertas entreabiertas. Otros eran más exóticos y se retorcían conforme a patrones que los vampiros no podían descifrar. Borriones de sombra irregulares se desprendían de la negrura absoluta existente donde las paredes se encontraban, y surcaban las superficies verticales, hacia arriba, en busca de la oscuridad que los coronaba.

Las fortalezas Sabbat como las madrigueras bajo Ciudad de México, dedicadas por completo a satisfacer las necesidades vampíricas, solían aprovecharse de la miseria humana. Pero aun así,

esa gente era utilizada en tejemanejes humanos, comprensibles: la búsqueda del poder, de la santidad, de la supervivencia. Tenía sentido incluso para aquellos que los tildaban de salvajes y crueles. Este no era un lugar de lógica. Sea cual fuera el poder que moraba aquí, no se le adivinaba ninguna ambición obvia, ningún objetivo que un humano arrojado a la inmortalidad pudiera formular. Este era un lugar donde lo que yacía bajo la existencia material había reptado hasta asomarse por entre la piel del mundo, desparramándose luego despacio a su través; lo que le acompañaba no se asemejaba en absoluto a las almas de los vampiros ni humanos. Incluso el nihilismo palidecía en comparación con el abismo absoluto que se manifestaba aquí.

-No hay nadie en casa, por lo que parece -Andrew se dio la vuelta para mirar al resto-. ¿Lucita, Roxana?

Lucita agitó la cabeza.

-No siento ni la más ligera alteración en la zona. -Andrew no respondió con palabras, aunque señaló a los borrones de sombra-. No siento ninguna alteración reciente en la zona. Todo esto es... automático. Se ajusta a un patrón fijado en algún lugar, la consecuencia de un trauma concreto, el efecto colateral de una invocación o una atadura, o algo similar. Observa: el ciclo se repite una y otra vez. La única variación aparente es la del flujo de machas que sube por la pared. No percibo a ningún alma humana que esté detrás de todo esto.

Roxana y Simon Peter asintieron.

-Me preguntaba si era yo la única que tenía la misma sensación. Estoy de acuerdo con Lucita -apostilló Roxana.

Andrew miró hacia el cielo, justo a tiempo para que le cayera un pegote de ceniza apelmazada en un ojo. Frunció el entrecejo y se lo quitó de la cara, aunque eso no evitó que dejara rastros de suciedad.

-Mierda. Vale. Esta erupción es algo diferente. Es posible que el invocador suela descansar aquí, pero que ahora mismo esté fuera para... ¿hacer lo que sea que hace para provocar erupciones volcánicas?

-Es posible -dijo Lucita-, aunque no advierto ningún signo de actividad reciente fuera de estos patrones fijos. -Andrew la miró de nuevo-. Estás pensando «¿y cómo lo sabe?». -Él asintió, así que ella procedió a explicárselo-. Aunque nada se adhiere al castillo, no todo el terreno circundante posee el mismo efecto. Allí donde el polvo tiene vía libre para acumularse, lo hace. Lo mismo ocurre con el sotobosque



que flanquea los caminos. La ceniza tampoco ha sido retirada. Ya que estas sombras no provocan una impresión física, no hay ninguna prueba, pero creo que eso es significativo. Me acercaré un poco más.

–Palpó la pared situada al lado de la puerta del sur. Roxana hizo lo mismo,

Lucita sintió una oleada de sensaciones proveniente del lugar. Por supuesto que la impresión más fuerte era la del fundador, que había vivido allí durante miles de años. Lucita recordó un momento en que estuvo en su presencia, escuchando su voz grave y observando cómo relumbraban aquellos ojos totalmente negros a la luz de la antorcha. Percibía su personalidad como si estuviera inscrita en piedra. Si el castillo de las Sombras pudiera hablar, sus primeras palabras serían «Quiero al chiquillo perfecto. Quiero dominar a todos los cainitas. Quiero dominar a la Tierra entera. Quiero la noche eterna. Quiero ser el fin de toda forma. Quiero». El lugar era un monumento a las ambiciones, ambiciones insatisfechas. La personalidad de Gratiano no se apreciaba, aunque a la luz de lo visto, era el chiquillo perfecto.

Las impresiones más recientes eran solo transitorias. Había trazas de esperanzas de hallar refugio, de descubrir tesoros enterrados, de convertirse en el nuevo amo de la noche. Ninguna de estas huellas permaneció mucho tiempo. Tampoco detectó ninguna en los últimos años, tal vez décadas. Sí advirtió pasiones que tenían que ver con la Segunda Guerra Mundial, y ninguna de las impresiones vampíricas era mucho más reciente que aquellas. Este no era el refugio de nadie, o si lo era, su morador había conseguido no dejar improntas psíquicas. Lucita retiró las manos.

–No –dijo–. Nadie espera dentro, y nadie va a volver para encontrarnos aquí.

Roxana tardó algo más en apartarse, y cuando lo hizo, estaba pálida. Se hizo un corte en la piel para así sacudirse la impresión y los temblores.

–Y pensar que creía entender lo que era la ambición –aseguró en voz baja–. Me alegro sobremanera de que no haya nadie en casa. –Se encogió–. Sigamos adelante y hagamos lo que tenemos que hacer para que poder marcharnos. A cualquier otro sitio.

–Y los cuatrocientos anduvieron hacia el valle de la muerte –musitó Andrew y se internó en la estructura.

**Lunes, 7 de agosto de 2000, 1:01 de la mañana**  
**Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia**

Los invocadores habían empezado a alimentar de nuevo al volcán cuando se estremecieron de manera simultánea. Fue como si una parte del alma de cada uno hubiera sido tirada al suelo y partida en dos. El primero y el séptimo se desplomaron a causa de la impresión, y el resto quedó aturdido.

Al presenciar tal crisis, el segundo no malgastó el tiempo con charlas. Por miedo a que se repitiera la catástrofe que había acabado con dos del círculo el año pasado, anuló el ritual. Era una desgracia, y llevaría muchas noches de trabajo el repararlo, pero al menos se acabarían los contratiempos por el momento. Armado con sus cuchillos ceremoniales, cortó las conexiones astrales y realizó los gestos necesarios para asegurarse de que el alma de cada invocador volvía entera a su cuerpo correspondiente.

–El castillo de las Sombras. Alguien lo está interrogando –dijo despacio el quinto.

–Maldición –replicó el segundo–. No estamos en condiciones de enfrentarnos a una amenaza física. –Habría suspirado de haber podido–. Suelta al guardián, después veremos qué hacer.

## \_\_\_\_\_ 31 \_\_\_\_\_

### **Más allá del tiempo y del espacio** **El Abismo**

Montano sentía la fuerza que volvía al monte Etna a la vida, pero no era asunto suyo. Tal vez fuera magia de sangre (casi lo daba por hecho) pero se centraba en la tierra, lo que no lo preocupaba en absoluto, salvo en lo que respectaba a su estirpe. Ninguna erupción volcánica volvería inhabitable el planeta para los vampiros, y por tanto, no tenía interés para él. Las perturbaciones en el Abismo, en cambio, sí lo tenían, y su atención estaba fija allí.

Había ido y venido entre el castillo de las Sombras y su primo pequeño, trazando sendas de desarrollo y conexión. Poco a poco se formó una idea del funcionamiento de la intrusión. En su mismo corazón solo había un deseo desesperado y Montano se fusionó con los recuerdos de su sire. Aquel lugar era un monumento a las ansias de poder del fundador. Pero la estructura flaqueaba: carecía de las

complejidades que siempre habían caracterizado al fundador y contenía solo parte de sus pasiones. Si fuera un edificio humano, se desplomaría a causa de su falta de estructura interna. Incluso ahora mismo, el creciente caos que se estaba desatando sería capaz de barrer el edificio del lugar.

Montano estaba listo para destruirlo cuando la construcción se agitó al unísono con la extrusión abisal del castillo de las Sombras. Algo había provocado esa agitación en el castillo. Y eso preocupaba mucho a Montano. Había comenzado a dudar acerca de su propio juicio en torno al origen de esas tormentas, pero ahora estaba seguro de que lo que había hecho sacudirse al castillo de las Sombras era importante, y no deseaba ayudar a esa entidad. Pero quizá...

No disponía de una forma fija en el Abismo: se había acostumbrado a mantener la integridad espiritual necesaria para mantener una flexibilidad sustancial. A veces resultaba conveniente pensar de sí mismo como una cadena de entidades separadas aunque relacionadas entre sí, capaces de abarcar distancias y saltos conceptuales más allá de lo que cualquier forma única conseguiría jamás. Se extendió por todos los promontorios del castillo de imitación y forzó la unión con el lugar que conocía mejor que los propios constructores del edificio. Los extremos de la pequeña masa se acercaron entre sí a través del turbulento vacío, en dirección a posiciones similares en el interior del castillo de las Sombras. En breve (si eso significaba algo en verdad), los dos se unirían, y un habilidoso viajero del Abismo sería capaz de moverse sin problemas de un castillo a otro.

Entonces sería el momento de comprobar lo que había sobrevivido a semejante desplazamiento.

## \_\_\_\_\_ 32 \_\_\_\_\_

**Lunes, 7 de agosto de 2000, 1:14 de la mañana**  
**Castillo de las Sombras, Sicilia, Italia**

Lucita se percató de que tanto ella como el resto andaban casi de puntillas, en un esfuerzo por no hacer ruido. Algo meramente supersticioso, aunque la superstición cumplía su función. En lo que en realidad debían confiar era en su capacidad de alerta y en la coordinación del grupo. La manada de caza trabajaba en equipo de forma tan efectiva como cualquier unidad que hubiera conocido jamás,

y tal vez eso compensara la falta de poder individual.

No sabía mucho acerca de Andrew (las circunstancias de las semanas recientes no habían permitido tales frivolidades), pero parecía evidente que en algún momento había recibido instrucción táctica. Mantenía a los miembros de la manada lo suficiente lejos como para que ningún ataque que no proviniera de artillería de gran calibre acabara con ellos de un plumazo, pero al mismo tiempo, lo suficiente cerca como para poder comunicarse en voz baja. Lo más probable es que quisiera estar allí tanto como los demás, pero aun así procedía con cuidado y ritmo calculado. Si había algo que encontrar aquí, daría con ello.

Si hubiera sido Lucita la encargada de tomar la decisión, ya estarían de camino hacia lo que sea que hubiera al noroeste. Esto era... Bueno, no era no muy productivo. Cualquier alma preparada para ello, sería capaz de leer la historia del lugar. Pero había cosas descontroladas vagando por el mundo, y gente que quería soltar más de estas, y ella no tenía tiempo para contemplar el castillo de las Sombras. Por otro lado, sabía que tratar de convencer a Andrew no serviría de mucho. La posición de Lucita todavía era precaria, y aunque estaba segura de poder socavar la autoridad de Andrew ante los suyos, seguía sin poseer el estatus necesario para asumir el mando. Para Andrew era imprescindible saber que era él quien tomaba las decisiones. Así que lo siguió en silencio.

La manada atravesaba el patio exterior, de camino a la puerta septentrional, cuando las sombras emergieron. Los borrones negros que reptaban por las paredes saltaron hacia el cielo y se condensaron en una única forma oscura, que recordaba a una serpiente. Se retorció y contorsionó, cada vez más grande; según crecía, enviaba sus tentáculos (o bocas, pensó Lucita) en dirección a la cabeza de cada miembro de la manada.

Puesto que las bocas tenían su origen en el corazón de la cosa y se dispersaban en su recorrido, los vampiros procedieron a hacer lo propio. Andrew se dio cuenta de la estratagema y gritó «¡Permaneced juntos!». Justo antes de que la lucha comenzara, consiguió teclear el código de alerta en la radio. Después se inició el combate cuerpo a cuerpo.

Los primeros ataques se limitaron a simples golpes, pues las bocas carecían de colmillos o dientes. La mayoría alcanzaron su blanco, pero solo causaron magulladuras. Aquellos apéndices eran tan sólidos que los miembros de la manada más rápidos pudieron

agarrarlos y tirar de ellos. Lucita, Barry, y Simon Peter acabaron sosteniendo una masa de oscuridad sólida durante un momento, justo antes de que se disolvieran en manchas bidimensionales y cayeran al suelo.

—¡Maniobra doble! —gritó Andrew, y se colocaron de tal manera que cada uno de los miembros más bajos de la manada tuviera a uno alto a cada lado. Esto les otorgaría una gran libertad de movimientos. Se situaron en sus nuevas posiciones justo cuando comenzó la segunda oleada de ataques. En esta ocasión, fueron dos o tres apéndices, armados de colmillos, los que atacaron a cada persona. Los vampiros no pudieron ver los colmillos, pero sintieron sus efectos de inmediato: Barry, que trataba (de manera encomiable aunque algo arriesgada) de arrancar los apéndices de la misma manera que antes, solo logró que los dientes lo cortaran hasta el hueso. La sangre que necesitaría para curar tal herida era sangre que no se podía permitir malgastar por ahora, así que decidió estabilizar las heridas sin más.

Los apéndices exhibían un nulo comportamiento táctico; solo buscaban a tientas todo cuanto les llamara la atención de los vampiros. Aún así, no eran inofensivos. Lucita sabía de lo difícil que resultaba desarrollar una táctica para usar contra los apéndices que brotaban de la cabeza del ser. Cada uno de los vampiros recibió al menos un impacto en la cabeza, y tuvieron que gastar sangre para cerrar las heridas y no quedar cegados a causa de las hemorragias. Simon Peter recibió tres golpes en el pecho, y cayó de rodillas. Los otros lo rodearon.

Lucita estaba acostumbrada a luchar en solitario. Sus instintos le chillaban que huyera del grupo y buscara una posición de difícil acceso; tal vez una esquina cercana. Tuvo que luchar de manera consciente para reprimir el impulso, y le preocupó el hecho de que tal pugna interna disminuyera su capacidad de combate. Un impacto. ¿Lo habría recibido de haberse separado del grupo? Pero apartarse de ellos significaría el fin de su andadura con la manada, y a largo plazo, sería bastante peor. Así que se quedó allí y se propuso luchar lo mejor posible. La segunda oleada de apéndices no era tan vulnerable a la fuerza física como la primera, pero la fuerza apoyada por la manipulación de sombra sí que era capaz de herirlos: o se desparramaban en un hatajo de sombras hasta desvanecerse del todo, o revertían a la criatura.

Andrew se mantenía al borde del frenesí; su mente se veía subsumida en la lujuria de la violencia. Parte de él rechazaba cualquier

cosa que no fuera un acto de destrucción. Tenía que luchar para contener el impulso, ya que tal situación se limitaba a tácticas del tipo «ver cosa, golpear cosa», como él mismo solía explicar a veces cuando hablaba sobre hacer planes en estado de frenesí. Con el resto de su inteligencia siguió combatiendo a sus instintos, a la vez que pensaba en lo que vendría a continuación.

Barry sintió la misma llamada que Andrew, y su último pensamiento consciente fue «Andrew está al mando, y oigo su voz». Dejó que la bestia que llevaba dentro surgiera a plena potencia, y emitió una carcajada mientras se lanzaba con fiereza a la refriega. En unos instantes, trepaba por los tentáculos hacia la cabeza del ser. Solo unos cuantos de los apéndices se retorcieron para interceptarlo; sea lo que fuere lo que le daba las instrucciones, no estaba preparado para responder a las acciones de un vampiro en frenesí.

Simon Peter también reprimió el impulso de correr, pero por razones diferentes a las de Lucita. En su caso, las heridas estaban alimentando a esa parte de la bestia interior que vociferaba sus instintos más primarios. Estaba herido y quería sobrevivir; su sentido común le impelía a alejarse de allí. Retuvo el autocontrol, aunque por poco, y solo fue capaz de organizar la defensa cuando el impulso creciente comenzó a menguar. La rabia le hizo redoblar sus esfuerzos.

–¡Roxana! –consiguió decir–. ¡Sobrecarga!

Roxana oyó y comprendió: recordaba sus experimentos acerca de la manipulación eléctrica allí en Ciudad de México. Dio comienzo a los cantos requeridos, y escuchó a Simon Peter hacer lo propio. Aunque no al unísono, sí lo suficiente para lo que pretendían. Mientras invocaban el poder, ella agarró la radio de su cinturón sin dejar de esquivar los apéndices, de retorcerse y contorsionarse para minimizar el daño sufrido. La radio chisporroteó y despidió unas cuantas chispas al extraer la carga eléctrica del aire circundante. En el espacio repleto de cenizas que se extendía bajo las columnas de humo que emanaban del volcán, se había acumulado un buen montón de electricidad estática, y el poder de la sangre lo extrajo con rapidez. Roxana tiró la radio hacia delante con todas sus fuerzas. En el punto más elevado de la parábola, el aparato explotó en un torrente de rayos eléctricos. Una intensa luz recorrió el patio, y solo eso bastó para que los tentáculos del ser se apartaran. La gran masa de oscuridad que era la criatura, con la silueta recortada por relámpagos, chilló en silencio y se retiró.

–¡Por allí! –gritó Andrew, señalando la puerta más cercana–.

¡Buscad cobertura! –La cosa que iba en su caza necesitaba de grandes espacios abiertos para ser efectiva. Ninguno de ellos sabía lo que los aguardaba en el interior del castillo, pero sería complicado que se tratara de algo peor. Los otros corrieron hacia el arco de punto mientras el destello convocado por la hechicería de Peter y Roxana aún relumbraba. Cerraron una enorme puerta de piedra que encajaba a la perfección con el arco en el preciso momento en que los primeros apéndices estaban a punto de colarse por ella. Delante de ellos, el pasillo se extendía y luego descendía hacia la más impenetrable oscuridad.

**Lunes, 7 de agosto de 2000, 1:30 de la mañana**  
**Khan al-Khalili, El Cairo, Egipto**

La señal de alarma de la manada de caza sonó alta y clara: los veintiocho vampiros reunidos la escucharon. Como el cardenal Timofiev se temía, era la señal de «necesitamos ayuda ya» y no la de «acudid por medios convencionales a estas coordenadas». Lo que quería decir que iba a tener que invertir una parte sustanciosa de su propio poder para hacerlo posible.

El truco de caminar a través de la sombra hasta localizaciones remotas era difícil, y solo unos pocos Lasombra habían conseguido dominarlo. Crear un portal de sombra por el cual pudieran pasar otros requería de más maestría todavía, y Timofiev conocía a menos de doce practicantes de semejantes artes. Él era el único en El Cairo capaz de hacerlo. Con el más leve de los encogimientos de hombros, avanzó hacia la pared menos iluminada del almacén y se concentró en el punto más oscuro de su superficie. Las sombras cercanas comenzaron a fluir hacia allí, cada vez en mayor número, hasta que conformaron una zona vagamente cuadrada de pura oscuridad, de unos dos metros lado.

–Adelante –susurró y realizó un ademán hacia los otros. Comenzaron a atravesarlo, pero se pararon ante el vendaval que recorría el Abismo. Los vampiros no podían morir de frío natural, pero aquello era la ausencia de calor, la ausencia misma, algo que hacía que el cero absoluto pareciera hasta acogedor. Timofiev tuvo que imponer su voluntad sobre el Abismo para construir paredes que los protegieran de la tormenta. (No pretendía dejar que los demás se

percataren de lo temibles que eran los vientos que soplaban en el Abismo. Algo no iba bien allí, y tenía que averiguar de qué se trataba.) Los vientos no cesaron, pero se redujeron hasta un nivel más soportable, por lo que el grupo pudo recorrerlo en segundos.

Timofiev sabía que no podría mantener abierto el pasillo durante mucho tiempo. Crear el portal resultaba agotador; protegerlo de la forma en la que lo estaba haciendo, extenuante.

Se apoyó contra un resquicio hasta que los últimos miembros del grupo penetraron las tinieblas. Un momento de desfallecimiento fue todo lo que necesitaron los vientos para derribar las barreras. Cuando los flujos revertieron su corriente y procedieron a absorber la energía vital hacia el Abismo, el cardenal no estaba en condiciones de hacer frente a tal fuerza y la negrura se lo tragó. No gritó.

## \_\_\_\_\_ 34 \_\_\_\_\_

### **Fuera del tiempo y del espacio El Abismo**

La unión del castillo de las Sombras y lo que un vago recuerdo que Montano había devorado identificaba como el castillo de San Rafael Arcángel casi se había completado. Los lazos no eran muy fuertes, pero aguantarían incluso los primeros embates. Los vientos aullantes lo distraían y los enjambres de entidades hambrientas lo obligaron a detenerse unas cuantas veces para rechazarlos. Todo habría seguido de la misma forma de no haber sido por una nueva complicación.

Un grupo de vampiros se introdujo en el Abismo a través de un camino construido sobre la más profunda ignorancia de las circunstancias actuales del Abismo. Era tan estúpido o absurdo como el intento de construir una autopista en un pantano o sobre el océano Pacífico. No se habían previsto las turbulencias ni tampoco la necesidad de tratar con los habitantes de esta parte del Abismo; se trataba solo de llegar a algún punto del castillo de las Sombras tan rápido como fuera posible. Las almas de los vampiros que cruzaban el camino eran inclasificables, aunque Montano prefería no arriesgarse. En las mentes de los líderes halló vivas imágenes de Lucita y los vampiros con quienes viajaba, y eso fue lo que terminó de convencerlo de su interpretación.

No se podía permitir que estos enemigos de la manada de caza



interfirieran. Montano agarró el camino, lo dobló y lo incrustó en el vínculo que había formando entre los dos castillos. Los vampiros que viajaban por aquella senda no volverían a pisar el mundo real, sino que recorrerían un círculo infinito que terminaría por erosionar sus voluntades y recuerdos. Los enjambres procedentes de las profundidades del Abismo se encargarían de los individuos más débiles: los reducirían a pensamientos y deseos aislados que las entidades cazadoras digerirían con facilidad. Los más fuertes conseguirían abrirse paso, aunque solo hasta el edificio más pequeño, no el castillo de las Sombras. Montano volvió a su trabajo, confiando en que el retraso sería suficiente para dejar que Lucita y sus aliados prosiguieran la investigación de aquel enigma por él.

En el interior de la gigantesca masa formada por la presencia combinada de los castillos, algo se agitó. No era la totalidad de entidad que los invocadores adoraban, pero sí lo suficiente de la misma como para tener consciencia de sí misma en su relación con ellos. Tras descubrir su identidad, comenzó a llamar al resto de los elementos que componían su esencia. Los vientos del Abismo pasaron a soplar en una sola dirección, incluso desde aquellos bajíos a los que ni siquiera Montano había descendido nunca, y la entidad continuó formándose. Pero no podía manifestarse allí de manera inmediata; la parte que ya estaba en el lugar tuvo tiempo de reflexionar acerca de sus propios pensamientos.

*estaré completo*

*aquellos que llaman me quieren completo pero la completitud proviene de uno que los odia*

*hijo chiquillo heredero*

*sucesor verdadero no impostor otros buscan lo que él ya posee*

*¿responderé sus llamadas? ¿lo merecen?*

\* \* \*

Timofiev sentía los linderos del camino que había forjado. Por desgracia, se alejaban cada vez más de él, y se descomponían bajo fuerzas que no comprendía. El agujero a través del cual habían entrado se había cerrado, y él había quedado atrapado en el Abismo. Caía. Sabía que, tan débil como estaba, no duraría mucho tiempo.

Los primeros cazadores lo atacaron en cuestión de segundos. Sus manos dejaron de significar nada; sus pies no tardaron en seguirlas. Aparecieron agujeros en el pecho y en el cuello, sin causa evidente, ya que las veloces y hambrientas entidades se movían

demasiado rápido como para detectarlas. Ahora ya no podía realizar rituales, y no había nadie cerca que lo rescatara.

Decidió que no tenía ningún interés en afrontar una prolongada muerte definitiva. Puesto que no había posibilidad de escapar, prefería dejar de existir de manera tan rápida y limpia como fuera posible. Cogió los restos de sus brazos y se golpeó en la cabeza. El dolor fue atroz, pero ni siquiera logró quedar inconsciente. «*Una vez más*», pensó mientras las pequeñas criaturas le devoraban las piernas. Invocó la fuerza de la sangre, que manó por las arterias retorcidas expuestas al vacío.

Con el último hálito, levantó los brazos y golpeó de nuevo. Esta vez funcionó. La última sensación en su mente agónica fue la de la explosión de su calavera y sus sesos dispersándose a los cuatro vientos. Había dejado de pensar cuando la inercia arrastró los brazos contra la columna, que se hizo mil pedazos. La cabeza se separó del cuerpo y ambos se convirtieron en polvo. Una magra comida para los cazadores, que no tardaron en partir en busca de más alimento.

\* \* \*

Las sombras subían por la oscura escalera hasta cubrir el pasillo, pero no amenazaban a la manada. Formaban parte del ecosistema del castillo, y ya que la manada de caza no deseaba dañar al castillo en sí, la respetaban como descendientes de la criatura que los había creado a ellos. La sensación de ser acariciados por las sombras en las caras, las manos, y las zonas de piel expuesta, comenzó de inmediato, aunque consiguieron evitar entrar en pánico.

—Hacia abajo, creo —dijo Andrew—. No sé lo que nos esperará ahí, pero dudo que nada me acojone tanto como la cosa esa que hemos dejado atrás. ¿Alguien discrepa? —Hubo un momento de silencio, pero nadie lo hizo—. De acuerdo.

Descendieron en fila de a uno durante muchos minutos. Las sombras continuaban reptando por encima de ellos. De vez en cuando algo agitaba las paredes desde fuera, pero no se oía nada. Por dos veces, unos intensos ruidos recorrieron las propias paredes, o al menos, esa es la impresión que tuvieron. Poco a poco, la escalera se ensanchó y se enderezó. Lucita fue la primera en darse cuenta que las paredes se volvían más tersas:

—Ya no tienen textura de piedra —anunció.

—Me estaba preguntando por eso mismo —replicó Andrew—.

Desconozco el tiempo que llevamos bajando, pero sé que es bastante. ¿Sabes si el castillo de las Sombras es tan profundo?

-No la última vez que estuve aquí -dijo Lucita-. Estoy casi segura de que estamos en el Abismo, y lo más probable es que entráramos en él poco después de empezar a bajar.

-Pero, entonces, ¿por qué este ensanchamiento?

-Ni idea -respondió Lucita con la misma franqueza que había desconcertado a Barry antes-. Hay muchas cosas que desconocemos sobre el Abismo, en parte porque los profesores necesarios para enseñar las lecciones más avanzadas no son personas con las que me gustaría compartir mi tiempo. La mayoría de ellos haría que mi sire pareciera un hombre sociable, amable y campechano.

Rosa resopló.

-Eso es... algo difícil de imaginar.

-Pues aun así era cierto. Y supongo que sigue siéndolo. El estudio del Abismo no fomenta el comportamiento humano de sus estudiantes. De todas formas, no sé dónde nos encontramos, así que tendré que basarme en los rumores que he oído.

-¿Sabes alguna forma de determinar hacia dónde vamos?

-irrumpió Andrew.

-No.

-Bueno, entonces lo averiguaremos cuando lleguemos allí. -Tocó la radió, y no recibió respuesta alguna, ni pitido ni vibración-.

¿Funciona alguna de vuestras radios? Roxana, no tienes que responder la pregunta. -En unos segundos, todos habían comprobado que sus radios estaban en silencio-. No puedo decir que me sorprenda. Si advertís algún cambio en el ambiente, volved a comprobarlas. Puede que nos dirijamos a un sitio normal, y no a las profundidades infinitas.

Un tercer rugido sacudió sus alrededores, y en esta ocasión todos los vampiros se dieron cuenta de que parecía decir «*merecido*».

-Espero que se refiera a nosotros -dijo Simon Peter mientras reanudaban su descenso.

Las cosas estaban volviéndose cada vez más extrañas. El segundo se esforzó en comprender las sensaciones que provenían desde el Abismo, pero no consiguió sacar nada en claro. Los siete celebrantes que todavía seguían conscientes se despegaron del volcán y reanudaron sus tareas cotidianas. El agujero hacia el Abismo se había abierto, sí, pero los vientos que surgían de él eran demasiado violentos, y sus sentidos místicos solo recibían información confusa. En el Abismo, las distancias se medían en términos de intensidad y diferencias emotivas, pero ahora todos esos indicadores no servían de nada. El segundo siempre había considerado al Abismo como algo vacío, no como algo que pudiera ser manipulado y alterado de este modo. Comenzó a llamar al fundador con gran ansiedad.

-Ven.

-Ven. -Repitieron los otros. Y de inmediato, o así les pareció, el fundador se plantó allí, como una columna del vacío más puro y trascendente que se extendía desde el suelo hasta el techo de la sala de invocaciones. De hecho, el segundo se dio cuenta, que fluía hasta más allá de los límites de la sala, ya que había horadado un agujero en el techo para llegar hasta Dios sabe dónde. Una oleada de preocupación recorrió al segundo, ya que nunca había bastado con una sola invocación, y en sus libros no había nada que indicara lo contrario.

*no*

El fundador habló directo a sus corazones antes de que fueran capaces de formular una pregunta. El segundo advirtió también un viento familiar entre la cacofonía de la fosa, uno asociado con el alzamiento del fundador. A pesar de ello, el fundador estaba con ellos; su presencia física no dejaba lugar a dudas. ¿Sería capaz el fundador de poseer dos existencias separadas? Nada en la historia, en los rumores o en el folklore apuntaba a ello, y el segundo sabía que en momentos críticos, lo inhabitual solía ser un mal presagio. Las cosas se le habían ido de las manos.

*por ningún chiquillo no he venido por ningún chiquillo*

El fundador estaba enfadado. ¿Por qué? ¿Qué es lo que habían hecho? El segundo no tardó en darse cuenta que no era el único que se hacía estas preguntas. Varios de sus compañeros (no estaba muy seguro de las razones por las que lo hacían) formulaban sus inquietudes en voz alta. Después de dedicar tanto tiempo al proyecto, se sentían con cierto derecho a exigir respuestas del fundador.

*no derechos no deberes no*

¿Pero entonces qué?  
*auténtica estirpe he venido por él*  
*él viene por mí*

«*Tal vez no quiera saberlo*», pensó el segundo. Pero no, la negación no era una opción a estas alturas. Tenía que comprender, aunque fuera la última cosa que hiciera.

Entonces una mano negra surgió del Abismo y tiró de él. El segundo percibió el súbito placer del fundador, y luego todo se redujo al Abismo.

Los otros invocadores quedaron aterrados mientras el fundador se retiraba.

*nunca para vosotros* –fue su mensaje de despedida.

En cuanto se hubo marchado, la abertura del suelo se estrechó y echó a perder las marcas rituales que pretendían confinarlo. Se convirtió en un óvalo, y luego se comprimió sobre sí mismo hasta dividirse en dos círculos separados. El primero regresó a donde había estado en primer lugar, y los vientos del Abismo seguían ululando a su través. El segundo se desplazó por el suelo, trepó por la pared y salió por la puerta que daba a una de las escaleras de subida. Los seis celebrantes que quedaban vieron con pasmo que las sombras que salían de él lo hacían de la misma forma que las sombras del castillo de las Sombras.

El tercero recobró la compostura.

–Hermanos, este es nuestro mayor desafío. Nuestros enemigos nos engañan con imágenes falsas del fundador. Hemos de romper esta ilusión como hemos hecho con los límites ilusorios y la confusión que en su momento recayó sobre nosotros. La muerte no nos detuvo. La carne no nos detuvo. Los muros del mundo no nos detuvieron. Tampoco lo hará esta impostura. ¡Preparaos!

\* \* \*

La manada de caza se dio cuenta de que se había producido un cambio. Rosa fue la primera en advertirlo.

–Las sombras fluyen ahora desde allí... desde delante de nosotros. –Los otros giraron la cabeza y las manos para sentir aquel flujo desde ángulos diferentes, y todos estuvieron de acuerdo.

–Espero –dijo Andrew– que eso signifique que nos estamos acercando a algún sitio. No es que me preocupe demasiado por caminar en la oscuridad para siempre, pero me gustaría algo más de

variedad. –En un principio no hubo ningún otro cambio, pero al fin sintieron una brisa diferenciada–. Algo pasa ahí delante. Listos para la acción. Quiero que nos situemos rápido fuera del alcance de lo que sea que se está abriendo ahí. Dispersaos y sobrevivid, y si se trata de una amenaza potencial, golpead antes de preguntar. En caso de pifiarla siempre podemos disculparnos después.

Al final vieron una luz por delante, que surgía de un arco muy parecido al que habían atravesado al entrar, aunque de eso hacía mucho tiempo. Había varias personas en su interior. La manada de caza oyó que alguien gritaba «¡Preparaos!» en un latín con marcado acento, y entonces hubo un breve intercambio de palabras entre al menos dos de los hombres, tal vez más. La luz parpadeó de igual forma que lo haría una antorcha o su contrapartida electrónica.

Andrew lideró la carga; marchó hacia la izquierda con una velocidad endiablada, fruto del uso de la vitae. Los demás lo siguieron, y se dispersaron de inmediato a la vez que entraban. Lo que pudieron ver fueron los restos de las herramientas utilizadas por los celebrantes y a los seis invocadores, vestidos con túnicas idénticas; a su alrededor soplaban los vientos del Abismo.

## \_\_\_\_\_ 36 \_\_\_\_\_

### **Fuera del tiempo y el espacio** **El Abismo**

Montano sostuvo con firmeza al segundo. Si el invocador no hubiera estado distraído, habría opuesto una resistencia digna de tal nombre, pero nunca habría conseguido oponerse a la fuerza de voluntad del Matusalén. Las barreras de su mente se derrumbaron y Montano las atravesó sin esfuerzo.

Ignacio Rinieri, como el segundo se había llamado tiempo atrás, volvió al tiempo en que los nombres significaban algo. Había sido un joven vampiro en los tiempos de la gran revuelta, una creación de la Guerra de los Príncipes, siglo y medio antes, un peón que había desarrollado una habilidad inesperada en las artes ocultas. La familia Rinieri solía abastecer a los Lasombra con neonatos por aquella época; mientras que la rama mortal de la familia nunca consiguió un gran éxito en su competencia con las casas comerciantes genovesas, los Lasombra romanos admiraban el temperamento de los Rinieri, por lo que les permitieron ampliar su ámbito de actuación. Ignacio llegó al

castillo de las Sombras por primera vez menos de una semana antes de que lo hiciera Gratiano.

Al principio, Ignacio trató de mantenerse firme contra los rebeldes. Formaba parte de la fuerza que defendió la puerta interior durante más de una hora. Sirvió de poco. Los rebeldes crecían en fuerza, y los leales perdieron fuelle; por otro lado el fundador no envió refuerzos. Al final, Ignacio resultó ser el último defensor del lugar, y decidió que la mejor opción sería marcharse para volver a luchar otro día. Huyó por antiguos corredores olvidados y encontró refugio en el castillo de San Rafael Arcángel, una iglesia mortal construida gracias a las donaciones de los templarios errantes, más o menos en la época en la que él fue convertido en vampiro. Se quedó con aquel sitio y lo consagró a la búsqueda de un nuevo Dios después de que la llamada del fundador atrajera a los tres primeros invocadores a la ladera del monte Etna.

No había mucho más que añadir. Había perseguido la consecución del gran proyecto con toda su alma hasta esta misma noche, y lo único que sentía ahora era un pesar plomizo. *«Lo que podría haber conseguido de haber invertido mi tiempo en algo diferente...»*

Montano percibió su disgusto. El discurrir de recuerdos volvió a sucederse para mostrar al invocador el resto de la historia.

Las entidades del Abismo se formaban a partir de pensamientos y sentimientos. El castillo de las Sombras, morada del rey de las sombras, poseía una barrera tan fina como el papel que se alzaba entre la existencia material y el Abismo, por lo que las emociones más potentes se podían filtrar por ella incluso sin apoyos mágicos. La agitación sin precedentes que se originó como consecuencia del ataque de Gratiano envió ingentes cantidades de pasión hacia el Abismo: la experiencia de la muerte, los ruegos sin respuesta que solicitaban la ayuda del fundador, la rabia hacia el mismo mundo, y el deseo de destruirlo como venganza. Todo este conjunto de sensaciones se convirtió en un refinado banquete para los habitantes del Abismo. Las pasiones no se deshacían hasta atravesar múltiples procesos de alimentación, por lo que transformaban a las criaturas que las absorbían.

La experiencia de la muerte pasó a ser el deseo de infligir la muerte. Los ruegos de ayuda al fundador hicieron creer al ser que los había devorado que él era el objetivo de esa petición, y que por tanto él era el fundador. La ira, el desespero, y el miedo proporcionaban

motivos suficientes para viajar hasta el mundo. Estas sensaciones los quemaban por dentro, y estos seres buscaban liberarse del dolor infligiéndoselo a otras criaturas. Poco a poco obtuvieron una consistencia interna y comenzaron a interactuar con los invocadores, cuyo entusiasmo reforzó el ego de las criaturas. Este eco del fundador, nacido de las propias mentes de los invocadores, no era más que los remanentes de las pasiones surgidas mucho tiempo atrás.

La mente del segundo se quebró. No estaba preparado para asumir que su misma existencia había estado dedicada a un engaño. Ya que la evidencia no dejaba lugar a dudas (Montano se sirvió del Abismo para demostrar que lo que le contaba era cierto) el segundo se encerró en sí mismo. Aisló la mente de los estímulos que le enviaban sus sentidos y se sometió a una serie de golpes psíquicos hasta que fue incapaz de articular el pensamiento necesario para seguir haciéndolo.

Montano dejó que el cascarón vacío cayera; las criaturas se lo pasarían en grande con él. Luego marchó hacia un lugar psicológicamente elevado, desde donde podía observar los castillos fusionados. El recuerdo de Lasombra se alzó desde la abertura y los rituales de los invocadores cesaron de forma abrupta. Eso indicaba que lo único que quedaba en los castillos era el recuerdo de Lasombra.

-No soy tu chiquillo y tú no eres mi sire -le dijo-. Escucha la historia que le conté al otro, y sabrás que es verdad.

*lo sé*

-Es hora de que abandones esa identidad. No puedes lograr lo que ansías. Deja de sufrir.

*otros no sienten dolor*

-Sí.

*he de marcharme*

Y lo hizo. Montano contempló la trayectoria de las entidades que por primera vez se separaban de aquel todo en siglos. Se perdieron en la procelosa tormenta en busca de nuevas presas. Por fin podría ocuparse de sus propios asuntos; esto ya no le concernía a él, serían otros los que tendrían que ocuparse de ello.



## **Castillo de las Sombras, Sicilia, Italia**

Después de que la puerta del castillo se cerrara tras la manada de caza, la criatura de sombra comenzó a tantear de nuevo. Una segunda ola de tentáculos descendió (esta vez con más cuidado, temerosos de encontrarse con algo parecido a la terrible y dolorosa luz que los magos de sangre de la manada habían conjurado). Unos temblores sacudieron el castillo, aunque las sombras que lo habitaban lo protegían de cualquier perturbación. Puesto que no había contraataque alguno, nuevos tentáculos invadieron el patio: absorbieron la sangre que se había derramado en la lucha, y buscaron más.

Entonces una turbulencia familiar recorrió el patio. La criatura de sombra se echó a un lado y vio que aquello, fuera lo que fuese, provenía de su reino nativo. Los tentáculos se dispusieron alrededor de aquel agujero. Al abrirse, cargaron a su través los vampiros que habían sobrevivido al viaje por el Abismo... justo en dirección a la criatura. Una comida deliciosa.

## **\_\_\_\_\_ 38 \_\_\_\_\_**

### **Lunes, 7 de agosto de 2000, 2:20 de la mañana Castillo del Arcángel San Rafael**

El primero de los invocadores se adelantó, con los brazos abiertos; gesto inequívoco de un complejo ritual.

-¿Qué es lo que le habéis hecho a nuestro líder? -quiso saber. La manada de caza reconoció su voz como la que antes había dicho «¡Preparaos!» mientras entraban allí.

-No hemos hecho nada a ningún líder, a menos que vuestro líder sea la cosa de sombras que merodea al final de las escaleras -dijo Andrew.

-¡Mientes! ¡Habéis vuelto al fundador contra nosotros, y nos habéis robado a nuestro líder! ¡Sois una desgracia para nuestra sangre, y será vuestra sangre la que responderá por vuestros errores! -El invocador continuó con sus gestos, y los demás comenzaron a moverse de forma acompasada a su lado.

No había tiempo para discutir. Andrew y Barry cargaron hacia el que parecía llevar la voz cantante; cada uno lo agarró de un brazo y se lo rompió. Retrocedieron, dispuestos a acabar con él de una vez por

todas, pero no tardaron en darse cuenta que el daño causado casi se había reparado por completo. Donde las venas y arterias más cercanas a la piel se habían roto, aún podía verse brillar la sangre con un débil halo escarlata vetado de negro. Una vez que la carne del invocador volvió a su estado inicial, continuó cambiando y se hizo más brillante y oscura a cada segundo.

—Mierda —exclamó Barry, y Andrew y él volvían a atacar. Simon Peter y Roxana se enzarzaron con otros dos celebrantes, mientras que Lucita y Rosa hacían lo propio.

No sería una buena lucha, pensó Lucita. Aquella pequeña figura envuelta en túnicas antiguas (más antiguas que el hombre que las llevaba, con toda posibilidad) no podía llevar a cabo ningún ataque serio. Sus puñetazos eran manotazos, sus fintas ingenuas, y sus patadas, más un riesgo para su propio equilibrio que para Lucita. Pero su cuerpo parecía inmune a los golpes de ella. Poseía una resistencia increíble, que parecía incrementarse con cada impacto. Lucita sospechaba que eso formaba parte de la preparación a la que los invocadores se sometían para sus rituales, en previsión de los múltiples peligros del Abismo. Estuviera en lo cierto o no, se trataba de un gran inconveniente. Ni siquiera podía atraparlo con una presa, puesto que el hombre parecía haberse untado con sangre para volverse resbaladizo y zafarse con facilidad de las manos de cualquier adversario.

Los otros estaban afrontando problemas parecidos. Ninguno de los cuatro que se habían enzarzado con los invocadores parecía hacer el menor daño, y sea cuales fueran los rituales que estaban preparando, pronto surtirían efecto. Lucita no quería averiguar qué tipo de magia ofensiva iban a utilizar contra ellos.

De repente se dio cuenta que la manada de caza disponía de un recurso propio. Retrocedió tres pasos en dirección contraria al invocador con el que había estado luchando, y con los brazos aún abiertos para arrastrarlo consigo sin llegar a sujetarlo. Con el forcejeo acabaron junto a la abertura que daba al Abismo. Lucita clavó los talones en el suelo y tuvo que hacer un esfuerzo para no caer; el celebrante continuó hacia delante, arrastrado por los vientos hasta que la abertura se lo tragó; los seres del Abismo, hambrientos, se congregaron a su alrededor antes de que la oscuridad lo engullera.

Los otros vieron lo que había sucedido. El oponente de Barry y Andrew fue el primero en caer, Lucita le echó una mano a Rosa con el suyo, y por último Simon Peter y Roxana arrojaron al suyo por el

agujero. Ahora había muchas más entidades reunidas en torno a la abertura, y el cuarto celebrante fue devorado en lo que pareció una fracción de segundo.

Lucita golpeó a uno de los invocadores justo en el momento en que terminaba de efectuar sus gestos. La sangre comenzó a arderle y no, comprendió, de forma metafórica. En aquellas partes de su cuerpo más próximas al hombre, su sangre se incendió y la abrasó por dentro. El incontrolable miedo que todos los vampiros tenían al fuego la hizo zozobrar, y se preguntó cómo demonios iba a huir de sí misma. En lugar de eso, se alejó de la fuente del fuego. Loca de dolor, se abrió surcos en los brazos con las garras, y de ellos emergió humo y pequeñas llamas. Comenzó a perder sangre con rapidez: sería una carrera para ver qué acababa antes, si el encantamiento o su sangre.

El mismo efecto se desencadenó sobre el resto, aunque en menor grado. Andrew no huyó, pero fue incapaz de avanzar. Simon Peter y Rosa se retiraron de forma precipitada. Barry y Roxana superaron la compulsión que los atenazaba y arrojaron al quinto invocador por el agujero que llevaba al Abismo. Luego corrieron hasta el último que quedaba y lo rodearon. El hechizo que había endurecido su piel le servía ahora de poco, y al final demostró ser más un perjuicio que un beneficio; ya que aquella dureza contrarrestaba un tanto el efecto resbaladizo que había conjurado sobre sí. Tras un breve forcejeo, acabó también en el Abismo. Andrew agarró a los dos invocadores inconscientes y los dejó caer también por la abertura.

Una vez que la fuerza de voluntad que lo había creado desapareció, la puerta al Abismo se cerró en silencio. También lo hizo su extensión, por la que la manada de caza había entrado allí. Se reunieron y compartieron sangre para curarse, y luego se dedicaron a explorar la habitación. No quedaba mucho de interés tras la lucha. Lucita seguía consciente, pero solo por pura cabezonería, y eso solo gracias a la acción de más sangre de la que cualquiera de ellos podía permitirse ofrecer.

Barry se arrodilló ante ella mientras Lucita utilizaba la sangre que acababa de adquirir.

—Estás corriendo un riesgo, al dar un paso hacia el vínculo de sangre con tus compañeros. No te voy a hablar de lo que implica eso ahora. Solo recuerda que en los siguientes tres vaulderies deberás ofrecer gran cantidad de tu propia sangre. Podremos eliminar la influencia de la sangre y mezclarla en el ritual, por lo que estarás a salvo en poco tiempo —susurró él, de forma que nadie más lo oyó.

Lucita asintió sin decir nada, y Barry la dejó continuar con su curación.

**Lunes, 7 de agosto de 2000, 3:15 de la mañana**  
**Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia**

Andrew condujo a los demás hasta las escaleras más cercanas, no sin antes haber asumido la expectativa de un largo ascenso a través de las distintas dimensiones del castillo de las Sombras. Se sorprendieron al comprobar que se movían por lo que obviamente era una estructura de construcción humana, modificada por los invocadores, pero no transformada de manera fundamental... y se sorprendieron aún más cuando dos tramos de escaleras los llevaron otra vez hasta la superficie.

Al salir, se encontraron en un lugar muy diferente del que esperaban.

-¿Dónde cojones está todo el mundo? -preguntó Barry. Agarró la radio y pulsó los botones para establecer contacto con los pilotos. Cuando el intercomunicador chasqueó, les repitió la misma pregunta.

Los confusos pilotos tardaron un poco en verificar a través de las señales del GPS que los miembros de la manada de caza estaban ahora a decenas de millas al noroeste del castillo de las Sombras. Sin perder un momento, comunicaron a los vampiros que se dirigirían allí de inmediato. A pesar de que las erupciones habían disminuido en intensidad, aún seguía siendo peligroso volar; en un principio, el plan no incluía la posibilidad de volar durante tanto tiempo en tales condiciones.

Andrew suspiró.

-Parece que todo esto acabará pronto. Ahora lo único que quiero es un refugio cálido, algo de sangre fresca, y descansar unos cuantos días. O años. -Esta vez, todos estuvieron de acuerdo.

**SEGUNDA PARTE:**  
***EL TORBELLINO***

**Martes, 8 de agosto de 2000, 11:10 de la tarde**  
**Hotel Sheraton, Cairo Tower, El Cairo, Egipto**

Angélica estaba de nuevo fuera de la habitación de hotel del extraño y, en esta ocasión, Christobal la acompañaba. Para entonces conocía mucho más al extraño: sabía que había viajado bajo el nombre de Ian McBurdo, y estaba casi segura de que era uno de esos traficantes de información. Tenía grabaciones de su conversación con un informante de renombre, que formaba parte de la Camarilla suiza, y también con uno de los agentes de este. Otra cosa que había averiguado es que parecía alimentarse solo de machos jóvenes, aunque existía la posibilidad de que fuera solo una treta para confundir a los enemigos. Por último, sabía que aún no sospechaba que lo estaban vigilando.

Saltaron por la ventana justo después de que «Ian» hubiera acabado de hablar por teléfono. Estaba con la guardia baja. Incluso así, consiguió propinar un golpe a cada uno de sus atacantes antes de que lo inmovilizaran, y a pesar de ello, siguió resistiéndose con todas sus fuerzas. Angélica sangraba por tres heridas distintas para cuando lo habían sometido, y tuvo que hacer uso de gran parte de su reserva de sangre vampírica para curarlas. Aún jadeaba mientras trataba de recuperar el aliento, al tiempo que Christobal ataba a «Ian» y registraba la habitación.

–No eres tan bueno como pensabas –le dijo Angélica a su prisionero–. Ni siquiera te diste cuenta de que una triste mortal te observaba. Creo que tus clientes se sentirían un poco decepcionados si supieran de lo poco eficaces que son tus capacidades de vigilancia y lo poco fiables que son tus informes. –Él se removió en su sitio pero no dijo nada.

»Creo que es mejor llamar a Lucita –indicó ella mientras Christobal seguía buscando.

–Cierto, tienes razón –respondió, distraído–. Llámala.

Pocos minutos después, Lucita llamó a la puerta: dos golpes, luego tres, y por último cuatro. Angélica dejó entrar a su jefa y luego

señaló al vampiro maniatado.

-Este es -dijo-. Lo vi vigilar el mercado todas las noches, tomaba notas y sacaba fotografías de tus idas y venidas. Luego volvía aquí y se lo contaba todo a alguien por teléfono.

Lucita se arrodilló en frente del espía.

-¿Es verdad eso? -Él permaneció en silencio. Lucita colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Ian y comenzó a apretar-. ¿Es verdad eso?

Poco después de que la sangre comenzara a brotar entre las manos de Lucita, habló entre dientes.

-Es verdad.

-¿Quién compraba la información?

-Karl Auergloh -respondió después de un momento de silencio y otra «caricia» de Lucita.

Lucita no miró a los ojos de Angélica, pero inclinó levemente la cabeza en dirección a su ghoul.

-¿Dice la verdad?

-Sí. Utilizó uno de los números que me diste para llamar Londres.

-Muy bien -le dijo Lucita a su víctima-. La honestidad te ha comprado tiempo. ¿Cómo te daba instrucciones Karl?

-A través de su secretaria.

-¿Su... secretaria? -A Lucita la cogió por sorpresa. Karl no solía utilizar nada parecido a una secretaria. O daba las órdenes por sí mismo, o se comunicaba con el sujeto mediante mensajes pregrabados con un sintetizador de voz; una vez escuchó hablar por uno de estos aparatos a un paciente al que se le había practicado una traqueotomía y decidió que le gustaba ese sonido-. Háblame de su secretaria.

-Es alemana, muy metódica... -Se detuvo al ver la expresión de Lucita. Ella sospechaba algo, algo terrible.

-Espera -le ordenó. Cerró los ojos y se concentró en los recuerdos almacenados en lo más recóndito de la mente del hombre. Allí estaba la voz de la secretaria de Karl, solicitando información de una tal Lucita de Aragón. Era, como Lucita se temía, la voz de Willa Gebenstaler.

-Mátalo -exigió Lucita mientras se levantaba-. Mátalo y no hables de esto con nadie. Debo meditar sobre ello.

-¿Nos vas a decir quién está detrás de todo esto? -preguntó Christobal. Levantó al prisionero y se preparó para transportar a «Ian»

de nuevo; Christobal tenía sus propios planes, que terminarían con la muerte del vampiro (y, por tanto con el cumplimiento de las órdenes de Lucita), no sin satisfacer también su curiosidad.

-No. Cógelo y largaos. Necesito estar aquí a solas un rato.

**Sábado, 12 de agosto de 2000, 9:32 de la mañana**  
**Khan al-Khalili, El Cairo, Egipto**

Elieser de Polanco afrontaba una reunión mucho más pequeña que la que había tenido una semana antes. Los miembros de la manada de caza se mostraban saludables y vigorosos, por lo que desconfiaba de ellos.

-Repasémoslo una vez más -dijo-, para estar seguros de que estamos todos de acuerdo. -No era consciente de que andaba a cierto ritmo cuando se sentía desazonado: tres pasos hacia un lado, dos hacia el otro, hasta que llegaba al límite de la habitación, y luego de vuelta hasta el extremo más lejano-. Llegasteis al castillo de las Sombras, fuisteis atacados, bajasteis las escaleras, y salisteis a cincuenta y ocho millas de allí, en lo que identificasteis, a posteriori, como el castillo de San Rafael Arcángel. Os encontrasteis con una serie de fenómenos misteriosos, y luchasteis contra ocho taumaturgos experimentados, a los que terminasteis por lanzar al Abismo. Después de tal proeza, todo comenzó a volver a la normalidad.

»Bien. Pero sois incapaces de explicar la desaparición de veintisiete vampiros, incluida la del cardenal Timofiev. Ni tampoco la presencia de dos vampiros en sopor en el patio del castillo de las Sombras, muy cerca de donde decís que bajasteis las escaleras que os llevaron hasta la puerta dimensional. Puesto que no capturasteis ninguno de los taumaturgos para su posterior interrogatorio, solo contamos con diarios crípticos y cifrados y sus artefactos para hacernos una idea de lo que estaban tramando. A menos que aparezcan de nuevo o demos con alguna confesión escrita, tendremos que esperar a ver si se suceden más ataques abisales o no, y la ausencia de evidencias nunca es prueba definitiva. -Observó a los miembros de la manada, y le complació detectar signos de nerviosismo entre ellos.

»Si vuestra historia es cierta en cada detalle, entonces lo habéis hecho bien. Comprenderéis, estoy seguro, que el resto de nosotros no

estemos contentos del todo. –Se detuvo–. ¿Qué van a pensar los cardenales? ¿Qué le dirán los prisci al regente? «*Creemos que lo logramos*» no es una respuesta satisfactoria. ¿Debemos encargarles a otros la solución del problema? ¿A quién podemos permitirnos el lujo de apartar de alguna otra misión importante para el Sabbat?

\_\_\_\_\_ 42 \_\_\_\_\_

**Martes, 29 de agosto de 2000, 10:03 de la tarde**  
**Palacio Musafirkhanah, El Cairo, Egipto**

El convoy de camiones avanzaba por la calle, y sus luces hacían destellar las vidrieras. Lucita estaba de pie frente a la ventana de la izquierda, observando cómo se derramaba la luz desde ese lado y se vertía sobre las elipses, divididas proporcionalmente y decoradas con filigranas, para representar unos principios matemáticos que no comprendía; luego la luz iba perdiendo intensidad hasta perderse a su derecha. Encontraba aquel espectáculo relajante, un recordatorio de que la toma de decisiones tenía que ser fruto del orden y el control. Y precisamente en aquellos momentos había que tener clara tal afirmación, ya que su propia existencia distaba mucho de ser calificada como ordenada.

Supuso que no tenía por qué esperar al obispo Munther. Allí sobre la mesa estaban los libros que quería; podía marcharse. Aun así prefería esperar. Se dio cuenta, un poco sorprendida, de que le apetecía algo de compañía. Había cosas de las que quería hablar, y necesitaba un tipo de perspectiva con la que no tenía mucha experiencia. Así que se quedó allí de pie y esperó a que el tiempo siguiera transcurriendo.

Munther entró flanqueado por dos reclutas, pero en cuanto echó un vistazo a Lucita los despidió con un ademán. La enorme puerta de cedro se cerró para dejar solos a los dos vampiros más viejos. Aquella noche Munther no hizo esfuerzo alguno para aparentar humanidad. Al aproximarse a Lucita, la oscuridad que exudaba acabó con el efecto creado por las luces que se reflejaban contra las ventanas, por lo que Lucita dejó de mirar los cristales y se dio la vuelta para encararlo. Cuando habló, lo hizo con un tono grave y profundo, que le confería una brusquedad distintiva consecuencia del completo rechazo a la



idea de cubrir aquel sonido con una pátina de humanidad.

-Lucita ¿algún problema con los libros?

Lucita advirtió la ausencia de los protocolos de hospitalidad, árabes o Sabbat. Era muy consciente de ocupar una posición indeterminada, puesto que los Sabbat de mayor autoridad que se habían ocupado de su caso, habían desaparecido en el Abismo hacía cosa de un mes, y los otros estaban ocupados en sus propios asuntos. No sabía con seguridad si los otros líderes del Sabbat se sentirían obligados a compartir el juicio del obispo Andrew, que abogaba por considerarla Sabbat. Tampoco era capaz de leer las reacciones de Munther; incluso su aura mostraba detalles poco familiares.

-Buenas tardes, Excelencia. No, no hay ningún error con los libros. Solo me gustaría hablar un rato con vos.

-Ah, la conversación es uno de los lujos de la vida. Y de la vida después de la muerte. ¿Sobre qué conversaremos? -Hizo un gesto hacia las sillas que rodeaban la mesa central de la habitación. Durante un momento, parte de su existencia anterior salió a la superficie, y despertó viejos recuerdos en Lucita. Un caballero mediterráneo de antes de la época moderna, que saludaba con educación a una dama mediterránea. Lucita echaba de menos los días en que experimentaba tales cosas como una dama que podía ir de un lado a otro sin problemas, en lugar de tener que disfrazarse y adoptar formas confusas. Echaba de menos aquellos días. No creía que fuera una buena idea decírselo a Munther.

-Me gustaría conversar sobre vuestro sire, si no os importa, Munther se quedó clavado en el sitio. Solo un observador entrenado se habría percatado de la interrupción en su caminar hacia el centro de la habitación, pero su invitada era una de las vampiras más perspicaces de todo el mundo cainita.

-Mi querida Fatimah. Sí. Bueno, no hay mucho que contar sobre ella.

-Yo la conocí cuando era una chiquilla, aún sin haberse acondicionado a la condición vampírica. Parecía no tener claro si la odiaba o si la adoraba. Si fuera libre de decidir en este momento ¿cuál sería el destino de Fatimah?

Pensó sobre ello mientras se recostaba en el asiento. Dio la impresión de recobrar la compostura cuando acomodó su cuerpo en la familiar y antigua silla.

-La mayoría de inquisidores no obtendrían respuesta alguna a tal

pregunta, y si quisieras discutir sobre semejante cuestión, lo consideraría una grave falta de respeto hacia mi hospitalidad. Confío en haber sido claro. -Él era cuatrocientos años más joven que ella, pero había vivido quince años más como mortal, y ahora parecía el hombre maduro que hablara con cierta autoridad a la jovencita aristócrata e ignorante que acabara de salir de la pubertad. Y tampoco esa sensación distaba mucho de la verdad, ya que él tenía siglos de experiencia de interacción en una comunidad de vampiros, que lo habían familiarizado con el poder en una forma diferente a la de Lucita.

-Sí, Excelencia.

-Sabiendo eso, pues, te diré cuando el Sabbat surgió y golpeó, tuve esperanzas de hacer de Fatimah mi prisionera personal. Rompería su voluntad en mil pedazos hasta que reconociera que me amaba tanto como yo a ella, incluso ahora que he dejado ese amor a un lado. La oiría decir todas esas cosas, y tras cerciorarme de que lo decía de verdad, la mataría. -Estiró las manos, lo que le recordó a Lucita un director de orquesta que concluye una sinfonía-.

¿Esperabas algo diferente?

La vampira se golpeó la cabeza con los dedos.

-No, excelencia, eso es lo que esperaba. Solo tenía curiosidad al respecto; yo también he pensado mucho sobre mi propio sire y lo que le hubiera hecho de haber estado en mi mano. Entonces recordé que vos habíais tenido una relación similar con el vuestro. De ahí mi pregunta.

Munther se enderezó en el asiento.

-En mi condición de superior tuyo, así como señor de este dominio, he de preguntarte: ¿sientes deseos de suicidarte? Si te ves inclinada a ello, es tu deber informarme. No debemos permitir que un individuo así ponga en cuestión la seguridad e integridad de mi trabajo aquí.

La franqueza de la pregunta la cogió por sorpresa, y tuvo que pensar por un momento. No estaba acostumbrada a tratar tales asuntos de manera tan directa.

-No, Excelencia, no busco mi destrucción ni ahora ni en su dominio. No he perdido aún el interés por sobrevivir.

-Bien, entonces. A pesar de ello, creo que lo más apropiado en tu caso sería marcharte de El Cairo lo antes posible. Si buscas guía, tal vez debieras hablar con alguna de las autoridades que permanecen

aquí desde el mes pasado. No creo que sea inteligente que te quedes el mes que viene sin mi autorización explícita. Ahora coge tus libros y márchate.

-Sí, Excelencia.

**Miércoles, 6 de septiembre de 2000, 7:30**  
**Hotel Sheraton, Cairo Tower, El Cairo, Egipto**

A Lucita le divertía ocupar la suite de Colin Davidsage. No era el lugar más lujoso donde había estado, pero era suficientemente cómodo, y además disponía también de espacio para Angélica. Lucita no tenía muy claro a qué se dedicaba en este momento. Sabía que tras el éxito de su búsqueda del asesino y espía, la mujer ghoul había estado estudiando tácticas de vigilancia con los ghouls que trabajaban para Munther. No le importaba; mientras Angélica estuviera lista cuando necesitara de sus servicios, a Lucita le daba igual lo que hiciera.

El sol se pondría en unos pocos minutos, y la sangre había comenzado a agitarse en las frías venas de Lucita. No recuperaría la consciencia del todo hasta dentro de una hora. Todos los vampiros se resistían al despertar en diversos grados, y cuanto más separados de sus pasiones y emociones humanas estuvieran, más difícil les era despertarse después de la puesta de sol. Con el paso de los siglos, Lucita había pasado de necesitar unos pocos minutos para despertarse a su actual condición, y sabía que era lo acostumbrado en su estirpe.

Esa noche, su nebulosa consciencia empezó a soñar. En la habitación de al lado, Angélica oyó un débil gruñido proveniente de su propietario, y se agitó. Las cicatrices se habían curado ya, pero aún recordaba lo que había ocurrido la última vez que trató de proteger a su jefa y la despertó de su mal sueño. Esta vez Lucita tendría que ocuparse de sí misma.

~ ~ ~

Lucita estaba de pie en la almena de la Aljafería, el castillo donde había crecido, no mucho después de la puesta de sol. La ciudad de Zaragoza y el valle que la rodeaba estaban inundados por una luz rojiza, y las montañas

situadas al oeste surgían amenazadoramente justo enfrente del lugar donde se ocultaba el sol. Estaba sola, aunque el castillo rebosaba vida.

Su padre y el tío Ramiro habían marchado a ocuparse de unos asuntos en el sur, al mando de una compañía de caballeros y soldados. Su madre llevaba a los otros niños a los campos situados al norte. Los sirvientes iban y venían y reunían el equipo que los aldeanos iban a transportar en los carromatos.

Poco a poco Lucita se dio cuenta de que el castillo se iba vaciando. Nadie entraba; solo salían. Le habría gustado irse a ella también, pero solo aquellos con una misión tenían permiso para marcharse, y nadie le había encomendado una. Le habían ofrecido varias oportunidades, pensó enfadada, pero las había rechazado todas, y ahora debía esperar.

Según caía la noche, los últimos ocupantes del castillo salieron, y Lucita se quedó sola. Ahora era libre para vagar por el castillo. Algunos sirvientes se acordaron de encender las lámparas y las velas, aunque no todas, y aún no era de noche, aunque había oscurecido y unas alargadas sombras pendían de las paredes. Se lamentó de que los sirvientes hubieran retirado todos los espejos al marcharse; su pelo comenzaba a encanecer y deseaba comprobar qué aspecto tenía. La idea de mirarse a un charco se le pasó por la cabeza, pero entonces cayó en la cuenta de que los pozos estaban envenenados y acabaría envenenada si se asomaba a alguno de ellos.

La campana de la capilla resonó con tono disonante. Era como si tiraran de ellas de manera caótica. El horrible ruido la atrajo a la capilla. Se puso un vestido más conveniente, a pesar de no contar con espejos a los que mirarse, y cruzó el patio para ver quién llamaba. El altar brillaba con velas votivas, pero no había nadie a la vista.

-¿Hola? -exclamó sin mucha convicción.

-Hola... -Las palabras descendieron desde el campanario. Poseían la armonía musical de la que las campanas carecían. No pudo identificar al interlocutor, así que se acercó un poco más para ver mejor.

-¿Hola?

El padre Monçada bajó por el campanario, con un aire de evidente santidad. No emanaba sombras, prefería utilizarlas solo para propósitos concretos y solo en determinadas ocasiones.

-Hola, hija.

-Pero tú no eres mi padre -objetó ella.

-¿Oh no? -dijo él con indulgencia-. Entonces, ¿dónde está tu padre?

-Se marchó y me dejó sola.

-¿No agradeces en tus oraciones de cada noche el que tu padre no te abandona de la misma forma que muchos de los señores de nuestro tiempo

abandonan a sus hijas?

Lucita asintió. Eso era cierto.

-Oh, sí.

-Bien -respondió el sacerdote-. El hombre que se marchó y te dejó aquí sola no es tu padre ¿verdad?

Algo iba mal, pero Lucita no sabía lo que era. Con cada argumento del sacerdote que era incapaz de rebatir, este parecía ganar estatura y autoridad. Sus negaciones lo hacían más grande. Por fin se atrevió a preguntarle la razón.

-¿Por qué mi rechazo a aceptarte te hace más grande?

-Ah, querida, alimentas el árbol vacío que es mi alma. Es a través de la adversidad que todas las cosas medran. Seré más grande para que termine por prevalecer y que así aceptes mi justicia.

-¡Pero no quiero hacerte más fuerte! -objetó ella.

-Lo que tú quieres no importa mucho, querida. Lo que cuenta es lo que haces y por qué lo haces. Deseas luchar contra mí. Muy bien, pero comprende cuál es la consecuencia. Una vez que sabes esto, veamos si es lo que de verdad quieres o si harás otra cosa. -Ahora transformado en un cardenal, él le sonrió con benevolencia. Por encima de ambos, los fuegos del Infierno comenzaron a devorar el techo.

-¿Entonces la única forma de pararte es hacer lo que quieres?

-Exacto, hija mía. No hay futuro para ti ni en el cielo ni en la tierra, solo entre mis brazos, haciendo mi voluntad. -Su sonrisa se ensanchó, y la oscuridad de su interior brotó de su sonrisa para formar un dosel con el que protegerse contra el Infierno que se aproximaba-. Ven junto a mí y estarás a salvo, hija mía.

-No -decidió ella, y se echó atrás. Mientras los fuegos del infierno derretían el suelo, miró hacia abajo y pudo ver el cielo. Tocaba la tierra solo en un punto, justo donde se encontraban los pies de su sire, y se inclinaba en pendiente desde allí. Estaba segura de que si caía, se rompería contra la madreperla y la piedra que los constructores rechazaron. Aun así, no obedecería a ese hombre, que aseguraba ser su padre pero que no había salido del castillo y por tanto no podía ser lo que afirmaba.

Alzó un dedo.

-Recuerda que tu rechazo me hace más fuerte. -Lo demostró sosteniendo las puertas del Infierno con una mano, y abriéndolas y cerrándolas con aire distraído.

La almas malditas se reunían buscando alivio, pero al encontrarse al cardenal en el umbral, aguardaban con paciencia una oportunidad para huir.

-No hay nada que puedas hacer o ser sino lo que yo quiero de ti.

Aceptarás esto porque es tu deber.

-¡No!

~ ~ ~

Lucita se despertó y se preguntó si en realidad había lanzado aquel grito de negación final. Decidió que no lo había hecho. No obstante sí había sudado sangre durante el sueño, y tuvo que limpiarla antes de que se secara.

No era la primera vez que soñaba con su sire, ahora destruido. Aún no estaba segura de si él había dispuesto comandos psíquicos para que recibiera mensajes tras su muerte, aunque a fin de cuentas poco importaba si era su propia mente la que jugaba con ella o si era él el culpable de todo ello. Tanto en un caso como en otro, el caso es que la frecuencia de este tipo de episodios se iba incrementando con el paso del tiempo, y su recurrencia iba minando la confianza en su propia independencia. Temía que si no encontraba pronto una respuesta, acabaría exhausta.

Recordó aquel dicho de los comandantes militares: *"cuando no existe una respuesta aceptable a una pregunta, cambia los términos de la misma"*. No podía revivir al bastardo. No podía negarse a descansar. Tampoco podía cambiar lo que su subconsciente almacenaba, al menos sin quedar expuesta a una manipulación externa. Pero sí podía cambiar su respuesta a un nivel consciente. Y una serie de conexiones que había tratado de evitar en el pasado se fundieron de improviso como un mosaico o los eslabones de una cadena.

El cardenal había abandonado la idea de una ética humana mucho antes de que ella hubiera nacido. Cualquier comportamiento humano en público no era más que un acto preparado, algo perpetrado por alguien que creía que ninguna mentira contaba (de hecho, ningún pecado contaba) si se cometía en nombre de la ira divina. Se veía a sí mismo como un agente maldito de Dios, introducido en las tinieblas para servirlos propósitos del Señor de la luz. Cualquiera que cayera en sus garras, incluida Lucita, era su presa por derecho, puesto que si el Señor quisiera detenerlo, lo haría. Aquellos que escapaban de él debían de contar con el favor del Señor, o al menos estar destinados para un fin diferente a manos de otros.

Esta perspectiva siempre repelió a Lucita. Le parecía una elaborada justificación, una excusa de lo más conveniente para que el cardenal hiciera lo que le diera la real gana sin sentir remordimiento de

ningún tipo. Por el contrario, ella se consideraba situada a un mayor nivel, uno en el que no tenía cabida el credo del cardenal, y...

Y le había servido de muy poco, esa fue la primera revelación que hubo de asumir. Tratar de vivir como una dama humana, recta y moral, no le había reportado muchos beneficios. Las demandas, siempre crecientes, que hacía la supervivencia vampírica (sangre sobre todo, así como la violencia para resistirse a sus diversos enemigos, y el resto de las mentiras e inmoralidades) la habían obligado a descender por los abismos con el paso del tiempo. Era consciente de que ahora se veía más inclinada a matar en accesos de ira de lo que había sido durante su juventud, y también más inclinada a caer en algún estado mental extremo y no salir de él en bastante tiempo. La obsesión la acosaba con facilidad, y no era fácil liberarse de ella. Tal vez pudiera vivir otro siglo como una persona independiente y cuerda, o tal vez no.

En teoría podía obligarse a recuperar el terreno moral perdido. En primer lugar debía renunciar a su carrera como asesina independiente, y abandonar el Sabbat. Los vampiros jóvenes que aún conservaban algo de su antigua energía vital eran capaces de enzarzarse en los complicados entresijos morales necesarios para participar en los rituales del Sabbat sin perder del todo su humanidad, pero ella ya era muy vieja y estaba anquilosada. No podía realizar los rituales si no lo sentía de verdad, y practicarlos con convencimiento total significaba aceptar más violencia física, mental y moral de la que ya había cometido. Además, cualquier esfuerzo por convertirse en algo parecido a un humano virtuoso requeriría aislarse a sí misma de la sociedad mortal y también de la cainita. Un alma virtuosa de verdad no podría arriesgarse con pequeñas mentiras y pecados que suponían la moneda de cambio estándar entre los vampiros.

Lucita no notaba que estaba temblando mientras permanecía de pie en el medio de la habitación, ajena a lo que sucedía fuera. Era como si estuviera inconsciente.

Las alternativas vampíricas a los códigos morales humanos eran antiguas. Si de hecho había existido un diluvio universal, entonces algunos databan de antes de tal debacle. Las sendas o *víae* tenían su función dentro de las comunidades cainitas, puesto que ofrecían guía para aquellos que deseaban o necesitaban dejar su humanidad a un lado. El señor de un dominio particular puede prohibir la práctica de algunas de ellas, basándose en su propio juicio acerca de las posibles complicaciones que pudieran derivar de estas, pero los principios básicos de cada una son promulgados a viva voz, y están disponibles

para el análisis y el proselitismo. Entre estos, la senda de la noche reflejaba las ambiciones del fundador de los Lasombra: ser el mejor en todos los aspectos, encontrar las debilidades de los otros y someterlos a la voluntad del fundador o destruirlos, ser objeto del terror más absoluto. Había otras sendas, como la del cielo, seguida por Anatole, mentor de Lucita, u otras, mucho más extrañas. Circulaban historias sobre sendas consagradas a la adoración de dioses insecto de naturaleza demoníaca, sendas diseñadas para que las mentes vampíricas huyeran de sus cuerpos, y cosas que estaban más allá de los sueños de cualquiera. Lucita sabía que muchas de estas historias eran ciertas.

Así que la innovación del Sabbat no consistía solo en la construcción de nuevos códigos morales. Lo que distinguía a estas sendas de la iluminación con respecto a los demás, era el esfuerzo sistemático que dedicaban a construir sistemas completos con suma rapidez. Y funcionaban, aunque resulte sorprendente. En solo ochenta o cien años, los eruditos del Sabbat se pusieron al nivel de sus homólogos en la Camarilla, que llevaban haciendo lo mismo desde hacía varios milenios. De vez en cuando Lucita se preguntaba sobre este misterio, como también lo hacía con la vaulderie. ¿Y quién había impulsado estos avances? Quienesquiera que fueran los responsables, habían (estaba casi segura de que se trataba de varios) guardado silencio, y dejado que su obra se extendiera por sí sola. Muchos de los textos cruciales circulaban de forma anónima y otros muchos cubrían la pista de sus autores de maneras que rivalizaban con las mejores prácticas llevadas a cabo por las fuerzas de seguridad modernas. Las palabras tenían vida propia, y se abrían paso por las redes cainitas, contando verdades incontestables.

Lo cierto es que Lucita deseaba buscar en una dirección diferente. Estaba cansada de pensar en una suave pendiente que la conducía a la perdición inevitable, y no era solo el miedo a la destrucción lo que la inducía a pensar así. De la misma forma que había definido sus actos en términos negativos (hacer aquello que menos convenía a su sire) hizo lo mismo con su código moral, que venía a cimentarse en no ser más pecadora de lo que era capaz de manejar. Había pasado mucho tiempo desde que tuviera como guía una serie de ideales positivos, algo que la llevara hacia delante y que no fuera tan solo el mero instinto de supervivencia. Estaba lista para abandonar su manera de pensar y de sentir.

Se estremeció, aunque sin ser consciente de ello. Sabía tan bien



como cualquiera que no siguiera una *senda* o camino lo difícil que era el cambio. Algo en la psique se resistía a la demolición de los viejos artificios mentales y la construcción de otros nuevos. El vampiro que deseaba comprometerse con un nuevo sistema de creencias tenía que purgar primero los viejos impulsos, y eso solo ocurría a través de la comisión sistemática de pecados. Se había dado una herejía en la cristiandad temprana que afirmaba que debido a que el mundo entero pertenecía al Diablo, la iluminación solo podía darse al violar toda ley y norma, romper la tenaza que el sistema de este mundo mantenía sobre el alma de cada cual. En el caso de los vampiros, esto era cierto. Solo la trasgresión dedicada y continua de todas las restricciones internas puede favorecer la claridad necesaria para permitir a las nuevas doctrinas abrirse paso a través de las partes consciente y subconsciente de la mente. Por supuesto que la misma trasgresión conduce directamente a un estado incontrolado de agresión.

Necesitaría a un *mentor*, un guardián, para la transición: alguien que comprendiera la *senda* que se decidiría a seguir y que fuera capaz de mantenerla bajo control cuando flaqueara. El primer requerimiento lo cumplían muchos de los vampiros que conocía, tanto dentro como fuera del clan. El segundo... era más complicado. ¿Cuántos antiguos capacitados para actuar como mentor podrían ocuparse de ella cuando estuviera en frenesí? Aquí la lista se acortaba mucho.

Después de unos minutos pensando, llamó por teléfono.

**Miércoles, 6 de septiembre de 2000, 9:50 de la tarde**  
**Hotel Cairo Cuatro estaciones, El Cairo, Egipto**

De Polanco seguía una política muy simple por lo que a los refugios se refería: quería lo mejor. Disfrutaba teniendo a su servicio a los mejores lacayos del mundo, y además esto le daba la oportunidad de mezclarse con gente de todo pelaje. El tiempo en que se preocupaba de los detalles de asuntos humanos había pasado hacía mucho, pero aún se divertía con ello de cuando en cuando. La sociedad mortal era más interesante cuando sus líderes políticos y sociales hacían cosas autodestructivas sin saber muy bien las razones que les habían llevado a eso, y de Polanco orquestaba unas pocas de

esas catástrofes cada año, siempre que las circunstancias se lo permitían.

Aquella noche, pensó, era la adecuada para causar algunas de estas confusiones. Un caballero español con amplios contactos en la industria y el Gobierno no tendría problema alguno en conseguir reuniones informales con gente importante de la zona. Y después de eso, solo recordarían las instrucciones que él les hubiera dado. Dado que la economía egipcia ya estaba en bastante mal a forma, era casi seguro que con unos pocos minutos de esfuerzo las cosas empeorarían, aunque de forma mucho más interesante.

Su hilo de pensamiento se vio cortado por una llamada telefónica. Solo le había dado este número a un puñado selecto de socios; valía la pena responder.

-De Polanco.

-Excelencia, soy Munther.

-Sí, Excelencia. ¿Qué es lo que desea hoy de mí?

-Se me ha pedido organizar una reunión entre vos y otro de nuestros invitados.

De Polanco asintió, antes de darse cuenta que se trataba de un gesto inútil en una conversación telefónica.

-Y supongo que ha aceptado la petición. Dígame quién es.

-Lo haré. Pero primero he de recordaros que como invitados nuestros aquí, ambos estáis bajo la protección del dominio, siempre y cuando no os sirváis de vuestra habilidad para perseguir vuestros propios fines. Si origináis un conflicto de cualquier clase que interfiera con mis planes, tendré que aplicar las medidas disciplinarias oportunas -le explicó Munther.

-Por supuesto, Excelencia. He disfrutado de vuestra hospitalidad, y no se me ocurriría hacer nada que pudiera enturbiarla. Ahora dígame quién es el otro invitado.

-Lucita.

Ahora de Polanco se alegró de que Munther no pudiera verlo.

-Sí que es una sorpresa. ¿Ha comentado de qué se trataba?

-No, Excelencia -respondió Munther con suavidad-. Solo me proporcionó un número de teléfono, creo que el de su hotel, y me pidió que os lo diera; también estuvo de acuerdo con respecto a la misma estipulación sobre el orden en el dominio que acabo de recordaros.

-Bien. Gracias, Excelencia. Apuntaré el número. -Por lo que parecía no iba a ser necesario andar enredando con los funcionarios

del fisco para divertirse algo aquella noche.

\_\_\_\_\_ 45 \_\_\_\_\_

**Miércoles, 6 de septiembre de 2000, 10:31 de la noche**  
**Hotel Sheraton, Cairo Tower, El Cairo, Egipto**

-Soy Lucita.

-Buenas noches, chiquilla de Monçada.

-Buenas noches, Excelencia. Gracias por llamarme.

-Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvimos un encuentro social. Setecientos setenta y seis años, creo, más o menos.

-Aunque pueda parecerle extraño, no llamo solo para molestarlo.

-¿No? ¿Qué te hace pensar que tengo algo más que hacer que molestarte a ti? Siempre fuiste un buen adversario.

-Quiero que me ayude.

-Por supuesto. Por desgracia, el primer paso para que te preste mi ayuda es que abandones tu patética alucinación moralista y...

-Desearía iniciarme en la *senda de la noche*. Busco su ayuda y guía para ello.

Siguió un largo silencio.

»Excelencia, parece que haya perdido la voz.

-¿Es una broma?

-No, Excelencia.

-Debo saber qué te ha llevado a tomar tal decisión. Espera. No creo que para esto valga una conversación por teléfono. Tenemos que vernos en persona.

-Como digáis.

-Ya sabes dónde está la gran pirámide. Te veré allí a medianoche.

-Gracias, Excelencia.

-No me lo agradezcas. No digas nada. Solo prepárate para ofrecer una explicación.

\_\_\_\_\_ 46 \_\_\_\_\_

**Jueves, 7 de septiembre de 2000, 12:00 de la noche**  
**Gran pirámide de Gizeh, A las afueras de El Cairo, Egipto**

Lucita se había imaginado que las pirámides estarían cubiertas por la oscuridad a medianoche. Llegó en un taxi y se llevó un desengaño al verlo todo iluminado; a un lado había aparcamientos y oficinas concesionarias cerradas, y al otro, excavaciones en proceso. Había poca gente a esa hora, aparte de los arqueólogos que se afanaban por encontrar datos de utilidad antes de que expiraran sus permisos, aunque el lugar no era un buen espacio táctico. Las pirámides no estaban iluminadas, con lo que podría situarse en el lugar más alejado para hablar con de Polanco con más intimidad.

Llevaba una cazadora y unos pantalones de traje, y con su tez española no destacaba mucho de las hijas de oficiales egipcios u hombres de negocios que salían por la noche para darse una vuelta. Nadie sospecharía de ella si circulaba por las zonas iluminadas, al este de la Gran pirámide. Ahí la mole de piedra no solo bloqueaba la chillona luz cercana, sino también gran parte de la proveniente de la ciudad. Podría observar las brillantes estrellas de una noche veraniega y pasear a la sombra de la pirámide sin problemas.

Justo a medianoche, de Polanco emergió de la sombra de la pirámide, caminado a largas zancadas, con un ligero giro de tacones, que Lucita identificó como el propio de alguien que llevaba espuelas. En el fondo seguía siendo un caballero, pensó Lucita, pero reprimió una sonrisa.

-Gracias por venir -dijo.

-No vayas tan rápido -restalló él-. Estoy aquí para escuchar. Puede que no te guste la decisión que tome una vez que me hayas contado lo que te ha llevado hasta aquí.

-No importa -contestó-. El mero hecho de no atacarme es una cortesía que aprecio.

-Habla -ordenó de Polanco-. Tengo responsabilidades que atender. Convénceme de que esto vale la pena para que no me marche.

La siguiente hora la pasaron paseando por los alrededores de la pirámide, y también por la pirámide misma, a la que treparon sin interrumpir la conversación. Lucita fue quien más habló: explicó cómo se sintió con la desaparición de su sire entre las mandíbulas de la cosa que había invocado del Abismo, dijo lo mucho que le había

impresionado la destrucción de Anatole, y habló también acerca de las luchas que se sucedieron durante el año pasado. Él le pidió más detalles acerca de su reunión con su antiguo aliado Assamita el año pasado y sobre su reciente encuentro con Fatimah al-Lam'a, así como de los tratos que tuvo con su nuevo ghoul. Por último, hicieron un alto junto a la base de la cara oriental de la pirámide.

–La verdad es que no quiero creerte, sabes, –dijo él–. Sería mucho más fácil ir al prisci y decir con rostro grave «Era un mero truco, así que la destruí. Fue el último reducto del linaje de Monçada. Qué triste». *Eso es lo que en verdad deseo.* –Ella no lo interrumpió.

»Lo malo es que te creo. O al menos no estoy seguro del todo de que sea un truco, y pienso que debería darte una posibilidad de demostrar tu sinceridad.

De Polanco miró hacia la pirámide.

»La cuestión, llegados a este punto, es si yo sería un buen mentor para ti. Y sabes lo que viene a continuación.

–Lo sé. Comencemos –asintió Lucita.

\* \* \*

De Polanco agarró las sombras que discurrían alrededor de la pirámide, formó una densa nube y cubrió con ella a Lucita. Esta intensificó sus sentidos para luchar contra la ceguera de la oscuridad y tardó solo un segundo en salir de la nube, ayudada por su velocidad sobrenatural. ¿Arriba o abajo? Arriba, pensó él, ya que así aprovecharía la ventaja de la posición. A de Polanco le disgustaba la práctica, habitual en los Lasombra, de los «tentáculos» de sombra, y prefería que sus extensiones de oscuridad adquirieran el aspecto de pequeños torbellinos o remolinos. Así pues, alteró una pequeña parte de la nube que había conjurado para que se asemejara a una tormenta en miniatura, una zona en constante movimiento, compuesta de huracanes negros y visible desde las alturas. Lucita salió de la masa principal de oscuridad para acabar en la turbulencia, y a punto estuvo de caer a causa del impacto. La sangre manó de su brazo y hombro izquierdo, donde las diminutas nubes provocaron heridas en su piel, aunque en cuanto ella recuperó la concentración, fue capaz de cerrarlas.

Él permitió que la nube se disipara y aquietó los vientos de oscuridad que había lanzado en su persecución. El familiar latido del flujo de sangre dirigida recorrió sus piernas mientras transformaba sus

músculos y nervios. Se tomó los segundos necesarios para desencadenar el alma sombría en su interior, lo que incrementaría su poderío físico al adoptar forma de sombra. Para de Polanco esta sensación siempre había sido liberadora, una manera de asumir su auténtica naturaleza. Pasaría todas y cada una de las noches fuera de la atadura de la carne de no ser por la necesidad de un perpetuo suministro de sangre para disponer de la energía vital suficiente. Unos nudos de oscuridad pura atravesaron sus venas y recorrieron su piel como si se trataran de gruesos rayos negros, y algunas partes de su cuerpo comenzaron a difuminarse hasta convertirse en vapor negro. Su piel pasó a ser de un gris apagado, y allí donde era más oscura, unos zarcillos del tamaño de dedos, hechos de sombra tangible, se extendieron para saborear el mundo que los rodeaba. Sus ojos se volvieron del color del azabache; sus brazos se tornaron sombras y se dividieron en miembros ramosos, semejantes a palos. Ahora era más él mismo, y estaba listo para luchar.

Él sabía que Lucita no podría equiparar esta transformación. Ella se identificaba con su cuerpo físico, mientras que el poder del Abismo que llevaba dentro era solo un intruso ajeno. Su aura irradiaba disgusto y resignación. Tendría que aleccionarla sobre ello, pero solo una vez que la derrotara. Su forma de sombra era bastante clásica: parecida a mármol negro en movimiento, con unas alas tenebrosas a la espalda para estabilizar su rápida zancada.

De Polanco era un poco más veloz que Lucita... Él sospechaba que la diferencia era más una cuestión de comodidad y familiaridad con su forma, lo que para él no constituía una ventaja táctica sino un medio de expresión. La agarró, ganó altura antes de soltarla unos metros por encima de la cúspide de la pirámide, y luego voló lateralmente, y cayó justo en el punto donde Lucita iba a descender. Golpearon el suelo juntos, forcejeando, y su media decena de antebrazos golpearon la coraza de su enemiga a la vez que las piernas de esta impactaban contra las rodillas y tobillos de él.

Lucita consiguió ponerse de pie antes que de Polanco; de no estar muerto su corazón, lo habría hecho en un solo latido. Su falta de dudas la admiró; lo más probable es que estuviera sopesando sus alternativas según caían. Lucita lanzó las manos hacia su cabeza tan rápido que el aire crujió a su paso, y la golpearon sólidamente... o lo habrían hecho de haberse tratado de algo sólido lo que encontraron. Pero de Polanco había aprendido cómo convertir parte de su cabeza en algo intangible para defenderse de ataques como este. Solo las

partes necesarias del cerebro y el sistema nervioso conservaban total solidez. Todo a su alrededor era humo que parecía carne. Las manos de Lucita consiguieron atrapar algo real durante un breve segundo, pero no tardó en escurrirse de su presa.

Ese instante bastó. De Polanco enrolló los brazos alrededor de ella y le lanzó una serie de golpes contra su espalda. El hueso se astilló bajo su caparazón de sombra, y ella se arqueó de dolor. Eso le hizo bajar la guardia, y entonces los pequeños zarcillos que cubrían su pecho apresaron el torso y el cuello de Lucita, y la retorcieron desde el ángulo contrario. Ella podía haberse liberado y continuado la lucha, pero no lo hizo.

-Creo que queda claro que puedo controlarte.

Lucita dejó de resistirse.

-Sí.

-De acuerdo. Empezaremos por liberarte de tus grilletes. Ven, has perdido sangre; hemos de estar al máximo de nuestras capacidades antes de continuar.

**Viernes, 8 de septiembre de 2000, 11:22 de la tarde**  
**Hotel Sheraton, Cairo Tower, El Cairo, Egipto**

Lucita esperaba que Willa volviera a llamar, pero el sistema de comunicaciones de «lan» permaneció inerte. Por lo que parecía, era él quien debía iniciar el contacto. Christobal y Angélica (que había demostrado una impresionante habilidad en las artes del interrogatorio cuando consiguió deshacerse de sus escrúpulos) le extrajeron toda la información necesaria al espía antes de atarlo a la cúspide de una mezquita cercana para que saludara al sol, aunque Lucita prefería no utilizarla aún.

Esa noche se encontraba con los miembros de la manada de caza.

-Me voy -dijo sin más.

-Gracias por demostrar el adecuado respeto a la cadena de mando. Ya sé que esto es nuevo para ti... -dijo Andrew, permitiéndose ciertas confianzas.

-Me marchó con de Polanco, para iniciarme la *senda de la noche*.

Angélica se ocupará de los asuntos matutinos.

-Oh. -Andrew cerró la boca. Los matusalenes se imponían sobre los recién nombrados líderes de manada y los obispos.

-También he estado pensando qué debería hacer después, cuando Polanco me considere capaz de seguir la senda por mí misma. Pues bien, he decidido reclamar la posición vacante de mi sire.

-Tú... hum... -Andrew era el único que hablaba, pero los otros compartían su confusión-. Hum... te refieres al arzobispado de Madrid, o...

-Sí, es justo a lo que me refiero. Conozco la ciudad y tengo que el poder que se requiere para tomarla.

-También acababas de incorporarte al Sabbat cuando pasó a ser controlada por este -señaló Barry. Se estremeció, ligeramente, consciente de lo poderosa que era ella en relación con él.

-Cierto -reconoció Lucita con calma-. Pero el Sabbat también fue algo nuevo en su momento. El quid de la cuestión radica en la autoridad, y yo estoy preparada para ejercerla.

Andrew reflexionó sobre ello.

-Tu mentor te lo dirá cuando piense que estás lista.

-Exacto.

-¿Te unirás a la manada o irás a Madrid sola?

-Me gustaría mucho que la manada fuera conmigo. Necesitaré aliados, y en grupo sois tan buenos como para... -se detuvo y sonrió-. Lo suficientemente buenos como para llevarme hasta allí. -Todos sonrieron ante eso, llenos de alivio. No iba a implicar una lucha después de todo, o al menos cabía la esperanza de que fuera así.

-De acuerdo -convino Andrew-. Tengo algunos asuntos que tratar en casa, y creo que los demás también. Iremos y volveremos aquí para esperar noticias de ti. Mientras tanto, tenemos que prepararnos.



Habían pasado más de doscientos años desde que Lucita visitara aquella catedral, construida en el lugar donde descansaba la tumba del apóstol Santiago, el santo patrón de la guerra contra los moros en la edad media. Ya desde antes de la época de Lucita, el lugar había sido el destino para peregrinos de toda Europa, buscadores de la confirmación del poder de Dios en un mundo perverso, necesitados de milagros, o personas que solo buscaban algo de alivio. La catedral había cambiado muy poco... Se había construido un poco más alrededor de la misma, pero era lo lógico en un lugar de peregrinación del que se esperaba siguiera atrayendo peregrinos. La ciudad también había cambiado, quizá un poco más, y tampoco había que sorprenderse por ello. El personal del pequeño aeropuerto se afanaba por proporcionar un buen servicio al charter perteneciente a dos españoles aristócratas, aunque no mostraban tanta cortesía con el exótico piloto asiático. Recibieron el mismo servicio en uno de los hoteles de lujo del centro. Ahora observaban la catedral bajo las últimas luces del crepúsculo.

Allí era donde Lucita veía materializarse su idea, algo que había tomado forma durante las largas conversaciones con de Polanco acerca de las cualidades que ella sentía que definían su ego. Hacía mucho tiempo que no se preocupaba, de una manera consciente, de sus deberes religiosos, pero aquella pesadilla aún reciente, le confirmaba su intuición de que su humanidad estaba atada a la fe romana católica propia de sus años mortales.

-Necesito una peregrinación.

De Polanco no tardó en aceptar.

-Es un buen punto de partida. Por supuesto que presenta cierta dificultad, tal vez una sima a la que puedes precipitarte. La blasfemia sencilla no es más que una afirmación de lo que se debe rechazar. Una auténtica blasfemia implica usar los símbolos de la fe, de manera consciente, contra sí misma, extraer el poder del vacío creado cuando el objeto blasfemado se colapsa. Asegúrate de que no caes en la trampa de afirmar en silencio lo que buscas negar.

Ahora estaban de pie al lado del patio de la catedral, observando la multitud que se congregaba para la misa nocturna.

-Esto aún tiene significado para ti ¿verdad? -preguntó de Polanco.

-Sí. No es solo la fe: es el símbolo de la nación. Este es un lugar español, no un lugar cristiano.

-Sí, seguro que tenías eso en mente al hacer el peregrinaje

desde San-Jean-Pied-de-Port por ti misma, cuando viajaste con ese tonto angelical de Anatole. -Lucita se puso un poco tensa-. Ahora no hay nada de eso.

En aquel momento, ella lo habría golpeado con gusto. De hecho, la mayoría del tiempo que pasaba con él, tenía impulsos de ese tipo. Sus puños se tensaron, y el fuego vital incendió sus miembros; los músculos se contrajeron, listos para el combate. Su mente consciente intervino justo a tiempo, y le recordó las razones por las que lo necesitaba. Poco a poco, no sin cierto dolor, volvió a una posición de descanso.

-¿Suficiente? -preguntó él, distraído-. Estupendo. Como iba diciendo, este es el lugar donde debemos empezar a alejarte de lo que una vez fuiste. Con el tiempo, rellenaremos los huecos creados con algo nuevo, pero por ahora, daremos comienzo a la eliminación de los valores antiguos. -Se volvió hacia Angélica-. Señorita Tranh, su señora no requerirá de tus servicios esta noche. Regrese a su hotel y espere a que yo la avise.

\* \* \*

Angélica escuchó la primera parte del mensaje de de Polanco con claridad. El resto se convirtió en un borrón tras recibir su asalto psíquico. Fue vagamente consciente de que había renunciado a sus verdaderas intenciones, pero eso no importaba. La orden debía ser obedecida; no quedaba otra posibilidad. Se despidió de su jefa, quien la avisaría cuando la necesitara de nuevo, y partió hacia el hotel.

\* \* \*

Lucita observó a su ghoul mientras se marchaba.

-¿Eso ha sido sentimentalismo, Excelencia?

-En absoluto. Invertiste cierto esfuerzo en entrenarla, y sería estúpido desperdiciar ese tiempo. Sería buena idea destruirla como parte de tu aprendizaje, pero en este momento hay otros objetivos más aconsejables. De esta forma no correrás el riesgo de eliminarla por accidente. Solo se trata de gestión inteligente de recursos.

-Ah -respondió Lucita por segunda vez.

-Dime la primera estación del vía crucis.

Lucita contestó antes de que su mente consciente recuperara el

recuerdo.

-Jesús es condenado a muerte.

-Bien. Ahora mira la multitud. Piensa en ellos como hijos de Dios, hechos a su imagen y semejanza. Considéralos como adoptados en la familia de Dios merced a la obra de Jesús. Míralos e identifica lo que los condena a muerte. Luego condénalos.

Ella recorrió la plaza con la vista y miró las cosas del modo en que no solía hacerlo. Formaban un grupo realmente triste, que se movía con torpeza y con poca resolución. Sus auras no solo carecían de intensidad y complejidad, sino que se caracterizaban por su debilidad y simpleza, lo que mostraba sus pasiones sencillas y la debilidad de sus virtudes. Comparados con la pureza del edificio al que se disponían a entrar, resultaban desagradables. Ofendían la belleza del lugar en su búsqueda del cielo.

Tales pensamientos la habían asaltado incontables veces en el transcurso de los años, aunque siempre los había rechazado como tentaciones que la empujaban a la indulgencia. Por primera vez sintió que una disciplina mayor, en la que podría apoyarse durante las incontables noches venideras, yacía en los rincones más recónditos de esas ideas y emociones. Su disgusto ante las deficiencias de la carne impulsaron su transformación en forma abisal, y esta vez había menos mortalidad de lo habitual en su brillante negrura. Unos pilares de gruesa oscuridad alzaron su cuerpo en el aire mientras su propia mente abandonaba su mortalidad.

Abrió la boca para hablar, pero no encontró palabras que pronunciar. Lo que brotó en su lugar fue un chillido, inclasificable como lenguaje, rebotante de pena por los años perdidos y la rabia por los lazos mortales que la habían sostenido durante tanto tiempo.

La multitud cesó en su bullicio y todas las cabezas giraron hacia ella... para encontrarse con la visión un ángel tenebroso que se elevaba cinco metros por encima de sus cabezas, con los brazos levantados en una bendición blasfema, y que emitía un terrible grito. El miedo se propagó como una ola, los gritos de pánico se sucedieron y la gente comenzó a huir en desbandada.

-Gracias -dijo de Polanco cuando la plaza se vació-. En este momento no queremos una confrontación con la policía de la ciudad ni tampoco con las autoridades eclesiásticas. Contrólate. -Mientras Lucita gritaba, ajena a todo excepto el pozo de odio en su interior y el mundo que se abría en el centro de su alma, de Polanco cambió la carne de sus piernas en sombra y comenzó a golpear con ellas a

Lucita. Al fin, ella lo miró, con los ojos en blanco—. He dicho que es suficiente. Vamos.

La metamorfosis de la vampira comenzó a revertir.

—Los... —luchó para encontrar las palabras adecuadas—. Los vi a todos, y los odié. Ni uno de ellos merecía nada más.

—Cierto —respondió él de inmediato—. Ninguno de ellos vale la pena, ni uno. Si un profeta estuviera dispuesto a tener piedad de la humanidad, por encontrar al menos cinco almas que merecieran la pena, no lo conseguiría. Todos merecen ser juzgados. Esa es la primera lección, y en tu corazón ya lo sabías. Solo tenías que dejarlo salir.

**Miércoles, 13 de septiembre de 2000, 11:29 de la tarde**  
**Hotel Santiago, Santiago de Compostela, España**

—Dime —pidió de Polanco— cuál es la segunda estación del vía crucis.

—Jesús carga con la cruz.

—¿Y eso qué te sugiere?

Lucita lo consideró. Aun sentía una tremenda satisfacción por las acciones de la noche pasada. Después de siglos invertidos en la protección del secreto de su carácter sobrenatural con respecto a la humanidad, había visto la luz y les había dicho lo que pensaba de ellos. Y estaba allí esta noche, sin haber sufrido las consecuencias de ello, discutiendo sin más con otro superviviente de una época pasada. Parte de ella aún esperaba sufrir por sus acciones, y estaba preparada para huir del juicio, pero otra sentía una creciente confianza en que podía situarse por encima de las leyes que la llevaban gobernando desde hacía mucho tiempo.

—Hmmm —dijo al final—. Los sentencié ayer noche. Tal vez deba volver a administrar la pena.

—¿Propones crucificarlos?

—No, nada tan literal. Estaba pensando que puesto que mi juicio provino de las tinieblas, el siguiente paso sería sumirlos en ellas.

De Polanco asintió.

-Buena simbología y buen signo. Apégate a ella en los tiempos difíciles cuando tengas problemas para coordinar tus pensamientos.

-¿A qué te refieres? -preguntó Lucita sin ambages.

-Sabes lo que la indulgencia aplicada a los sentimientos destructivos acarrea: pierdes el autocontrol. Con el tiempo podremos guiarte hacia un nuevo conjunto de valores morales, pero la demolición de los antiguos no es inmediata. Debes estar lista para comprobar qué parte de tu superego se disipa en el calor del momento antes de que pueda adoptar el nuevo patrón. En ese momento de transición, solo dispondrás de las doctrinas que practiques ahora, así que es una buena idea que lo hagas de la forma apropiada.

-Ah.

-Sí, «ah» -asintió para reforzar sus palabras-. Pero por ahora, vayamos a la misa de medianoche, para que puedas mostrarme cómo propones que carguen con la cruz.

## \_\_\_\_\_ 50 \_\_\_\_\_

### **Miércoles, 13 de septiembre de 2000, 11:52 de la noche Catedral de Santiago, Santiago de Compostela, España**

Los dos vampiros estaban en el mismo lugar de la noche pasada. Lucita entabló conversación con un hombre de mediana edad, con el aspecto de un directivo, que también estaba contemplando a la multitud allí congregada.

-Anoche ocurrió algo terrible -comentó el hombre.

-¿Por qué es tan terrible para aquellos que deben ser juzgados el escuchar que merecen ser juzgados?

El hombre pareció sorprenderse.

-¡Por favor! Ese sería un pensamiento típico de un campesino de la Edad Media. Además, lo que vieron anoche no fue una manifestación divina.

-Parece usted muy confiado.

-Es lógico -dijo él con una mezcla de orgullo y humildad que Lucita consideró muy ofensiva-. He escrito un estudio sobre este tipo de cosas, lo publicaré en cuanto la madre Iglesia me bendiga con la financiación adecuada.

-¿Y qué les dirá a aquellos que lean sus sabias palabras?

-Que la condenación proviene siempre del Adversario, que Dios nunca juzga sin misericordia, y que por tanto la llamada al arrepentimiento es la que inspira así como la que atormenta.

Un súbito fuego prendió en el interior de Lucita. Aquel hombrecillo arrogante le recordaba a su sire por su profundo convencimiento de su rectitud. Sufriría. Cerró los ojos.

-¿No está de acuerdo, señorita? -Fue la última cosa que dijo. Las sombras se arremolinaron alrededor de sus pies, y las que proyectaba su garganta formaron una masa pegajosa. Boqueó, en busca de un aire que no encontraría. Todo el aire que lo rodeaba había desaparecido casi por completo, y los testigos cercanos se vieron también envueltos en una negrura agobiante. Lucita, sin decir nada, se concentró en derramar su ira en la labor de invocar las sombras y controlarlas de manera adecuada. Luego salió de la nube para observar sus efectos. A su alrededor se sucedían los batacazos de la gente cayendo al suelo, desmayada o muerta a causa de la asfixia o de la impresión en corazones débiles, y sonrió con amargura.

De Polanco la observaba, complacido. Su ira solo crecía cuando ella permitía que lo hiciera. Lucita movió la masa oscilante de oscuridad por todo el patio, a la misma velocidad. La huida descontrolada de aquellos que la veían acercarse la alegraba. Los gritos de los que caían o se veían estorbados por corredores más hábiles la divertían. La oscuridad aplastaba a los que carecían de la fuerza necesaria para resistirse. No advirtió que de Polanco los ocultaba a ambos bajo una sombra tenue para apartarlos de ojos inquisitivos.

Lucita solo dejó que la negrura se disipara cuando se sintió tan necesitada de energía que no pudo sostenerla más, y entonces un torrente de sed de sangre la impulsó a dejar secos a un par de peregrinos lo suficientemente desafortunados como para cruzarse en su camino. No se esforzó por resultar sutil o elegante, solo agarró a cada uno de ellos con su fuerza inhumana, les extrajo toda la sangre, y tiró a un lado los restos. Repleta, corrió hacia la noche, lejos de aquel lugar de iniquidad.

De Polanco la siguió a pie. Como rumbo tomaron el propio camino de peregrinaje en sentido inverso, pasado Monte de Gozo en dirección a Lavacolla. Las colinas y los giros del camino pronto hicieron que Compostela se perdiera de vista.

Sería a la noche siguiente cuando se enterarían por los noticiarios de las informaciones contradictorias acerca de terrores misteriosos en

la catedral, y de una oleada de violentas agresiones; incluso se habló de un posible atentado con gases alucinógenos. Las autoridades locales afirmaban que la situación estaba bajo control. Lucita se rió ante esas palabras.

**Viernes, 15 de septiembre de 2000, 10:33 de la noche**  
**Camino de Santiago, Municipio de Arzua, España**

Lucita tuvo un intenso *deja vu*. Al andar por un camino por la noche mientras hablaba de asuntos teológicos, no pudo por menos que recordar lo que antaño compartiera con Anatole. Aunque ahora las materias a tratar eran diferentes.

-Así que todos estamos malditos -dijo ella, entre pregunta y afirmación.

-Por supuesto que sí -respondió Polanco-. ¿Cabría otra alternativa? Dudo mucho que pienses que nuestra condición sea una bendición ¿no? Estamos atados a la noche, al cementerio, a la sangre de otros para sobrevivir. Perdemos el control en multitud de formas distintas. Cuando nos reunimos en grupo, tratamos de dominar o destruir a los demás, y si nos aislamos, nos volvemos locos. Nos enamoramos de quien nos conduce a la perdición: odiamos a los que nos crearon. Todo esto nos lleva hasta la destrucción, y solo mediante la fuerza de voluntad tenemos un cierto respiro.

-¿Entonces por qué no destruirnos a nosotros mismos?

-Puedes si quieres. No te detendré. Estoy seguro de que los campesinos estarán encantados de ayudarte, si se lo pides.

-¿Es la *senda de la noche* la que te impulsa a decir eso?

-No, soy yo mismo, pero las estupideces me enervan. La senda dice que debes sobrevivir justamente porque eres capaz de ello. El hecho de que la maldición no te destruye es, dadas las circunstancias, la evidencia nos lleva a pensar que estamos destinados a algo a pesar de todas nuestras desventajas.

-Hmm. Tiene su lógica.

-No te confundas -le recordó él-. Esto tiene que ver más con la naturaleza de la revelación que con la aritmética.

-Sí.

-Con eso en mente, observa tu condición y deduce la conclusión obvia: somos depredadores. Así que debemos ser buenos depredadores. El resto de los principios básicos derivan del reconocimiento crucial de que debemos cumplir bien con nuestra función: sobrevivir.

-Suenas muy conveniente. -Lucita frunció el ceño.

-No lo es. Una cosa es decir «*soy el elegido de Dios para ser su látigo divino*» y otra comportarse de tal forma. Convertirse en el puño de Dios requiere más disciplina de lo que parece -rebatía de Polanco con una sonrisa.

-Comprendo -respondió Lucita tras pensar un momento.

-Hablemos de las estaciones del vía crucis -exigió de Polanco, cambiando de tema.

-Creo que combiné dos la segunda noche. En la segunda estación, Jesús porta la cruz; en la tercera, cae bajo su peso por primera vez. Al menos algunas de esas almas cayeron.

-Claro que lo hicieron. ¿La cuarta estación?

-Jesús se encuentra con su madre.

-Suenas interesante.

## \_\_\_\_\_ 52 \_\_\_\_\_

### **Sábado, 16 de septiembre de 2000, 3:52 de la madrugada Una aldea del municipio de Arzua, España**

-Creo que esto valdrá -dijo de Polanco. Habían abandonado el camino principal hacía una hora, para vagar en busca de un lugar adecuado para pasar el día. Ahora estaban delante de una aldea en medio de unas tierras de labranza, a poca distancia de un camino. Nadie podría verlos desde allí, y a juzgar por la condición de la carretera de entrada, tenían pocos visitantes-. Mátales a todos.

-¿No quieres conocerlos un poco mejor?

-La verdad es que no. Limpia el lugar. Deseo descansar.

Lucita sintió que el disgusto le atenazaba las tripas. Esta vez trató de separar su ego del cuerpo que realizaba las acciones... Romper las puertas, agarrar a los hombres que salían para ver qué pasaba, romper cuellos y rajar gargantas. Alimentarse. Revisar las habitaciones para no dejar supervivientes. Todo era muy predecible, y



todo lo hizo fuera de su cuerpo.

Las manos apresaban, los colmillos rasgaban, y ninguna de las víctimas podía hacerle frente. A su ego aislado le llevó cierto tiempo darse cuenta que el cuerpo asesino había caído en un frenesí a consecuencia del baño de sangre. El cuerpo recorrió la aldea en una masacre continua, y en unos minutos todos los habitantes estaban muertos. Siguió mutilando los cuerpos, hasta convertirlos en formas que recordaban, de manera vaga, muñecas de trapo.

La última cosa de la que Lucita fue consciente, fue del impacto de dos cartuchos en la nuca. Empezó a curarse incluso antes de caer al suelo, pero fue más que de sobra para ponerla a dormir.

## \_\_\_\_\_ 53 \_\_\_\_\_

### **Martes, 19 de septiembre de 2000, 7:59 de la tarde** **Una aldea del municipio de Arzua, España**

Lucita se despertó hambrienta. No tenía ni idea de que había estado durmiendo todo el sábado, el domingo, el lunes y el martes, pero sí que sabía que su cuerpo parecía carecer casi por completo de sangre. El dormitorio donde se hallaba no le resultaba familiar, aunque las vistas le indicaban que estaba en el pueblo que recordaba haber vaciado. Era una pena haber tenido que matarlos a todos; algo de sangre fresca sería bienvenida en este momento.

Bajó las escaleras; en la mesa del salón había algunos periódicos recientes. En los titulares y noticias de portada no había referencias a la masacre. Tampoco en los noticiarios se comentaba nada al respecto. Supuso que de Polanco había hecho algo de limpieza, con lo que la ausencia de los vecinos tardaría más en notarse. Seguramente esta apartada aldea pasaría a engrosar la ya larga lista de pequeños pueblos abandonados.

*«Debería sentirme avergonzada –pensó Lucita para sí–. Debería sentirme como el criminal que ha perpetrado actos atroces. Pero solo tengo hambre y la necesidad de seguir adelante».* ¿Era la sensación de culpabilidad por la ausencia de culpabilidad un signo de progreso? No estaba segura.

Pocos minutos después, de Polanco descendió de la habitación en la que había elegido dormir.

–Ah, estás despierta. Bien. Es hora de retomar nuestro viaje.

-¿Nadie vino a husmear por aquí? -Era un saludo poco habitual y bastante informal, pero Lucita ya no sentía ningún interés por tales fruslerías.

-No ha nacido el policía que encuentre algo que yo no quiera que encuentre -aseguró de Polanco-. Fue suficiente con acondicionar a la patrulla rural encargada de hacer la ronda por la zona. Ahora ninguno de ellos pensará que hay razón alguna para volver por aquí. -Asintió en dirección a la vacía aldea-. ¿Qué te parece tu obra?

-No lo sé.

-Eso es bueno. El propósito de este ejercicio es dejar que tu alma sepa que no está atada. Luego podremos cimentarla de nuevo. Pero como ya he dicho, es hora de marchar. -Se levantó e indicó la puerta. Se dirigieron de nuevo al camino de los peregrinos-. Continuemos.

»Ya hemos reconocido que nuestro rol es el de predadores. Pero todos los objetivos no suponen el mismo mérito. Tenemos una particular afinidad con aquellos que buscan desterrar el mal, lo admitan o no ante sí mismos. Lo santificado no es nuestra presa, y no he de recordarte las dificultades que arrostramos al tratar de acechar y alimentarnos de aquellos que retienen una virtud genuina. Es el resto de la raza la que se nos ha entregado.

»La muerte no es el objetivo. Es el miedo.

-¿Eh? -Lucita estaba tan confusa como atontada.

-He dicho que el miedo es el objetivo. La frase «terror divino» no es algo sin sentido. Al final nuestra meta no es tanto el pecador como el pecado. Como los recipientes preeminentes del pecado y la degradación, inculcamos nuestro espíritu en el suyo. Triunfamos cuando ellos temen, cuando odian, cuando nosotros cazamos. Hemos sido elegidos para llenar el mundo de pecadores, y allí donde tenemos éxito, esa parte del mundo se hace nuestra. Dios llama a su lado a los devotos que resisten nuestras tentaciones e intimidaciones; los demás quedan a nuestra merced para hacer lo que deseemos.

-¿Y qué ocurre si matamos a alguno de los justos?

-No podemos. Aquellos a los que Dios ama de verdad, quedan protegidos por Él. Si podemos matar a alguien, entonces, por puro que nos pareciera, era culpable de ofender a Dios y tenía que pagar el precio, precio que siempre es la muerte.

-Ah.

-Ah, eso mismo. Pero basta de sermones por ahora. Debes alimentarte, y es hora de que afrontes una nueva prueba. Tu

obligación de esta noche es beber hasta la muerte de tus presas.  
Llena el camino de cadáveres.

Ahora Lucita sintió ese resquemor enfermizo de nuevo. Deseaba estar lista para adoptar la *senda de la noche*, pero la resistencia seguía estando allí, y debía ser sometida. Así que la guerra contra sí misma continuaba, y los buscadores del apóstol serían quienes sufrirían a causa las tensiones internas que ella padecía.

\_\_\_\_\_ 54 \_\_\_\_\_

**Domingo, 24 de septiembre de 2000, 9:43 de la noche**  
**Laboreiro, España**

Esa noche Lucita volvió a despertar hambrienta, pero le dio la impresión de que había aumentado el control sobre sí. No debía sucumbir a una ira asesina ante la menor de las provocaciones. Era hora de tomar decisiones.

-¿Qué día es hoy?

De Polanco estaba paseando por el perímetro de la pequeña arboleda de chopos donde descansaba, perdida de vista, medio enterrado en un viejo refugio de zorros o tejones.

-Es domingo. El jueves entraste en un impresionante frenesí, del que no te has recuperado hasta ahora.

-Estoy cansada de esto. Estoy preparada para pasar a la siguiente estación.

-Bien. Te seguiré, y juzgaré.

\* \* \*

La iglesia del pueblo mostraba un característico aspecto normando (el legado de los devotos cruzados que procuraban ayudar a los peregrinos) y de algún modo esto ofendió a Lucita. Hizo brotar las sombras a su alrededor y caminó a grandes zancadas hacia las puertas, que golpeó con sus puños hasta que acudió un nervioso y pequeño sacerdote. Se irguió sobre él, oscura y terrible.

-¿Sabes quién soy? -exigió saber. Él estaba aterrorizado, pero mantuvo la compostura.

-¡Eres un engendro del demonio! ¡Tal vez seas la puta de Babilonia, o algún sirviente suyo que ha venido para tentarme, pero

resistiré!

Lucita se abrió camino hacia la Iglesia; en su interior había desterrado la duda por completo. No había santidad allí capaz de retrasarla en el cumplimiento de su misión.

-¡Mírame!

Él la miró a los ojos, que cambiaban del amarillo al negro. Las sombras conformaron un halo negativo bajo su cabeza. Las ideas se agolparon en la asustada mente del sacerdote.

-No... Tú no eres ministro de Dios.

-¿Ah, no? ¿No le dices al rebaño que Dios es terrible en su belleza y su ira? ¿No reconoces la pureza cuando la ves?

La voluntad del hombre se resquebrajó. Todos sus miedos sobre su incompetencia, sobre si existía algún requisito ineludible para salvarse del que él carecía sin saberlo, salieron a flote.

-Oh, Dios...

-Dios no -lo corrigió ella a él-. Soy la mujer que nunca ha conocido varón. Soy el receptáculo puro del poder del juicio. ¿Sabes quién soy?

-María, Madre de Dios, ten misericordia de mí, un pecador...

-No hay misericordia para ti, ni ahora ni nunca, pecador retorcido. Soy la madre de tu juicio, quien no es carne, nunca ha sido carne y nunca será carne. El juicio viene a ti desde las tinieblas que existían antes de que Dios pronunciara las primeras palabras y seguirán existiendo cuando la última luz se apague. Soy la madre de tu desesperación y tu fracaso. Tu vida quedará vacía, y no te atreverás a tomarla con tu mano por miedo a lo que te aguarda cuando la tierra y la carne no oculten el resto de la verdad.

Se alejó a largos pasos, y dejó tras de sí al hombrecillo sollozante. Fuera, estaba de Polanco.

-Y él se encontró con su madre en el camino, y encontró tanto consuelo como merecía.

**Lunes, 25 de septiembre de 2000, 10:02 de la noche**  
**A las afueras de Laboreiro, España**

-Estoy preocupada, Excelencia.

-¿Por qué? Todo progresa de la manera adecuada, al menos a mi parecer. -Eso era cierto y de Polanco confiaba en que Lucita estuviera leyendo su aura para que constatarla la verdad. Era importante que se sintiera convencida de que esta vez no se trataba de una mentira o broma.

-El tiempo que paso en sopor. Despertar parece más difícil cada vez. Me preocupa que me ocurra lo que a muchos antiguos y me quede durmiendo unos cuantos años o incluso décadas. Quiero seguir activa, pero no creo que este curso de acción sea viable durante mucho más tiempo.

-Hmmm. -Tenía que admitir que Lucita estaba en lo correcto en cierta medida, y lo hizo-. De acuerdo. La próxima vez que entres en frenesí y no te recobres antes de la salida del sol, trataré de contenerte por otros medios que no sean disparos a la cabeza. Si puedo, lo haré. Pero si necesito usar los métodos habituales, también lo haré.

-Sí, Excelencia. -Lucita no se alegró mucho, pero eso era mejor que nada. Había tenido pesadillas sobre despertarse y darse cuenta que había sido encerrada en una celda en la que era obligada participar en deportes sangrientos, para diversión de espectadores mortales. Todo aquello que redujera el riesgo de un sopor extremadamente largo era mejor que nada.

-Ahora, volvamos con la teoría. Como sabrás, hay distintas interpretaciones de la *senda de la noche*, pero todas comparten conceptos clave. De todos ellos, el más grave pecado es...

Lucita luchó por recordar, pero su última lección solo era un borrón confuso.

-No recuerdo.

-El pecado más grave es el del arrepentimiento, Lucita. El arrepentimiento está destinado para los que Dios puede aceptar. Él nunca nos aceptará a nosotros, y actuar como si pensáramos que Él puede implica negar lo que Él nos ha hecho. No avanzarás si caes en esa mentira; nunca has de ceder a la tentación de arrepentirte.

-¿Pero qué debería hacer si cometo un error?

-Reconocerlo y seguir adelante. ¿Has cometido un error? Bueno, el error es parte del reino de las tinieblas. ¿Eres una ignorante? La ignorancia es parte del reino de las tinieblas. Por tanto, no tienes de lo que avergonzarte. Al corregir tu error, permites que se manifiesten partes más interesantes del reino, las verdades oscuras otorgadas a

nuestro cuidado para que las inflijamos sobre el resto del mundo. Pero tu único pecado es el de buscar la luz. Eso es lo que les corresponde a los que escapan de nosotros. Nunca te arrepientas.

-Eso suena -dijo tras considerarlo unos minutos- muy conveniente.

-Oh, lo es -accedió de Polanco-. De hecho podría decirse que es el fundamento de la *senda*.

Continuaron la discusión mientras cruzaban la campiña. Andaban por una llanura, salpicada de campos de grano y lúpulo; Lucita recordó que en sus días servía para producir una cerveza mediocre, y sospechaba que aún era así. De vez en cuando atravesaban lechos de ríos secos o casi secos. En invierno, gracias al deshielo, se llenaban de nuevo, pero aún quedaban meses para ello. Al fin alcanzaron un tramo de campos mal atendidos con algo parecido a un edificio, muy baqueteado, en mitad de todo. Había un fuerte olor a sangre joven en su interior. Cuando se acercaron a la entrada, vieron una señal que rezaba «*Centro de Menores "San Xuán", Consellería de Asuntos Sociais*».

-Creo que sabes lo que deberías hacer aquí -comentó de Polanco-. Pero recuerda que el salvajismo es una herramienta, no un fin. Veamos si puedes mantener el control por ahora; aprenderás la forma de utilizar las emociones desencadenadas después.

Para su sorpresa, Lucita no sintió esa enfermiza sensación de siempre. La voz de su conciencia no se había ido del todo, pero estaba herida de muerte, y al menos tan confusa como ella misma. El deseo de liberarse la apremiaba, pero consiguió controlarse.

-Comprendo -dijo asintiendo.

El edificio tenía dos plantas. Seguramente en otros tiempos habría sido un orfanato rural, con dependencias similares a las de una granja, y, aunque estaba reacondicionado a las necesidades modernas, seguía teniendo un cierto aire rústico. El establo era ahora un taller, y la estancia contenía multitud de obras de artesanía de distintos tipos, trabajos de madera, botas de cuero, accesorios, y algunos frutos secos, todo dispuesto a modo de decoración. Necesitó solo un momento para comprobar que no había nadie por allí durante aquellas primeras horas de la madrugada, por lo que subió por las escaleras. En lugar de un dormitorio colectivo de gran tamaño, se encontró con una distribución más moderna, con un par de jóvenes por habitación. Dominando el pasillo estaba la sección destinada a los vigilantes, en cuya habitación posterior dormían dos mujeres de edad media, con la

puerta entornada para que fuera más fácil oír cualquier ruido.

Lucita despertó a la primera con una sacudida gentil. La mujer miró a la vampira que le sonreía y entonces perdió la consciencia. La fuerza de voluntad de Lucita destrozó sus defensas mentales en un instante.

«Ven conmigo –le ordenó Lucita. La mujer asintió: apenas podía hacer otra cosa–. Bebe de mí –le dijo Lucita, y ella lo hizo con ansiedad. Su fuerza se incrementó según la sangre la colmaba, y en poco tiempo fue más poderosa que cualquier otra persona del orfanato–. Eres como Simón de Cirene –le explicó Lucita a la mujer–, y ayudarás a portar la cruz a los demás. –La mujer sonrió, sabedora de que lo que decía Lucita era cierto.

»Ven –dijo Lucita–, y sujeta a esta.

La nueva ghoul no dudó un momento en adelantarse y agarrar a la durmiente con una doble presa. La mujer se despertó cuando la presión de la llave se hizo más fuerte, y gritó a su compañera. Nada de eso importaba, por supuesto. A pesar de compartir largo tiempo trabajando juntas, una como asistente social y la otra como ex-monja enfermera, y de haber levantado esta pequeña institución entre ambas, una simple mirada y unas pocas gotas de sangre le hicieron olvidar todo. Lucita comprendía la situación y eso la congratulaba. La mujer no era más que un papel en blanco donde podía escribir la historia de su propia existencia.

«La sangre es la vida –le dijo Lucita a la mujer–. La sangre es pecado. La sangre lava el pecado. La sangre nos define, nos hace ser lo que somos: lo que eres tú, y lo que soy. –La mujer estaba confundida. Se había esperado todo de aquel monstruo salvo un sermón. Lucita cogió la mano de la mujer presa y comenzó a apretarla, empezando por los dedos para subir después por la muñera. Pronto el brazo se hinchó a causa de la constricción. Resultaba obvio que se hacía cada vez más doloroso para la prisionera. El ghoul no comprendía el sufrimiento de su amiga, y solo se regodeaba ante las palabras de su maestra, que hablaba de cosas sagradas.

Al final las venas del brazo de la prisionera no pudieron aguantar más. La sangre abrumó el débil autocontrol de Lucita, y la fuerza de la maldición de Caín se alzó en su interior. Pronto no hubo lugar para los planes detallados y la retórica cuidada. Solo para la sangre y la necesidad de alimentarse. Lucita lamió con avidez las heridas hasta que la prisionera estuvo seca del todo, e incluso después de eso,

hasta que se dio cuenta que solo succionaba el aire de las venas vacías. Sus sentidos se aguzaron sobremanera; podía oler la sangre de cada uno de los doce jóvenes que aún dormían, niños unos y ya adolescentes otros.

Una pequeña corriente de calma cruzó por en medio de su vendaval de pasiones. Decía «*Recuerda las estaciones. Deben portar la cruz*». Mientras Lucita cargaba hacia sus nuevos objetivos, con su ghoul tras ella en sagrada persecución, la vampira destrozó la balaustrada de la escalera. Resultaba pesada entre sus manos: cedro, cortado hace siglos, aunque ahora no tenía tiempo para estas tonterías. Sería una buena traviesa para la cruz en la que quería clavar a todos los seres vivos, y con eso bastaba. Su ghoul se detuvo para agarrar un pedazo de madera similar, puesto que estaba claro que eso era lo que quería el mensajero angelical.

La voz calmada de su interior no buscaba detener los letales golpes que siguieron. Fue de cama en cama, aplastando cabezas con un solo golpe. La parte calma de sí misma era como un timonel en una tormenta, que reconocía que no podía hacer que el viento soplara de forma diferente a como lo hacía, pero que sí estaba seguro de que con pequeños giros del timón, sería capaz de conseguir grandes cambios. Alguno podría haber sobrevivido para hacer sonar la alarma si ella no se hubiera visto impulsada a ir de cama en cama sin detenerse a alimentarse. Su timonel interior evitó que se alimentara de los primeros cadáveres antes de haber acabado con todos los jóvenes. Luego se echó a un lado de nuevo para tener el viento favorable, y entonces sí que se lanzó sobre los cadáveres con abandono.

Solo la proximidad de la mañana la detuvo. En ese momento el timonel recuperó el control de nuevo, y poco a poco colocó las velas para que el viento no las rompiera. El viento empezó a amainar. Otra vez volvía a ser algo más que la bestia desencadenada, aunque tampoco había dejado de serlo. La visión de la carnicería que había protagonizado le hizo derramar lágrimas de sangre, aunque no de desesperación. Esta vez se trataba de cruel regocijo... Había hecho aquello mismo más veces, y había sobrevivido para contarlo. No se transformaría en los «forajidos» de su juventud, los cruzados enloquecidos con la vergüenza y la culpa que se transformaban en depredadores incivilizados. Ella sentía la culpa y la vergüenza, pero comprendía que solo se trataba del principio de lo que acabaría por sentir. Perduraría, y eso la enriquecería.

Justo cuando estaba a punto de abandonar el edificio, pensó de



nuevo en la ghoul que había creado. De manera deliberada liberó todas las órdenes mentales que le había impuesto.

*«Recordarás lo que has hecho y sabrás que no hay misericordia para ti. Has portado la cruz en su nombre, mi Simon de Cirene, y te ha marcado para siempre».*

Poco a poco los recuerdos volvieron a la mente de la mujer: cómo había ayudado a matar a su amiga, cómo había reunido a los cuerpos para que estuvieran más disponibles para la furibunda criatura, y cómo se había regocijado con todo ello.

Lucita la dejó allí mientras la mujer empezaba a llorar.

## \_\_\_\_\_ 56 \_\_\_\_\_

**Viernes, 6 de octubre, 12:00 de la mañana**  
**Museo Arbeit, Hamburgo, Alemania**

Compostela parecía quedar muy lejos de Lucita en aquellos momentos, y no solo en términos de distancia. La noche en el antiguo orfanato había sido un punto de inflexión importante: de Polanco se rió al oír su metáfora del timonel, y luego le explicó a ella el papel director de la calma interior en momentos de pasión descontrolada. Había leído mucho sobre cómo debía funcionar el control instintivo, y lo había observado desde fuera, pero una cosa distinta era sentirlo.

Con el asalto al centro de menores las autoridades mortales se mostraban más inquietas. Tras interrogatorio a la cuidadora, trastornada hasta la demencia y que terminó por colgarse en un descuido de sus vigilantes, con su delirante y autoinculpatorio testimonio, surgieron hipótesis tan bizarras como la de que alguna secta de blasfemos pretendía sembrar de horrores el camino del peregrino. En cualquier caso, aumentaron notablemente las patrullas de vigilancia, lo que dificultó a Lucita y de Polanco su intención de reproducir las últimas estaciones, pues tenían que esforzarse cada vez más en evitar celadas. Cuando ella le dijo lo que tenía en mente, de Polanco estuvo de acuerdo.

Por supuesto que no abandonaron la carnicería: solo dejaron la blasfemia por el momento. Lucita necesitaba de muchos momentos de locura inducida y pérdida de autocontrol para comenzar a entender a su timonel interno y sus límites. Él no podía anular por completo sus

frenesíes asesinos, pero sí apartarla unos grados del rumbo más directo. Tampoco podía hacerla más sutil o selecta, y a Lucita le llevaría mucho trabajo aprender cómo dejar que el deseo ilimitado se ganara su libertad y cómo refrenarlo cuando se hiciera con él. Desarrolló un nuevo estilo de evaluación interna, una estimación fría y racional que poco a poco adoptó el lugar de su intuitivo y antiguo sentido de lo bueno y lo malo. No era igual de cómodo que su conciencia, pero encajaba mejor con su nueva forma de ser.

Una concesión que Lucita se hizo con su conciencia fue la de enviar lejos a Angélica unas pocas noches antes de abandonar el camino de Santiago. Aún no estaba preparada para descartar a su ghoul, y temía destruirla por accidente mientras trataba de aprender cómo controlar sus pasiones. Por supuesto, Angélica no quería marcharse, pero lo hizo cuando se le ordenó. Ahora estaba en El Cairo, continuando con su entrenamiento en artes violentas.

Lucita se consideraba ahora, por primera vez en mucho tiempo, un vampiro típico. Había abrazado algunos principios de la *senda de la noche* con facilidad, aunque tenía problemas con otros tantos, pero su lento avance era bastante común en los estudiantes de la senda. Los principios básicos condenaban toda ayuda prestada a los demás o aceptaba de ellos, y consideraba estos actos como pecaminosos, por lo que suponía una exégesis exhaustiva el hacerlo compatible con cualquier otra cosa que no fuera el aislamiento total. Por otro lado, Lucita luchaba para hallar una definición de «superioridad» que le permitiera aceptar el principio que proscribía aceptar la superioridad de los otros como un pecado, sin sentir que ella debía liderar una nueva revuelta Sabbat. Al final, se ajustó al compromiso más habitual: aceptar el status sin tener que considerarlo como una admisión de valor intrínseco.

Al tiempo que su mentor y ella viajaban por Europa, estudió las diversas subdivisiones de la senda. En primer lugar tenían la versión fría, que rechazaba el tipo de instinto dentro del frenesí que ella estaba desarrollando a favor de un autocontrol más racional e independiente. No le gustaba. La experiencia del frenesí bajo control era nueva, la primera nueva experiencia que había tenido en siglos, y no tenía intención de abandonarla.

Había un conjunto de credos que identificaban al vampiro individuo con el clan al completo, y hablaban de una transformación final de todos los Lasombra en una sola entidad, que sería el cuerpo y alma del Abismo. Tampoco esa perspectiva le gustaba; el objetivo de

su búsqueda era hallar una forma de continuar existiendo como Lucita; y pasar a ser una Lucita celular dentro de una nueva criatura no cumpliría con ello. Respetaba el poder del Abismo, pero había luchado contra un plan que pretendía abrumar el mundo con el poder abisal, y no sería muy inteligente ayudar a otros.

Una escuela más esotérica consideraba la ausencia total de luz como la quintaesencia de la noche, y poseía una jerarquía especial de pecados que giraban en torno a la confianza en la vista. Era interesante, pero no despertaba lo suficiente su inquietud.

Al final, lo que más la atrajo fue lo que de Polanco describió como la *senda de la noche justa*. Solo después de haber estudiado y practicado a fondo esta versión del credo, fue cuando de Polanco reveló a Lucita que su propio sire había escrito uno de los textos definitivos acerca del mismo. Ella recordaba sus sueños y estuvo a punto de abandonar el proyecto, pero entonces recordó también que, en sus sueños y en la vigilia, aunque fuera su chiquilla, tomaría sus decisiones por razones propias. Y retomó sus estudios. Los defensores de este *credo* aseguraban a todos los vampiros que lo seguían (y eso incluía no solo a los seguidores del propio credo sino también a los diabolistas de la senda de Caín, los visionarios obsesionados por la experiencia de la senda de los Cataros, y todos los que sabían que Dios los había hecho como eran) que habían aceptado un propósito divino. Si el credo principal de la senda de la noche condenaba la repetición y falta de innovación a la hora de matar, este condenaba el asesinato solo cuando no sacudía de terror los corazones de los pecadores. Poco a poco asimiló esta idea, y comenzó a sentir que los principios básicos del credo enraizaban en su alma. El resto llevaría tiempo, pero ahora sabía que podía escapar de la perdición que afectaba a aquellos que trataban de seguir siendo humanos, y que tenía tiempo de sobra.

Durante el transcurso de su viaje, de Polanco le había preguntado acerca de sus lazos con la sociedad mortal y cainita. No le dijo lo que tenía que hacer con cada uno de ellos (si conservarlos, cambiarlos o eliminarlos), pero bajo su dirección, terminó por encontrar una respuesta obvia en cada caso. Lo más importante era que Willa Gebenstaler debía morir. Había pecado contra Lucita al espiar a su «*madame*», y de todas formas, era el punto clave que la unía con todo el andamiaje de sus años independientes. El edificio debía caer, y por tanto Willa también.

Lucita decidió que su muerte sería la decimocuarta estación y

última del vía crucis, en la que Jesús yace en la tumba. Willa yacería en la suya, y se llevaría con ella a la vieja Lucita.

Los relojes de la ciudad marcaron las doce. Cualquier viandante podía haber visto a los dos elegantes españoles transformarse en sombras bidimensionales y reptar por la pared del museo. Por supuesto, no había transeúntes por allí; Lucita había aprendido la lección tiempo ha, y esa noche estaba lo suficientemente calmada como para evitar un apasionamiento estúpido. Pronto estarían dentro del museo, y adoptarían de nuevo su forma física. Sin esfuerzo aparente, Lucita liberó la oscuridad de su interior, y al mirar dentro de sí, quedó impresionada por los cambios operados en su forma de sombra. El suave caparazón ahora era duro y áspero. Sus manos y pies mostraban garras afiladas. La piel se endurecía hasta convertirse en una armadura que cubría las superficies expuestas, y le otorgaba un aire decadente, como si encerrara carne podrida. Ya no era la forma de alguien que se aferraba a su humanidad, y se preguntó cómo evolucionaría con el paso del tiempo. De Polanco la siguió y adoptó su forma de sombra, que parecía casi igual a la de ella.

Lucita estaba segura de que, a esas horas, Willa estaría muy ocupada trabajando en su oficina. Su «oficina»... Lucita sintió que el desprecio la inundaba. No era nada de Willa, solo un espacio robado a los hombres y mujeres que utilizaban el museo durante el día, una red de engaños similar a la que utilizaría un ladrón. ¿Por qué había aprobado esto? ¿Qué orgulloso, creativo, noble y auténtico ser vampírico podría emerger de una semilla tan patética? No había dudas de que la existencia de Lucita había sido una mera rutina. Todo se debía en parte a que había entregado este reducto de existencia a la mujer que era su ventana al resto del mundo. Ya era hora de acabar con todo ello.

No hubo ninguna confrontación dramática cuando Lucita entró en la oficina de Willa. La antigua sabía cómo moverse en silencio incluso con sus pies equipados con garras y, por supuesto, ningún reflejo alertó a Willa del acercamiento de Madame. La primera señal de que algo no iba bien fue que la única luz de la oficina resultó engullida por las sombras y se apagó. Lucita habló desde las tinieblas.

-Hola, Willa.

-Madame. -Willa estaba petrificada. No había que ser un investigador consumado para darse cuenta. La secretaria, sin embargo, hizo todo lo posible para no demostrarlo-. Encantada de volver a verla de nuevo. O tal vez debiera decir de escucharla de

nuevo. También me pregunto las razones por las que ha elegido presentarse de esta manera, sin aviso previo.

-Pensaba que estarías esperándome después de que el señor Davidsage, tras decirte dónde estaba, se mantuviera en silencio.

-Ah. -Willa no rebatió sus palabras-. Lo cierto es que su información no era suficiente para llegar a una conclusión. Ya sabía que estaba tratando con el Sabbat, y que él era incapaz de obtener la clase de detalles de los que yo deseaba disponer. Confieso que no se me ocurrió que lo hubiera destruido; asumí que era uno de los Sabbat más experimentados.

-Otra cosa que tratar.

-¿Perdón, Madame?

-Digo -explicó Lucita con el tono frío que había estado perfeccionando-, que ha sido otra cosa que «tratar». Por fin he aceptado mi legado, y he estado estudiando. Pronto asumiré el poder dentro del Sabbat y comenzaré una nueva existencia, algo que apenas imaginas.

-Entiendo que Madame ya no requiere de mis servicios.

Lucita pensó la respuesta. Podría continuar exponiendo sus ideas, respondiendo todas las preguntas de Willa, incluso se le pasó por la cabeza la oportunidad de utilizar la conversación con Willa para repasar y consolidar sus propios pensamientos. Tal exposición sería útil pero... no. Una vez decidido el curso de acción ¿qué sentido tendría prolongar el final? Cayó sobre Willa con las garras por delante, y en poco tiempo la secretaria yacía inerte.

Al fondo del pasillo había tres sarcófagos egipcios traídos hasta allí por buscadores de tesoros del siglo XIX y donados al museo tras su muerte. Lucita abrió el del medio, tiró la momia al suelo y colocó a Willa en el sarcófago. La que una vez fue su secretaria carecía de sangre suficiente como para despertarse en breve. Lucita insertó dos clavijas en el pecho de Willa, con la esperanza de que aquellas estacas informales sirvieran de protección extra, y cerró el sarcófago por si acaso. Tanto ella misma como de Polanco, que había estado observando el proceso sin hacer comentarios, subieron el ataúd a la planta de arriba, situada por encima de un bloque en construcción, y lo lanzaron al cemento que serviría para levantar una pared de hormigón. A la mañana siguiente, el símbolo más prominente de la antigua existencia de Lucita quedaría sepultado para siempre bajo un edificio administrativo luterano.

-De acuerdo -dijo Lucita cuando terminó-. He recorrido el camino de Santiago y seguido las catorce estaciones. Creo que estoy preparada para el siguiente paso.

De Polanco la escrutó de arriba abajo.

-Yo también. Veamos qué opinan los cardenales.

## **TERCERA PARTE:**

### ***EL ALTAR***

\_\_\_\_\_ 57 \_\_\_\_\_

**Sábado, 4 de noviembre de 2000, 7:01 de la tarde**  
**Calle de Alcalá, Madrid, España**

Toro hablaba una vez más de su tema de conversación favorito, lo que provocaba en los demás un hastío absoluto.

-El Juli no vale una puta mierda, ¿sabéis? Llevo muerto más años de los que ese cabrón ha estado vivo, así que no quiero oír ni una palabra acerca de «chicos maravilla» ni «talentos innatos» ni nada que se le parezca. Ha tenido un par de golpes de buena suerte, eso es todo. En cuanto comience la nueva temporada, será historia en un par de corridas... tres, a lo sumo.

Todos los vampiros de la prole de los Señores de Salamanca estaban ya más que hartos de la obsesión de su líder por el mundo del toreo. Aprovechaba la menor oportunidad para sacarlo a relucir por un simple motivo: podía vencer a cualquiera de los otros tres; y para ninguno de ellos suponía, por el momento, un problema tan grave que justificase un ataque simultáneo de la manada en conjunto contra él. Lo dejaban divagar durante largo rato con la esperanza de que se

cansase; pero si eso no funcionaba, intentaban cambiar de tema y así distraerlo. Podría ser peor, comentaban a veces. Podría ser uno de esos fanáticos religiosos que padecían otras manadas madrileñas.

Al menos la caza había ido bien. En barrios de clase obrera como Lavapiés, el trasiego de personas era constante. Si alguien desaparecía... Bueno, eso no supondría una gran sorpresa para ninguno de los vecinos. Es más, si ese alguien desaparecía después de haber sido visto en compañía de unos pintas llenos de tatuajes y *piercings* como los Señores de Salamanca era, si cabe, aun menos sorprendente. Matones en busca de usureros, estafadores con sus negocios, prometedores camellos que «reclutaban» savia nueva... Por la noche, esas calles rebosaban esa clase de personas que podrían hacerte desaparecer, o hacerte que desearas haber desaparecido antes que volver a cruzarte en su camino. De hecho, los Señores de Salamanca movían de vez en cuando negocios de drogas y mercancía robada, más para evitar problemas por aquello de hacerse notar sin un motivo aparente que por cualquier otra razón.

En compensación, también solían llevar un pequeño negocio ocasional de adivinación y apariciones paranormales. Por el momento, las autoridades no prestaban mucha atención a los rumores sobre unas criaturas preternaturales que acechaban en la noche de los barrios de clase humilde. Tenían cosas más importantes de las que preocuparse, como los brotes de violencia injustificada en los alrededores de la Almudena, la catedral de Madrid. Era muy probable que los Señores de Salamanca pudiesen continuar con sus asuntos durante bastante más tiempo, siempre y cuando no apareciese un líder sólido en la zona del Sabbat.

**Sábado, 4 de noviembre de 2000, 10:40 de la tarde**  
**Isla de Sikinos, Mar Egeo, Grecia**

Oficialmente, el cardenal Timofiev estaba desaparecido en combate, aunque eso no significaba que no hubiera nadie esperando su regreso. Estaba meridianamente claro que las criaturas del Abismo lo habían atrapado aquella dramática noche en Sicilia, pero no había prueba alguna que lo atestiguase y la tradición Lasombra invitaba a no

descartar demasiado rápido a los enemigos o rivales. El antiguo Elieser de Polanco presidía aquella reunión de la Corte de Sangre «durante el período de ausencia de Timofiev». El cardenal Mysancta y el Menuven habían viajado desde Ciudad de México confinados en los compartimentos de carga de un avión privado, mientras que Zarathustra había navegado desde Turquía. Todas las personalidades esperadas en el juicio estaban presentes.

El Menuven «se hospedaba» una vez más en cuatro vampiros anfitriones, quienes llevaban implantadas en sus cráneos las típicas varillas de cristal que permitían al cardenal incorpóreo transmitir sus pensamientos. Zarathustra y Mysancta estaban cada uno en su forma de sombra preferida, así que la oscuridad reinante en la residencia Lasombra los hacía prácticamente invisibles a excepción de cuando hablaban. De Polanco lucía un traje de corte moderno con adornos medievales en el alfiler de la corbata, los gemelos, la hebilla del cinturón y el abrigo. Todos iban acompañados por guardaespaldas, por supuesto, pero esta noche se mantenían a cierta distancia en un intento por no incomodar a Lucita.

—Cardenales, señores, mis hermanos y hermanas en la sangre, prestadme atención. En el comienzo de los tiempos, tal y como cuenta la historia, nuestro padre en la oscuridad estableció una serie de normas por las que deberíamos regirnos para asegurar nuestra supervivencia. Nos mostró cómo resolver nuestras diferencias. Nos reunimos aquí esta noche de acuerdo con estas normas para juzgar a nuestra hermana en la sangre.

De Polanco comenzó una vez todos los invitados estuvieron presentes en el salón de la primera planta de la mansión. Las cortinas recogidas dejaban entrever el exterior y permitían que una ligera brisa nocturna refrescara la estancia. Había sofás y asientos para todos pero, por el momento, todo el mundo permanecía de pie.

—Han ocurrido muchas cosas en este último medio año —prosiguió—. Además de suplir la ausencia de nuestro apreciado cardenal Timofiev, esta noche hablo como un miembro del tribunal que ha pasado los últimos meses en compañía de la acusada: Lucita, chiquilla de Monçada. ¿Alguno de los presentes cuestiona mis méritos o desea proponer a otro líder para esta ocasión? —Por lo general, el valor de esta pregunta no pasaba de ser retórico; pero esta vez de Polanco no dejó nada al azar, esperó el tiempo suficiente para que un posible aspirante dubitativo tomara la palabra. Nadie lo hizo—. Muy bien...



»Lucita, chiquilla de Monçada. -Se giró hacia ella-. Esta fue la sentencia que se te impuso en el pasado: *"Este tribunal te condena a investigar. Puesto que te dedicas a viajar y a descubrir secretos, muy bien, viajarás y recopilarás secretos para nosotros y toda tu familia en la sangre. Nos revelarás cómo ese engendro del Abismo pudo presentarse entre nosotros esa noche, quién lo liberó, cómo y por qué. Volveremos a vernos en la ciudad de México cuando tengas la respuesta, y te unirás entonces a nosotros en la decisión sobre los pasos que debe emprender este consejo cuando todos estos interrogantes tengan respuesta"*. ¿Convienes en que esta fue la sentencia que se te impuso?

-Sí, convengo.

-¿Y tienes algo que manifestar a los jueces en lo que respecta a la resolución?

Lucita se dirigió al centro de la habitación, iluminado por el reflejo de la luz de la Luna sobre el mar.

-Sostengo ante este tribunal que he cumplido con los términos de mi castigo y que existen pruebas de su realización.

De Polanco asintió, aunque ella no pudo percatarse de ello ya que no lo miraba en ese momento.

-Explica ante este tribunal cómo se ajustan tus actos a dichos términos.

-En primer lugar -comenzó diciendo, y alzó un dedo por cada uno de los puntos que expuso-, demostré cómo el «engendro del Abismo» pudo hacer acto de presencia en el juicio aquella noche. Fue, como otras muchas criaturas del Abismo, convocado por una cábala de nueve invocadores reunidos en el castillo de San Rafael Arcángel, en Sicilia. Varios de los instigadores eran supervivientes del ataque sobre el castillo de las Sombras, que se resolvió con la destrucción de nuestro fundador; mientras que otros fueron convocados mediante visiones o mensajes de acuerdo con unos criterios que describiré luego en mayor detalle. Los invocadores pensaron que podían liberar de su prisión en el Abismo al alma de nuestro fundador. Es obvio que no pudieron, aunque entraron en contacto con entidades muy poderosas.

»Segundo, la urgencia de los acontecimientos me impidió asistir en persona a la ciudad de México con información sobre el lugar donde se encontraban los invocadores, pero observé que dicha información se transmitió con relativa celeridad a través de la jerarquía

de la organización. Cuando se me presentó la oportunidad de actuar, lo hice sin dudar, eso sí, después de que el cardenal Timofiev aprobara el curso de acción. Todo se resolvió esa misma noche dentro de unos ciertos cánones de normalidad, al menos todo lo normales que permitían las circunstancias.

-Admites que no sabes, o no sabías entonces, si tus acciones serían aprobadas por este tribunal.

Ese comentario la cogió por sorpresa.

-Sí, lo admito.

-Y que también desconoces la verdad acerca de todas las afirmaciones que has enunciado aquí esta noche.

-¿Qué quiere decir?

-Cuando haces referencia a la «cábala de invocadores» y demás, te basas en suposiciones y reconstrucciones que has elaborado a partir de los restos hallados en el castillo donde los encontraste. No tienes ningún testimonio ni prueba que justifique tales aseveraciones. Nos pides que te juzguemos por algo distinto, que se aleja del espíritu claro y diáfano de tu condena, en virtud de meras corazonadas y especulaciones.

Permaneció de pie frente a ella, con los brazos cruzados, como si esperase una contestación.

-Yo... -acertó a decir Lucita mientras pensaba cómo continuar De Polanco esperó unos instantes.

-Entonces, tienes suerte de que deseemos considerar semejante apelación. -Cruzó su mirada con cada uno de los jueces-. ¿Creéis que los términos de nuestra sentencia se han satisfecho de acuerdo con vuestras expectativas?

La sombra perpetua que era Zarathustra se agitó y comenzó a hablar con un peculiar tono divertido.

-Es cierto que la culpable ha fracasado en su intento por cumplir al pie de la letra con sus obligaciones. Pero ha actuado de tal modo que la situación del Abismo parece regresar a la normalidad, sin que hayan tenido lugar más ataques. Considero que las razones que justificaron nuestra sentencia han quedado satisfechas por entero.

Mysancta no hizo estremecer su manto, simplemente elevó un brazo sombrío para señalar a Lucita.

-La culpable se ha tomado importantes libertades al interpretar su sentencia. Si por cualquier motivo los acontecimientos se hubiesen desarrollado peor de como realmente lo hicieron, la destrucción

derivada habría evitado que completase las cláusulas de su misión y el problema seguiría presente. Sin embargo, las cosas no fueron tan mal como cabría haber esperado. Ante la falta de pruebas que la incriminen en la desaparición de nuestro hermano Timofiev, considero que ha cumplido con la esencia de sus obligaciones. Y puesto que la tradición de los *Amici Noctis* se ha basado siempre más en el espíritu que en la letra, estoy satisfecho.

Los vampiros que albergaban al Menuven cerraron sus ojos para consultar entre sí. Uno de ellos los abrió y dijo, en un tono desprovisto de toda inflexión que indicaba que era el Menuven quien hablaba:

–Admito que la sentencia, en sus términos prácticos, era una sentencia que conducía a una muerte segura. Era una apuesta ambiciosa que nos daba la oportunidad de obtener la información que necesitábamos y que podíamos transmitir a nuestros soldados de confianza. Nunca contemplé la posibilidad de que nos halláramos en la situación actual. Sin embargo, la condena en sí nunca habló de la pena capital y tengo la sensación de que la culpable ha hecho todo lo que se le pidió que hiciese. Llegados a este punto, no deseo ordenarle que se suicide también.

De Polanco aguardó por si el Menuven tuviese algo más que decir, aunque después de transcurridos unos instantes consideró que ya había acabado.

–Yo también pienso que ha cumplido con la totalidad de su condena. He pasado bastante tiempo estos últimos meses en compañía de Lucita, y ha cumplido tanto ante mí, como ante su sentencia. He sido testigo de un cambio sincero y he visto cómo se alejaba de las motivaciones que la empujaron hacia la insurrección, así como su actuación frente a los invocadores. Estoy satisfecho.

Subió unos pequeños peldaños que lo separaban de Lucita.

–Lucita, chiquilla de Monçada, es opinión unánime del jurado que ha valorado tu caso, que has demostrado, al tener éxito en tu misión, cumplir con todo lo que los *Amici Noctis* te pidieron. Se te declara, por tanto, libre de toda obligación y tu condición vuelve a ser aquella que tuvieras antes de ser juzgada. Difundiremos entre nuestros hermanos y hermanas la noticia de que la justicia Lasombra ha tenido lugar.

–Sonrió–. Tenemos otros asuntos que discutir, por supuesto, pero creo que con esto concluye la cuestión que ocupaba a este tribunal.

»Dijiste que tenías una petición, según creo recordar.

Lucita tomó asiento en una de las sillas cercanas al ventanal, y la noche dibujó su silueta.

-Desearía reclamar el arzobispado de Madrid.

Todos se quedaron boquiabiertos, en un reflejo producto de los muchos años que llevaban imitando los gestos de los mortales. Los cuatro anfitriones del Menuven fueron incapaces de ocultar su sorpresa y los dos vampiros que estaban en forma de sombra se crisparon ligeramente. Solo de Polanco mantuvo la compostura; había pasado muchas horas junto a Lucita preparando su exposición.

-Dinos por qué es ese tu deseo, y por qué deberíamos atender tu petición.

-Desde luego. Para ser breve, sé que Madrid carece de un líder fuerte desde la destrucción de mi sire... Bueno, desde que *ayudé a destruir* a mi sire, y estoy capacitada para rellenar ese vacío.

-Supongo que podrás explicarte un poco mejor.

-Si

Lucita expuso la situación tal y como la concebía después de haber discutido sobre ella en largos paseos con de Polanco y haber estudiado en profundidad los voluminosos archivos de Willa. (Se dio cuenta de que esa noche podía hablar de ello sin sentir la menor punzada de remordimiento, y eso la confortó). En la reciente era moderna, después de que ambas sectas vieran la luz y se enfrentasen a los peligros iniciales que amenazaban su supervivencia, se estableció por consenso que para no despertar la alarma entre los mortales y atraer su atención lo ideal sería que hubiese un vampiro por cada cien mil habitantes. El Sabbat solía violar esa directriz con frecuencia, así que los cinco millones de habitantes de Madrid y sus alrededores podían dar cobijo fácilmente a entre cincuenta y cien vampiros.

Sin embargo, Monçada gobernaba en Madrid con proverbial mano de hierro, restringiendo de forma implacable el derecho a engendrar nuevos chiquillos y haciendo uso tanto de espías mortales como vampíricos para mantener a raya a sus súbditos. Prefería una población de vampiros pequeña que fuese manejable. Asimismo, hizo también extensiva entre su congregación su obsesión por sobreponerse a toda dificultad: no les permitía coquetear con riesgos fundamentados en meras irresponsabilidades individuales que afectasen al colectivo. No había más de cuarenta vampiros bajo la jurisdicción de Monçada cuando fue destruido.

Con la muerte del cardenal, se abrió un pequeño período de «barra libre» en el que los potenciales dirigentes dentro de la congregación que aspiraban ocupar su lugar propusieron su

candidatura para el poder; así como otros venidos de fuera de la península ibérica, quienes se apresuraron a presentar sus candidaturas. Los cazadores de tesoros también se dieron prisa para intentar saquear el refugio de Monçada, o cualquier otro lugar que pudiese esconder un botín de fácil transporte. La carnicería que tuvo lugar como resultado despertó la atención de las autoridades mortales, y ello empeoró la situación. También avivó el celo cruzado de un puñado de sacerdotes locales, quienes demostraron ser mucho mejores a la hora de cazar vampiros de lo que muchos sospechaban hasta que ya fue demasiado tarde. Para cuando Lucita y la manada de caza se enfrentaron en la batalla definitiva con los invocadores, la población de vampiros en Madrid se había reducido a la mitad, de cuarenta a veinte. Aquellos que sobrevivieron prefirieron mantenerse ocultos ante la amenaza de tanto inquisidor voluntario, con la esperanza de que tropezasen con otros monstruos a los que desearan asesinar. Unos pocos neonatos aparecieron de vez en cuando, pero la población total siguió siendo baja.

-Madrid necesita un líder -concluyó Lucita-. Sin una autoridad firme ejercida de un modo regular y seguro, el Sabbat no puede aspirar a nada importante en la ciudad. Y el hecho de estar abandonado en esa especie de caos puede resultar determinante. La influencia del Sabbat en Madrid no solo se limita a la ciudad, sino que afecta a todo el país.

-Todo eso está muy bien -interrumpió Zarathustra-. Es una buena exposición de la situación y has extraído una conclusión acertada desde la perspectiva del Sabbat. Pero, ¿por qué debería el clan o la secta confiar en ti, más aún cuando dices que la situación requiere cierta autoridad? ¿Acaso no te has visto implicada desde que nació el Sabbat hasta el día de hoy en actos de sabotaje contra esta facción, fuera por motivos personales o por alquilar tus servicios al mejor postor?

-Yo puedo responder a eso -replicó de Polanco, pero Lucita alzó la mano para detenerlo.

-Gracias, pero debo ser capaz de responder con mis propias palabras. Al fin y al cabo, esta no va a ser la primera vez que escuche estos reproches.

»Es cierto, señor, que he combatido contra el Sabbat como institución y contra los individuos que lo conforman. Pero he cambiado de opinión a lo largo de este año: he realizado mi rito de iniciación ante el obispo Andrew Emory y he estudiado la senda de la noche bajo la

supervisión del antiguo, y miembro de este tribunal, de Polanco. En el transcurso de este estudio, he demostrado, creo, un deseo fehaciente de utilizar en mi provecho los contactos que hice en mis actividades anteriores, así como de proporcionar al Sabbat el acceso a información útil sobre sus enemigos. -Levantó la vista hacia de Polanco-. Ahora puedes añadir lo que quieras.

De Polanco no sonreía cuando se giró para recorrer la sala. Sin embargo, Lucita pudo reconocer en la postura de sus hombros un cierto aire de satisfacción.

-Es cierto, hermanos, que Lucita me buscó cuando ambos estuvimos en El Cairo y me pidió que la instruyera en la senda de la noche. Sabía, por supuesto, que deseaba unirse al Sabbat, pero era tan escéptico entonces como cualquiera de vosotros lo sois ahora. Dispuse para ella retos que entrañaban gran dificultad, con el objeto de quebrar su resistencia innata a la iluminación, pero se sobrepuso a todos ellos. Mientras proseguíamos con nuestros estudios, de forma voluntaria me condujo ante varios de sus antiguos aliados, aliados que destruyó y cuyas pertenencias dejó a mi cuidado. Creo que ha demostrado con creces la sinceridad del cambio de sus convicciones.

El segundo de los anfitriones del Menuven tomó la palabra. Lucita solo pudo distinguirlo del primero por su aspecto, porque la voz era la misma.

-Elieser, eres un entusiasta. ¿Cuántas veces has dado tu apoyo incondicional a una causa para encontrar dudas y reservas al final? No me cuentas nada que no encontrara en el fervor inicial de un converso.

-Discúlpeme, Eminencia -dijo Lucita al Menuven-. Ha dicho antes que consideraba mi sentencia como una sentencia de muerte. Deduzco por tanto que sería muy feliz si me hubiese costado la vida.

-De hecho -respondió el primer anfitrión del Menuven-, has sido una fuente constante de problemas desde que has escapado a tu castigo. Primero, porque has tenido la buena fortuna de contar con la indulgencia de de Polanco y, segundo, porque has tenido la buena fortuna de realizar un servicio provechoso. No confío en ti como una figura de autoridad.

-¿Cree que pueda imponer orden en Madrid?

-No.

-Entonces, desde su punto de vista, el hecho de que asuma la autoridad en Madrid sería equivalente a una sentencia de muerte. Si, como sospecha, fracasa, obtendría el resultado que ha deseado desde

un principio –explicó con el tono más sensato que pudo–. Con seguridad, la consecuencia inevitable de mi mala gestión sería mi destrucción. –El anfitrión asintió en respuesta con este razonamiento–. Pero si como sospecho, soy yo la que tiene éxito, entonces usted conseguiría una solución apetecible y además tendría la muestra palpable de mi sinceridad y credibilidad. Mi éxito no haría desaparecer sus inquietudes por completo, pero al menos me permitiría resistir hasta el siguiente desafío. Considero que no tiene nada que perder dando su aprobación, pero sí algo que ganar.

–Hmm... –Los anfitriones del Menuven volvieron a cerrar los ojos durante un breve instante–. ¿De verdad esperas que arriesguemos la seguridad de nuestra presencia en Madrid con un experimento?

–No, Eminencia –respondió Lucita sin vacilar–. Propongo reestablecer la seguridad de nuestros hermanos allí. En la situación actual, todos los vampiros y las actividades en las que están inmersos corren un riesgo considerable. Una pequeña agresión coordinada podría arruinarlo todo. Mi presencia apenas contribuye a aumentar ese riesgo, pero puede que sea capaz de mitigarlo.

–Tienes razón, en parte. No apoyo tu nominación al cargo, pero tampoco me opongo a ella. Si tienes éxito, ya encontraremos el momento adecuado para discutir tu trayectoria a partir de entonces.

–Gracias, Eminencia. Ya sé lo que piensa mi mentor en la senda, pero ¿qué opina el resto?

Mysancta permaneció sentado, una sombra envuelta en un manto oscuro.

–No es ningún secreto para ninguno de los que estamos aquí que el deseo del difunto cardenal era que Lucita fuese su heredera. La instruyó con aquellas tempranas enseñanzas que cultivaron su confianza en ella misma y en su espíritu independiente, y como hemos podido comprobar, las ha aprendido bastante bien. Falta comprobar cuan buenas son sus capacidades de liderazgo, pero estoy dispuesto a darle esa oportunidad. Además, como ella ya ha apuntado correctamente, su fracaso resolvería el problema de una vez por todas, mientras que su éxito constituiría un valor añadido. La situación de la secta en Europa no es la que ninguno de nosotros desearía, y sería un buen golpe de efecto no solo que Lucita se uniera a nosotros en nuestra causa, sino que estuviese incluida en nuestra jerarquía. Yo le doy mi voto.

Zarathustra esperó a ver si alguien tenía algo más que añadir

antes de ponerse a hablar. Cuando lo hizo, se dirigió directamente a Lucita.

-¿Recuerdas el consejo que te di sobre cómo gobernar a tus inferiores? -Una vez ella afirmó que así era con una leve inclinación de cabeza, continuó-. En ese caso, todo lo que tengo que decirte ahora es que no me opondré a tu moción, por el momento.

De Polanco hizo una pequeña reverencia ante cada uno de los restantes jueces.

-Gracias a todos, hermanos. Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Espero que todo esto reporte una época interesante y satisfactoria para todos nosotros.

\_\_\_\_\_ 59 \_\_\_\_\_

**Domingo, 5 de noviembre de 2000, 9:08 de la tarde  
Isla de Sikinos, Mar Egeo, Grecia**

-... y, dadas las circunstancias, estáis todos invitados a la inauguración del nuevo régimen del Arzobispo de Madrid. Hacedme saber vuestra decisión mañana, cuando todos nos hayamos despertado. Buenas noches, hermanos y hermanas. -De Polanco concluyó así su discurso y se retiró, dejando a solas en la biblioteca de la segunda planta a la manada de caza.

Andrew resumió en pocas palabras lo que todos pensaban.

-Y ahora, ¿qué cojones hacemos?

Era la primera vez que se reunían desde hacía más de dos meses. Andrew había dedicado todo este tiempo a mejorar su dominio de las sombras, en particular aquellas técnicas que se empleaban en combinación con el control mental y la intimidación pura y dura. Sabía que Barry había continuado sus estudios sobre la senda en El Cairo y Venecia, y tenía informes de que parecía haber hecho buenos progresos. Simon Peter y Roxana habían estado examinando los archivos de los invocadores para tratar de descifrar las auténticas versiones de los muchos rituales que el círculo había dejado por escrito a lo largo de los siglos. Rosa, sospechosa de haber participado en un acto de rebeldía frustrado y de realizar diablerie sin autorización, permaneció bajo vigilancia; así que se quedó también en Sicilia como



parte de un grupo de defensa encargado de repeler las acciones de saqueadores independientes en la fortaleza de los invocadores.

Andrew no tenía muy claro en qué había estado metida Conrad durante ese tiempo. «*Asuntos personales*», le había comentado ella la noche anterior, pero no había añadido nada más. Sospechaba que estaba involucrada en un proyecto que no contaba con el respaldo unánime de los *Amici Noctis*; como una forma de demostrarse a sí misma que podía estar con el Sabbat, sin que ello implicase necesariamente estar con todo él.

Habían recibido las invitaciones a la mansión de Sikinos dos semanas antes, cartas manuscritas en las que se afirmaba que el juicio de Lucita estaba visto para sentencia y que su presencia era requerida con motivo de poder considerar todos los aspectos de la materia. Sin embargo, ninguno de los miembros del tribunal se había dirigido a ellos en ningún momento, y Andrew acaba de comprender el motivo. De Polanco quería recuperar el orden en Madrid cuanto antes, y la manada debía ser manipulada para conseguir que aceptara. Su reacción inmediata lo instaba a resistirse, pero también quería conocer qué opinaban los demás antes de emitir su juicio.

Barry fue el primero en tomar la palabra. Simon Peter comenzó a decir algo una fracción de segundo más tarde, pero se reprimió ante el sacerdote. Andrew se puso tenso, aunque no dio muestras de ello, pues sabía que ambos mantenían una agria disputa y que tarde o temprano saldría a la luz.

-Está claro. Queremos participar en ello.

-Por Dios santo, ¿por qué? -acertó a decir Simon Peter.

Barry puso cara de sorpresa.

-Porque es una buena oportunidad que no debemos desaprovechar.

-¿Y qué piensas que debemos hacer? -preguntó Roxana, lo que evitó que Andrew tuviera que intervenir.

Barry adoptó una postura un tanto pedante.

-Somos famosos por ser aquellos que derrotaron a Lucita cuando todavía era nuestra enemiga: por conseguir aquello que nadie pudo hacer en toda la historia de la secta. Y somos también los que ayudamos a detener a los invocadores. Esos son puntos a nuestro favor. Los detalles se desconocen, pero un numeroso grupo de hermanos en el Sabbat saben que cuando sobrevivimos a la gran revuelta, acabamos todos muy preocupados por algo y haciendo preguntas un tanto extrañas. Eso es un punto en nuestra contra. Así

que lo que necesitamos ahora es una especie de victoria normal y banal que nos ayude a confirmar que somos de confianza y no una amenaza o algo por el estilo.

-Tiene sentido -replicó Andrew en el tono más neutral que pudo.

-¡Tú estás loco! -le gritó Simon Peter a Barry-. Lucita es un problema, siempre ha sido un problema y siempre lo será. Y si haces cualquier otra cosa que no sea apartarte todo lo posible de ella, lo único que conseguirás es acabar en un cubo de basura. Quizá hayas pasado por alto cómo ha estado tratando a sus viejas amistades.

-Sabes tan bien como yo -replicó Barry con cierto acaloramiento- que llevar a cabo un cambio moral requiere una insensibilización calculada. Todos debemos sacar en alguna ocasión al monstruo que llevamos dentro para liberarnos de todo lo demás... pero está claro que es algo que tú desconoces porque sigues siendo la misma escoria que no se atreve a dar el primer paso. Lo siento por ti.

-Te estás ganando una hostia -gruñó Simon Peter entre dientes. Barry se giró para encarar a Andrew.

-¿Hay alguna razón por la que no deba aceptar este desafío? Andrew pensó con celeridad.

-Me parece que lo que tenemos aquí es un rencor mutuo. Preferiría que lo solventarais aquí y ahora antes de que siga envenenando nuestra discusión. Así pues, adelante.

-Gracias. -Barry giró de nuevo hacia Simon Peter, y mientras lo hacía, sacó un par de tentáculos de sombras de cada uno de sus hombros. Continuó girando hacia el lado derecho y cargó su peso hacia delante para lanzar tres golpes contra el pecho de Simon Peter. Todos ellos hicieron blanco, y el crujido de sus costillas recorrió toda la habitación. Simon Peter retrocedió un par de pasos a trompicones mientras redirigía sangre hacia sus heridas en un intento desesperado por curarlas. Barry avanzó un paso más, y descargó otros tres golpes con los tentáculos de su hombro izquierdo. Dos de ellos alcanzaron el húmero y lo hicieron pedazos.

Simon Peter trató de curar sus heridas al tiempo que realizaba los movimientos básicos necesarios para activar una defensa mágica con sangre, pero todo esfuerzo fue en vano. El dolor y la sorpresa que le provocó el ataque lo distrajeron en exceso. Todos pudieron ver en su forma de comportarse que pensaba que sería el primero en atacar. Y ahora era incapaz de modificar su estrategia, al menos a tiempo.

Barry, que ahora estaba de pie, en frente de Simon Peter, aprisionó la cabeza del mago entre sus dos manos y cuatro tentáculos. La retorció. El cuello de su víctima se partió en dos. A pesar de ello, continuó retorciendo hasta que separó la cabeza de los hombros. Un líquido salobre y denso empezó a supurar a través del cuello de Simon Peter durante los pocos segundos en los que todo su cuerpo se convirtió en podredumbre, comenzando por sus pies y terminando por su cabeza. Muy pronto, no quedaría de él más que un cúmulo de polvo. Barry observó cómo se desplomó el cuerpo sin decir ni una palabra.

La manada al completo sintió la muerte de Simon Peter, pero ya era un eco distante. Habían transcurrido varios meses desde la última vaulderie, y los lazos de sangre se habían debilitado. Se dieron cuenta de que Barry lo sabía, y había aprovechado la oportunidad de actuar antes que los rituales le atasen de nuevo a sus compañeros de manada e hicieran impensable la destrucción de Simon Peter.

Andrew miró en derredor.

-¿Alguien más tiene alguna objeción en dar nuestro apoyo al nuevo orden de Lucita?

Nadie tuvo ninguna, y todos ellos aceptaron la vaulderie de buena gana.

**Sábado, 11 de noviembre de 2000, 11:38 de la tarde**  
**Calle de Alcalá, Madrid, España**

La mayor parte de las noches de los fines de semana, los Señores de Salamanca las pasaban de bar en bar, paladeando el ambiente y seleccionando víctimas de primera sobre las que abalanzarse. Era muy seguro; nunca les había dado ningún problema y los mantenía alimentados. Incluso en aquella época, con las primeras lluvias del invierno que no invitaban para nada a deambular por las calles, los mortales salían a comer y beber... y a exhibir la calidad de su sangre ante los vampiros. Sin embargo, esa noche no estaban solos en la caza. Solo después de haber estado en un par de bares, Marta y Julio se dieron cuenta de que un tipo enorme ataviado con ropas de cuero pasadas de moda no respiraba a menos que

hiciese un esfuerzo consciente. Siempre que se distraía, su subterfugio se venía abajo. Ambos avisaron a Toro con el codo y señalaron en dirección al tipo. Cuando los Señores abandonaron el local, ya en la calle, el tipo los siguió hasta un pequeño y sucio patio al que se accedía tras doblar una esquina.

Toro intentó agarrarlo, pero falló. Este hecho puso a la defensiva a toda la manada. Su jefe podía ser un estúpido bocazas obsesivo, pero cuando se trataba de velocidad pura y potencia, él los desbancaba a todos. El extraño era por tanto alguien a quien no debían subestimar. Toro se desfogó gritando.

-¿Qué demonios buscas?

-Por Cristo bendito, ¿no te preocupa no encontrar lo que intentas agarrar?

Era la voz de un cateto, la voz de alguien que ha pasado bastante tiempo entre granjeros. Cualquiera que hablase de ese modo y vistiese de esa forma probablemente tuviera algo que ver con los «hombres de la montaña», descendientes de vampiros que habían sucumbido a un delirio u otro y se abandonaron a sus instintos animales. Las leyendas sobre hombres salvajes en las montañas contenían más verdad de lo que muchos urbanitas mortales sospechaban. Y algunos de esos hombres asilvestrados tuvieron prole, que no siempre sufría los mismos trastornos que sus predecesores. Los jóvenes solían granjearse convenientes aliados, pero también peligrosos oponentes.

Toro reconoció la posibilidad de encontrar problemas y retrocedió.

-Muy bien, muy bien.

Por supuesto, evitó cautelosamente hacer cualquier cosa que pudiese ser interpretada como una ofensa.

-Bienvenido a Madrid, desconocido. ¿Qué quieres de nosotros?

El desconocido se acomodó la gabardina.

-Me han dicho que haga esto, así que no me deis la vara.

-¿Dicho por quién? Es decir, ¿quién te lo ha dicho? -Toro odiaba cometer errores gramáticos, así que enunciaba la frase una y otra vez hasta que consideraba que lo había hecho de la forma adecuada.

-Vengo de parte de los Leones.

Eso captó la atención de todos los presentes. Las historias sobre la identidad del primer León diferían. Algunos pensaban que era un cruzado que se había vuelto loco, otros, un refugiado de la Reconquista o la Inquisición. En cualquier caso, había una línea de

vampiros con simpatía por los mismos cambiaformas que suponían un riesgo para aquellos vampiros urbanos que pensaban que podían viajar de Madrid a Barcelona sin ninguna incidencia. De hecho, los Leones tenían muy mala opinión de aquellos que osaban amenazar sus rebaños.

-Tengo que advertirte que ni nos hemos acercado a vuestro territorio -comenzó a decir Toro.

Pero el extraño le interrumpió.

-No, no es nada de eso. No, los antiguos han pensado en haceros un pequeño favor.

-¿Ah, sí? ¿Qué clase de favor? ¿Y qué nos va a costar?

-No os va a costar nada, por el momento. Llegará el día en que podáis devolvernos el favor, y entonces lo haréis. Pero, por ir al grano: tenéis un nuevo líder que llegará pronto a la ciudad.

-¿Ah, sí? -Toro se arrepintió de inmediato por haberse repetido, pero ya estaba hecho.

-Habéis campado a vuestras anchas durante un año, más o menos, pero preparaos para recibir a un nuevo jefe. Hemos oído que va a llegar una nueva arzobispo cualquier noche de estas, y está dispuesta a marcar su territorio. Y a pasar sobre cualquiera de vosotros, si os metéis donde no os llaman.

-¿Ella? ¿Alguien que conozcamos?

-Eso depende, supongo... -respondió el extraño-. ¿Has hablado alguna vez con Lucita?

Enseñó los colmillos en un gesto de divertida superioridad ante el atónito silencio de los Señores.

-¡Nos estás vacilando! -gritó Toro, a quien no lo hacía ninguna gracia que el extraño se divirtiese a su costa.

-No es cierto. Los mandamases le han dicho que adelante, así que va a retomar lo que su viejo papaíto dejó sin terminar. Supongo que tendréis que prepararos para asumir de nuevo la disciplina. Y no, si os metéis en algún lío, no podéis ir a refugiarnos bajo las faldas de los Leones.

-Perfecto. Gracias.

El extraño se encogió de hombros.

-Eh, que así disponéis de algo de tiempo para actuar. Aprovechadlo. Y quién sabe, quizá algún día podáis devolvernos el favor. Ahora, tengo otras personas con las que hablar en esta porquería que llamáis ciudad. ¿Alguno tiene algún problema con eso?

–Ninguno de los Señores dijo nada–. Muy bien, entonces. Nos vemos.

Después de que se alejase con una calma inusitada, los Señores decidieron dirigirse a otro bar, pero fueron comentando el incidente por el camino. ¿Estaba en lo cierto? Podía ser. El Sabbat no solía dejar desocupado un puesto importante durante tanto tiempo, pero la situación era más bien pintoresca. Los Señores se habían acostumbrado a no tener que responder ante nadie a excepción de pequeños asuntos territoriales, y no estaban dispuestos a tener que claudicar otra vez. A pesar de todo, ¿deberían marcharse? ¿Podrían encontrar una mejor situación en cualquier otro lugar? Al final, como no tenían una alternativa mejor, decidieron esperar y ver qué pasaba.

## \_\_\_\_\_ 61 \_\_\_\_\_

**Lunes, 13 de noviembre de 2000, 11:46 de la tarde**  
**Catedral de Nuestra Señora de la Almudena, Madrid, España**

Una fría lluvia caía con fuerza desde el cielo encapotado, coloreado con el resplandor de las luces de la ciudad. Las calles estaban resbaladizas tras varios días sin lluvia: el aceite y el polvo acumulados se abrían paso a través de las grietas de la superficie para mezclarse con el agua y correr cuesta abajo. La ciudad entera había estado salpicada de pequeños accidentes de tráfico horas antes, así que Lucita y Conrad se vieron obligadas a esperar en su hotel a que disminuyese el tránsito de vehículos de emergencia para poder salir. Ahora estaban de pie delante de la catedral que había sido el refugio de Monçada, tenían la plaza para ellas solas.

La Almudena no parecía una obra del siglo XVI, siglo en el que se inició su construcción. Los continuos retrasos (a causa de revoluciones, crisis de sucesión o meros problemas de malversación) demoraron los trabajos durante años e incluso décadas, lo que hizo que el grueso de las obras no se completara hasta mediados del siglo XIX. Pero el exterior tenía un pequeño encanto especial; era, en palabras del propio Monçada, «un poco más hermosa que el Palacio de Correos», aunque ningún vampiro solía perder el tiempo visitando monumentos. Lucita adoptó la forma de sombra, se escabulló por los resquicios de la puerta principal y la abrió para que Conrad pudiera pasar.

Sin embargo, el interior era completamente diferente. Unos contrafuertes blancos se elevaban hacia las bóvedas, adornadas con mosaicos que parecían cobrar vida. Unas cuantas lámparas diseminadas a lo largo de la basílica iluminaban las alcobas donde descansaban cuadros y estatuas; aunque era la estatua dorada del altar la que más destacaba gracias a un par de cañones de luz que la hacían resplandecer.

-¿Vamos a profanar el santuario? -le preguntó Conrad a Lucita.

-Esta noche no. Quizá en el futuro. -Lucita señaló una escalinata disimulada en un lateral del altar-. Ahí está. Bajemos. Algunos sacerdotes se levantan de madrugada para orar y preferiría que no me vieran.

La escalinata conducía a las catacumbas de la catedral, una larga sucesión de pequeñas cámaras abovedadas. Los sepulcros y los símbolos funerarios más antiguos que la propia catedral ocupaban un sitio privilegiado (aunque algunos estaban allí después de haber sido trasladados desde sus anteriores lugares de descanso). Lucita los ignoró por completo para centrarse en las grietas del techo.

-Allí y... allí, puedes observar las zonas del techo que se vinieron abajo y que han restaurado. La verdad es que han hecho un buen trabajo, y el nuevo yeso apenas destaca sobre la antigua argamasa. Cualquiera diría que fue un pequeño temblor lo que provocó estos daños en lugar de una titánica batalla subterránea.

Conrad siguió la tracería con la mirada.

-¿De verdad combatiste contra el Leviatán aquí?

-Aquí no. Un poco más abajo.

Lucita pulsó una secuencia de clavijas en un sarcófago de mármol y señaló hacia la apertura que acababa de dejar una puerta corredera que se había deslizado en silencio. Unos sofisticados grabados en los que se representaban escenas de especial relevancia en la historia de los Lasombra flanqueaban el camino de ambas vampiras a medida que iban descendiendo.

Y así se adentraron en el corazón del refugio de Monçada. No eran más que ruinas. Ningún trabajador, ya fuese civil o religioso, había pasado por allí para limpiar, y tras el combate final, los cazadores de tesoros vampíricos que vinieron destruyeron paredes y adornos en busca de riquezas ocultas. Los incontables fragmentos de espejos se mezclaban con el polvo y los cascotes para configurar un amasijo informe y afilado que se extendía por casi todo el suelo. Los muebles y las estatuas yacían apilados y destrozados. Los estantes

colapsados descansaban sobre las deterioradas tapas de los libros, muchos de ellos abiertos y rasgados por aquellos que esperaban encontrar alguna pista. El caos reinante se asemejaba al que hay tras una inundación o una catástrofe similar.

Lucita permaneció de pie, inmóvil, con los ojos cerrados, en el centro del vestíbulo principal del refugio. Recordaba el torrente de sensaciones que se agolpaba en su interior la última vez que estuvo allí: el odio hacia su sire, el temor que este le infundía, la abrumadora preocupación por el bienestar de su vieja amiga, la sensación de que su propia existencia escapaba a su control. Tantas pasiones, tantos miedos... Necesitaba regresar al lugar para descubrir qué le dictaba su corazón esta vez. Esas emociones antiguas todavía perduraban, pero más como recuerdos que como deseos. Siempre odiaría al ambicioso maquinador que la convirtió en vampira, pero también sabía que se había impuesto a él, que podría superar sus logros con el tiempo. Lamentó perder el vínculo que la unía a su amiga, pero fue decisión de Fatimah cuando Lucita todavía necesitaba su apoyo en el desierto: deja que la Assamita libere sus propias batallas. Por encima de todo, sentía que había recuperado el control de su destino. Volvía a tener un futuro, un futuro estimulante e interesante.

Conrad esperó paciente mientras Lucita permanecía abstraída en sus pensamientos. La africana inspeccionó con curiosidad los restos de lo que había sido uno de los refugios del clan más famosos, pero sin llegar a tocar nada. Apenas tenía interés en lo que el cardenal pudiese esconder, y sabía positivamente que los objetos que podía querer habían resultado destruidos en el colapso o saqueados por ladrones. Lo que en realidad le interesaba era la propia ruina, la demostración tangible de que ningún ser podía eludir a la muerte para siempre. «*Ni las olas, ni las rocas, ni siquiera el sol o la luna*», como rezaba su gente en un cántico funerario, podían sobrevivir a todos los desafíos; y los vampiros no eran inmunes a esa ley universal. Llegaría la noche en la que saliese la luna y Conrad no estuviese ahí para darle la bienvenida... pero esta misma verdad también era aplicable a sus enemigos. Era justo.

Lucita se espabiló al fin.

-Muy bien. Podemos irnos ya.

-¿Satisfecha?

-Creo que sí. Me preguntaba si al volver aquí percibiría aún al cardenal, y la respuesta es «no demasiado». Podría realizar psicometrías detalladas en busca de residuos de su presencia, pero



no parece haber nada en el aura de la sala. No era muy proclive a compartir su poder, con personas y menos aún con lugares. Todo se fue al traste con él. Era algo que sospechaba, pero necesitaba comprobarlo. Bueno, ya es hora de que busquemos nuestro propio espacio.

**Martes, 14 de noviembre de 2000, 12:51 AM**  
**Hotel Rey Pasero, Madrid, España**

En mitad de la noche recorrieron a pie las calles que separaban la catedral del lugar que Lucita había escogido como centro de su poder. Sus retorcidas torres emergían por encima de los edificios de oficinas aledaños, y las guiaban hacia su fachada ondulada.

El arquitecto Antonio Gaudí trabajó toda su vida adulta en Barcelona. Rehusaba emplear la línea recta por ser algo antinatural, así que sus edificios se curvaban y retorcían con armonía y consonancia. «Templos de vida», así solía referirse a su trabajo, lugares consagrados al espíritu de la existencia. Se erguían como corales, como vides, como la lógica de los sueños. Era inevitable que atrajese la atención de vampiros que compartían los gustos estéticos mortales. Sin embargo, su salud se deterioraba con las complicaciones propias de la edad, y habría fallecido en 1926, a los 74 años, si no hubiese sido por la intervención de Guillermo Arsuaga, un Toreador antitribu de Madrid. Gaudí resultó herido de gravedad al ser arrollado por un tranvía, y se aferró a cualquier oportunidad que le permitiese terminar las obras que le faltaban. Guillermo mantuvo con vida al arquitecto durante un año más gracias a una dieta basada en sangre no muerta, tiempo suficiente para que Gaudí diseñase su primera y única gran obra en Madrid. Cuando el plano estuvo completo, Guillermo le permitió retornar a su amada Barcelona, donde falleció en paz.

Tan pronto como comenzaron los trabajos del hotel Rey Pasero siguiendo las directrices de Gaudí, los estetas locales pusieron el grito en el cielo pues según decían les recordaba más a una pesadilla que a otra cosa. En lugar de evocar las misteriosas profundidades marinas o

los inabarcables límites del cielo, el hotel se asemejaba a un trozo de subsuelo traído a la superficie. Los pasillos y recovecos horadaban la negra piedra con sinuosas trayectorias, como si hubiesen sido excavados por gusanos; y las torres recordaban a cajas torácicas de animales en descomposición. Gaudí había ahondado en su fe religiosa en sus últimos años, y la experiencia de deber su vida a una criatura que había burlado la muerte lo atormentaba. Este sufrimiento tuvo su reflejo en cada detalle de los planos, para deleite de Guillermo.

El recepcionista le hizo un gesto a su propio ayudante, un hombre joven de impecables modales que era quien había anotado lo más relevante de lo que Lucita acababa de decir, y desapareció tras el vestíbulo de la oficina. Las invitó a tomar asiento por si deseaban esperar, y ellas aceptaron con cortesía. A partir de entonces mantuvieron una conversación en un tono tan bajo que el recepcionista no pudo descifrar qué asuntos trataron.

Doce minutos más tarde regresó el ayudante de recepción.

–Si son tan amables de acompañarme –dijo–, el director administrativo del señor Arsuaga estará encantado de recibirlas en su oficina.

Dirigió una mirada nerviosa al recepcionista, quien frunció el ceño y les hizo un ademán para que pasaran. El asistente las condujo primero por un pasillo forrado con paneles de madera de roble, para luego recorrer otro cubierto con madera de secuoya que terminaba en una puerta donde no había ninguna placa que diese pista alguna sobre quién pudiera encontrarse en su interior. Las alfombras afelpadas amortiguaban el ruido de sus pisadas. El ayudante llamó a la puerta con dos golpes. Cuando un hombre tras ella confirmó que podían pasar con un «adelante», el ayudante abrió la puerta, dejó pasar a las vampiras y luego la cerró tras ellas.

El despacho estaba decorado casi por completo en negro: paneles de madera de ébano y muebles del mismo material, jarrones de porcelana negra, y papel de pared con motivos de rosas negras. Las cortinas de seda gris y la tapicería de tonos apagados apenas suponían un pequeño contraste. El hombre que se sentaba tras la mesa también vestía de riguroso negro. El suave reflejo de su cabeza sin pelo y sus brillantes ojos verdes eran las únicas notas de color. Se levantó con gesto serio para dar la bienvenida a sus invitadas, ambas varios centímetros más altas que él.

–¿Eres tú? ¿De verdad?

–Así es, Guillermo –respondió Lucita.

-Tenía entendido que tuviste que comparecer ante los *Amici*...  
-comentó con todo el tacto que fue capaz de desplegar.

-No te equivocabas -convino-. Y por eso estoy aquí. Cuento con la aprobación de los *Amici* para reclamar el arzobispado de Madrid.

Guillermo se había hecho a una existencia predecible, en la que cualquier suceso extraño que tenía lugar en la vecindad ocurría porque él lo había decidido así. Estaba desconcertado. Finalmente, miró a Conrad.

-¿Es eso cierto?

-Sí -replicó Conrad.

-Ya veo. Seguro que hay una bonita historia que lo explica, y que me la contarás un día de estos; pero por el momento, ¿qué tiene que ver todo eso conmigo? Espero sinceramente que no hayas venido hasta aquí para intentar convencerme de que te ayude en tu cruzada. Con todos mis respetos hacia los *Amici*...

Lucita hizo unos pequeños gestos con la mano, y la habitación comenzó a oscilar. Las manos de Guillermo descansaban sobre el escritorio, pues todavía se encontraba detrás de él. Entonces, unas sombras reptantes salieron desde debajo del mueble y se retorcieron entre sus dedos. Le resultaba incluso difícil precisar dónde se encontraba Lucita: tenía la sensación de que los pies de la vampira permanecían quietos, pero su tamaño fluctuaba de forma impredecible. Cuando Lucita abrió la boca, las sombras manaron a través de ella y se amoldaron a su rostro. Entonces dejó de ver sus ojos: estaban ocultos tras un dosel de sombras que la cubría la cara.

-Guillermo, quédate quieto.

El aludido se quedó paralizado; y ello a pesar de que la sensación de las sombras enroscándose entre sus brazos alimentaba su deseo de gritar y huir. Intentó rehacerse a base de fuerza de voluntad, pero fracasó. Su alma reconocía la superioridad del poder al que se enfrentaba aunque su mente tratase de negarlo.

Lucita avanzó entonces unos pasos con tranquilidad y se inclinó ligeramente, de forma que pudo clavar sus ojos en él. Analizó dónde estaban los límites del espíritu del director, buscó las hebras de debilidad que pudiera tener y las pulsó y trastocó hasta sentir que era ella quien dominaba sus pensamientos y deseos.

-Has sido elegido, Guillermo -fue un susurro tan suave que Conrad apenas pudo oírlo, pero su pronunciación consolidaba la instrucción mental que le estaba inculcando-. Eres el primero en la

ciudad que reconoce el valor de mi petición, y el primero también en implicarse en hacerlo realidad. Te he elegido para recompensarte por tu perspicacia. Residiremos aquí, en habitaciones que acomodará para nosotras y que ocultará a la vista de terceros. Dado que tendremos ciertas necesidades, te encargarás de que se vean satisfechas, y a cambio te proporcionaremos todo aquello que necesites para cumplir tus sueños. Estás agradecido por esto.

-Estoy agradecido por esto.

Su voz sonaba sospechosamente parecida a la de ella.

**Jueves, 23 de noviembre de 2000, 10:22 de la tarde**  
**Hotel Rey Pasero, Madrid, España**

Andrew y los demás echaron un vistazo al vestíbulo. Todavía estaban cubiertos de polvo debido a las incomodidades del viaje (en carguero de Grecia a Barcelona, y en el remolque de un camión hasta Madrid). Andrew y Barry coincidían en que la manada debía pasar más tiempo junta y repasar su entrenamiento. Algunas de sus tácticas estaban concebidas con la idea de que Simon Peter estaría ahí; todas esas maniobras necesitaban un pequeño reajuste. Ahora, casi un mes después, se desenvolvían con la precisión que requería el grupo: nadie se interponía en el camino de nadie, nadie bloqueaba la visión de nadie. Pero su entrenamiento no se había limitado simplemente a lo físico. La renovada celebración de los ritos había fortalecido la percepción que cautivó a Lucita en su primer encuentro: la de su unidad. Todos estaban comprometidos con el resto, había comprensión y devoción incluso cuando las discrepancias enturbiaban la relación. No podía volver a repetirse lo ocurrido en la isla de Sikinos.

-Muy bonito -afirmó Andrew-. Pero, ¿no vamos un poco mal vestidos para la ocasión?

Aquella noche, el encargado de la recepción era el joven que fuera asistente la noche que Lucita llegó.

-¿El Sr. Emory y acompañantes?

-Sí, somos nosotros.

-Síganme, por favor. La señorita D'Aragon ha dispuesto varias habitaciones para ustedes en la torre este. Les ruega se reúnan con

ella en el restaurante de la torre a medianoche.

\* \* \*

Las habitaciones, con ventanas talladas que se retorcían como si fuesen conchas de mar, se encontraban en la cuarta planta. La decoración utilizaba únicamente los colores rojo y gris apagado. Rosa fue la primera que habló.

-¿Dónde está Bela Lugosi? Le falta algo si no está ese desgarrado conde rondando por aquí.

La manada de caza tuvo que dedicar algo de tiempo para descubrir lo apropiadas que eran las habitaciones para acoger vampiros. Aparte de las gruesas cortinas, disponían de persianas metálicas con las que sellar las ventanas, si bien en ese momento se encontraban entreabiertas. Además, un dosel se encargaba de filtrar la luz que pudiese entrar por la puerta. Un discreto doble fondo en el minibar de cada habitación albergaba ampollas refrigeradas de sangre envueltas en pequeños cobertores aislantes: no era la más cómoda o sabrosa de las bebidas, pero podía alcanzar la temperatura de la habitación en unos pocos segundos. Ni espejos ni ninguna otra superficie reflectante adornaban el pasillo que comunicaba las habitaciones con el ascensor de la torre.

Tenían ropa nueva para cambiarse esperándolos en sus habitaciones. Se ducharon y bajaron una planta hasta el restaurante. Se trataba de una sala apartada, repleta de mesas y sillas de altos respaldos, cuyo acceso podía ocultarse casi por completo. Lucita y Conrad los esperaban en una de las más grandes. Con ellas había dos españoles de mediana edad, vivos aunque de aspecto macilento. Ambos presentaban pequeños temblores y dirigían miradas de devoción hacia los vampiros, por lo que Andrew sospechó que no eran más que ghouls deseosos de obtener una dosis de sangre a cambio de sus servicios. Lucita saludó a cada uno de los miembros de la manada, pero no les presentó a los humanos.

-¿Dónde está Angélica? -quiso saber Andrew.

-En uno de los despachos, revisando los registros de los vuelos que conseguimos de los archivos de Willa. Dice que puede encontrar ciertos indicios de connivencia relacionados con la debacle de la costa atlántica, y si es así, su tiempo será más provechoso allí que en esta reunión. -Lucita habló con cierto desprecio-. Pero eso no importa. Lo que quiero discutir es la estrategia que restablecerá mi autoridad, si es

posible.

Todo el mundo estuvo de acuerdo, así que continuó.

»Creo que lo mejor será proceder de forma directa. Queremos aunar a tantos vampiros como podamos identificar en esta ciudad, y lo único que les pediremos es que tomen parte en una vaulderie que conmemore mi ascensión a la sede arzobispal. Los que se resistan serán destruidos de inmediato... como escarmiento para los demás. Quiero vuestra presencia en esta destrucción.

Andrew asintió.

-Me parece bien ir a lo sencillo. Pero, ¿cuántos vampiros crees que se presentarán? ¿Y cómo sabrás cuántos hay en realidad?

-Ah, esa información es cortesía de estos caballeros de aquí.

-Lucita señaló a los dos hombres-. Mi sire solía mantener un nutrido séquito de ghouls, entre ellos, mensajeros. La mayor parte de este séquito pereció con él, o poco más tarde, pero algunos lograron sobrevivir. Los aquí presentes, Danilo y Lázaro, eran mensajeros y tienen una idea bastante aproximada del número de vampiros en la ciudad... no en vano, muchos de ellos los han perseguido para darles caza. Podéis comprobar por sus gestos que han intentado no tomar más sangre de la necesaria, motivo por el que siguen todavía aquí, escuchándonos hablar de ellos, y no están muertos en cualquier callejón perdido de esta ciudad. En cualquier caso, poseen detallados mapas con la situación de muchos refugios y notas sobre sus ocupantes. De esta forma podremos difundir nuestro mensaje con facilidad.

-Eso suena bien -dijo Andrew, arrancando la aprobación de sus compañeros-. Asumo que nuestra misión será acompañar a los mensajeros.

-No, a menos que lo que quieras sea ganarte un bonito bronceado -repuso Lucita-. Puedes echarles un ojo si lo deseas, pero prefiero que las noticias aguarden a nuestras posibles víctimas nada más despertar.

-Ah, perfecto.

Lucita no estaba lo que se dice sonriendo a Danilo y Lázaro, sino que más bien los intimidaba con sus colmillos.

-Haced bien vuestro trabajo, y obtendréis vuestra ración con la sangre derramada por aquellos que se resistan. ¿No es un trato fabuloso?

**Viernes, 24 de noviembre de 2000, 6:53 de la tarde**  
**Calle de Alcalá, Madrid, España**

Marta fue la primera en despertarse esa noche. Abrió los ojos complacida por la satisfacción de saber que había escogido bien. Los Señores de Salamanca habían hecho el negocio de su vida al encontrar aquel sitio: una pensión en Alcalá, a medio camino entre los barrios de lujo y los tugurios, cuyos propietarios estaban claramente desesperados por tener algún inquilino. Si hubiese permitido que Toro se saliese con la suya, los habría matado en el acto y probablemente la habría cagado al deshacerse de los cadáveres. Pero al dejarlos vivos, se aseguró un suministro de sangre fresca cada noche y una oportunidad para poner en práctica sus técnicas de intimidación. Una semana después de que los Señores se hubiesen mudado, los caseros debieron de sentirse en el mismo Infierno... y Marta atesoró cada uno de aquellos minutos.

Era la más joven del grupo, y sabía que el resto solía subestimarla por esa condición y por el hecho de ser de clase media. Al principio la aceptaron solo porque su sire, un viejo Malkavian del clan, se lo había pedido.

En vida había sido una sociópata empedernida. De hecho, su sire se había fijado en ella al pasar por un refugio para gente sin techo (con el objetivo de deleitarse escuchando cómo las miserias ajenas podían convertirse en un medio para alcanzar la lucidez espiritual) la noche en que ella se deshizo de su marido, quien sufría de una lesión cerebral. Estos daños fueron provocados en parte por su culpa, pues era ella quien había fomentado su deseo desmedido por el alcohol, causa fundamental del deterioro catastrófico de su cerebro. Por supuesto, negó que hubiese ocurrido nada por el estilo cuando la interrogaron en la investigación, y las autoridades no pudieron probar lo contrario. Cuando su marido abandonó la rehabilitación, la alteración provocada por el trauma en su personalidad no le hizo ninguna gracia a su esposa, así que una noche le dijo que irían a dar un pequeño paseo. Se detuvo enfrente de la casa de acogida y le rogó que saliese de la camioneta para comprarle algo que había olvidado. Una vez se bajó del vehículo, le dejó caer una bolsa de viaje con unas

cuantas prendas de muda y salió huyendo en la camioneta. Nunca mas volvió a verlo, y de nuevo consiguió eludir la responsabilidad penal por este acto.

(Había intentado mantener el contacto con el resto de la familia de su ex marido y nunca entendió el porqué del resentimiento tan profundo que le profesaban algunos de ellos por su comportamiento. ¿Qué esperaban? Sin embargo, por aquel entonces, la moral escondía misterios que se le antojaban imposibles de descifrar.)

Aquella cándida indiferencia por el bienestar de su marido cautivó a su sire, quien comenzó a vigilarla más de cerca. Con el paso de los años, se fue abriendo camino entre los sucesivos retos que se le iban presentando con la misma gracia natural. Sabía cuándo sus novios molestaban a sus niños; pero confundía tan bien a los críos con explicaciones incoherentes, que las historias que luego relataban en las investigaciones no tenían ningún sentido para los agentes encargados del caso. Uno de ellos, su hija, se suicidó pocas semanas antes de su decimoséptimo cumpleaños, pero Marta conservó el que le quedaba como un bien de consumo, pues le permitió traficar con drogas y demás placeres mundanos durante los años de universidad del muchacho. También él la abandonó en su día y nunca más supo qué fue de su vida, para su desgracia... Tardó años en ganarse a los chicos del barrio para asuntos carnales. El Malkavian continuó observando.

No hubo un acto en especial que motivase su Abrazo. Su sire simplemente consideró que era el momento adecuado, y tomó la vida que había en ella. La había persuadido mucho antes para que escribiese un relato que describiese el triunfo de sus actos reales frente a las versiones oficiales. Su desaparición solo tuvo lugar después de que su sire arrasara por completo su piso y dejase una nota en él. Los dos disfrutaron enormemente con la confusión y las acusaciones cruzadas en las que derivó el escrito. Incluso en la actualidad, más de una década después, continuaban abiertas varias causas judiciales e investigaciones internas. La entrenó en solitario, y cuando estuvo preparada, consiguió que los Señores la aceptasen en su seno. Para sorpresa del grupo, para entonces ya había alcanzado su apogeo.

Y ahora esto, una nota delante de la puerta de su refugio, en un sobre de pergamino con un sello de cera. Tenía un aspecto terriblemente oficial e iba dirigida a «los Señores de Salamanca». Eso la hizo estremecer, y el miedo le provocaba ira. Alguien tendría que



pagar por la amenaza implícita: cualquiera que pudiese dejar un mensaje en la puerta, podía traer también un grupo de caza en su busca. Marta no estaba dispuesta a tolerar esa clase de amenazas. Abrió el sobre y dentro encontró una hoja de papel:

*«Su excelencia Lucita de Aragón, Arzobispo de Madrid, invita a los Señores de Salamanca a una reunión en la que estarán presentes todos sus súbditos el próximo domingo, 26 de noviembre, en el hotel Rey Pasero. Pueden acudir un poco antes para una discusión informal sobre asuntos que conciernen a todos los partidarios de nuestra doctrina, o bien, presentarse en el encuentro formal de medianoche. Su nuevo arzobispo desea fervientemente reunirse con ustedes y reafirmar los lazos de autoridad.»*

Marta se quedó petrificada. Pudo oír cómo los demás comenzaban a despertarse, así que tenía que pensar rápido. Sabía con certeza lo que haría Toro si llegaba a leer la nota: sacaría hasta la última gota de sangre de los caseros y e iría corriendo al hotel a enfrentarse con esa tal Lucita. (No podía tratarse de la famosa Lucita, ¿verdad? No, sería otra persona con el mismo nombre). Solo podía hacer una cosa, así que la hizo.

–¿Toro? –lo llamó con suavidad a través del pasillo que comunicaba con el sótano–. ¿Te has levantado ya?

–Sí –refunfuñó él–, ¿qué es lo que quieres?

–Tengo algo que enseñarte –le dijo con una voz de lo más sensual. Solía impresionarla el deseo sexual de un hombre que llevaba muerto ya cierto tiempo; pues ella había disfrutado de la vida el tiempo suficiente para convertirse en una auténtica ramera, y había tratado de no explotar de forma deliberada esa faceta a menos que fuese una emergencia–. Quédate donde estás.

Su habitación era, como no podía ser de otra forma, una pocilga. Tuvo que hacer fuerza para abrir la puerta a causa de los montones de ropa sucia esparcidos por el suelo, y le costó algo volver a cerrarla con suavidad. Todavía estaba tumbado sobre la cama y tenía los ojos abiertos, pero no movía ni un solo músculo.

–¿Qué es lo que quieres? –volvió a repetir.

Ella se acercó y escudriñó en el interior de sus ojos. Había estado practicando el arte de provocar la demencia en los demás. Aunó las diferencias entre su punto de vista y el de los malditos pelmazos con los que se había cruzado en vida, añadió a ese marco la repetición

infinita del momento en que su sire le comunicó que ya habían hablado suficiente al tiempo que descubría sus colmillos, y difundió esa imagen como una ola gigantesca de pavor absoluto. Toro fue incapaz de resistirse. El miedo lo embargó y comenzó a temblar sobre su lecho.

–¿No es maravilloso? –agregó mientras cogía la pequeña pala que a Toro le gustaba tener a mano. Le golpeó la cabeza varias veces. No estaba inconsciente, pero sí suficientemente aturdido como para no resistirse mientras le chupaba hasta la última gota de sangre. Cuando ya no quedaron más que sus cenizas, se levantó, se atusó un poco la ropa para retirar posibles restos, y volvió a salir para enseñarles a los demás la nota recibida y explicarles qué es lo que quería que hicieran.

**Sábado, 25 de noviembre de 2000, 11:30 de la tarde**  
**Hotel Rey Pasero, Madrid, España**

El hotel disponía de dos grandes salas de fiesta: una cuyas ventanas daban al norte, y otra que ocupaba la mayor parte del primer sótano. Lucita escogió esta última para su reunión. Le recordaba en cierto modo al refugio de su antiguo sire, y pensó que sería acertado que sus súbditos albergaran esa asociación en sus mentes. Además, esta sala se comunicaba con el exterior a través de dos pasadizos secretos (uno que llevaba a las galerías de los desagües de la ciudad, y otro que terminaba en un almacén situado a unas cuantas manzanas) para los invitados que desearan no ser vistos en el vestíbulo del hotel.

Tan solo faltaba media hora para la medianoche, pero la asistencia al evento ya era respetable. Había once vampiros, y ella sabía que otros seis estaban a punto de aparecer a través de los conductos del alcantarillado. Por tanto, solo restaban por presentarse (o no) a tiempo para la celebración de los ritos más o menos una decena de vampiros. Tenía la corazonada de que al final la mayor parte de ellos harían acto de presencia. El valor intimidatorio de las cartas entregadas en mano, antes de que sus destinatarios se despertasen, había surtido el efecto deseado. Estaban asustados y se

cuestionaban cómo demonios había sabido dónde encontrarlos. (Los ghouls encargados de realizar el trabajo estaban, por supuesto, muy lejos del hotel esa noche, y Lucita creía que el residuo psíquico que habían dejado era demasiado tenue como para ser percibido). Cuando alguno de los invitados se atrevió a preguntárselo cara a cara, ella se limitó a sonreír.

La estructura de las manadas allí reunidas y los rasgos de los individuos no la habían sorprendido nada. Había dos manadas Lasombra, una de ellas con varias generaciones de antigüedad (con el sire a la cabeza de sus chiquillos y los chiquillos de estos). Esa debía ser la del linaje de Marcellus Rufus, un antiguo conspirador que se volvió loco y se retiró del mundo durante los años de la Guerra Civil española, hacía ya setenta años. Era posible, pero Lucita se mostraba desconfiada. Tenía la firme sospecha de que su líder, Cesario, intentaría jugar sus cartas para hacerse con el control de la ciudad en poco tiempo, así que era probable que pusiese en duda su autoridad. Peor para él.

Los recién llegados Señores de Salamanca eran una manada en la que estaban representados varios clanes. Se habían unido por azares del destino, quizá huyendo de problemas en sus ciudades de origen. Su líder, un torero enorme, no estaba con ellos. Lucita entornó los ojos para estudiar el grupo más a fondo y descubrió unas estrías de color negro, resultado de una diablerie, en el aura de la joven Malkavian Marta.

*«Ajá. Puede que las cosas se pongan interesantes.»*

Pero también había individuos sin grupo: un Toreador solitario que intentaba no tener que comprometerse con el Sabbat, un sire Toreador y su chiquillo recién liberados del yugo de la Camarilla francesa y encantados de poder volver a dar rienda suelta a su verdadera naturaleza, uno de los pocos Ravnos que quedaban en la actualidad, implicado en asuntos de obras de arte falsificadas, dos Brujah obsesionados con rencillas pasadas relacionadas con turbios asuntos sobre la historia de su linaje. Lucita pensaba que no tendría ningún problema en hacerles acatar cierta disciplina, no más que con el pobre pusilánime de Guillermo.

Lucita disfrutó de un agradable momento de conversación con Magdalena, la Ravnos falsificadora y traficante. Un comentario distraído por parte de Lucita sobre un cliente suyo en la década de 1920 despertó los recuerdos de Magdalena, y a medida que avanzó la charla, pudieron encontrar al menos cuatro ocasiones en las que

Lucita había cerrado tratos con gente a la que Magdalena había contratado como agente. Solo en una ocasión los compradores descubrieron que habían sido estafados. Acordaron poner en marcha un plan que aprovecharse la amplia experiencia de ambas para crear un fraude a escala mundial que resistiese los envites de las técnicas actuales contra la falsificación. Ya solo faltaban quince minutos para la media noche, y ocho vampiros (una manada y tres individuos) todavía no habían aparecido.

Ah, allí llegaba uno de los rezagados, Sulayman. Había hablado con él la noche anterior, después de enviarle su correspondiente invitación. Siglos antes, varios linajes del clan Assamita, enfurecidos ante la claudicación de sus líderes en la lucha de la época, decidieron unirse al Sabbat. A partir de entonces, se los conoció como Assamita antitribu, como mandan los cánones del Sabbat, si bien ellos siempre habían defendido ser los guardianes del auténtico legado del clan. En los últimos tiempos, uno de los matusalenes Assamitas, al parecer de cuarta generación, había despertado de su sueño y había sumido al clan en la confusión. Para la vieja compañera de Lucita, Fatima al-Faqadi, se trataba simplemente de una crisis de fe. Para Sulayman, en cambio, era la prueba de que las tesis defendidas por el Sabbat eran las correctas, así que se había entregado a su trabajo con un renovado fervor.

Medianoche. Es hora de empezar.

«Hermanos y hermanas en el legado de Caín -Lucita comenzó justo con los repiques de un reloj distante-, nos hemos reunido aquí para restablecer el orden y espíritu apropiados para esta ciudad. Cuando mis socios y yo destruimos a mi sire, el cardenal Ambrosio Luis Monçada, vosotros y los demás vampiros que habitan entonces la ciudad permitisteis que se asentara el desorden. Faltasteis a la verdad sagrada del Sabbat. Vuestro comportamiento ha sido vergonzoso. Si vuestros superiores decretasen vuestra destrucción, no podría decirse otra cosa más que os lo merecéis. Habéis tenido un año... bueno, de hecho casi dos, para demostrar vuestro coraje, vuestra capacidad de liderazgo o al menos un mínimo interés. Ahora ha llegado el momento de adoptar otras medidas.

»No reclamo el arzobispado de Madrid por una mera cuestión de herencia, aunque sería mío por derecho si así lo deseara. No, lo reclamo como un miembro de la Espada de Caín que ha demostrado su compromiso mediante su servicio y que ahora desea reparar esta afrenta al honor de la secta. Podéis uniros a mí y prosperar, o

enfrentaros a mí y perecer.

Para su sorpresa, uno de los Brujah tomó la palabra. No sabría especificar su edad: fue Abrazado con una edad ya avanzada; pero el momento en que ocurrió, no podría decirlo.

-No acepto tu autoridad, ni ahora ni nunca. Hablas de honor, pero si te quedase algo, ahora mismo estarías convertida en ceniza. Avergüenzas al Sabbat con todas esas ridículas demostraciones de devoción, que nunca podrán resarcir el daño que has provocado en la causa de libertad que muchos defendimos desde el principio. -Miró a su alrededor durante un momento, pero se detuvo al ver a Barry, al que señaló con un dedo acusador-. Propongo a tu perro faldero para que dé fe de nuestro desafío y lo arbitre conforme a las reglas marcadas por la monomacia.

Barry se encrespó.

-Este perro faldero quiere saber quién eres, gilipollas.

-«Rodrigo» es lo único que tienes que saber, perrito.

-Barry, acepto el estúpido desafío de Rodrigo. -Sonrió-.

Presídelo.

Él asumió su papel.

-Hermanos y hermanas, un desafío de monomacia ha sido declarado y aceptado, y como sacerdote que lo preside, considero que el asunto en cuestión tiene la debida importancia para justificar el duelo y la debida urgencia para resolverse de inmediato. Que el combate tenga lugar aquí, en un área delimitada por un cuadrado de seis metros de lado, y provistos del armamento que sean capaces de generar los contendientes con el cuerpo o la mente. Todo lo que puedan hacer para eliminar al contrincante, con o sin ayuda de sangre adicional, está permitido. Todo lo demás será motivo de sanción. La lucha será a muerte. -Se dirigió al centro de la sala y comprobó que las esquinas estuvieran bien delimitadas con pequeños candelabros de bronce-. Que los duelistas se sitúen en las esquinas del cuadrilátero de combate.

Lucita y Rodrigo hicieron lo que se les decía. El resto retrocedió un poco para dejarles espacio. Barry alzó ambas manos.

-¿Listos...? ¡Adelante! -anunció al tiempo que bajaba los brazos.

Rodrigo parpadeó durante un breve instante y luego corrió hacia Lucita a una velocidad tal que casi ninguno de los presentes pudo distinguirlo. Y al momento, Lucita estaba estremeciéndose de dolor a causa de los dos golpes rápidos y potentes que había recibido en las

rodillas. La sangre manó a través de la piel donde las rótulas destrozadas la habían perforado, por debajo de los pantalones de seda que había escogido para esta noche.

Él se tomó el tiempo suficiente para orientarse, y eso fue su perdición. Sus miradas se cruzaron, y en ese preciso instante ella dijo:

–Quieto. –La voluntad de Lucita doblegó a la de Rodrigo, que quedó petrificado en el sitio. Podía concebir pensamientos como el de escapar o atacar, pero su cuerpo no respondía ante ellas–. Quieto

–volvió a repetir mientras se aproximaba hacia él y curaba sus maltrechas rodillas. La oscuridad surgía desde debajo de la piel de la vampiro, tentáculos que ondeaban bajo la lámpara de araña, mientras su piel despedía copos carbonizados. Ahora ella era un ángel de la noche, y él deseaba con todas sus fuerzas escapar de ahí.

Ese fue, de hecho, su último pensamiento. Los tentáculos aprisionaron sus extremidades y lo tiraron de bruces al suelo. Llegados a ese punto, ninguna orden sencilla que ella hubiese podido pronunciar hubiese resultado vinculante para él: su instinto de supervivencia se anteponía a mandatos menores. Si hubiese dispuesto de tiempo, quizá hubiese encontrado las palabras que lo empujasen al suicidio, pero ni las necesitaba ni era el momento. Le colocó uno de sus pies envuelto en sombras sobre la cara y apretó. Él logró retirarse solo en parte, pero lo único que consiguió fue adoptar una posición donde se producirían varias líneas de fractura en lugar de un único punto de rotura. Su cráneo se quebró y la masa encefálica del interior se desparramó por entre los pequeños mechones sombríos de sus pies antes de que pudiese hacer o decir nada más.

–Declaro el desafío concluido y a Lucita como vencedora. ¿Desea alguno de los presentes impugnar el veredicto? –Barry quiso hacer las cosas con formalidad hasta el final.

**Domingo, 26 de noviembre de 2000, 1:00 AM**  
**Hotel Rey Pasero, Madrid, España**

Barry mejoraba conforme pasaba el tiempo, pensaba Lucita. Se paseó de un lado a otro, reuniendo y bendiciendo la sangre empleada en la vaulderie, de forma que los últimos participantes bebieron su parte justo cuando el reloj marcaba la una en punto. Ella le puso una

mano sobre el hombro a modo de aprobación mientras asimilaba las nuevas sensaciones desatadas por el cúmulo de lazos que aparecieron con el Vinculum. En ese instante, los miembros de la manada de caza se convirtieron en su familia, a pesar de lo cual fue una impresión incómoda el volver a encontrar extraños en su alma. Era una amalgama caótica, pero el malestar no terminaba ahí. Los intrusos, aquellos que no eran Lasombra, albergaban patrones distintivos en lo más profundo de su alma muy diferentes a los suyos. Los distintos Antediluvianos infundían con su legado una maldición y una tentación específicas, y ella no poseía experiencia alguna en interiorizar tales rasgos, al contrario que con su propia identidad.

Debía orientar su alma para evitar perderla en esa maraña.

–Hermanos y hermanas –dijo–, hemos compartido el rito fundamental, guiados por el hermano Barry, y hemos renovado nuestro compromiso. Nuestras diferencias no se difuminan en esa copa. Pero surge algo nuevo que las compacta, un lazo que las envuelve. Seguiremos estando en desacuerdo, pensando de distinta forma, peleando e incluso retándonos, como he hecho yo aquí esta noche. Pero a pesar de ello, todos juntos formamos la Espada de Caín, un arma que golpea al mundo con un solo latido.

»En las noches que están por venir, hablaré con cada uno de vosotros. Hay un sitio para todos en el seno del Sabbat. Quizá no sea el que vosotros habríais deseado, pero ni siquiera el Sabbat puede pedirlos que sacrifiquéis vuestras capacidades en algo para lo que no estáis hechos. Son los dones de vuestro linaje y vuestra alma, y juntos descubriremos cómo sacarles el mayor provecho. Ahora id, fundíos o dispersaos si es lo que deseáis. Nuestros asuntos aquí han terminado por esta noche. –Se sentó en el robusto sillón de alto respaldo que había escogido como trono e intentó seguir combatiendo contra la confusión interior.

Conrad se situó a su lado.

–Ha salido todo muy bien. Mejor de lo que esperaba, si te soy sincera.

Lucita agitó la cabeza.

–Habrá más desafíos. Lo presiento. Como por ejemplo, esa tal Marta. Probablemente, algún que otro infiltrado. Quizá también otros. Simplemente, han decidido reprimirse en vista de lo que le ha ocurrido a Rodrigo. –Volvió a sacudir la cabeza–. Al menos uno de ellos volverá a intentarlo la próxima semana, y cualquier otro hará uso de las vías legales la próxima vez que convoque una reunión.

Obviamente, espero ganar, pero no es una situación de mi agrado.

**Sábado, 2 de diciembre de 2000, 9:39 de la tarde**  
**Plaza Mayor, Madrid, España**

La fría lluvia caía de nuevo, y Lucita se preguntaba si tendría algo que ver con ello. La naturaleza de tales inclemencias era conocida en gran parte... Pero no, ese era un pensamiento indulgente, una forma de compasión que por sí misma constituía uno de los márgenes en el más común de los pecados, el arrepentimiento.

Conrad y Lucita se dieron cuenta de que ya habían conseguido cubrir algunos puntos de la planificación que habían previsto mientras caminaban por la ciudad. Aquella noche discutían el problema de los sires estúpidos, o si no estúpidos, sí al menos absurdos. Ambas comprendían muy bien el porqué de la existencia de una de las normas básicas más antigua: «*No hagas un chiquillo hasta pasado al menos un siglo*». La razón era evidente: el chiquillo podía percibir la riqueza de la sangre que fluía por las venas de su sire, así que sería prudente que este pudiese defenderse de un ataque, o mejor aún, que pudiese demostrar tal superioridad que disuadiera al chiquillo de intentarlo siquiera. La edad en sí misma no era argumento suficiente, como había quedado demostrado en el caso de Rosa, pero estaba claro que los sires demasiado jóvenes eran proclives a convertirse en víctimas de la diablerie. Lucita prefería que sus dominios no se viesan inundados por diabolistas. Sentaba un mal precedente.

-Podríamos ejecutar a todos los chiquillos cuyos sires se hayan precipitado -propuso Conrad con aire pensativo-. No creo que haya ningún problema en encontrar excusas que justifiquen ese acto.

-Eso es poco aconsejable -objetó Lucita-. Crearía resentimiento. Los estúpidos no ven el problema hasta que ya es demasiado tarde. Creo que deberíamos esperar a que alguno de los que aceptaron mi autoridad la semana pasada cometa un desliz, y entonces llevar a cabo una purga.

-Creo que te estás buscando un problema, pero es tu decisión.

-Conrad se encogió de hombros-. ¿Has pensado ya qué hacer con Marta? Es probable que se convierta en tu mayor incordio.



-Tienes razón. Los actos de violencia en respaldo del obispo son una de las obligaciones templarias, ¿no es así?

-Para eso están los templarios, sí.

-En ese caso -dijo Lucita-, estaría encantada si mi templaria hiciese desaparecer a Marta.

-Escucho y obedezco, Excelencia.

-Ten en cuenta -añadió Lucita en tono aleccionador-, que he dicho «desaparecer». No quiero que nadie encuentre jamás el cuerpo, ni que las circunstancias que rodeen al suceso nos señalen a ti o mí. Todo debe quedar envuelto en el mayor de los misterios. El temor nos servirá de ayuda en este asunto.

-Comprendo. Imagino que... -Conrad se detuvo cuando los ecos de disparos reverberaron por toda la plaza. Una bala rebotó justo a su lado, otra se incrustó en su muslo izquierdo y una tercera pasó rozando su cadera-. ¡Au! ¡Mierda! -Las dos se tiraron al suelo e instintivamente se cubrieron con una capa de sombras. Una vez ocultas, comenzaron a arrastrarse hacia el callejón más cercano en busca de refugio-. No veo al tirador.

-Yo tampoco -apuntó Lucita-. Déjame ver tu cadera. -Observó el orificio y recordó la posición de Conrad cuando se inició el tiroteo-. Arriba, en el tejado, hacia el este.

Mientras continuaban avanzando a rastras, oyeron una segunda andanada de tres disparos, pero ninguno de ellos impactó a menos de medio metro de ambas. Al parecer el tirador sabía que buscaban cobertura, pero no podía precisar su situación con la suficiente exactitud. Eso, al menos, resultaba esperanzador. Tuvieron tiempo para refugiarse tras las hileras de columnas que daban soporte a la pesada marquesina de piedra, construida para comodidad de los paseantes en tiempos en los que la plaza se convertía en refugio ante las inclemencias del tiempo. Lucita dudaba que los constructores contemplasen la posibilidad de un tiroteo, pero ofrecía una cobertura casi tan buena contra las balas como contra las gotas de lluvia.

-¿Llevas algún arma? -le preguntó Lucita a Conrad.

-No. Solo llevo una pistola cuando creo que la voy a necesitar, y casi siempre es para intimidar. Por lo general, suelo valerme por mí misma.

-Bastante sensato. Cúrate esas heridas. Yo iré dando un pequeño rodeo, y te dejaré a ti el camino directo. Nos vemos en el tejado. -Lucita se envolvió en una oscuridad aun más densa y se

apresuró a bordear el patio.

Ascendió por el pilar donde se unían las marquesinas con tres potentes saltos. La capa de sombras amortiguó el sonido de sus movimientos, y al permanecer pegada a la pared evitó crear una perturbación en la cortina de lluvia.

El francotirador era europeo. Ella pensaba que italiano, pero no estaba segura. Disparaba un rifle de precisión que protegía de la lluvia bajo una tela asfáltica. Tenía una mira telescópica bastante potente, aunque no parecía resultarle muy útil frente a las sombras. Lucita no estaba completamente segura de que fuese humano o vampiro, así que decidió analizarlo antes que arriesgarse a descubrirlo en sus propias carnes. Cuando se percató de la llegada de la pequeña nube de sombras que era Conrad, Lucita saltó sobre el arma del francotirador. Con ello consiguió hacer añicos la mira y doblar el cañón. Conrad agarró al individuo y lo estampó contra el suelo del tejado. Cuando Lucita se hubo encargado del arma, Conrad aprovechó para coger una de las patas del trípode, atravesarle la muñeca con ella y dejarlo clavado.

Así descubrieron que se trataba de un vampiro. Además del rifle, iba armado con dos pistolas y una pequeña mochila con tres granadas de mano; de repente, ambas sintieron un alivio inmenso al comprobar que no había empezado el combate usando las granadas. En su cartera había varios carnés con identidades falsas y dinero en efectivo válido en una media docena de países.

Lucita habló con suavidad.

-Esta no es la forma adecuada de presentarse. ¿Quién eres? ¿Y qué asuntos te traen a mi ciudad?

-¡Tu ciudad! -se burló-. ¡No es tuya, zorra! Era de Ambrosio Monçada, y ahora no es de nadie hasta que aparezca un legítimo sucesor.

-¿Qué sabes a cerca de las peculiaridades de mi posición que los *Amici Noctis* desconocen?

-Tus patéticos amigos solo saben que a un mal Lasombra debe sucederle otro. Debieron alegrarse bastante al ver que tú... -hizo una pequeña pausa para curarse la muñeca, aunque no pudo librarse de la prisión que suponía la pata del trípode- que tú deseabas continuar el trabajo de tu sire. Si hubieses tratado con auténticos Sabbat, no habrían prestado la menor atención a tus ilusorias pretensiones.

Conrad recorrió el cuerpo del hombre con la mirada hasta encontrarse con los ojos de Lucita.

-Parece que tenemos una pequeña crítica.

-La primera de muchas -agregó él-. Me habéis detenido, pero habrá otros como yo. Los Sabbat de corazón y coraje nunca descansarán hasta hacerte desistir de tu usurpación.

Lucita se arrodilló a su lado.

-Dime. ¿Cuál es ese asunto que crees que afecta a Madrid?

-No es solo Madrid.

-Entonces, ¿qué?

Inclinó la cabeza para clavar sus ojos en ella.

-Yo era sacerdote en Milán. ¿Sabes qué ocurrió allí?

-Por supuesto que sí. -Lucita se vio tan sorprendida por las noticias como Conrad-. Hará unos tres años, el arzobispo Giangaleazzo se autoproclamó príncipe y encabezó una masacre contra sus propios súbditos. Parecía un acto de la Camarilla.

-Y así fue -convino él-. No estuve presente la noche de su proclamación, ya que me recuperaba de las heridas sufridas en un combate contra los espías de la Camarilla. Espías que estaban allí, ahora lo sé, con el beneplácito de Giangaleazzo, pues lo ayudaron a dar el golpe. Conseguí huir de la ciudad por muy poco, casi no lo cuento.

-Es una historia terrible, sin duda -apuntó Lucita-. Pero, ¿qué tiene que ver conmigo?

-Antes de que llegaras, nada. Pero perdimos Milán de una forma vergonzosa y traicionera. Destruiste a tu sire dos años después; Madrid no cayó, aunque la ciudad se vio sumida en el caos. A pesar de todo, mantuvimos nuestra autoridad. Pero entonces ese grupo de lunáticos al que tú llamas *Amici Noctis* te dio permiso para establecer una especie de gobierno. No perteneces al Sabbat... No tienen derecho a hacerlo. Estás aquí para quitarnos otra ciudad, y no te lo vamos a permitir.

Conrad le cogió la cabeza y la golpeó contra el suelo hasta que cayó inconsciente. Después le arrancó el corazón y observó cómo se convertía su cuerpo en cenizas.

-Lo de esta noche no ha sido muy grave, pero ¿qué pasa si tiene razón? Puede que nos estemos metiendo en un lío importante.

Lucita asintió.

-Cierto. Aunque... hmm.

-¿Sí?

-Allí donde se presente la oportunidad, extendamos el rumor de

que nuestros acérrimos opositores son ahora leales y valiosos súbditos. Con un poco de suerte, quizá los futuros asesinos puedan hacernos parte del trabajo sucio.

**Miércoles, 6 de diciembre de 2000, 1:42 AM**  
**Una granja abandonada, Soria, España**

Marta habría reconocido al joven vampiro que ahora atravesaba el establo abandonado hace ya años para encontrarse con los seis antiguos. Era el extraño que hacía tiempo fue en busca de los Señores de Salamanca con la noticia de la inminente llegada de Lucita. Ahora informaba a su sire y al resto de antiguos de la prole de los Leones sobre la nueva situación.

-... y a la noche siguiente, su guardaespaldas y ella se deshicieron de dos pobres incautos venidos desde Francia. Seguramente querrían apuntarse un tanto, aunque eran bastante más débiles que el vampiro italiano.

-Gracias -dijo uno de los antiguos. Todos ellos vestían una capucha similar, como era costumbre cuando se reunían para tratar asuntos que afectaban a los Leones en su conjunto-. Puedes irte ya. Pero no te vayas muy lejos, es probable que tengas que volver a Madrid.

-Sí, señor -respondió el extraño con una elegante reverencia, un gesto sorprendente para un vampiro de aspecto tan andrajoso. Se retiró en silencio y contempló el tráfico de una autopista lejana. En el interior, los antiguos se reunieron en uno de los extremos del establo y se pusieron a discutir el asunto con tranquilidad.

-No me gusta -afirmó uno de los antiguos-. Lo último que necesitamos en estos momentos es otro maldito fanático del Sabbat en la península. ¿Pero por qué ella? ¡Si se había cargado al viejo bastardo! Por Dios bendito, ¿qué demonios hace ella aquí?

-No has prestado atención -le reprendió otro-. La cogieron y la sometieron a uno de sus juicios públicos. Al parecer la experiencia ha supuesto un cambio en su forma de actuar.

-Y una mierda -afirmó el primero con rotunda sinceridad-. De

todas formas, yo no tengo porqué aceptar las putas políticas de los Lasombra. Cuanto más lejos estén de mí, mejor. No me gusta tenerlos a mi alrededor, metiéndose en todo.

-¿Y qué vamos a hacer al respecto? -repuso el antiguo que había estado hablando con su chiquillo antes.

-Supongo que algo podríamos hacer -musitó uno que todavía no había hablado-. Si íbamos a lanzar una o dos oleadas importantes...

-No, no -replicó el que había hecho la pregunta-. Estaba pensando en algo menos costoso. Tenemos pocos chiquillos, y no quiero perder a ninguno.

-Bueno, pues entonces ¿qué?

-Dos cosas. Primero, deberíamos investigar por nuestra cuenta un poco. Y segundo, también deberíamos tantear a las progenies independientes cercanas a la capital. Si podemos convencerlas de que les conviene mantener el desorden en Madrid, bien. Si no, podemos hacerles creer que van a ser amenazadas por un arzobispo con aires de grandeza entre cuyos planes se encuentra devolver su esplendor al sagrado imperio. Seguro que disponemos de los infiltrados necesarios para conseguir este objetivo.

El resto asintió con la cabeza, pero el antiguo que había iniciado la conversación todavía tenía alguna duda que satisfacer.

-¿Qué esperas conseguir con ello?

-Es una cuestión psicológica -explicó-. Todos sabemos que Lucita se ha convertido a la causa hace poco. Ya has oído que nuestros espías informan que pasa bastante tiempo con de Polanco; y recuerda los incidentes ocurridos en el camino de Compostela. Todo eso indica que está trabajando desesperadamente para recuperar el tiempo perdido y granjearse una buena reputación dentro del Sabbat.

-¿Y?

-Que es frágil. Por muy fuerte que se muestre en público, su cabeza está atormentada con obsesiones y rechazos. Si conseguimos poner trabas y provocaciones constantes a sus planes, se vendrá abajo casi con toda seguridad, y con ella todo lo que haya construido. Entonces podremos emprender con paso firme el camino hacia nuestra libertad.

-Ahhh -aceptó el primero de los antiguos-. Me gusta. Hagámoslo.

Y todos estuvieron de acuerdo.

**Viernes, 8 de diciembre de 2000, 7:29 de la tarde**  
**Catedral de Nuestra Señora de la Almudena, Madrid, España**

Rosa no podría explicar qué la había empujado aquella noche a dirigirse al refugio de Monçada. Lucita había dejado claro que no le prohibiría a la manada de caza entrar en él o explorarlo, pero creía que pronto cambiaría de opinión. Tras el intento de asesinato, estaba demasiado ocupada para discutir con el resto, y Rosa tenía curiosidad por ver cómo era aquello que ambas habían compartido en unos sueños muy reales. Había invitado a Roxana a que la acompañase, pues sospechaba que la joven taumaturga podría ayudarla a descifrar el código encerrado en los escritos que encontraran.

Uno de los pasillos que salía de la cámara principal del refugio conducía a una serie de pequeños laboratorios. Habían sido despojados de todo el equipamiento, por supuesto, pero todavía se podían leer en sus paredes algunos diagramas y anotaciones. Rosa reconocía en ellos vestigios de la época del cardenal; en el fondo, incluso al final de sus días, siguió siendo un hombre hecho a las costumbres medievales. Nunca confió demasiado en la tinta y el papel, y consideraba más seguro para según qué cosas tomar notas en la pared.

Mientras estudiaban las inscripciones, hablaron de otros asuntos.

-Me gusta eso de levantarnos temprano y acostarnos tarde

-apuntó Roxana-. Quizá debiera intentar convencer a Andrew de que sea obispo de Reijavik, San Petersburgo o algún sitio de estos. Nunca he estado más de un par de noches tan al norte, y la verdad es que me gusta.

-Créeme -replicó Rosa-, no te conviene hacerlo.

-¿En serio? ¿Has estado allí?

-Oh, sí. En los sesenta Rudesi ya pensaba, como tú, que podía burlar nuestra debilidad, cuando a principios de esa década los viajes transcontinentales en avión comenzaron a cobrar fuerza. Pasaba los inviernos en el hemisferio norte, los veranos en el sur, y empleaba los aviones más rápidos de la época para desplazarse de uno a otro hemisferio en tan solo una noche. Y desde luego, allá donde él iba, íbamos nosotros.

-¿Así que no soy la primera que lo piensa?

-Desde luego -insistió Rosa-. Estuvimos así durante tres años, pero al final terminamos con los nervios destrozados. Creo que ahora diríamos que estábamos «listos para asesinar a cual quiera que se cruzase en nuestro camino y necesitados de una urgente y reparadora lección sobre nuestras sendas de iluminación».

Roxana pareció desconcertada.

-¿Y eso?

-Creo que lo que ocurre es que no estamos hechos para vivir en los polos -se explicó Rosa-. Existe una jerarquía espacial que gobierna nuestra existencia: limitados por el sol, de un lado a otro de la Tierra. Si el sol se pone en el horizonte durante varios días o semanas, eso trastoca el equilibrio de las cosas. Empezamos a pensar que el sol se colaba allí donde fuéramos a descansar (así que en realidad nadie podía dormir), y la situación no hizo más que empeorar. Entonces llegaba la noche, y nos sentíamos liberados, capaces de caminar hasta los cielos, sin que el sol estuviera allí para impedirlo. Todo estaba desproporcionado. Al final. Rudesi se rindió y volvió al Mediterráneo.

-Ah. -A Roxana no se le ocurrió una réplica mejor-. De acuerdo.

-Escrutó con mayor atención una enorme lista-. Emmanuel Rudesi, ¿verdad?

-Verdad.

-Aquí hay una lista de lo que parecen ser abreviaturas de nombres y uno de ellos es Emm.Rud.

Rosa se agachó para observar el descubrimiento de Roxana.

-Sí. Perfecto. Este sale dos veces, Vin.Day. Debe de ser Vincent Day, uno de los paladines errantes.

-Mierda, tenía que haberlo sabido. Me crucé un par de veces con él.

La amargura en la voz de Roxana divirtió a Rosa.

-Tiene la misma buena impresión de mí que yo de él.

-Oh, sí. Ese pequeño santurrón... ¿Reconoces a alguno de los otros?

-No, pero espera un momento. Estos números al lado... -Se detuvo-. Aja, son días. Recuerdo que Rudesi estaba interesado en sistemas cronológicos sin años. Siempre estaba hablando de lo inapropiado de estos sistemas de medida del tiempo para la estirpe de Caín. Nunca escuché que a Monçada le gustaran estas cosas, pero tal

vez lo aparentaba para complacer a Rudesi. –Caviló durante un rato–. Quiero que me mires.

–¿Qué quieres que te mire?

–Voy a hacer uso de la adivinación, para ver lo que puedo recuperar de las sensaciones remanentes alrededor de estas marcas. Lucita dijo que gran parte del aura del cardenal se había evaporado, pero en caso de que comience a mostrar signos de dolor, rompe la concentración de inmediato. –Ignorando el miedo que brillaba en la mirada de Roxana, Rosa colocó las manos sobre el nombre de su sire, y sintió que todo a su alrededor se deshacía.

*«Rudesi era un estúpido –resonaron las palabras en su mente, como si fueran sus propios recuerdos–. Pero un estúpido útil. Dice que no obtuvimos nada de los primeros experimentos. Debemos intentarlo con una infusión más fuerte, o tal vez un ritual diferente de fusión. Sería una buena idea vincularlo con sangre, y es tan estúpido como para dejar que ocurra, pero aún no. No es necesario por ahora. Me pregunto si puedo traer a sus chiquillos y examinarlos por mí mismo, pero qué podría decirles...»*

Cambió a las últimas marcas que mostraban el nombre de Rudesi.

*«Rudesi aún no sospecha lo que intento hacer. Piensa que se limita a la observación; no puede ni imaginar».*

Había más, pero se encontró abrumada por las impresiones de la discusión de Monçada. Los ojos de Rosa se abrieron, pero no vio el mundo. Sus pupilas eran casi diminutas, y unas vagas imágenes de la adivinación que acababa de realizar reemplazaron lo que los ojos debían percibir. La figura sombría del cardenal marchaba con gravedad serena, mezclando sangre para algún fin desconocido. Al fin se obligó a abrir los ojos y expulsar a los fantasmas.

Roxana fue testigo de su conmoción, y se alivió al comprobar que se recobraba.

–¿Has averiguado algo?

–Creo que sí –dijo Rosa casi con un susurro–, pero tengo que hablar primero con el arzobispo. –Necesitaba saber mucho más sobre el tema antes de estar lista para decirle nada a nadie, ni siquiera a sus compañeros de manada.



**Viernes, 8 de diciembre de 2000, 9:48 de la noche**  
**Hotel Rey Pasero, Madrid, España**

La oficina preferida de Lucita, justo entre las dos torres del hotel, tenía vistas al oeste y al este de la ciudad. La pared del este estaba decorada con diferentes estilos españoles que iban desde su propia época hasta el presente: tapices, cascos de armaduras (armaduras que alguien había vestido en combate, de eso estaba seguro), mapas de exploración y conquista, pequeñas pinturas de territorios, fotografías... No tenía mucha experiencia acerca de la historia, pero era parte de su legado, y prefería enfatizar el componente español de su naturaleza.

-Cesario -le dijo a su invitado-, gracias por venir. -Lucita a su lado mientras él examinaba la armadura de la Reconquista, y su lenguaje corporal sugería una admiración mayor de lo que su voz indicaba. Era más alto que ella, enjuto y de tez oscura, la misma imagen del caballero misterioso español que justo en el momento indicado se revelaba como el héroe secreto o la mente maestra de la historia.

-De nada... Excelencia. Me perdonará si le confieso que me siento extraño al dirigirme a usted en ese modo.

Lucita se encrespó.

-Soy una estudiante de la noche, Cesario, y no perdono. Comprendo que no seamos capaces de encajar todo esto en una sola noche, pero te daré el tiempo suficiente para que te acostumbres a la nueva situación. Eso es lo único que tendrás.

-Entiendo, Excelencia. -Cesario habló ahora un tanto más rápido-. ¿En qué podemos servir esta noche mi progenie y yo?

-Mira la ciudad. -Lucita hizo un gesto con la mano-. Tres millones y medio de hombres y mujeres, y otro millón y medio a su alrededor. Comida para decenas de vampiros, incluso según los estándares de la Camarilla y su ridícula costumbre de pasar inadvertidos. Pero ¿qué encontramos? Dos decenas, rastreadas por... por medios muy perfeccionados. -Se detuvo antes de apuntar el papel de los ghouls de Monçada; se lo guardaría en la manga por ahora.

-Sí, Excelencia. Las batallas que se sucedieron después de que su predecesor pereciera conllevaron un gran número de bajas. Hubo

mucha gente que murió, y también mucha otra que prefirió mudarse. Creo que nuestras pérdidas han servido para incrementar la población de ciudades que van desde Sevilla a Barcelona.

-No dejes que los árboles te impidan ver el bosque. -Lucita no dejó traslucir su enfado esta vez, pero la furia dio fuerza a sus palabras-. No has pensado en cómo consideran esta situación nuestros enemigos. Una fortaleza del Sabbat, sacudida por mis acciones y sus consecuencias, lista para su cosecha. Ahora, aparte de la vulnerabilidad, hablamos de mi llegada y ascensión al poder. Hay vampiros aquí que desconocemos, Cesario, dalo por hecho. Han llegado solos y en grupos. Se reúnen donde nosotros no lo hacemos, y saben adónde vamos. Cuando el momento sea el adecuado, atacarán.

-¿Su Excelencia está segura de eso?

-¿Cesario, dudas de mi capacidad como profesional durante los años en que fui independiente?

-Por supuesto que no -aseguró Cesario, con convicción absoluta-. Si hubierais sido algo menos que perfecta, habríais muerto hace tiempo ya, con o sin el apoyo del cardenal. Me complace que mis intereses y los vuestros nunca se hayan cruzado.

-Entonces créeme. Están ahí afuera.

-Si eso es lo que pensáis, Excelencia, entonces no tengo duda alguna. ¿Qué deberíamos hacer?

-Comprenderás, o eso espero, que compartimos la autoridad en esta ciudad. La canalla puede considerarse a sí misma como parte de la ciudad, pero nosotros sabemos que eso es falso. Las llaves al Sabbat han estado siempre en manos Lasombra.

Este era un territorio más familiar para Cesario.

-Cierto.

-Así que comprenderás que debo conceder parte del desafío a mis primos de sangre, porque no puedo confiar en los demás.

-Ah, sí, Excelencia.

Lucita se retiró de la ventana y miró directamente a los ojos de Cesario.

-Sé que os cargo a ti y a tu progenie con un deber complicado. Pero hemos de hallar a los enemigos que están entre nosotros, y he de encargarme ese trabajo a alguien con la capacidad real de responder al peligro. Así que tú y los tuyos debéis comenzar a buscar en la ciudad. Comenzad por los lugares donde sabemos que no existen refugios. Vigilad los centros de poder que podrían ser utilizados contra

nosotros. Encontradlos y destruidlos.

Después de que Cesario saliera, Lucita volvió a contemplar la ciudad. Las luces se apagaban a medida que la gente marchaba a su hogar a dormir. ¿En realidad era significativo el número de vampiros potencialmente peligrosos que contenía? No estaba segura. Tenía un mal presentimiento, pero no era la clase de advertencia mística que recibía a veces, ni el resultado de una consideración táctica para apoyar la evaluación estratégica y personal que le había dado a Cesario. Era... una corazonada, parecida al sentido de orientación que guiaba su ejercicio táctico de control en medio de la fiebre guerrera que, sin él, caería en el descontrol más absoluto. Esa era la razón por la cual confiaba en el sentimiento, quizá, porque no solo confiaba en él, sino que en él se basaba su aptitud para el combate. Habría significado una traición a sus nuevos compromisos el ignorarla.

Sí, así lo haría. Ahora tenía que ocuparse de otras cosas.

**Sábado, 9 de diciembre de 2000, 8 de la tarde**  
**Hotel Rey Pasero, Madrid, España**

-...y eso fue lo que averigüé -dijo Rosa tras concluir su narración acerca de su viaje al refugio de Monçada.

-Comprendo -dijo Lucita. Mantenía la calma solo en apariencia, pues en su interior bullía la agitación.

-Creo... -Rosa guardó silencio.

-¿Sí?

-Creo que trataba de establecer algo más que el enlace empático del que hablaba Rudesi. Creo que tenía en mente un vínculo de sangre, o el Vinculum. Algo que pudiera usar para controlar a uno de nosotros y así controlar al resto.

Eso era justo lo que Lucita suponía, y temía. Decidió jugar a confundir un poco.

-Esto explicaría por qué mis sueños son menos frecuentes. Rosa pensó en ello.

-Oh, claro. La sangre se diluye.

-Exacto. Tu última oportunidad para una transfusión hubiera

sido... en octubre o noviembre del último año. El vínculo puede durar un año o más, pero quemas una gran cantidad de sangre e intercambias mucha más en la vaulderie. Así que perdiste la sensibilidad con respecto a mí en el momento justo para no percibir lo que supuso para mí adoptar la *senda de la noche*.

-Creo que me alegro de haberme perdido eso. -Rosa se estremeció. Su propio cambio de valores había sido muy difícil; no deseaba experimentar el de otra persona tan profundamente.

-Supongo que lo que realmente me pregunto -dijo Lucita- es si la parte del control hubiera funcionado también como la empática. La idea de que el bastardo (o bastardos) estuviera jugando con nosotros como si fuéramos sus marionetas es inquietante. -En la tormenta de su interior, el timonel trataba de mantener el rumbo hacia la calma. Ella tenía que hacer algo para recuperar el sentido del control.

-Creo que tienes razón -convino Rosa-. Al menos, no veo ninguna razón por la que no creer que los otros pasos no se hubieran dado una vez supieron que este había tenido éxito.

-Eso es lo que creo yo también. -Lucita se levantó-. Rosa, mira aquí. -Rosa hizo lo que le Lucita le pedía, y en ese instante, la fuerza de voluntad de Lucita la golpeó con toda su intensidad; mandatos reforzados por la sangre manaron de su intercambio de miradas. Los recuerdos de la mente de Rosa se evaporaron como cubitos de hielo en una hoguera. Hasta el mismo humo no tardó en disiparse. El momento presente comenzó a alejarse y alejarse y alejarse...

\* \* \*

-... y eso fue lo que averigüé -dijo Rosa. Para ella, acababa de completar su historia acerca del viaje que había hecho con Roxana.

-Gracias -contestó Lucita, que estaba sentada de nuevo-. Tenemos problemas que tratar. Quiero que vayas en busca de una serie de colecciones taumatúrgicas. Aunque lo que sea que esos bastardos intentaran ha fracasado de manera evidente, me gustaría comprenderlo todo mejor. Comienza con las listas de Willa. Llévate a Angélica contigo; este tipo de cosas se le dan bien.

-De acuerdo. -Todo tenía sentido para Rosa. Gracias a los dioses que aquel plan había fallado, pero debían mantener la guardia alta, para evitar que la historia volviera a repetirse. Salió para cumplir con su nuevo encargo.

Lucita contempló a Rosa mientras se marchaba y confió en que no tuviera que destruir a su compañera de manada. Rosa significaba mucho para ella, el producto de una época diferente y educada de acuerdo con la cultura tradicional ibérica de los Lasombra. Se sentía cómoda con ella como jamás lo haría con la gente del siglo XX. Solo las circunstancias más graves justificarían una acción como la de la destrucción, pero la posibilidad de controlar a Lucita a través de otro vampiro, aunque fuera Rosa, era una de ellas.

Sería el tiempo el que decidiera, como siempre.

\_\_\_\_\_ 72 \_\_\_\_\_

**Miércoles, 20 de diciembre de 2000, 11:04 de la noche**  
**Museo del Prado, Madrid, España**

Lucita permaneció inmóvil al principio, y se limitó a observar cómo examinaba Marta su lugar de reunión. El museo tenía grandes salas, tanto por encima como por debajo del nivel del suelo, cubiertas desde el suelo al techo por obras de arte que no se exponían en este momento. Esta, como las otras, estaba iluminada por fluorescentes, y la temperatura y la humedad estaban controladas de modo riguroso para preservar las pinturas. Un falsificador o ladrón disfrutaría sobremanera en aquel lugar. En otro tiempo, pensó Lucita, podría haber embellecido alguna de las imágenes religiosas clásicas, algo así como un trabajo educativo.

-Excelencia -empezó a decir Marta con un tono que a Lucita le sonó tosco y ofensivo-, ¿qué es lo que os lleva a querer reuniros conmigo?

-Tengo un asunto complicado entre manos, y creo que eres la única cualificada para tratar con él, Marta.

-¿Sí?

-Sabes que hay dos manadas compuestas por compañeros de mi clan.

-Sí, Excelencia.

-Dudo de la lealtad de Cesario y su manada.

-Eso es... problemático, Excelencia. -Marta consiguió no reírse.

-Sí, lo es. Debería pensar mejor de los Lasombra. Como es

lógico, siendo tu tradición la que es, no puedes comprender los asuntos relativos al honor del clan. Sin embargo, Cesario y su proge nie han pasado una inquietante cantidad de tiempo en misteriosas ocupaciones en partes de la ciudad donde sabemos que no hay vampiros.

-Excelencia... -Marta esperaba una agria contestación por su interrupción, pero no sucedió nada-. Excelencia ¿cómo lo habéis averiguado?

-Estoy segura de que no cuestionas la información que tu arzobispo te comunica.

-No, Excelencia, por supuesto que no.

-Bien -dijo Lucita con un aplomo que Marta halló más intimidatorio que la propia hostilidad-. Lo que quiero es que te pongas manos a la obra, que vigiles a Cesario y los suyos. Averigua qué es lo que hacen. Si descubres que actúan en contra de los intereses del arzobispado, debes proceder en consecuencia. Destruye a los traidores e infórmame.

-Sí, Excelencia. -Marta logró una vez más no sonreír, aunque en esta ocasión le costó más. Escuchó con solemnidad a Lucita mientras enumeraba las líneas seguras de comunicación y le recomendaba algunos vecindarios para iniciar su investigación. Marta preguntó sobre la localización del refugio de Cesario, pero, como esperaba, Lucita no iba a revelárselo. Aun así, tenía más que suficiente para que los Señores de Salamanca se divirtieran un poco.

Lucita la siguió con la mirada mientras salía por la puerta de la que la Lasombra había conseguido la llave gracias a anteriores visitas al museo. No necesitaba leer el aura de Marta para saber de sus intenciones. Le bastaría una mínima justificación para comenzar a destruir a la estirpe de Cesario. No importaba el resultado de la batalla, pues cualquiera sería satisfactorio para Lucita. Los Lasombra incapaces de defenderse de la escoria no le eran de utilidad, y si Cesario y sus chiquillos perecían, les estaría bien empleado; Lucita quedaría libre para destruir a Marta y su manada sin problemas. Si, por otra parte, los Lasombra consiguieran encargarse de los Señores de Salamanca, entonces Lucita se habría librado de la amenaza más ambiciosa de su dominio, sin ni siquiera haber intervenido de manera directa.

Hora de ver quién caería a continuación.

**Jueves, 21 de diciembre de 2000, 9:44 de la noche**  
**Sanatorio de Fontilles, Cerca de Toledo, España**

No hace mucho tiempo, el único tratamiento para la lepra era el confinamiento en algún lugar remoto. Los avances en la medicina prácticamente erradicaron dicha enfermedad del continente europeo, sin embargo seguía teniendo una considerable presencia en las zonas menos desarrolladas del mundo. Varias ONGs dedicadas a la medicina solidaria habían aunado recursos para rehabilitar el viejo monasterio de San Lucas y así mantener abierta la última leprosería de Europa. El lugar recibía, de todos los remotos rincones del mundo, los casos de más difícil tratamiento, lo que a su vez permitía adquirir experiencia a jóvenes médicos en periodo de prácticas. Los monjes, de una vieja orden religiosa que ocupaba anteriormente el monasterio, pasaron a hacerse cargo del cuidado cotidiano a los enfermos y también se preocupaban en encontrar formas para que los pacientes se sintieran útiles incluso en los estadios más avanzados de su afección.

Todo ello ofrecía a los auténticos líderes de la orden, que eran vampiros, dos ventajas clave. Puesto que ellos eran inmunes a la enfermedad, no les preocupaba alimentarse de los pacientes, y disfrutaban de un considerable suministro de sangre sin demasiado esfuerzo. Además, también eran cronistas de la historia del mundo, y disfrutaban de las noticias y perspectivas que traían los nuevos enfermos. Así pues, el monasterio les ofrecía protección y ciertos privilegios. No se trataba de caridad: se trataba de una charada, que requería de poco trabajo para su mantenimiento. De haber sido necesario, los vampiros de la orden habrían asesinado a todos los mortales del lugar sin ningún arrepentimiento, pero eso no había hecho falta por ahora.

Aquella noche habían llegado malas noticias. El desconocido proveniente de Soria llegó poco después de que oscureciera, herido y exhausto tras una lucha reciente. Les relató una historia desazonadora. El nuevo pretendiente al trono de Monçada se había embarcado en una purga de todos los animales que los vampiros podían utilizar como familiares para espiarse los unos a los otros.

Pesticidas para las criaturas de las alcantarillas, aves abatidas a tiros... Había propagado historias de plagas y demás tonterías, y ahora procedía a recoger una cosecha sangrienta. Los vampiros que habían fundado la Orden de San Lucas pertenecían al clan Nosferatu. Entre el legado de su fundador estaba la aptitud de comprender y controlar a los animales; de hecho era una de sus habilidades más distintivas, junto con las múltiples desfiguraciones que cada miembro del clan desarrollaba. Aquello era un evidente ataque hacia las ventajas de los Nosferatu. Y los vampiros de la orden no permitirían que un Lasombra del Sabbat obtuviera tal tipo de ventaja. Sería necesario recordarle los límites de su poder.

**Lunes, 25 de diciembre de 2000, 12:10 de la noche**  
**Hotel Rey Pasero, Madrid, España**

Unas grabaciones del sonido de unas campanas de iglesia anunciaban la llegada del día de Navidad por las calles comerciales, donde unas pocas tiendas estaban aún abiertas para las compras de última hora. Las gentes que recorrían las calles se dirigían sobre todo a los restaurantes para cenar y festejar con las amistades; aunque la mayoría de las personas se sentían más agobiadas que felices.

Por su parte, Lucita seguía ocupándose de los problemas del arzobispado. Siete de los vampiros aún sin vincular la aguardaban en su oficina aquella noche. Hasta ahora los había dejado actuar por su cuenta, pero parecía que necesitaban una aclaración en cuanto a su comportamiento.

–Buenas tardes –saludó al entrar–. Ninguno de vosotros ha conseguido un logro similar al de mi manada para celebrar estas festividades de forma que se ajuste a nuestra condición, pero tal vez aún quede tiempo para hacer algo apropiado cuando terminemos aquí. –Eso había fijado el tono de la conversación, pensó con satisfacción. Estaban contra la espada y la pared, y resultarían fáciles de manipular.

»La manada es la unidad fundamental de la organización del Sabbat –les explicó como si fueran chiquillos recién creados. – La vaulderie, el ritual que nos une y nos confiere la fuerza para imponernos a nuestros enemigos, se celebra, ante todo, entre los



miembros de una manada. El liderazgo y la disciplina tienen su lugar, ante todo, en la manada. La manada caza en comunión, guerrea en comunión y triunfa en comunión.

»Como individuos, algunos con chiquillos propios, sois responsables de mi obispado. Carecéis de la fuerza necesaria para hacerle la guerra a un enemigo superior en número y en poder. No servís de nada, salvo como carne de cañón. Esta no es una situación aceptable y no pienso seguir tolerándola. Habéis fallado al no unirlos entre vosotros, así que yo lo haré por vosotros. -Esperó, por si surgía alguna objeción.

No la decepcionaron. Uno de aquellos beligerantes Brujah (originario de Marsella y pirata en el Mediterráneo oriental), se adelantó.

-Madame, no acepto su autoridad. Es una rebelde y una traidora, y en mi opinión, algunos de los antiguos de su clan tratan de debilitar al Sabbat por sus propios intereses. Confiaba en esperar, con paciencia, su inevitable caída, pero ya que ha decidido comentar el asunto, hablaré abiertamente. No obedeceré vuestras órdenes ni tampoco las órdenes dadas en vuestro nombre.

-¿Jean Marie, verdad? -Lucita aguardó a que asintiera-. Jean Marie, eres valiente, y eso es mérito de tu sire y tus tutores. No te ordeno nada, puesto que tú no me aceptas como arzobispo, pero te pido, de un chiquillo de Caín a otro, que te aproximes. -Lucita mantuvo los brazos a los lados, con las manos abiertas en gesto de bienvenida.

El hombre sospechaba algo, pero terminó por acercarse. Cuando dio dos pasos, ella inundó su cuerpo con sangre y se abalanzó sobre él, con las manos por delante. Sus manos atravesaron la caja torácica. Con la derecha, extrajo el corazón y lo sacó; con la izquierda, se abrió paso por el pulmón hasta llegar al hígado y sacarlo. El Brujah apenas tuvo tiempo de esbozar una mirada sorprendida antes de caer al suelo. La muerte definitiva no tardó en sobrevenirle.

-Gracias, Jean Marie. Ahora que el resto de vosotros ha comprobado lo sociable que soy cuando me veo liberada de las responsabilidades de mi oficina ¿hay alguien más que rechaza mi autoridad? -Silencio-. Eso pensaba.

Hizo que los seis vampiros restantes se colocaran en línea, y los examinó sin decir nada durante unos cuantos minutos. Allí estaba Sulayman, el vampiro de más confianza del grupo, un guerrero experimentado, gran conocedor de la España central. Al final de la

línea estaba Magdalena, la falsificadora y tratante de falsificaciones, perteneciente al clan Ravnos. Lucita disfrutaba de su compañía, pero dudada de su capacidad de liderazgo: Magdalena estaba demasiado apegada a su propia visión de las cosas como para prestar la devota obediencia que Lucita buscaba. Aun así era mejor que cualquiera de los otros, salvo Sulayman y ella misma.

Marik y Pavel, los espías que acababan de volver, eran sin duda, leales al Sabbat... Nadie pasaba treinta años en la corte del enemigo, arriesgándose a afrontar la muerte definitiva en aras de complicados planes de sabotaje y espionaje, sin contar con fe en la causa. Pero tampoco eran buenos líderes o miembros de equipo. Juanita, la diletante Toreador antitribu, estaba aún menos capacitada, ya que no estaba dispuesta a comprometerse lo más mínimo. Stolon, el rival de Jean Marie hasta ahora, sí podía ser un buen líder, pero Lucita sospechaba que siglos de disputas habían disminuido sus habilidades en la materia.

-Desde este momento, constituís una manada en el arzobispado de Madrid. Os podría asignar un ductus y un sacerdote, pero prefiero no hacerlo. Escogeréis vuestro propio líder por el más antiguo y directo de los medios: el combate. Los miembros de mi manada os escoltarán en vuestra salida del hotel, a intervalos de diez minutos. Una vez que salgáis, proceded como estiméis conveniente. Dentro de tres noches, os reuniréis aquí a la misma hora a la que habéis venido hoy, y relataréis vuestros encuentros con el resto. El que demuestre su victoria contra todos los demás, será el líder. El siguiente más efectivo enseñará y guiará.

-Eso es todo ¿alguna pregunta?

Ninguna. Los vampiros exhibían expresiones que iban desde el frío cálculo (Sulayman y Magdalena) hasta la conmoción más desaforada (Juanita). Pero ninguno de ellos se sentía con ganas de arriesgarse a recibir la misma respuesta que Jean Marie se había ganado. Uno por uno, los miembros de la manada de caza acudieron a escoltar a los nuevos miembros de manada hasta la salida. Todo ocurrió en silencio.

## Hotel Rey Pasero, Madrid, España

Lucita entró en la sala; Sulayman y Magdalena la estaban esperando. No le sorprendió.

-Buenas noches.

-Buenas noches, Excelencia -respondieron casi al unísono.

-¿Habéis resuelto el asunto del liderazgo?

-Oh, sí -respondió Sulayman-, yo seré el líder, y Magdalena quien enseñe. Aunque la única a la que puedo liderar es ella, y ella al único al que puede enseñar es a mí.

-Explícate -demandó Lucita.

Su reputada capacidad de discernir la verdad de la mentira le sirvió bien esta noche. Sulayman y Magdalena parecían ser honestos con ella. Se habían reunido tras abandonar el hotel y acordaron trabajar juntos. Habrían preferido que los otros se sometieran a su autoridad, pero las cosas no fueron tan limpias. Stolon consiguió escapar de ellos, y se escondió en algún lugar recóndito de la ciudad o tal vez se hubiera escondido en otra. Los demás se empeñaron en resistirse más de lo aconsejable, y terminaron destruidos. Los victoriosos le enseñaron algunos de los trofeos: bienes personales de los perdedores.

-Estupendo -dijo Lucita-. Habéis demostrado una sana capacidad de cooperación, así como una excelente competitividad. Os confirmo como ductus y sacerdote, por lo que ambos podéis participar en los rituales con vuestro nuevo cargo. Puesto que no tenéis más integrantes, os ordenaré dos cosas más. -Parecieron poco cómodos ante el aviso, como si temieran que fuera a ordenarles que se destruyeran-. En primer lugar, los próximos tres refugiados que busquen nuestra protección se unirán a vuestra manada. En segundo lugar, a ambos se os permitirá crear progenie durante el año entrante. Podéis presentar a vuestro candidato para mi aprobación en cualquier momento entre el equinoccio de primavera y el solsticio de verano.

-Los dos se sintieron aliviados al escuchar esto.

-Salid de aquí ahora -les dijo-. Tengo otros asuntos que tratar.

**Jueves, 11 de diciembre de 2001, 11:10 de la tarde**  
**Palacio real de El Pardo, a 9 millas al norte de Madrid, España**

«*Bien, bien* –pensó Cesario para sí–. *Había algo que hacer después de todo*». Tanto él como su progenie no tardaron en decidir que Lucita los había embarcado en una búsqueda sin sentido, consecuencia de su paranoia, por lo que pasaron muchas noches discutiendo la logística de posibles intentonas golpistas. Tras el desastroso asunto de la «manada navideña», Cesario había pensando en reclutar a los supervivientes para sus planes. Pero ahora...

El palacio era un auténtico edificio del siglo XVI, a diferencia de la catedral de Monçada. Los alrededores estaban cubiertos por jardines clásicos, y la decoración le resultaba familiar y amigable a Cesario. No obstante, el molesto sentimiento de hallarse fuera de lugar era allí más intenso de lo que lo había sido en la ciudad. Sabía que a veces sus chiquillos dudaban de su instinto en tales situaciones, pero habían sido bien entrenados y obedecieron sin rechistar cuando los organizó en parejas y los envió a vigilar por las cercanías. Él mismo se dedicó a tal tarea, puesto que se imaginaba que sería un desafío para cualquier fuerza que no pudiera ser detenida por su progenie.

Un puente de estilo romano comunicaba una calzada de piedra sobre uno de los pequeños valles que rodeaban el palacio. Cesario advirtió pequeñas muescas en las piedras del encintado, que le recordaban las marcas que podría causar alguien con fuerza sobrenatural. Se inclinó para mirar bajo el borde, y vio unas marcas similares bajo el lado donde terminaba un conducto del castillo. Con mucho cuidado, él mismo bajó, asegurándose de mantener una mano libre en todo momento por si se producía un ataque inesperado. No sucedió nada.

El conducto no había sido utilizado en mucho tiempo. Bueno, mejor sería decir que solo parte de él se había usado recientemente. Una pequeña tubería de plástico iba desde el drenaje de la calzada hasta dentro del borde del conducto. Había que estar dentro del conducto, como ahora mismo estaba Cesario, para darse cuenta de que no funcionaba igual que siempre. En el medio de la zona desgastada por la humedad había una verja cerrada, junto a la que vio un par de maletines y lo que Cesario terminó por reconocer como una anticuada mesa de escritorio.

Estaba casi seguro de que aquello era el refugio de un vampiro espía. Aun así, prefería asegurarse. Extendió un zarcillo de sombra a

través de la verja y levantó la tapa del escritorio. En su interior había páginas y páginas de notas escritas a mano. Decidió no arriesgarse a dejar constancia de su visita removiéndolo todo, pero incluso desde aquel ángulo pudo ver que el que se entretenía en tomar notas, había pasado algo de tiempo observando la catedral, el hotel de Lucita, y varios lugares donde los cainitas de Madrid se reunían con regularidad. Tras un momento, se dio cuenta que podía averiguar esto puesto que el espía utilizaba las mismas convenciones renacentistas para tomar sus notas que el propio Cesario. Eso lo dejaba claro todo.

La noche siguiente, el espía se llevaría una sorpresa.

\_\_\_\_\_ 78 \_\_\_\_\_

**Viernes, 12 de enero de 2001, 7:52 de la mañana**  
**Calle de Alcalá, Madrid, España**

-¿Dónde están? -exigió saber Marta.

No se divertía mucho jugando a espías. Habría sido divertido de haber averiguado algo que les sirviera para justificar un ataque contra esos anticuados y esnobs patricios, pero no hubo suerte. En su lugar, Marta y sus compañeros de manada buscaron noche tras noche, siguiendo las indicaciones de investigadores que no conseguían encontrar mucho de interés. Marta sospechaba que Lucita había dispuesto esta situación para distraer a ambas manadas de lo que en realidad importaba, y estaba a punto de dejarlo todo de lado para dedicarse a espiar a Lucita. Pero había novedades.

Juan era un hombre silencioso, la prole de un Gangrel trastornado que se consideraba a sí mismo un monstruo de las montañas. Marta solía apreciar el contar con alguien que no interrumpía ni hacía preguntas incómodas. Pero en aquel momento hubiera preferido contar con alguien más locuaz.

-Palacio. En los jardines.

-¿Han encontrado algo?

-Creo que sí.

-¿El qué?

Una larga pausa.

-Algo en la tubería de drenaje. Treparon por él. Luego se pusieron en sitios donde podían verlo.

-¿Así que siguen en el palacio?

-Sí.

«*Qué sorpresa. Debían estar tras de algo, después de todo*», pensó.

-De acuerdo. Vamos a mostrarnos y reunimos con ellos mañana noche. Creo que es la oportunidad que esperábamos. Apuesto a que los vamos a sorprender

**Viernes, 12 de enero de 2001, 7:40 de la tarde  
Palacio Real de El Pardo, unos 20 Km al norte de Madrid,  
España**

Parecía que iba a ser otra noche de confusión y miedo para la gente de Madrid. Los problemas comenzaron media hora después de la puesta de sol, en uno de esos raros días de enero en el que las nubes se apartan temprano y dejan ver el ocaso en todo su esplendor. Las nubes estaban volviendo a agruparse cuando los primeros informes alertaron de un tiroteo cerca del palacio. Para cuando la policía llegó, varios coches ardían y algunos parecían haber explotado, extendiendo el incendio hasta una fachada del propio palacio. Tras la llegada de los bomberos se pudo evitar el desastre conteniendo las llamas en la planta baja, con lo que solo unas pocas estancias resultaron seriamente afectadas.

La policía buscó a los delincuentes, pero no encontró nada. Por desgracia para ellos, muchos ciudadanos disponían de radios capaces de detectar la frecuencia policial, y algunos de ellos grabaron las conversaciones. Hubo momentos de confusión y surrealismo (lo que provocaría una posterior investigación acerca del uso de drogas y en la que los oficiales de servicio aquella noche hubieron de defender su actuación, aunque las historias sobre ojos brillantes y sombras ambulantes no contribuyeron a su credibilidad).

Poco a poco, la búsqueda se centró en la ciudad, y entonces dio comienzo un segundo tipo de sucesos extraños... El piloto de un helicóptero informó sobre un coche «salido de la nada» en el paseo de Recoletos, a las afueras de la ciudad. Por supuesto que nadie se lo tragó; todo el mundo asumió que el piloto se había fijado en él en

aquel momento, tal vez debido a un cambio en su aceleración o algo parecido. Sin embargo, no tuvieron más remedio que creer en los sonidos de tiroteo que se escucharon a continuación, por no hablar de los gritos que siguieron después, justo antes de que la radio se cortara.

La violencia se prolongó durante las tres horas siguientes. La policía siguió informando de la aparición y desaparición de vehículos y tiroteos, a pesar de la presión por parte de sus superiores para que cesaran semejantes tonterías.

Entonces, más o menos a medianoche, todo volvió a la normalidad. La policía continuó patrullando la ciudad, pero no ocurrió nada más de importancia.

**Sábado, 13 de enero de 2001, 12:09 de la noche**  
**Hotel Rey Pasero, Madrid, España**

Marta y Cesario llegaron a la oficina de Lucita casi al mismo tiempo. Ambos estaban cansados, magullados, chamuscados, y atemorizados. Andrew, el compañero de manada de Lucita, los condujo hasta la oficina esperó dentro para saber qué ocurriría a continuación.

Lucita no se levantó.

-¿Qué demonios le estáis haciendo a mi ciudad?

-Nos limitamos a mantenernos con vida, o al menos lo intentamos

-dijo Cesario, que explicó el descubrimiento de la noche pasada-.  
Creo que cometí un error en mi análisis. No era el refugio de un vampiro.

-¿Hmmm? -interrumpió Lucita.

-Era el refugio de siete vampiros -contestó Cesario-.

Desconozco su linaje, aparte del hecho que la mayoría de ellos poseen algún tipo de habilidad que les permite cambiar de forma, y que todos son formidables combatientes. Mi progenie y yo estábamos esperando, bajo el conducto, al vampiro que creíamos que residía allí. De repente aparecieron siete hombres que comenzaron a luchar contra nosotros. Tres de mis chiquillos perecieron, y el resto de nosotros se dispersó. Conseguimos abrirnos paso hasta nuestros

coches, y volvimos a la ciudad. Los moradores del conducto nos siguieron en forma de lobo.

»Debo admitirlo: estaba aterrorizado. No recuperé el autocontrol hasta casi llegar a Madrid, y traté a todo el que se me acercó como a un enemigo. Por eso habrá oído noticias sobre un Lasombra que atacó a la policía de manera abierta.

-Serás castigado por eso, Cesario, pero todo a su debido tiempo. Marta ¿qué haces aquí?

-Sigo a Cesario -restalló Marta. Los otros parecieron sorprendidos, y ella continuó con su historia-. Mis compañeros de manada averiguaron algo sobre este estúpido y sus chiquillos, así que cuando fueron al palacio, nos imaginamos que iban detrás de algo. Teníamos la sensación de que no era nada bueno. Estábamos en lo cierto.

-Explícate -apremió Lucita con brusquedad-. Dime qué ocurrió.

-Eh..., sí, Excelencia. -Marta se esforzó en hacer una presentación más cuidadosa-. Llegamos justo después del tiroteo inicial...

-¿Llegasteis cómo?

-En coches robados, justo antes de que se iniciara el primer tiroteo, y vimos a Cesario y su progenie, que estaban siendo atacados por vampiros desconocidos. Preparamos algunas diversiones, como coches que incendiábamos a tiros. Algunos de los coches aparcados contenían explosivos en su interior (desconocemos los detalles), y volaron por los aires. Las explosiones se sucedieron, y consiguieron distraer a los otros vampiros lo suficiente para que los supervivientes de la manada de Cesario regresaran a sus coches y pudieran regresar a la ciudad. Conducimos un par de coches ardiendo hasta el edificio principal.

»Ya conoce el resto. Perdí la mitad de mi manada cuando los extraños atraparon al coche en una emboscada. Ardieron antes de que el resto de nosotros pudiera llegar aquí. Quiero venganza contra esos hijos de puta.

-Gracias, Marta, eso es todo. Por favor ve abajo y espera que te llame. Tendrás tu venganza. Cesario, tengo que hablar contigo un momento. -Cesario se envaró; Marta no. Lucita advirtió ambas reacciones. Una vez más, los Lasombra se mostraban superiores, incluso en el caso de un desastre como Cesario.

Andrew habló en cuanto Marta se alejó.



-¿Debo ocuparme yo?

Lucita negó con la cabeza.

-No. Llamaré a Barry para que lo haga él.

\* \* \*

Al igual que el resto de los miembros de la manada de caza. Barry había estado sometido a las perturbaciones nocturnas, y aún no sabía muy bien lo que sucedía. Pero el mensaje de Lucita era claro y directo, y estaba dispuesto a cumplir con él. Cuando Marta salió del ascensor, él se levantó de su asiento en el recibidor.

-Discúlpame, Marta, Lucita me ha pedido que me ocupe de ti. Antes de irte, acompáñame a la oficina un momento.

Marta estaba cansada, y Barry parecía amistoso. La vampira asintió distraída. No fue hasta que Barry hubo cerrado la puerta tras de sí que comenzó a sospechar que algo no iba bien.

-¿Crees en Dios? -le preguntó Barry de forma casual.

-¿Qué?

-Te he preguntado que si crees en Dios.

-¿De qué coño estás hablando? -Marta no estaba asustada, pero sí confundida, y no le gustaba sentirse así. Nada de esto encajaba muy bien con su idea de cómo debían funcionar las cosas.

-Hay vampiros que afirman que Dios no existe -siguió él-. Dicen que el mito que explica nuestra creación no es un mito en el sentido de una historia ilustrativa, sino más bien algo total y absolutamente falso, increíble. Los vampiros son solo un fenómeno natural o algo parecido. ¿Tú qué crees?

-Nunca he pensado en ello -respondió Marta, lo cual era casi cierto. La introspección nunca se le había dado bien, y las discusiones teológicas la aburrían. Le había conferido tan poca importancia a la cuestión de Dios como cualquier otro vampiro al que no importase demasiado su condición.

-Es una vergüenza para ti -declaró Barry.

-¿Por qué?

-Porque significa que voy a tener que explicarte muchas más cosas. Ahora, quédate quieta -dijo, y la acuchilló con un puñal que había en el escritorio de la oficina. Fue un buen golpe, que se deslizó por su caja torácica, se clavó en su corazón, y la mantuvo inmovilizada hasta que Barry rompió la pata de una silla y atravesó con ella el

corazón una vez más. Ahora estaba paralizada del todo-. Sé que te estoy negado el derecho a una respuesta, pero no creo que tengas nada interesante que decir.

Barry se irguió sobre ella. Las luces se oscurecieron, y las sombras bailaron con obscenidad. Ella sabía que solo era uno de los poderes del Lasombra, pero a pesar de ello la desazonó muchísimo.

-Verás, Dios existe, y es el Dios de la ira y del juicio del que nos han hablado esos estúpidos predicadores que nunca han entendido de verdad el significado de sus propias doctrinas. Creó al primer vampiro como castigo para los pecados de ese hombre y como castigo para los pecados de los demás. Convirtió a Caín en el instrumento maldito de la condenación. Y lo mismo puede decirse de cada uno de nosotros.

Marta habría gritado en este punto. Sin dejar de hablar. Barry comenzó a romper sus piernas golpeándolas con la pata de otra silla. Pies, tobillos, rodillas... era muy preciso, y se detenía para acomodarse a los ritmos de su perorata.

-No hay esperanza o perdón para nosotros. Puede que no pareciéramos grandes pecadores en vida (aunque por lo que he oído lo hiciste muy bien en ese departamento) pero lo éramos, o de lo contrario Dios no hubiera permitido que sus ángeles de venganza nos reclamaran. Cada uno de nosotros está alejado varias generaciones de Caín, pero como él, estaremos separados por siempre de Dios. Él no deja de vigilarnos, de juzgarnos, de usarnos.

Una vez que las piernas de Marta estuvieron rotas más allá de toda posibilidad de curación, se puso a hacer lo mismo con los brazos. Ella había gastado la última parte de su sangre en un fútil intento por curarse las piernas, y ahora ni siquiera sería incapaz de insensibilizar los brazos. No le quedaba nada por hacer, salvo esperar.

-La última parte es clave. A cada uno de nosotros se le llama para que actúe de una cierta forma. Y tú has dado la espalda a esa responsabilidad.

La charla continuó, pero Marta se perdió entre la cháchara. Sus pensamientos finales fueron los de una imagen construida por lo que estaba oyendo: Dios se erguía entre las sombras para juzgarla. Cuando al fin su alma abandonó el cuerpo, fue solo el comienzo. El infierno le aguardaba con tormentos que hacían que esto pareciera placentero. Hubiera llorado al sufrir la muerte definitiva, de haberle sido posible derramar lágrimas. Poco antes de la mañana, lo que quedaba de su forma mortal, se derrumbó, y Barry se retiró a descansar, sabedor de haber cumplido bien con su trabajo.

## **Fuera del tiempo y el espacio**

### **El Abismo**

Lucita vagó por reinos del Abismo cargados de pasiones asociadas con Madrid. Era un territorio familiar para ella. Percibió cómo se acercaba a sus propias divagaciones el complejo nodo de fuerza espiritual que era Elieser de Polanco.

-Lucita ¿qué pasa en Madrid?

-Estamos bajo asedio.

-Eso parece. Dime cuándo pensabas decírmelo si no te lo hubiera preguntado.

-Aún no, por supuesto. Quería ver primero si era capaz de resolver yo misma el problema.

-¿Y lo has hecho?

-Todavía no.

-Lucita, el asedio comenzó hace cuatro meses. Sí, sé todo lo que pasó desde la primera noche hasta el reciente «atentado» contra el palacio. No has conseguido parar a los atacantes. Ni siquiera sabes quiénes o qué son.

-¿Has estado hablando con algunos de mis súbditos? -Aquella idea, más que enfurecerla, la divertía.

-No. Aunque tampoco estaría obligado a decírtelo. No, solo presto atención a las noticias del mundo mortal relacionadas contigo, como hago con el resto de mis pupilos, seguidores de las sendas de la noche. Y estoy muy disgustado.

Ahora sí que Lucita estaba enfadada.

-¿Tú lo hubieras hecho mejor?

-Sí, como ya lo hice en situaciones similares en el pasado. No eres el primer señor de una ciudad Sabbat que se ve sometido a un ataque de estas características, pero tú has demostrado tener unas dotes de liderazgo bastante deficientes.

-El liderazgo era una faceta de mi existencia que llevaba mucho tiempo sin cultivar.

-Doy por hecho que eso no es una excusa. Lo tomaría por un

insulto de ser así, y tendría que disciplinarte en consecuencia. De todos modos, no importa la experiencia que tenías antes de comenzar tu reinado. Disponías de buenos consejeros. ¿Los consultaste?

-¿Conrad? No. Demostró su inutilidad pronto. Carecía de visión para los detalles, y puesto que me veía obligada a planificar lo más concreto, también preparé la estrategia.

De Polanco resopló con sarcasmo.

-Has sido una estúpida.

-Rechazo esa afirmación.

-Desmíentela si puedes. Has perdido más de la mitad de tus vampiros. El viejo refugio de tu sire se encuentra bajo la ocupación de una manada de Gangrel y Nosferatu demasiado poderosos como para expulsarlos, y todas las carreteras al norte de la ciudad están bajo su control. Habrá que ocuparse de todo ello, pero no serás tú la encargada.

-¿Qué quieres decir?

-Ha llegado el momento de que renuncies. Si lo deseas, pretende que ha sido tu idea y preocúpate de lo que pensarán tus jueces. Te digo que si no desistes, tus jueces considerarán tu existencia de Sabbat como un fracaso y te eliminarán. Sabes que puedo hacerlo, así que no malgastes nuestro tiempo con negativas.

-Elieser, no he terminado todavía. -Reveló su ansiedad y deseo de manera consciente.

-Sí, lo has hecho.

-Aún he de efectuar una maniobra para recuperar el territorio alrededor del museo. Júzgame después, si así lo deseas.

De Polanco rió, y la ausencia de sonido envió ondas por todo el Abismo. Pronto tendrían que salir; acababa de atraer la atención de criaturas poderosas.

-Rogar es un signo de indignidad. Pero te concederé una oportunidad más, con la esperanza de que así dejes de engañarte. Nos encontraremos aquí después de eso.

El fuego comenzó tres minutos antes de la salida del sol y se extendió con rapidez inusitada gracias a los conductos de ventilación. Los investigadores se preguntaron después si se había tratado de un pirómano, pero la falta de un desencadenante y la naturaleza fortuita de la extensión del fuego sugerían la posibilidad de un trágico accidente. Los productos químicos de limpieza almacenados en el sótano, no muy lejos de los conductos de ventilación, propagaron el incendio y pronto las habitaciones de las dos alas y el bloque principal del hotel se vieron inundados por una compleja mezcla de gases tóxicos. Más de la mitad de las víctimas murieron por asfixia, casi todas ellas mientras dormían.

Lo primero que la manada de caza supo sobre el fuego es que alguien aporreó la puerta, gritando «¡fuego, fuego!». Roxana se obligó a salir de su descanso y se acercó a la entrada. La sangre aún estaba espesa en su interior, preparada para ocultarse del sol y reconstruir el vigor que había perdido. No quería estar activa. Ni la maldición deseaba confrontar la luz diurna. Aun así, lo que estaba ocurriendo requería atención. Cuando abrió la puerta, un botones le gritó «¡Salga fuera! ¡Fuego, fuego!». Luego se marchó a toda prisa, dejándola sola para que asumiera la advertencia.

Por fin se percató de lo que pasaba. *¡Fuego!* Volvió a las camas donde los otros descansaban y trató de despertarlos. No era fácil. Todos estaban aletargados, y poseían solo la mitad (o menos) de su fuerza y coordinación normales. Poco a poco fueron conscientes de la amenaza, en parte a causa de que el aire de sus habitaciones adquiría un distintivo tinte verde y un olor particularmente ácido.

¿Dónde debían ir? Esa era la siguiente pregunta. Lucita conservaba su autocontrol. Siglos de existencia vampírica la habían endurecido más allá de las capacidades de los otros, y una Lucita con la mitad de fuerza seguía siendo un rival para casi cualquier persona viva.

-Fuera de aquí. Todos abajo.

-¿Al sótano? -A Barry se le antojaba lo lógico.

-No. -Lucita trató de explicarse-. Mirarán en el sótano y en todos los lugares donde no haya fuego. Pero tampoco podemos arriesgarnos a arder. Debemos refugiarnos en algún lugar.

-De acuerdo. -Los miembros de la manada de caza descendieron por las escaleras inundadas de humo. Las llamas se extendían por las plantas segunda y tercera, pero aún no era

suficiente como para despertar el temor innato de los vampiros al fuego. Afortunadamente, solo tenían que cruzar los pasillos para llegar al siguiente tramo de escaleras. Lucita se alegraba de que ninguno de ellos hubiera perdido el control, puesto que de haberlo hecho, habrían tenido que matar a cualquier testigo.

Pretendía llegar hasta la recepción, y luego salir fuera, pero desde la primera planta se podía ver que el recibidor estaba lleno de bomberos. Tendrían que salir por otro lado si querían evitar preguntas incómodas. Cansados, chamuscados y necesitados de descanso, retrocedieron por las escaleras y saltaron a través de las ventanas del rellano de la segunda planta. Tras alcanzar el suelo, se abrieron paso entre la multitud congregada hasta llegar a la seguridad del callejón. Su carrera no fue propia de seres dotados de capacidades sobrenaturales.

Ya había amanecido, pero por ahora estaban a salvo. Todos los vampiros más jóvenes estaban amodorrándose, e incluso a Lucita le costó conservar el control. De alguna manera logró parar un taxi y convencer al conductor de que transportara a sus pasajeros, en apariencia borrachos, hasta el Prado. Allí se refugiaron en las profundidades de las cámaras del museo, y manipularon la mente del taxista para que solo conservara recuerdos parciales acerca del incidente.

Lucita no se percató de que las ratas se apiñaban alrededor del hotel, ni de que observaban el incendio y la huida de los vampiros, ni tampoco de que todas giraban la cabeza de forma sincronizada. No muy lejos, los agentes de los vampiros de San Lucas veían a través de los ojos de las ratas y se regocijaban por el éxito conseguido. El hotel no había sido destruido, pero llevaría meses el repararlo, tal vez años. Y le habían recordado a Lucita lo vulnerable que podía ser.

**Viernes, 13 de abril de 2001, 9:47 de la mañana**  
**En algún lugar de las alcantarillas, Madrid, España**

Angélica se alivió sobremanera de volver a casa con su señora. La larga temporada alejada de ella (unas cuantas semanas en Hamburgo o en las otras oficinas de Willa) supusieron una gran carga

para su alma. Había llegado a sintonizar con la locura divina de su señora, y esa misma sintonización había guiado su vida como lo haría una corriente de aire con una veleta. Cuando se alejó de ella, atravesó por momentos muy complicados, en los que su vieja personalidad salía a la superficie y comenzaba a realizarle preguntas incómodas. «*¿Es esto lo que querías? ¿En qué te has convertido?*». Nada de eso ocurría con Lucita cerca.

Tampoco es que estar en casa fuera perfecto. Angélica sentía cómo crecía el disgusto de su señora con los molestos ataques de los forasteros que trataban de ganar unos cuantos puntos, o labrarse una reputación como asesino de Lucita. Tal vez lo afortunado de todo el asunto fuera que se trataba de una ambición egoísta e incompatible con la habilidad de cooperar con efectividad... lo que hubiera sido mucho peor que un hatajo de lobos solitarios, por buenos que fueran estos por separado. Aun así, el hogar era el hogar. Angélica podría decodificar la información del almacén de Willa y ganarse así la aprobación de su señora. Eso le hacía sentirse bien. Siempre, claro está, que las noticias de las que tuviera que informar fueran buenas. Y en esta ocasión no había demasiado que decir. Por alguna razón la curiosidad de Lucita acerca de cuestiones esotéricas relacionadas con la teoría y práctica de magia de sangre se había incrementado con el paso del tiempo, y esta curiosidad se extendía también a los antiguos refugios de los eruditos taumaturgos que cayeron durante la revuelta anarquista. Willa no disponía de mucha información sobre estas materias, ni tampoco era muy razonable pensar que la tuviera. Era una mujer que trataba con el presente, y solo la preocupaba el pasado cuando alguien del presente estaba dispuesto a pagar por ello. Esto no era culpa de Willa ni de Angélica, por mucho que Lucita deseara culparlas por ello.

Aquella noche había sido algo mejor. Angélica había descubierto algunos sencillos rituales de interés, que incluían uno que incrementaba la capacidad del creador de un vínculo de sangre de sentir lo que el sometido estaba experimentando. Lucita le preguntó si le gustaría probarlo. Por supuesto que Angélica estaba dispuesta; de acuerdo con los deseos de Lucita, se sometió pacientemente a las atenciones mágicas de Roxana. Luego se sumergió en la noche de la ciudad, sabedora de que Lucita la estaba experimentando de la misma forma que ella, lo que incrementó aún más la satisfacción que le inspiraba el mero hecho de hacer feliz a su señora.

Tenía que seguir una ruta precisa, a través de calles principales y

callejones, hasta llegar a las alcantarillas, No sabía muy bien por qué quería experimentar su señora sus sensaciones en estos lugares. Bueno, esto no era del todo cierto. Recordaba haber oído a Lucita hablar con su «manada de caza» acerca de los recientes rumores acerca de los extraños monstruos de las alcantarillas. Lucita sospechaba que sí que había unos pocos, invocados o creados por aquellos enemigos suyos que eran capaces de dominar a las bestias. A través del vínculo reforzado, Angélica podía sentir la curiosidad fría de su señora. Si había algo allí, se percataría de la presencia de Angélica.

Y ahí estaba, algo enorme que reptaba por uno de los corredores paralelos. Angélica confiaba en que su señora acudiría al rescate pronto, aunque se sintió desazonada al reparar en que Lucita seguía sentada en la habitación del hotel. Estaba sola. Empezó a tener miedo

Entonces la cosa arremetió contra ella. Angélica fue vagamente consciente del pelaje y el pellejo desnudo, y muy consciente de unos dientes enormes que buscaban su garganta. Con su fuerza preternatural podía mantenerla a raya, pero poco más. Las tablas continuaron durante algún tiempo... hasta que un dolor horrible recorrió su espalda y se dio cuenta de que había otra criatura por detrás de ella, que había estado esperando a que tuviera la guardia baja. En su mente, pidió ayuda a su señora, pero solo escuchó una sola palabra, articulada con toda precisión: «Adiós». Entonces la conexión se rompió, y se quedó a solas con las criaturas.

No duró mucho más. Cuando la criatura que había tras ella le rompió la espalda, su presa sobre las mandíbulas de la otra bestia se relajó. Entonces un dolor intensísimo la abrumó desde ambos lados. Se sumió en la oscuridad.

\* \* \*

A una milla de distancia, Lucita abrió los ojos y miró al templario.

-Hay una criatura en las alcantarillas. Mejor dicho, dos, ya que una atacó a Angélica desde atrás al mismo tiempo que se defendía de otra. Desconozco los detalles acerca de esos seres, maldita sea la ghouls y su miedo. Roedores gigantes de algún tipo, creo, pero es solo una suposición.

Lucita se levantó y le dedicó al templario una de sus miradas calculadas.

-Esta situación se hace insostenible. Por muchos desafíos que



derrotemos, siempre aparecen más. Si continuamos así, vamos a atraer más aún la atención de los mortales, y hay un límite a las diversiones y las alteraciones mentales que podemos efectuar. Nuestros enemigos no tienen ese problema, puesto que pueden embarcarse en actos de autodestrucción que nos crean problemas colaterales.

-¿De verdad estás pensado en abandonar?

-Estoy pensándolo seriamente. Supuse que cuando formulara mi pretensión, una pretensión que no pareciera competir con el viejo bastardo, tendría... bueno, tendría que ocuparme de algunos problemas solo por el hecho de ser quien soy, pero que pocos de ellos tendrían su razón de ser en quién era él.

Conrad señaló al talismán que Lucita había utilizado para aumentar la intensidad de su vínculo de sangre.

-¿Es eso un testimonio de culpa o melancolía por su muerte?

-¿Hmmm? No, en absoluto. Estaba empezando a cansarme de su adoración. Si no hubiera muerto en esta ocasión, habría perecido en algún accidente de lo más conveniente. Se había convertido en un incómodo recordatorio de cómo tomaba antes las decisiones. Necesitaré un nuevo ayudante que pueda hacer lo que ella, pero no me apresuraré en mi elección. Necesito tiempo para eliminar la fetidez que aún huelo antes de crear más esclavos. -Lucita no estaba gritando, pero la pasión emanaba de sus palabras.

-De acuerdo, pero tenía que preguntarlo. Es parte de mi deber comprobar que estás en situación de tomar decisiones sabias.

-Por supuesto. No es culpa tuya. Pero es una cuestión que tenía muy clara hace tiempo.

-Comprendo. Ahora hablemos de la retirada. ¿Tienes pensado algún destino? -Conrad estaba segura de que Lucita tenía perfilados algunos detalles. La antigua tenía la costumbre de no hablar de un plan hasta que pudiera exponerlo con coherencia. No obstante el protocolo le exigía preguntar como lo había hecho, para no avergonzar a su obispo con embarazosos detalles personales.

-Ha pasado mucho tiempo desde que Zaragoza contó con una significativa presencia vampírica -dijo Lucita distraída-. Ha sido una ciudad muy importante en la historia de los Lasombra y de Iberia, y sin embargo ha permanecido olvidada durante siglos. Creo que es hora de arreglar eso; hora de comenzar una nueva estirpe, construir una nueva sociedad y corregir así algunos de los problemas que han

surgido en Madrid.

-¿Tienes idea de lo que dirán en la corte?

-Sí. Dirán que he fallado, y eso es lo que ha pasado. No veo cómo establecer una autoridad perdurable en esta ciudad que no cree más problemas que los que resuelva. Me gustaría borrar los recuerdos de mi relación con Monçada para así conseguir algo de alivio, pero no creo que nadie con semejante poder mental esté dispuesto a dejarme utilizarlo.

-Lo más seguro es que no -convino Conrad-. Pero no estaba pensando en su desengaño con tu labor como arzobispo. Más bien estaba dándole vueltas a la posibilidad de que puedan decidir que tu indulto temporal ha cesado y que te recompensen de la misma manera que a Angélica.

-Ah. -Lucita se volvió a sentar-. Siempre existe ese riesgo ¿verdad? ¿Llegará el momento en el que al menos algunos de ellos no busquen una excusa para destruirme?

-Hay -dijo Conrad juiciosamente- una diferencia entre saber que buscan una excusa y que tienen la excusa preparada.

**Sábado, 14 de abril de 2001, 11:02 de la noche**  
**Museo del Prado, Madrid, España**

Lucita habló con Andrew y Cesario a la vez por ver primera desde los problemas de enero.

-Abandono Madrid -anunció sin preámbulos.

Durante un momento ninguno de ellos supo qué decir. Andrew fue el primero en recobrarse.

-¿Lo saben los jueces?

-Lo saben. Lo he consultado con ellos en el Abismo, y han accedido a aprobar mi renuncia. Designarán un sucesor una vez que me vaya. Por mi parte, he decidido volver a casa.

-¿Y dónde es eso? -quiso saber Cesario.

-Zaragoza, en Aragón -respondió-. Ahí es donde vivía mi familia. Por el momento, la ciudad carece de estabilidad. He mantenido correspondencia con Rufus, que es la máxima autoridad de nuestra

secta en los Pirineos, para discutir las fronteras con él. En cuanto las hayamos fijado, asumiré el arzobispado de Aragón, y Zaragoza será mi residencia.

-¿Hay muchos Sabbat en Aragón? -preguntó Andrew.

-No muchos -respondió-. El arzobispado no ha sido regentado desde... desde antes de tu nacimiento mortal. Comenzaré a partir de cero. Con el tiempo espero extender mi influencia a Barcelona. Mi familia mortal unificó esa tierra una vez, y no tardará mucho en suceder de nuevo.

-Así será -concluyó Cesario con impaciencia-. ¿Y qué pasa con Madrid?

-Las manadas que permanezcan aquí elegirán uno o más obispos de entre sus filas, y esos consultarán con otros de la zona. El término antiguo para ello es «consistorio». Puesto que constituir el arzobispado desde «arriba» no ha funcionado, veremos qué ocurre si se hace al contrario. Tal vez así haya algo menos de antropofagia espiritual.

-Una admisión sustancial de fracaso -sentenció Cesario, casi admirado.

-Lo es -reconoció Lucita-. El fracaso por sí mismo es sustancial, y justifica la expiación. Creo que no pagaré el precio de mi fallo hasta dentro de mucho.

Los dos hombres hablaron casi a la vez.

-Iré contigo -aseguró Andrew.

-Yo me quedaré aquí -dijo Cesario.

-Eso es justo lo que esperaba de cada uno de vosotros. Ahora, si me disculpáis, hay asuntos que requieren de mi atención.

\* \* \*

De nuevo a solas, Lucita miró a su escritorio. El papel de escribir mostraba el logotipo del *chateau* de Lyon, y se preguntó cómo había ocurrido, quién era el ayudante incompetente que decoraba oficinas con los accesorios equivocados. La idea le hizo sonreír, por primera vez desde el desafortunado encuentro con de Polanco en el Abismo. La sonrisa se evaporó cuando la tarea que tenía por delante ocupó de nuevo sus pensamientos.

Hace mucho tiempo hubo un Sabbat, un ambicioso señor Tzimisce un poco mayor que ella; Myca Vykos. Con el paso de los

siglos, él (a veces «ella», dada la habilidad de los Tzimisce para manipular la forma, y otras veces «eso») había sido una espina clavada en su costado. Había sido desprecio a primera vista, y este desprecio había ido aumentando con cada encuentro sucesivo durante los siguientes cien años de su existencia, hasta que perdieron el contacto, durante la creación del Sabbat. Ella sabía que a menudo había tratado de lograr la destrucción de Lucita, de igual forma que ella había buscado (sin éxito) alguien que la contratara, por un precio adecuado, para acabar con la vida del Tzimisce.

No había probado a comunicarse con él desde que decidiera a unirse al Sabbat. A Lucita le habría gustado obsequiarlo con una hazaña extraordinaria. Pero ahora necesitaba decirle algo, o se arriesgaba a que provocara el caos en Zaragoza. Myca debía estar convencido de sus intenciones, o tal vez un poco intimidado o confuso para que así la dejara en paz. Cogió la primera hoja de papel y la introdujo en la máquina de escribir.

*«Mi querido Vykos*

*Al escribir esta carta no puedo por menos que sonreír ante la ironía, y estoy seguro que a ti te pasará lo mismo (sea lo que sea que se aproxima a las emociones en ese maligno corazoncito tuyo) cuando la leas. Sin duda sabrás que mi sire, el arzobispo Ambrosio Luis Monçada, ha encontrado la muerte definitiva. Hay una parte de mí que sospecha que lo sabías antes de que lo hiciera. No solo era un contemporáneo tuyo y compañero de secta, sino que era uno de los integrantes de esa abominable y pequeña cábala de monstruos que se habían arrastrado desde el medioevo hasta nuestros tiempos, en los que habían acabado por encontrar su nicho, sin renegar de uno solo de sus anteriores hábitos. Por ello, a pesar de mi odio y mi falta de afecto hacia tu persona, te saludo. Saludo también a aquellos caídos en el esfuerzo. Aquellos de vosotros que murieron sin comprometer sus naturalezas cainitas, merecen el respeto por su compromiso. Aquellos que sirvieron sin comprometerse se han ganado la reverencia debido a sus egos demoniacos.*

*No era un secreto que el arzobispo y yo teníamos nuestras diferencias. No he sido ajena a las historias contadas entre susurros sobre su decadencia, y tampoco a los rumores de conocimiento carnal entre nosotros. Estoy segura de que sabes lo que ocurrió en verdad.*

*Me alegro de que esté muerto. El hecho de que se alzada cada*

*noche me suponía un peso desproporcionado, y sabía que la única razón por la que yo llegué tan alto fue debido a la incapacidad de la vieja bestia y a su deseo, no concedido por el Cielo, de tener una última cópula antes de ocupar su lugar como mano derecha del demonio. Era un cainita leal, y yo era la materialización de su fracaso. Nunca lo quise; nunca lo pedí. Cuando él me introdujo en la oscuridad de la noche, era una chica estúpida e impetuosa que aceptó la maldición de la inmortalidad solo como una posibilidad de molestar a mi padre. Puedo oír cómo se curvan los bordes coriáceos de tus labios hacia arriba, Myca: "Os merecéis el uno al otro", puedo oír que graznas. Estás en lo cierto, por mucho que me avergüence reconocerlo.*

*He llegado a un punto de inflexión en mi no vida a causa de esto. Su muerte definitiva, la comprensión de lo que yo significaba para él, y una percepción, largo tiempo entumecida, sobre la culpa de la progenie, retorcida pero inevitable, ha agitado el fuego primario que hay dentro de mí. Llevo jugando a este juego cerca de un milenio. Me he situado en el lado de lo correcto (o lo más cerca posible del mismo) durante tanto tiempo como he sido capaz. Me he divorciado de la moralidad de los malditos el tiempo suficiente para entorpecer a los dos gemelos malvados: Camarilla y Sabbat. He estudiado artes fútiles y obsoletas y me he consagrado al asesinato y también a enmendar desagravios. He sido una puta de la guerra y de la paz. He sido mártir y cínica, asesina y santa. He visto a demonios envenenar la tierra a su alrededor (con tu ayuda) y he sido el artífice de estratagemas para los antiguos más veces de las que algunos cainitas han pronunciado la palabra "Antediluviano". Nuestros propios gambitos y contra gambitos, Myca, han dado color a la historia, amenazado el mundo con el genocidio, servido ciegamente a los auténticos maestros de la Jyhad, y han acabado con aquellos que una noche podrían alzarse como líderes del mundo. He visto desarrollarse la historia; he contribuido al progreso cultural con el escarlata de mi propia sangre. He visto milagros, y he sido un milagro para muchos.*

*No quiero hacerlo por más tiempo.*

*Déjalos que abran la mandíbula maravillados, Myca. Déjalos que me maldigan por abandonar la lucha contra la Gehena llevada a cabo en sus propios términos. Déjalos que me llamen traidora, que me incluyan en su absurda lista roja, que me maldigan y me tilden de*

*traidora y estúpida. Estoy harta de seguir el juego que el mundo ha dispuesto para mí. Ha llegado la hora de que Lucita haga lo que debió hacer hace siglos. A pesar del horror, la maravilla, y el curso del destino que he visto y en el que he participado, sigo sin ser más que la chiquilla de mi sire. Debo retirarme de la palestra. Dejo de ser una figura de relieve; ahora soy una cainita que atiende solo a sus propios intereses.*

*Permíteme que te sorprenda, Myca. Mencioné al principio que creo que sabías de la muerte definitiva del arzobispo antes que yo misma. Bueno, me tomaré la libertad de intercambiar los papeles y presentarte al arzobispo que lo sucederá. Mi dominio será el arzobispado de Aragón, porque quiero regresar a casa.*

*Abre tus brazos y dame la bienvenida, Myca. Soy Sabbat.*

*De hermana a hermano,*

*Lucita»*

Pensó con satisfacción que aquello mantendría ocupado al demonio con suposiciones de todo tipo durante un tiempo. Sabía que él hablaba de vez en cuando de «ocuparse de esa puta». Quizás una noche lo hiciera, pero este movimiento en la lucha le confería la iniciativa a ella. Por ahora, respondería a las acciones que Lucita efectuara, y eso la alegraba. De tales cosas se compone la eternidad en tinieblas.

**Miércoles, 21 de junio de 2001**

**Hotel Vista del Castillo, 6:40 de la mañana, Zaragoza, España**

El asunto de la noche estaba resuelto. O mejor dicho, todo lo que podía resolver en la noche estaba resuelto.

Era complicado conseguir que algo se hiciera en los cortos pasillos de tinieblas, cuando el sol gobernaba el mundo y se mofaba de las ambiciones Lasombra. Ella y sus sirvientes tenían mucho que hacer, y muy poco tiempo. Lucita sabía que esta era una queja indulgente y que la queja, en sí, era una pérdida de tiempo, pero

también recordaba vivamente cuando ella era una chiquilla, en aquellos largos días de verano, cuando tenía a su disposición todo el tiempo del mundo.

Por supuesto que podía ser peor. Allí no estaban bajo asedio. Había llegado a hablar con algunos de los líderes del asalto contra sus posesiones en Madrid. Se demostró que los invasores estaban bajo las órdenes de los «forajidos», los descendientes de los vampiros de su época que se habían vuelto salvajes y que, adoptando una conducta predatoria, vivían en las montañas que separaban los reinos humanos. Estos forajidos deseaban que los cainitas de Madrid estuvieran liderados por alguien que no desafiara su existencia, y temían que Lucita lo hiciera. (Estaban en lo cierto. En caso de que hubiera asegurado su posición, el siguiente paso habría sido concertar alianzas o conquistar los dominios que rodeaban Madrid. Pero es evidente que no lo hubiera reconocido). Zaragoza podía ser suya, siempre y cuando no consideraran a Lucita una amenaza.

Así que Conrad, los miembros supervivientes de la manda de caza (Andrew, Barry, Roxana, y Rosa) y ella se dirigieron al noroeste. Allí solo había unos cuantos vampiros dispersos, y todos se sometieron en cuanto se les exigió. Lucita sabía que las cosas en Madrid no habían ido bien porque ella había heredado una situación compleja de su sire, y por tanto viciada por actitudes y perspectivas que odiaba. En cambio, empezando de cero, estaba segura de poder crear un imperio más próspero, un mejor tributo a los principios del Sabbat puestos en relación con los desafíos de los tiempos que corrían. ¿Las noches finales, como aseguraban los místicos? Pudiera ser. Si era cierto, al menos lideraría un ejército merecedor del nombre de «Espada de Caín» a la batalla.

El hotel Vista del Castillo estaba contento de alquilar una planta entera a cambio de dólares americanos, y Lucita presentaba una apariencia lo suficientemente diferente como para que el personal no la asociara con la extraña mujer que carbonizó la decoración el día de todos los santos en 1999. Sabían que era una mujer joven que provenía de tierras lejanas para visitar glorias ancestrales y, quizá, iniciar algunos negocios que ofrecerían empleo a los muchos necesitados de la ciudad, y en especial a los jóvenes. A largo plazo, Lucita requeriría otros medios de persuasión, pero por ahora dejaría que la manada de caza estudiara la situación y elaborara sus propios planes. Ejercitaban tan bien su papel de terrores sagrados que Lucita no se preocupaba demasiado al respecto.

El resto volvía a sus refugios en estos momentos. Por razones que no podía identificar, sentía que debía saludar el alba por segunda vez, una conmemoración por lo que se había convertido desde la primera vez que lo hiciera. Esa noche no había ningún fantasma familiar con el que hablar. De hecho, no había fantasma alguno. Sospechaba que estos eran capaces de sentir la creciente aura de maestría dentro de ella y ya no la consideraban como alguien capaz de manipularlos para sus propios fines. Los muertos eran cosas abominables, y más cuando eran incapaces de descansar en los cementerios. Eran parte del reino de la noche, y solo servían para usarse de acuerdo con la voluntad de los Lasombra.

El reino de la noche. Había una frase que lo resumía a la perfección. No era solo la noche, sino la perpetua ausencia de las manifestaciones de la voluntad de Dios en el mundo de los vivos. Fluía la tensión, el sueño de una noche sin fin que desafiaba las palabras de Dios «hágase la luz», y el servicio obediente al Dios que había dicho «ojo por ojo». No se trataba de nada que ella esperara resolver a corto plazo: toda biblioteca Lasombra de filosofía y teología contenía textos al respecto. Eso explicaría en parte la razón por la que había tan pocos maestros de cualquiera de las formas que adoptaba la *senda de la noche*; tal vez solo aquellos que habían conseguido dejar el mundo podían escapar a tal dicotomía, al huir de la carne y sus complicaciones.

Una idea cruzó su mente, un fragmento de la conversación que había tenido con Munther en El Cairo poco antes de que empezara sus estudios con Elieser. Ella le había comentado la pista encontrada en el castillo de San Rafael Arcángel, que indicaba que los invocadores habían creado a la gran bestia. Munther había sonreído un tanto rígidamente y le había preguntado a su vez porqué pensaba que el Abismo estaba tan predispuesto a producir tal engendro en respuesta a las necesidades de un puñado de almas desesperadas. En aquel momento no le dio mucha importancia, aparte la contestación evidente de que su linaje siempre había estado asociado con el Abismo y hacía gala de un cierto entendimiento con él. Ahora se daba cuenta de que se había precipitado al llegar a tal conclusión. Antes de la «destrucción» y desaparición del fundador no había historia alguna de algo similar a lo que los invocadores habían hecho. Ahora el Abismo respondía como nunca lo había hecho. Tal vez no se debería tanto a que el fundador había ido a parar al Abismo, como que el Abismo y el fundador eran la misma cosa, o al menos se estaban



fusionando. Si era así, solo se trataba de una cuestión de tiempo.

Lucita suponía que nunca averiguaría la verdad. Gratiano estaba equivocado y nunca llegarían a saberlo. Quizá fuera ella quien estuviera equivocada y tal vez ni lo sospechara. ¿Se había vuelto el fundador más malvado tras llevar siglos apartado de la carne?

¿Quién podría asegurarlo, hasta que el fundador se pronunciara al respecto? Hasta era posible que el fundador hubiera sido destruido y hubiera realizado todos estos cambios en su último momento en la carne, antes de perecer para siempre. Tal pensamiento resultaba confortante, pero nadie estaba dispuesto a jugárselo a una carta.

La luz del sol lamió los muros de su hogar ancestral. Reclamaría su hogar y lo convertiría en un adecuado bastión de poder. Las maniobras financieras requerirían de un año o varios, pero tenía tiempo. Necesitaría crear más ghouls para reemplazar a la decepcionante Angélica; unos que fueran más fuertes para hacer frente a tiempos difíciles. «*No más debiluchos*», pensó Lucita para sí; lo que quería eran almas que reflejaran el mismo poder de ella, que no dejaba de aumentar. Escucharían y obedecerían, sin lloriquear por los amigos y aficiones perdidas. En breve le presentarían las llaves del castillo, y Zaragoza se convertiría en un sobrenombre del poder de la noche.

Era más difícil despertarse ahora que en Halloween. La mancha remanente de la humanidad la había protegido de la guerra total entre la fuerza de su interior y el sol y lo que este significa. Ahora ya no existía, pero ella aún era una mera iniciada en la *senda de la noche*, y sus defensas eran débiles. El amanecer reflejado dolía más que cualquier cosa que recordara, mucho más que el fuego del último sol o las terribles llamas de las que se sirvieron Andrew y los demás cuando fueron a cazarla. (Deseaba hacerles pagar por ello, pero no era su prerrogativa. Ahora los conocía y confiaba en ellos tanto como un estudiante de la noche pudiera confiar en alguien, pero aun así, sería divertido oírlos gritar. Tal vez se ocupara de ello en el futuro). No sería capaz de resistir tantos minutos como la última vez.

Volvió en sí aún despierta, aún ardiendo, enterrada bajo las sábanas de la cama. En un momento de inconsciencia, la Bestia que ella encerraba había actuado para protegerse a sí misma, apartándola de la ventana. Ahora podría dormir. Su último pensamiento antes de sumirse en el sueño fue este:

«*Y esto también acabará*». Las noches finales, tal vez, pero primero los días finales, tras los cuales el sol caería ante ella como

todos sus enemigos. Al final, todo sería suyo.

FIN